

JOEL KOVEL

# EL ENEMIGO DE LA NATURALEZA

EL FIN DEL CAPITALISMO O EL FIN DEL MUNDO?

Asociación Civil  
tesis  
11

Joel Kovel

EL ENEMIGO DE LA NATURALEZA  
El fin del capitalismo o el fin del mundo?

## Acerca del libro

*El enemigo de la naturaleza* enfrenta la conclusión acerba pero crecientemente inevitable de que el capitalismo es la fuer/a conductora detrás de la crisis ecológica y traza sus implicaciones radicales. Joel Kovel -destacado académico y escritor, orador público y militante verde- acusa al capitalismo, con su presión hacia la expansión inexorable, de ser tan inherentemente ecodestructivo como irreformable. Enfrenta a la ortodoxia reinante, que argumenta que no hay alternativa al sistema capitalista, no porque esta ortodoxia sea débil, sino porque la sumisión a ella es tan suicida como indigna de los seres humanos. Kovel ve al capital no sólo como un sistema económico sino como la manifestación actual de una antigua ruptura entre la humanidad y la naturaleza. Entonces, se vuelve hacia la pregunta «¿qué hacer?». Critica a la política ecológica existente por evadirse del problema del capital, prevé que la producción ecológica será la sucesora de la producción capitalista y desarrolla los principios para que ella se realice como un «ecosocialismo», en el contexto de la política antiglobalización. Ve prefiguradas en la lucha actual los contornos de una sociedad de productores libremente asociados, para quienes la tierra ya no es un objeto a ser apropiado y explotado, sino la fuente del valor intrínseco.

*El enemigo de la naturaleza* está escrito en el espíritu del gran eslogan radical: «¡seamos realistas, pidamos lo imposible!» Su autor se atreve a pensar lo impensable; tenemos una opción: la barbarie y la ecocatástrofe capitalistas o la edificación de una sociedad digna de la humanidad y la naturaleza.

Joel Kovel

# EL ENEMIGO DE LA NATURALEZA

El fin del capitalismo  
o el fin del mundo?

Buenos Aires 2005

## **EL ENEMIGO DE LA NATURALEZA**

**¿El fin del capitalismo o  
el fin del mundo?**

**Joel Kovel**

Asociación Civil Cultural Tesis 11 / 2005  
Páginas: 272 15,5x22,5

I.S.B.N.: 987-9207-15-7

Título original: *The enemy of nature: The end of capitalism or the end of world?*

Edición original: Zed Books Ltd. (Cynthia Street, Londres, N1 9JF, Reino Unido y Room 400, 175 Fifth Avenue, Nueva York, NY 10010, EE. UU.) y Fernwood Publishing Ltd. (PO Box

9409, Station A, Halifax, Nueva Scotia, Canadá B3K 583)

*Copyright* Joel Kovel, 2002

*Traducción* de **Miguel Ángel Ruocco**

*Diseño Gráfico* de interior y tapa: Juan Carlos Suárez.

Asociación Civil Cultural Tesis 11  
Viamonte 1716 - 3er. Piso - Of. 16- Tel.: 4372-1495  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires C.R 1055  
E-mail: [tesis11@tesis11.org.ar](mailto:tesis11@tesis11.org.ar)  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina  
Buenos Aires 2005

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia y otros métodos sin el permiso previo del editor.

# Indice

Prefacio.....	9
---------------	---

Primera Parte: El imputado.....	19
---------------------------------	----

1      Introducción.....	21
--------------------------	----

2      La crisis ecológica.....	31
---------------------------------	----

Acerca de la ecología humana y la trayectoria de la crisis ecológica

3      El capital.....	45
------------------------	----

Estudio de un caso / La revelación del misterio del crecimiento/La  
acumulación

4      El capitalismo.....	67
----------------------------	----

La penetración de los mundos vitales / La aceleración (o la velocidad  
de circulación siempre creciente del capital) / La globalización, o  
el establecimiento de un régimen planetario de supervisión del  
proceso expansionista / Los hombres encargados/ .. La acusación

Segunda Parte: El dominio de la naturaleza.....	101
---	-----

5      Acerca de las ecologías.....	103
-------------------------------------	-----

¿Qué es la vida? / Acerca del ser humano / La integridad y la  
desintegración ecosistémicas

**6 El capital y el dominio de la naturaleza 127**

La patología de un cáncer sobre la naturaleza / La bifurcación de género en la naturaleza / El ascenso del capital / Interludio filosófico / Acerca de la posibilidad de reformar el capitalismo/

**Tercera Parte: Hacia el ecosocialismo.....157**

**Introducción.....159**

**7 Crítica de la ecopolítica realmente existente.....162**

La lógica del cambio / La economía verde / Las ecofilosofías / La .. ecología profunda / El bioregionalismo / El ecofeminismo / La ecología social / Democracia, populismo y fascismo

**8 La prefiguración.....198**

Los Bruderhof / El socialismo / Nuestro Marx / La producción ecológica

**El ecosocialismo.....228**

Los conjuntos ecológicos y el diseño del desarrollo ecosocialista/ El partido ecosocialista y su victoria/ Un usufructuario de la tierra/ Algunas preguntas

**Posfacio.....259**

**Bibliografía.....262**

# Prefacio

Un número creciente de personas está empezando a comprender que el capitalismo es el motor irrefrenable de nuestra crisis ecológica, sólo para quedarse helado ante las implicaciones pavorosas del discernimiento. Al considerar que la verdadera posibilidad de un futuro gira alrededor de esta comprensión, decidí hacerme cargo de ella ampliamente, ver hasta dónde se verificaba y, si así fuera, cómo sucedió esto y - lo que es mas importante - qué podíamos hacer al respecto.

Aquí va un pequeño relato acerca del comienzo de este proyecto.

Los veranos en los Montes Catskill del estado de Nueva York, donde vivo, son generalmente muy placenteros. Pero en 1988 la región fue azotada por una feroz sequía, que se prolongó desde mediados de junio hasta bien entrado agosto. Como en las semanas de su duración la vegetación se calcinó y los manantiales se secaron, comencé a tomar en cuenta algo que había leído recientemente sobre los efectos de la creciente concentración de gases emitidos por la actividad industrial, que atraparía la radiación solar en la atmósfera y conduciría a un crecimiento continuo de la desestabilización climática. Aunque al principio la idea me pareció remota, la ruina de mi jardín me indujo, de modo alarmante, a quedarme encerrado en mi casa. ¿Fue la sequía una casualidad climática o, como comencé a pensar, un campanazo de alerta que nos convocaba a trabajar por una civilización caída en la equivocación? La vegetación marchita parecía ahora una precursora de algo muy horroroso y un llamado a la acción. Y así comencé a trazar la senda que me condujo a este libro. Trece años más tarde, después de escribir mucho, enseñar y organizar, de trabajar con los verdes y de ser electo para el Senado de Estados Unidos en 1998, de aspirar a la nominación presidencial en el 2000 y de varios bosquejos y comienzos frustrados, *El enemigo de la naturaleza* estuvo listo para ser presentado al público.

Habría sido comprensible que me encogiera de hombros ante la sequía, así como ante cualquier otra contingencia climática (y ciertamente, nada grave me hubiera sucedido por ello). Pero por algún tiempo había estado dispuesto a contemplar el peor de los casos con respecto a cualquier cosa que tuviera que ver con las autoridades establecidas; y dado que la actividad industrial está cercana al corazón del sistema, sus efectos sobre el clima ingresaron en la zona de mis sospechas. El imperialismo norteamericano

## El Enemigo de la Naturaleza

me había puesto en marcha, inicialmente en el contexto de Vietnam y más tarde en Centroamérica, donde una lucha agónica en defensa de la revolución nicaragüense contra el Tío Sam tuvo tan mal fin como la lucha *contra* Ja sequía. La derrota había sido amarga y sin duda contribuyó a mi irritabilidad, pero también me suministró lecciones importantes, principalmente acerca de la implacabilidad desplegada por el sistema, oculta bajo el manto de sus afirmaciones de democracia y respeto por los derechos humanos.

Aquí, alejados de toda forma de piedad, se encuentran los efectos de la inhumana presión expansiva del capital. El imperialismo es un ejemplo de ello, que se manifiesta políticamente y atraviesa las naciones. Pero el mismo capital en continua expansión es también el superintendente y el regulador del sistema industrial, cuyas exhalaciones han atrapado la energía solar. Por consiguiente, lo que se ha probado como cierto acerca del capital en su relación con el imperio, podría aplicarse también al reino de la naturaleza, con su resultado, de signo idéntico, de víctimas humanas y desestabilización ecológica. En efecto, el cambio climático era otra forma de imperialismo. No se trataba sólo de los efectos ecológicos nocivos del implacable crecimiento del capital. Estaba también la siembra de la biosfera con organoclorados y otras toxinas, tanto sutiles como groseras, la devastación del suelo como resultado de la Revolución Verde, las prodigiosas especies perdidas, la desintegración de la Amazonia y mucho más - los tentáculos espiralados e interpenetrados de una gran crisis en la relación entre la humanidad y la naturaleza.

Desde este punto de vista aparece una «crisis ecológica» mayúscula, cuyos elementos son los agravios particulares a los ecosistemas. Esto tiene ulteriores implicaciones. Pues los seres humanos son parte de la naturaleza, aunque estén incómodos en ese papel. Por consiguiente, hay una ecología humana tanto como una de los bosques y de los lagos. Se concluye que una sociedad ecológicamente patológica podría generar la más amplia crisis ecológica y extenderla profundamente dentro de sí misma. La observación del asunto desde este ángulo nos suministró una visión más generosa. Sin permanecer atrapado en un estrecho determinismo económico, podría verse al capital no sólo como una disposición material sino, más profundamente, como una forma patológica del ser alojado de manera cancerosa en el espíritu humano. Y si se trata de una forma completa del ser que necesita cambiar, entonces la pregunta esencial «¿qué hacer?» adquiere nuevas dimensiones. La política ecológica se transforma en algo mucho mayor que la administración del ambiente externo. Más bien, adquiere un aspecto francamente revolucionario. Y puesto que la revolución es contra el capital, que es el enemigo de la naturaleza, la lucha por una sociedad ecológicamente justa y racional será la heredera lógica del *socialismo que agitó* el último siglo y medio, antes de mancharse con un final ignominioso. La gran pregunta de la actualidad es si en esta «era próxima» el socialismo ecológico podría cubrir las grietas que frecuentaron y abatieron la versión original.

Un gran problema que se cierne sobre estas ideas es que muy pocas personas las toman en serio. Desde los comienzos de este proyecto fui perfectamente consciente de que las tesis expuestas anteriormente se encuentran a gran distancia de la autodenominada opinión pública. ¿Cómo podría ser de otro modo, en una época de triunfo capitalista, cuando por definición un pueblo razonable es conducido a pensar que con sólo un poco de chapalear en los mecanismos del mercado podremos atravesar nuestras dificultades ecológicas? Y como en el caso del socialismo, ¿por qué debería alguien con mente actualizada molestarse en pensar acerca de esta cuestión peregrina, y mucho menos tratar de superar sus comienzos frustrados!'

Estas dificultades se extienden sobre las opiniones de una izquierda fragmentada y dividida, tanto si se trata de la izquierda «roja», heredera de la vieja pasión socialista por la clase obrera, como de la izquierda «verde», que empieza a tomar conciencia de la crisis ecológica. Aunque el socialismo está listo para acariciar la idea de que el capital es enemigo de la naturaleza, está menos seguro de ser amigo de la naturaleza. Es preciso decir que la mayoría de los socialistas, aunque toma posición a favor de la limpieza ambiental, declina tomar en serio la dimensión ecológica. Apoya una estrategia basada en que el estado obrero limpiará la polución, pero es reacia a concebir los cambios radicales que implica un punto de vista ecológico sobre el carácter de las necesidades humanas, el destino de la industria y la cuestión del valor intrínseco de la naturaleza. Los verdes, entretanto, aunque puedan estar dedicados a repensar esas cuestiones, se resisten a situar al capital como centro del problema. La política verde tiende al populismo o al anarquismo, más que al socialismo. De aquí que los verdes imaginen un futuro ecológicamente sano, en el que un capitalismo regulado de manera adecuada, disminuido su tamaño y mezclado con otras formas, continúe regulando la producción social. Tal fue esencialmente la posición de Ralph Nader, a quien desafié en las primarias presidenciales de 2000, sin ninguna intención ni esperanza de ganarlas, sino sólo para exponer el mensaje vivido de que la raíz del problema se encuentra en el capital mismo.

Vivimos en una época en la que quienes piensan en términos de alternativas al orden dominante se arriesgan a la exclusión de la sociedad intelectual culta. En mi juventud y durante generaciones anteriores existía un consenso acerca de que el capitalismo estaba en retirada y que su supervivencia era una cuestión abierta. Sin embargo, en los últimos veinte años más o menos, con el ascenso del neoliberalismo y el derrumbe de la Unión Soviética, el sistema ha adquirido un aura de inevitabilidad e incluso de inmortalidad. Resulta muy notable ver de qué modo servil las clases intelectuales sostienen, como papanatas, estas conclusiones absurdas, olvidando las lecciones bien establecidas de que nada es para siempre, de que todos los imperios se derrumban y de que una antigüedad de veinte años es apenas un parpadeo en el flujo del tiempo. Pero la misma mentalidad que se entronizó con la manía de las empresas punto com, reciente-

## El Enemigo de la Naturaleza

mente derrotada, se mantiene por los que ven al capitalismo como un regalo) de los dioses, destinado a la inmortalidad. Podría creerse que se introduciría un momento de duda en el escenario oficial por el hecho extremadamente obvio de que una sociedad que predica su expansión interminable destruirá de manera inevitable su base natural. Sin embargo, gracias a un aparato de propaganda soberbiamente efectivo y los defectos intelectuales forjados por el poder, ese está lejos de ser el caso.

El cambio, si éste llega, provendrá desde friera del consenso dominante. Y hay evidencia de que precisamente un despertar de ese tipo puede tener lugar. Aparecen resquebrajaduras en el edificio globalizado, a través de las cuales emerge una nueva era de protestas. Cuando la Organización Mundial de Comercio está obligada a celebrar sus reuniones en Qatar, con el fin de evitar interrupciones, o a protegerse dentro de una ciudad amurallada en Quebec, o cuando el presidente electo, George W. Bush, se ve forzado por quienes protestan ante su asunción a huir como fugitivo por la Avenida Pennsylvania en una limusina cerrada, entonces se puede decir con claridad que hay un nuevo espíritu en la atmósfera, y que la generación que ahora está madurando, al desear toda alternativa de pertenecer a un mundo definido por la crisis ecológica, está también comenzando a levantarse y a tomar la historia en sus propias manos. *El enemigo de la naturaleza* se escribió para ellos y para todos los que empiezan a reconocer la necesidad de romper con lo dado, con el fin de ganar un futuro.

Una actitud de disenso me condicionó para ver la sequía de 1988 como precursora de una sociedad arruinada ecológicamente. Pero la idea de que esto no fuera del todo así me llevó a este trabajo. Al mismo tiempo, estuve trabajando en mi *History and Spirit*, al haber sido impulsado por la fe de los sandinistas, y especialmente sus sacerdotes radicales, a comprender que una negación carece de valor a menos que se acople con una afirmación, y que ellos tienen un concepto de que todas las cosas requieren acumular valor para llegar más allá de lo dado. Hay una frase maravillosa de 1968 que debería guiarnos en los agitados tiempos que tenemos por delante: seamos realistas, pidamos lo imposible. Eso es lo que nos hemos propuesto llevar adelante y así lo haremos.

Muchas personas - demasiadas - me han ayudado en la prolongada redacción de este libro. Temo no incluir aquí a todas ellas, especialmente si se tienen en cuenta, como deberíamos, las centenares de reuniones que tuve durante las campañas políticas» que me suministraron mucha información. Pero no hay dificultad alguna en identificar su importante influencia intelectual. Poco después decidí enfrentar la crisis ecológica. También decidí conectarme con James O'Connor, fundador del diario *Capitalism, Nature, Socialism*, y creador de la escuela del marxismo ecológico, que me brindó mayores argumentos. De ello resultó uno de los momentos más felices de mi carrera y me condujo a una colaboración que aún está activa. Como mi mentor en los asuntos de economía

## Prefacio

política y más tenaz crítico, pero sobre todo como **un** querido amigo, la presencia de Jim se encuentra por doquier en este volumen (aunque debo dejar sentado que sus errores son sólo míos). Estoy en deuda en todo respecto con la comunidad del CMS por brindarme un hogar y foro intelectual y por los incontables momentos de camaradería. Por empezar, con Barbara Laurence, que incluye al grupo editorial de Nueva York - Paul Bartlett, Paul Cooney, Maarten DeKadt, Salvatore Engel-Di Mauro, Costas Panayotakis, Patty Parmalee, José Tapia y Edward Yuen -, acompañados con Daniel Faber y Víctor Wallis, del grupo de Boston, y Alan Rudy.

Una cantidad de personas se ha tomado la molestia de dar un cierre literario a partes del manuscrito durante varias etapas de su gestación: Susan Davis, Andy Fisher, DeeDee Halleck, Jonathan Kahn, Cambiz Khosravi, Andrew Nash, Walt Sheasby y Michélie Syverson, a los cuales estoy completamente agradecido. Agradezco nuevamente a Michélie Syverson por el apoyo activo que brindó a este proyecto durante sus últimas etapas.

Entre los que han ayudado de un modo u otro en distintos puntos de este trabajo, agradezco a Roy Morrison. John Clark, Doug Henwood, Harriet Fraad, Ariel Salleh, Brian Drolet, Leo Panitch, Bertell Ollman, Fiona Salmón, Finley Schaeff, Don Boring, Starlene Rankin, Ed Hermán, Joan Martínez-Alier, Daniel Berthold-Bond y Nadja Milner-Larson. Una vez más, Mildred Marmurme suministró un apoyo vigoroso y una guía práctica a través del sector del mundo real que siempre me asombrará. Y gracias a Robert Molteno y el pueblo de Zed, por la ayuda y la oportunidad de reunir la honorable lista de trabajos que han preservado en su existencia.

Esta sería la oportunidad de dar las gracias al Bard College, mi hogar académico desde 1988, y a su administración, en especial a León Botstein y Stuart Levine, tanto como a sus autoridades, personal (en particular, Jane Dougall) y estudiantes, por todo el apoyo - material, intelectual y espiritual - en todos estos años. En una época en que declina la tolerancia por los puntos de vista disidentes, fue para mí una suerte extraordinaria encontrar al Bard. Este proyecto habría sido muy solitario y más arduo sin contar con él.

Como siempre, por último pero no menos importante, excepto por las edades de sus jóvenes miembros, mi agradecimiento a la familia que me apoya. Comenzando por mi esposa y amiga del alma, DeeDee, y extendiéndolo a quienes representan los niños del futuro por el cual debe pelearse esta batalla: Solmaria, Rowan, Liam, Tolan y Owen.

Noviembre de 2001

La gran sombra que se extendió sobre nuestro futuro el 11 de septiembre de 2001 sucedió entre la composición de *El enemigo de la naturaleza* y su publicación, y pudo

## El Enemigo de la Naturaleza

no haberse incorporado en su argumentación. No obstante, su significado es de tal magnitud que nos hace obligatorias algunas breves consideraciones.

En primer lugar, dado que gran parte de este libro fue escrito durante un período de crecimiento económico lampante, su tema principal, que es la implacable presión expansiva del capital, podría haber perdido importancia en vista de la brutal caída actual del sistema económico mundial. Sin embargo, siguen vigentes los mismos principios básicos. Pues lo que cuenta es la misma presión, tenga o no ella éxito en imponer el crecimiento. El capital es un sistema acosado por la crisis, y aunque nunca hay una correlación clara entre las crisis económicas y las ecológicas, la integridad del ecosistema se sacrifica, en todo caso, al ciclo económico. Cuando la economía crece, la mera cantidad se convierte en el factor dominante; mientras que si, como ahora, domina la recesión, la disminución en el crecimiento, actúa como señal para que se aflojen las salvaguardias ambientales, con el fin de restaurar la acumulación.

En segundo lugar, la crisis planteada por el terror fundamentalista y la que plantea el deterioro ecológico global comparten algunos rasgos comunes. Como veremos en las páginas siguientes, la crisis ecológica es como una pesadilla en la que los demonios desatados por la dominación progresiva de la naturaleza a escala mundial vuelven a deambular como amos. Pero algo parecido sucede con el terrorismo. A menudo, la rebelión terrorista se percibe dirigida contra la modernidad, pero esto sólo comienza a importaren el contexto del imperialismo, esto es, la dominación progresiva de la *humanidad* a escala mundial. En la especie de imperialismo conocida como globalización, la disolución de las viejas maneras de ser es parte y porción del «comercio libre» impuesto por la fuerza. El fundamentalismo surge en las sociedades periféricas que se desintegran como modos de restaurar la integridad de las comunidades devastadas. El proyecto se vuelve irracional por el odio inducido por la impotencia, y lo que produce es un giro hacia un ciclo de venganza signado por el terror y el contraterror.

La dialéctica del terror y la desintegración ecológica se unifican en el régimen del petróleo. Por un lado, éste constituye el material dinámico principal de la crisis ecológica y, por el otro, el principio organizador para la dominación imperial de los territorios en los que se desarrolla el conflicto. La sociedad industrial se basa en el combustible del petróleo, y el crecimiento de Occidente necesariamente se vincula con la explotación y el control de los territorios donde aquél está localizado más estratégicamente. Como esto sucede por lo general en los territorios islámicos, estos constituyen el decorado para la gran lucha que se desarrolla actualmente.

Este no es el lugar para tomar parte en esta lucha, excepto para decir que es necesario juntar las raíces de sus causas. Desde esta perspectiva, la resolución de la crisis ecológica y la liberación de la humanidad del terror - incluido, sin duda alguna, el terror infligido por la superpotencia a sus víctimas - son dos aspectos de un mismo proceso.

Ambos requieren la superación del imperio, lo que a su vez requiere la anulación de aquello que genera el imperialismo sobre la naturaleza y la humanidad. Es una ilusión creer que esto puede lograrse sin una profunda reestructuración de nuestro sistema industrial y, por implicación, nuestro completo modo de ser. El dominio imperialista, sea sobre el petróleo o cualquier otro, no puede ser destruido en los términos del orden actual. De aquí que lo que se requiere para sobreponerse al calentamiento global y los otros aspectos de la crisis ecológica también se aplica con respecto al terror. Debe construirse un mundo en el que no sea *necesaria* una economía basada en el combustible fósil; un mundo, como se sostiene en lo que sigue, más allá del capital.

*Para todos los que viven en Santidad*

William Blake

*Todo lo sagrado es profanado*

Karl Marx

*A mis nietos: Owen, Tolan, Liam,*

Rowan y Solmaria

## **Primera Parte**

### **El Imputado**

# 1 Introducción

**Era** 1970; los temores crecientes por la integridad de la ecología planetaria dieron lugar a una nueva política. Se consagró al 22 de abril como el primer «Día de la Tierra» y, a partir de allí, éste se convirtió en un acontecimiento anual dedicado a la preservación y el enaltecimiento del medio ambiente. Extraordinariamente, los ciudadanos que así despertaron- a esta cuestión **se** unieron **a ciertos** miembros de **las** élites quienes, organizados en un grupo llamado «Círculo de Roma», incluso osaron difundir una cuestión jamás contemplada antes por los personajes del poder, que **apareció** bajo el título de su manifiesto de 1972: «Los límites del crecimiento».<sup>1</sup>

Trece años más tarde, en el Día de la Tierra de 2000, se programó un coloquio entre Leonardo KCaprio y el presidente Bill Clinton, quienes tuvieron, una excelente charla acerca de la salvación de la naturaleza. El aniversario también suministró una ocasión ventajosa para informar los resultados de tres décadas de «limitación del crecimiento». Así, en el amanecer del nuevo milenio, se pudo observar que:

- la población humana se había incrementado de 3.700 millones a 6.000 millones (el 62%);
- el consumo de petróleo creció de 46 millones a 73 millones de barriles por día;
- la extracción de gas natural se acrecentó de 34 billones de pies cúbicos a 95 billones por año;
- la extracción de carbón lo hizo de 2.200 millones a 3.800 millones de toneladas métricas;
- la población mundial que poseía un vehículo a motor casi se triplicó: de 246 a 730 millones;
- el tráfico aéreo se multiplicó por seis;
- se duplicó el consumo de árboles para la fabricación de papel, hasta 200 millones de toneladas métricas por año;
- las emisiones humanas de dióxido de carbono crecieron de 3,9 millones de toneladas métricas anuales hasta una cifra estimada en 6,4 millones - esto a pesar del ímpetu adicional por detenerlas, provocado por una toma de conciencia

## El imputado

acerca del calentamiento global, que no era percibido en 1970 como un factor imputable;

- por causa de ese calentamiento, la temperatura media se incrementó en 1° Fahrenheit -un número apaciguadoramente pequeño que, distribuido de manera desigual, se traduce en sucesos climáticos caóticos (siete de las diez tormentas más destructivas en el registro histórico han ocurrido en la última década) y una cascada impredecible e incontrolable de traumas ecológicos -inclusive el derretimiento del Polo Norte durante el verano de 2000, por primera vez en 50 millones de años, y las señales de desaparición de las «nieves del Kilimanjaro» al año siguiente;
- las especies están extinguiéndose en una proporción sin precedentes en 65 millones de años;
- se está pescando el doble que en 1970;
- los suelos agrícolas han sido degradados en un 40 por ciento;
- la mitad de los bosques ha desaparecido;
- la mitad de las tierras húmedas se encuentra saturada o desecada;
- la mitad de las aguas costeras de Estados Unidos es inapta para la pesca o la natación;
- a pesar de los esfuerzos concertados para limitar las emisiones de sustancias que reducen la capa de ozono, el agujero de ozono de la Antártida se ha ampliado constantemente en 2000, hasta unas tres veces la extensión continental de Estados Unidos; entretanto, todos los días continúan emitiéndose 2.000 toneladas de sustancias que lo provocan; y
- durante 1999 se lanzaron ¡la atmósfera de Estados Unidos 7.300 millones de toneladas de sustancias contaminantes.'

La mayor parte de estas tendencias se está acelerando. Y todas ellas son manifestaciones de lo que se proclama, por cada fuente responsable y autorizada, ser la mejor de las noticias. Esto es, que el producto bruto mundial se ha incrementado en los treinta años que siguieron a la publicación de *Los límites del crecimiento* en casi un 250 por ciento: de 16 a 39 billones de dólares

A este cuadro es necesario agregarle los costos humanos producidos durante esta fase de prosperidad sin parangón.

- la deuda del Tercer Mundo se multiplicó por ocho;
- la brecha entre las naciones ricas y las pobres, de acuerdo con las Naciones Unidas, pasó de ser de 3 a 1 en 1820 a 35 a 1 en 1950; de 44 a 1 en 1973 - a comienzos de la era sensible al medio ambiente - a 72 a 1. es decir.

aproximadamente dos tercios de la brecha en este período, y nadie podría negar que esta diferencia escandalosa se ha incrementado desde entonces;

- entre 1990 y 1998 decayó el ingreso per capita en 50 países. Uno de ellos - Rusia - ha sufrido la serie más catastrófica de retrocesos jamás registrados en una nación no invadida ni en guerra, con tales disminuciones en la expectativa de vida y crecimientos en los nacimientos defectuosos que el país se despoblará en más o menos un siglo si continua en ese camino;
- cada año, 1,2 millón de mujeres menores a los 18 años ingresan en el comercio sexual global; y
- 100 millones de niños carecen de hogar y duermen en las calles.

Por supuesto, hay mucho más. Pero no es mi propósito abrumar al lector con estadísticas. Sólo señalar una cuestión que puede percibir cualquier persona sensible, aunque ella sea ignorada y malentendida continuamente. Permítaseme expresarlo con claridad.

Como el mundo (o para ser más exacto, Occidente, el mundo industrial) ha dado un salto en prosperidad inimaginable para las generaciones anteriores, ha preparado por ello, para sí mismo, una calamidad aún mucho más inimaginable. En efecto, el actual sistema mundial ha tenido tres décadas para limitar el crecimiento, y ha fracasado de manera tan abyecta en esa tarea que incluso la idea de limitar el crecimiento ha sido desterrada del discurso oficial. Por lo demás, se ha probado en forma decisiva que la lógica interna del sistema actual traduce «crecimiento» por incremento de la riqueza para pocos y de la miseria para muchos. Por consiguiente, debemos comenzar nuestra indagación por el hecho frío de que el «crecimiento» así concebido significa la destrucción de la fuente natural de la civilización. Si el mundo fuera un organismo vivo, entonces un observador sensible podría concluir que este «crecimiento» es un cáncer que, si no se trata de alguna manera, implica la destrucción de la sociedad humana e incluso plantea la cuestión de la extinción de nuestras especies. Una extrapolación simple nos dice mucho, una vez aprehendido que el crecimiento es incontrolable. Los detalles son importantes e interesantes, pero lo son menos que la principal conclusión: el crecimiento irresistible y el hecho evidente de que éste desestabiliza y destruye el terreno natural necesario para la existencia humana significan, para decirlo en términos muy claros, que estamos condenados bajo el actual orden social, y que sería mejor que lo cambiemos tan pronto como sea posible, si queremos sobrevivir.

Uno desea vociferar esta brutal y clara verdad, que debería estar en el encabezado de cada periódico y en la señal identificatoria de todas las emisoras; ser la cuestión de tratamiento principal en el Congreso y en todos los organismos gubernamentales; la

## El imputado

preocupación de cada congregación y la materia central de cada curricula en todos los niveles educativos... pero no sucede nada de esto. Sí, se presta infinita atención a la crisis, lo que es en gran medida útil, de algún modo trivial, y una cosa claramente nociva. Pero, ¿dónde está la reflexión seria, sistemática, acerca de la verdad brutal: que la humanidad está en manos de un *régimen suicida*, cuyo cambio fundamental pocos creen que sea posible o deseable? ¿Dónde está el análisis racional de este asalto a la naturaleza por parte del sistema y sus derivaciones, que implican un plan para cambiarlo realmente (no la regulación de esto o aquello, o el recurso a la plegaria o un cambio interior, sino realmente dirigido a atacar el cáncer y exhibir los lincamientos de una curación ?

Aquí planteo una esperanza. En todo caso, esa es mi meta. Y si lo que tengo que decir no es cierto en todos los detalles, o incluso lamentablemente erróneo, por lo menos ello puede servir para impulsar el debate acerca de estas cuestiones fundamentales. No tengo queja contra muchos de los esquemas ambientalistas virtuosos y sensibles actualmente conspicuos. Mi queja sólo se dirige contra la concepción que sostiene que todo lo que se necesita son reformas graduales. Mi agravio es contra la actitud que rechaza mirar el problema como un todo y contemplar un cambio radical. Pues si el argumento arriba expuesto tiene siquiera *un* leve reclamo de plausibilidad - y merece repetirse que el grueso de la evidencia es tal como para situar la caída de la prueba sobre los que lo nieguen - entonces sus implicaciones necesitan exponerse extensamente sin tener en cuenta cuán fuera de moda o perturbadoras ellas pudieran ser. Si no existe un discurso efectivo acerca de la lógica del crecimiento sistémico y el mundo actual se asienta blandamente en una negación complaciente, o incluso en el desasosiego de una contemplación mórbida, tomando la palabra de los ambientalistas y desconfiando de todos modos, en lugar de enfrentarse a la crisis ecológica honradamente, entonces es necesario un trabajo que precisamente se *esfuerce* por construir tal discurso. Por consiguiente, escribí *El enemigo de la naturaleza* no porque haya una falta de conciencia de nuestras miserias ambientales, sino porque casi ninguna de las innumerables obras dedicadas al lema desarrollan las implicaciones resultantes de lo que antes se ha esbozado:

- Que el «sistema reinante» en cuestión es el capitalismo, cuyo dinamismo (el del capital) ciertamente es una extraña bestia, no del todo accesible al sentido común y que se *extiende* mucho más allá de sus implicaciones económicas generales.
- Que el «crecimiento» que se traía es, en esencia, la expresión del ser más íntimo del capital.
- Que éste es incorregible: así, cualquier límite serio a la expansión del capital

arroja al sistema a una crisis profunda. Para el capital siempre se debe «¡ Crecer o Morir!». La conclusión es que el capital no puede ser reformado: o nos domina y destruye o es destruido, de modo que podamos prolongar la vida de la especie.

- Que estas implicaciones nos demandan repensar la cuestión de la revolución, que ahora generalmente se cree que yace silenciosa en el basurero de la historia. Más bien, se debería argüir que la ecodestructividad y las fuerzas incorregibles del capital combinadas abren la perspectiva de una revolución total, que debería denominar *ecosocialista*, relacionada con pero distinta a los socialismos del siglo pasado.
- Nos incumbe imaginar los contornos de tal revolución y explicarlos en forma detallada, a despecho del actual estado miserable de las fuerzas radicales.

Ahora es posible que los tiempos estén cambiando. Quizás el largo giro hacia abajo de la resistencia esté llegando a su fin, porque el capital, al haber logrado su globalización, ya no puede refrenar las contradicciones que provienen de su dominación de la naturaleza y de la humanidad, de modo que permite a todos los pueblos romper las cadenas del sistema. En efecto, hay grandes señales de que así sea. Principalmente el estallido mundial de manifestaciones contra la trinidad impía del capital: el FMI, el Banco Mundial y la OMC.<sup>4</sup>

Aunque *El enemigo de la naturaleza* comenzó a escribirse mucho antes de que los acontecimientos de Seattle sacudieran al mundo en 1999, creo que este trabajo responde a las mismas fuerzas históricas. Llama a quienes protestan contra la globalización a considerar dónde reside la lógica de sus acciones. En otras palabras, ¿cómo hacer para ir más allá de las primeras etapas de confrontación con el sistema? ¿En qué sentido puede controlarse el régimen del capital, si éste ya no puede detener su expansión inexorable -del mismo modo que un hombre no puede dejar de respirar voluntariamente? ¿Estamos preparados para pensar en el derrocamiento del capital y su reemplazo por una nueva forma de sociedad basada en un nuevo modo de producción? ¿Estamos listos - espolcados por una conciencia naciente de que la crisis no puede ser resuelta dentro del sistema existente - para repensar este sistema en todos sus aspectos y cambiarlo realmente? Estas cuestiones generales y algunas otras innumerables que se derivan de ellas se consideran en los capítulos que siguen.

El trabajo se divide en tres partes. En la primera, «El imputado», acusamos al capital de ser lo que llamaremos la «causa eficiente» de la crisis ecológica. Pero ante todo, la propia crisis necesita ser definida, y es lo que comenzamos a hacer en el capítulo siguiente, principalmente mediante la introducción de ciertas nociones ecológicas me-

## El imputado

diante las cuales puede considerarse la escala de la crisis y plantearse la cuestión de la causalidad. El tercer capítulo, «El capital», despliega los principales argumentos de la acusación, comenzando con el estudio particularizado del caso del desastre de Bhopal y procediendo a un análisis de qué es el capital y cómo afecta de manera intensiva a los ecosistemas por la degradación de las propias condiciones productivas y, por extensión, mediante su expansión despiadada. En el capítulo siguiente, «El capitalismo», proseguimos mediante la consideración de la forma específica de sociedad construida en torno y por la producción del capital. Se exploran los modos de expansión del capital, junto con las calidades de sus relaciones sociales y el carácter de su clase dominante. Y, decisivamente, la cuestión de su adaptabilidad. Pues si el capitalismo no puede alterar su curso ecológico fundamental, plantea el caso de su transformación radical.

Es preciso señalar que todo ello representa un gran desafío. La crisis ecológica es intelectualmente difícil, y su contemplación horrorosa, mientras que sus resultados siempre deben quedar más allá del reino de la prueba positiva. Además, la línea de razonamiento aquí seguida entraña elecciones extremadamente difíciles y políticas desacostumbradas. Aun cuando las personas pueden aceptarla de modo superficial, sus dimensiones pasmosas provocan resistencia a las implicaciones prácticas inevitables. La argumentación aquí desplegada podría ser, para muchos, equivalente al aprendizaje de que un guardia confiable y admirado - más aún, uno que retiene una gran cuota de poder sobre la vida - es en realidad un asesino de sangre fría que debe ser suprimido si se desea sobrevivir. No se puede extraer una fácil conclusión ni tomar un camino fácil; no obstante, es esencial hacerlo. Pero ese es mi problema, y si creyera en la oración, debería rogar que mis fuerzas se adecúen a la tarea.

En la Segunda Parte. «La dominación de la naturaleza», abandono la prosecución dilecta del caso para ingresar en sus terrenos más vastos. Esto es necesario por una serie de razones, pero principalmente para evitar una estrecha interpretación economicista. En el primero de sus capítulos, particularmente el quinto, me dedico a argumentar más profundamente acerca de la filosofía de la naturaleza en general y de la naturaleza humana en particular. Esto está vinculado con la sustitución de un enfoque simplemente *ambientalista* por otro que es auténticamente *ecológico*, para cuyo propósito es necesario hablar en términos de ecosistema humano y en los de la aptitud humana para los ecosistemas; esto es, la naturaleza humana. Si la meta de nuestro esfuerzo es construir una sociedad libre en armonía con la naturaleza, necesitamos apreciar cómo el capital violenta tanto la naturaleza en general como la naturaleza humana en particular - y se necesita *comprender* también cómo podemos restaurar una relación más integral con la naturaleza. Estas ideas se desarrollan ulteriormente en el Capítulo 6, tomándolas en su conformación histórica y en relación con otras variedades de ecol'ilosofía. Aquí vemos que el capital se sitúa al final de toda una serie de extrañamientos de la naturaleza y los

integra en sí mismo. Luego, lejos de ser simplemente una configuración económica, el *capital* es la culminación de una fisura antigua entre la humanidad y la naturaleza, expresada en el concepto de «dominación de la naturaleza». Se concluye que el capital es un completo modo de ser, y no meramente una serie de instituciones. Por consiguiente, es este modo de ser el que tiene que ser transformado radicalmente si queremos superar la crisis ecológica - aunque su transformación necesariamente deba pasar a través de un retroceso en términos de «economía capitalista» y su aparato de dominación: el estado capitalista. Concluyo el capítulo con algunas reflexiones filosóficas, que incluyen un comentario resumido acerca del rol jugado por el concepto elusivo de «dialéctica».

Luego, en la Tercera Parte, «Hacia el ecosocialismo», volvemos sobre la cuestión de «¿qué hacer?» Ahora la argumentación se vuelve política y, dado que en los días que corren estamos tan lejos de transformar la sociedad, hacia una mezcla de utopía y pensamiento crítico. Comenzamos en el Capítulo 7 con un informe acerca de la ecopolítica existente, para ver qué se ha hecho por enmendar nuestra relación con la naturaleza y comprobar su potencial para desarraigar el capital. Un aspecto de esta crítica es completamente convencional, aunque por lo general menospreciado. Subrayamos que el capital produce la separación entre nuestra capacidad productiva y las posibilidades de su realización. Esto es, en el fondo, el encarcelamiento del trabajo y el achicamiento de las capacidades humanas - capacidades que necesitan un desarrollo pleno y libre en una sociedad ecológicamente sana. Por consiguiente, cualquier ecopolítica existente tiene que ser juzgada por el criterio del éxito que hubieren obtenido en la liberación del trabajo, que es como decir nuestra fuerza transformadora. El capítulo recorre ampliamente desde las concepciones relativamente bien establecidas hasta aquellas relegadas hacia los márgenes, y generalmente encontramos en ellas las defectuosas estrategias existentes. Concluyo con el análisis de un peligro que no se aprecia de manera suficiente: el movimiento ecológico puede convertirse en reaccionario o incluso fascista.

Habiendo informado lo que es, en los dos últimos capítulos consideramos lo que debería ser. En el capítulo ocho, «La prefiguración», se considera la cuestión general de cómo encarar la liberación de las cadenas del capital. Esto requiere una excursión en el concepto marxista de «valor de uso», como tema particular del sistema económico abierto a la transformación ecológica. Y otra excursión en la enmarañada historia del socialismo, como el registro de los esfuerzos que trataron de - y esencialmente fallaron en - liberar al trabajo durante el siglo pasado. Finalmente, el capítulo gira hacia el asunto crucial de la producción ecológica como tal, utilizando para este propósito una síntesis con el ecol'eminismo, una doctrina que conecta la liberación de género con la de la naturaleza. Concluimos con la observación de que los puntos clave de actividad son «prefigurados», en el sentido de que ellos contienen en sí mismos los gérmenes de la

## El imputado

transformación; e «intersticiales», en el de que están dispersos ampliamente en la sociedad capitalista. En el capítulo final, «El ecosocialismo», intenta un mapeo de la dispersa y debilitada condición actual de la resistencia a la transformación del propio capitalismo. El término ecosocialismo se refiere a una sociedad que es reconocidamente socialista, en la que los productores se han reunido con sus medios de producción en un robusto **florecimiento** de la democracia; y **también** reconocidamente ecológica, en la que los «límites del crecimiento» son finalmente respetados y se reconoce que la naturaleza posee un valor intrínseco y no simplemente que necesita cuidado. Y de ese modo permite resumir un sendero formativo que le es inherente. Este imaginario del ecosocialismo no representa una especie de aspiración divina de predecir con precisión el futuro, sino un esfuerzo por mostrar que podemos - o mejor, hemos comenzado a - pensar en términos de alternativas fundamentales al capital, que conlleva la muerte. A este respecto, se considera una cantidad de cuestiones pertinentes y el esfuerzo entero se completa con una reflexión breve y especulativa.

Unas consideraciones últimas antes de retomar la argumentación. Espero algunas críticas por no otorgar peso suficiente a la cuestión demográfica en lo que sigue. Como, por ejemplo, no hacer que la superpoblación aparezca entre los principales candidatos a cobertura primordial o a causa eficiente de la crisis ecológica. Sin embargo, no es que no tome en cuenta el problema de la población, que es muy grave, sino porque le asigno una dinámica secundaria -no secundaria en importancia, sino en el sentido de estar determinada por otros rasgos del sistema.<sup>5</sup> Continuo siendo un adversario profundamente desconfiado del neomalthusianismo recurrente, que sostiene que si sólo las clases bajas detuvieran su procreación irresponsable, todo iría bien. Y sostengo que los seres humanos tienen tan amplio poder para regular la población *como* lo tienen sobre las formas de su existencia social. Para mí, otorgar ese poder al pueblo es el asunto principal, para cuyo fin necesitamos un mundo donde no haya más clases bajas, y donde todas las personas tengan el control de sus vidas.

*El enemigo de la naturaleza* no necesita disculparse por moverse dentro de la tradición marxista y adherir a los principios fundamentales del socialismo, como la necesidad de la emancipación del trabajo. Pero su enfoque no es el del marxismo tradicional. Lo que Marx nos legó es un método y un punto de vista que exige fidelidad a las formas particulares de una época histórica dada y la transformación de su propia visión como historia en desarrollo. Dado que el marxismo surgió un siglo antes de la maduración de la crisis ecológica, deberíamos esperar que sus formas recibidas sean tanto incompletas como defectuosas para abordar una sociedad que, como la nuestra, se encuentra en decaimiento ecosistémico avanzado. Por consiguiente, el marxismo necesita transformarse más plenamente en ecológico, a fin de realizar su potencial para hablar tanto por la naturaleza como por la humanidad. En la práctica, esto significa remplazar la produc-

ción *capitalista* por la *ecológicamente sana y socialista*, por medio de una restauración de los valores de uso abiertos al valor intrínseco de la naturaleza.

Asimismo, es posible que algunos encuentren demasiado unilaterales los puntos de vista de *El enemigo de la naturaleza*. Se me dirá que aquí hay un odio al capitalismo que lleva a la minusvaloración de todos sus espléndidos logros y a la subestimación de sus prodigiosos poderes de recuperación. A decir verdad, odio al capitalismo y desearía que otros también lo hicieran. Ciertamente, espero que este sentimiento me garantice la voluntad de proseguir en la verdad difícil de un fin transformador. En todo caso, si las concepciones que aquí se expresan parecen ásperas y desbalanceadas, sólo puedo decir que hay oportunidades sin fin para escuchar hosannas a la grandeza del Señor Capital y obtener, como dicen ellos, un punto de vista más matizado. Me apresuro a agregar que el odio al capital no es lo mismo que el odio a los capitalistas, aunque hay muchos de ellos que deberían ser tratados como delincuentes comunes, y todos deberían ser despoñados de los instrumentos que corrompen sus almas y destruyen el terreno natural de la civilización. El último grupo me incluye a mí mismo, junto con millones de otros que han sido echados a la vida dentro de la olla capitalista (en mi caso, por ejemplo, por los fondos de pensión bajo la forma de obligaciones negociables: en todos los casos por poseer una cuenta bancada o usar una tarjeta de crédito). Una de las maravillas del sistema es cómo produce un sentimiento de complicidad en sus maquinaciones - o más bien, trata de hacerlo y con frecuencia lo logra. Pero el sistema no necesita de este éxito, y uno puede precaverse de facilitararlo si comprende que, en el combate por una sociedad ecológicamente sana más allá del capital, estamos luchando no sólo por sobrevivir sino, más fundamentalmente, por construir un mundo mejor y una vida mejor sobre él para todas las criaturas.

## Notas

1. Meadows *et al*, 1972.
2. Gran parte de estos datos provienen de Donella Meadows: «Earth day plus thirty, as seen by the Earth», distribuido en internet, abril de 2000. Meadows, recientemente fallecida en forma trágica, es también coautora de Meadows *et al*, 1992, un estudio consecutivo a *Los límites del crecimiento* (Meadows *et al*, 1972), en el que sostiene de modo esperan/ador - pero erróneamente - que, de todas las grandes crisis ambientales, la del agujero de ozono es la única contra la cual los esfuerzos internacionales concertados han tenido éxito.
3. Información personal de Daniel Faber. Esüi es la cifra más alta en un periodo de diez años, durante el cual se adoptaron esas medidas (de acuerdo con Faber, ciertamente demasiado baja con respecto a la real, dado que la información se basa en los informes voluntarios suministrados por las grandes empresas).
4. Aquí va otro indicio de ello. En una reunión celebrada en Chiapas, México, en octubre de 2000, durante una conferencia a la que concurrieron 222 delegados de las comunidades indígenas de toda América, se

## El imputado

adoptó la resolución de que como «el neoliberalismo era simplemente la estrategia para expandir el alcance del capitalismo global... el objetivo general debe ser... Lograr la derrota del capitalismo en toda América... especialmente es su manifestación actual como neoliberalismo» (ACERCA, 20U1). Tal socialización y militancia hubiera sido escasamente posibles una década antes.

5. Meadows *et al.*, 1992. Los autores (que no son marxistas) concluyen (p. 118) más bien sombríamente: «[hay]... una coacción a la autolimitación sobre la población. Eventualmente, la población podrá nivelarse si el producto industrial percapita se eleva lo suficiente, pero el modelo no contiene un estreñimiento a la autolimitación del capital. Vemos poca evidencia en el «mundo real» de que la gente o las naciones ricas hayan perdido interés en adquirir mayores riquezas. Por consiguiente, suponemos que los propietarios del capital continuarán tratando de multiplicar su riqueza indefinidamente y que los consumidores continuarán estando dispuestos a incrementar su consumo.»

## 2. La crisis ecológica

Algo ha estado terriblemente equivocado en las relaciones entre la humanidad y la naturaleza. Veamos el siguiente artículo, citado por completo, que apareció en el *Guardian Weekly* en 1999:

De acuerdo con la Cruz Roja, el último año los refugiados ambientales que huyeron de las sequías, las inundaciones, la degradación y la deforestación de las tierras, totalizaron 25 millones, sobrepasando por primera vez a los desplazados por las guerras.

El informe de Desastres Mundiales, una publicación anual de tendencias humanistas, afirmó que los «desastres naturales» del pasado año fueron los peores del registro, al crear el 58% de los refugiados mundiales.

Astrid Helberg, presidente de esa federación internacional, sostuvo que: «Por un lado, todos son conscientes de los problemas ambientales del calentamiento global y la deforestación y, por el otro, los del incremento de la pobreza y el crecimiento de las villas miseria... pero cuando se unen estos dos factores, se tiene una nueva escala de la catástrofe».

El año último los problemas ambientales expulsaron de sus tierras a 25 millones de personas, hacia las ya vulnerables comunidades intrusadas en la periferia de las ciudades en rápido crecimiento. El doctor Helberg predice que «la combinación de seres humanos expulsados por el cambio climático y las condiciones de rápido cambio social y económico pondrá de relieve una reacción en cadena de devastaciones que conducen a desastres superlativos».

El informe observa las consecuencias del Huracán Mitch sobre América central, y de los «gemelos mortales» El Niño y La Niña, que han alterado las temperaturas del Pacífico y el Atlántico, provocando sequías e inundaciones en los continentes a cada lado de ambos océanos y se cree harán más extremo el calentamiento global. El año pasado se recuerda como el más caluroso.

El informe dice que en Indonesia, El Niño causó la peor sequía en 50 años, destacando una reacción de crisis en cadena. Fracasó la cosecha de arroz, los precios del arroz importado se cuadruplicaron. La moneda se devaluó en un 80% y estallaron disturbios. En el interior rural, los bosques urdieron fuera de control, cubriendo vastas áreas con una nube de humo tóxico.

Se estima que El Niño ha costado 21.000 vidas en 1998, mientras que la deforestación en las costas del río Yangtze en China contribuyó a inundaciones que afectaron la vida de

## El imputado

180 millones de personas.

Las tendencias actuales están colocando a más millones en el sendero del desastre potencial. Mil millones de personas viven en villas miseria sin planificar, y 40 de las 50 ciudades de rápido crecimiento se localizan en zonas sísmicas. Otros 10 millones viven bajo la amenaza constante de las inundaciones.

China, cuya respuesta a las inundaciones en el Yangze ha sido plantar millones de árboles, ha invertido 3.000 millones de dólares más en el control fluvial que en los últimos 40 años y se estima que de ese modo ha evitado pérdidas económicas en alrededor de 13.000 millones de dólares.

Peter Walker, director de la Cruz Roja para la política de desastres, dijo: «Tenemos que pensar en forma internacional del mismo modo que lo hacemos en lo doméstico. No esperamos a que se incendie una casa para gastar dinero en el departamento de bomberos. Debemos gastar más dinero antes que estalle el desastre».

Ciertamente, un cuadro sombrío, que los efectos catastróficos de fuentes medioambientales podrían acrecentar, hasta exceder las limitaciones a la agresión humana directa. Pero este suceso notable tiene más que ver con la teneduría de libros que con los mecanismos básicos. Pues sin duda no hay una catástrofe ambiental en una columna y una agresión humana en otra, como en un ordenado trabajo de contadores. La agresión humana siempre ha tenido mucho que ver con las interrupciones en el crecimiento natural de la sociedad - considérese que todas las guerras conducen al agotamiento de los suelos - mientras que las interrupciones provocadas por el medio ambiente se relacionan virtualmente siempre con la actividad humana, la que, como sabemos, está demasiado a menudo señalada por la «agresión». De hecho, el propio «medio ambiente» está por doquier marcado por las manos humanas, dado que lo que llamamos naturaleza tiene una historia. Sin embargo, ahora esa historia está ingresando en una nueva fase.

¿El Huracán Mitch fue un «acto de Dios», en este tiempo en que el calentamiento global ha sido finalmente aceptado como el producto de la actividad humana, que eleva las tormentas hacia nuevos niveles de furia? ¿Y hasta dónde sus efectos horribles son el resultado de la deforestación y el desplazamiento de los pobres hacia laderas vacilantes y otros lugares peligrosos? ¿Un terremoto destructor puede divorciarse del hecho uó que 40 de las 50 ciudades de crecimiento rápido hayan sido construidas sobre faiaas sísmicas? ¿El Niño y La Niña mismos están afectados por el calentamiento global, y por eso son en algún grado socialmente provocados? Luego, están los efectos relacionados con la política gubernamental y la corrupción, ellos mismos el resultado de los circuitos económicos y políticos globales. Por ejemplo, en Indonesia los incendios estuvieron «fuera de control», en buena medida porque Suharto, entonces dictador de ese país y estimado por la comunidad de negocios internacional, hubo cedido grandes ex-

tensiones de bosques a sus compinches. Finalmente, ¿no hay algo de deficiencia en la respuesta de las autoridades? Cuando la Cruz Roja oficial convoca a gastar dinero para detener el desastre, ¿está siendo prudente o burocráticamente estúpida? ¿No hay algo mucho más sustancial que gastar dinero en los problemas que lo requieren? Como habitualmente se dice, ¿no es el gobierno parte del problema?

La cuestión no es sociedad y naturaleza, como si se tratara de dos cuerpos independientes que rebotan uno contra otro. Se trata de la evolución, acelerada con velocidad asombrosa, de una antigua fisura en la relación de la humanidad con la naturaleza. Tenemos que convertirnos en testigos de la inflamación de esta patología largamente ardiente - testigos, víctimas y, si nos despertamos a tiempo, sanadores.

Entretanto, resultan todo tipo de sorpresas desagradables de la interacción incesante e impredecible de los conjuntos desestabilizados de la naturaleza -permítasenos llamarlos *ecosistemas*. Así, el efecto invernadero, resultante de la acumulación de gases que retienen el calor, está implicado no sólo en estas tormentas sino también en una proliferación renovada de enfermedades infecciosas mortales -tanto por la recurrencia de antiguos asesinos como la malaria y la tuberculosis como por la aparición de formas nuevas y exóticas, como los virus del Ebola, el Hanta y el del Nilo Occidental.<sup>2</sup> Sólo una generación después que la ciencia médica predijera confiadamente el fin de las enfermedades infecciosas, ingresamos en una época de pandemias a escala del siglo XIV, que fue una cabalgata de plagas. Hay muchas razones para esto, y entre ellas está el calentamiento global, el cual, medianie la desestabilización climática, lleva a un clima crecientemente caótico y a la alteración del hábitat. Esto comprende tanto a los agentes patógenos como a sus vectores de realimentación fuera de control. Aquí sólo comienza la historia. Más allá de los efectos del clima, sobrevienen otros procesos de deterioro del hábitat. especialmente la destrucción de los bosques por la tala indiscriminada, el desesperado corte para leña por los indigentes o la sustitución de una economía de subsistencia por otra basada en el ganado o la exportación de las cosechas. Todo esto interactúa con los cambios climáticos en formas que son fundamentalmente incalculables, las que incluyen el hecho de que la propia deforestación afecta al clima. Los efectos directos sobre sus huéspedes de estos agentes patógenos son igualmente importantes, con el agregado de una caída muy grande de la resistencia a las infecciones.

La «naturaleza», objeto y sujeto de la crisis ecológica, incluye el ecosistema conocido como cuerpo humano. En este nivel, la desnutrición, el desempleo, la alienación social, el envenenamiento sistemático provocado por las descargas químicas y los efectos sutiles de las precipitaciones radioactivas y, por cierto, del propio cambio climático, incrementan todos la probabilidad de que se contraigan infecciones y de que éstas se vuelvan letales y pandémicas. Y por supuesto, el actual colapso en los cuidados de la

## El imputado

salud afecta de manera incomprensible a vasto número de personas - una estimación reciente calcula que ese número se eleva a 800.000.000 que han perdido ahora esencialmente todo recurso médico. En el orden actual de la globalización, el mundo está sujeto a grados caóticos de circulación de personas, señales y sustancias, mientras que la sociedad civil y las comunidades se desintegran en gran número de asentamientos. Su inevitable compañía son las pandemias letales, como el SIDA, aparecido para diezmar las poblaciones del África subsahariana, con Sudáfrica y la ex Unión Soviética esperando su turno. ¿Y qué decir de los aún más sutiles pero profundos efectos de la desmoralización, en las personas que no tienen posibilidad alguna de control real sobre sus vidas y han perdido la esperanza en un mar de preocupaciones, o se vuelven hacia creencias irracionales y prácticas autodestructivas como forma de escapar de una realidad insostenible e incomprensible? ¿No deberíamos pensar en la desmoralización como un fenómeno ecológico?

Estos cambios se ramifican a través de toda la naturaleza. El inmenso ecosistema de los océanos abarca e interconecta a otros innumerables, definidos por su profundidad particular, o su relación con las costas, o las corrientes, o los arrecifes coralinos y así por el estilo, como también por los organismos que viven en y entre ellos. Puede evaluarse otros aspectos de la integridad de estos subsistemas, como el de la totalidad oceánica, en su relación con los cambios en curso -por ejemplo, los climáticos. A fines de la década de 1990, se obtenían los siguientes resultados:

- El agua de los océanos se había calentado en un promedio cercano a 1,8 grados Fahrenheit. Esto puede no parecer mucho. Sin embargo, dado que el calentamiento del agua disminuye su oxígeno, un pequeño incremento en la energía calórica puede traducirse en un decrecimiento mayor de la productividad orgánica.
- Los estudios han mostrado que el Océano Pacífico redundaba en la declinación de las algas en las costas de California; lo que es peor, durante los últimos 40 años la producción de plancton ha caído en un 90 por ciento.
- Como resultado de ello, muchas especies se han trasladado hacia el norte, provocando que la población de aves marinas decline en un 40 por ciento desde 1987 (una especie, la meauca tiznada, ha desaparecido en un 90 por ciento).
- Esta serie de cambios ha destruido alrededor del 50 por ciento de los nutrientes que se encuentran en el suelo oceánico, habitado por una cantidad inmensa de criaturas (estimado en 10 millones de especies, en su gran mayoría desconocidas por nuestra ciencia).
- En todas partes, ha muerto alrededor del 10 por ciento de los corales por el calentamiento del agua y de un 20 a un 30 por ciento de ellos se encuentra

amenazado. Como lo planteó el oceanógrafo James Porter, hay «como un canario en la mina. Ellos nos dicen que el agua donde viven se está convirtiendo en subóptima para su existencia». En sectores del Océano Índico y Pacífico los corales han disminuido en un 80 a 90 por ciento.

- Las bacterias y virus liberados por las aguas servidas se han cuadruplicado en 160 sitios coralinos a lo largo de las costas de Florida. Como resultado, alrededor del 25 por ciento de las personas que visitan las playas de Florida han contraído enfermedades. Además, por lo menos un 40 por ciento de moluscos extraídos de las costas de Nueva York se han encontrado infectados.
- Todo esto produce necesariamente un efecto deletéreo sobre las poblaciones de peces, ya tan profundamente comprometidas por la sobrepesca que 13 de las 17 mayores potencias pesqueras mundiales han disminuido o declinado su extracción. Y a su vez esto tiene efectos mayores sobre la sociedad.<sup>4</sup>

De estos innumerables acontecimientos *medioambientales* deducimos una crisis *ecológica* de proporciones globales. Por definición, el medio ambiente es un conjunto de cosas exteriores a nosotros, con una estructura no esencial, mientras que una ecología es una totalidad definida por sus relaciones internas. El medio ambiente puede ser descrito y evaluado numéricamente. Las ecologías no ofrecen tales empaquetamientos y las fronteras entre ellas son lugares en transformación activa, sin ninguna línea fija entre el interior y el exterior. Especialmente, la frontera entre la humanidad y la naturaleza se vuelve altamente dinámica y una materia a ser comprendida históricamente y transformada políticamente. Es en este espíritu que deberíamos enfocar la cuestión de una crisis ecológica.

La crisis ecológica es una abstracción de una serie de hechos obstinados: que los disturbios «ambientales» estallan por todas partes; que ella está conectada de manera peculiar con la condición contemporánea, y que plantea con claridad una amenaza mayor para la integridad futura de la sociedad y la naturaleza. Lógicamente, se puede adscribir a esto como posibilidad, o creer que la serie de perturbaciones se autolimita y que se alejará en poco tiempo. Pero ninguna de estas afirmaciones se asienta en otra cosa que en meros deseos. Esto nos deja una alternativa más sombría, pero también más racional: que la crisis ecológica no se alejará por sí sola, y que ella es provocada por la actividad humana. Desde esta perspectiva, podemos llegar a comprender las características de esta actividad y bajo qué términos pueden superarse sus efectos sobre la ecología.

Un individuo puede experimentar rupturas ecológicas por medio de un fenómeno localizado: digamos un defecto de nacimiento, o el asma, o una inundación. Pero en ningún caso puede hacerse cualquier extensión inequívoca de cualquiera de estos fenómenos, ya se trate de una causa inmediata o de un proceso global. Ocasionalmente, se

## El imputado

suceden algunos fenómenos extraordinarios (un Canal Love, un Chernobyl o un Exxon Valdéz). Pero no hay un camino claro desde estas infracciones a una crisis global, o incluso hacia una matriz de fechorías, dado que siempre será posible argumentar que cada instancia es excepcional o remediable por alguna contramedida.

A menudo, el daño ecosistémico es difícil de acotar, como en el caso del calentamiento global o la declinación en la cantidad de esperma. En este nivel, la evidencia empírica tiende a ser confusa, o carecemos de algo más específico o, en algunos casos, incluso perceptible. Hay acuerdo general acerca de que el agujero de ozono es una lesión ecosistémica. Pero científicos destacados están en desacuerdo en que tenga lugar *incluso el* calentamiento global, o en que éste se relacione con las emanaciones de dióxido de carbono o de metano, o que sea permanente, o que sea una cosa mala. Este sector comprende una minoría menguante entre todas las perspectivas, y no es necesario decir que no se corresponde con la que presentamos aquí. Pero éste no es el caso. La ciencia no es una disciplina popular, y las minorías, aun los individuos, han sabido prevalecer ante el tribunal de la verdad. Cualesquiera fueren los motivos de las distintas posiciones, cada una de ellas lucha con una improbabilidad elemental.

Por ejemplo, ¿cómo se pueden utilizar comparaciones acerca de la cantidad de esperma a través de grandes extensiones temporales, distancias territoriales y diferentes estructuras étnicas? O, ¿dónde los investigadores han transmitido jamás lo que están haciendo? El mismo razonamiento vale para otros tipos de datos médico-epidemiológico. Sí, las enfermedades asmáticas están creciendo en las áreas urbanas; sí, los ratones han contraído el cáncer por su exposición al fumigante Alar de manzanos; sí, la malaria está en vías de retroceso. Pero, ¿qué es lo que prueba esto, más allá del hecho de que el progreso tiene sus costos?

La Hooker Chemical *Company puede* tener la responsabilidad por el accidente del Canal Love y la Exxon por el derramamiento de uno de sus tanques de petróleo. Y en algunos casos, como el del agujero de ozono, la producción de clorofluocarbonos puede ser la responsable de la ruptura ecosistémica. Pero para la mayoría de las amenazas ecosistémicas, la controversia y la duda parecen acrecentarse cuando se enfocan en un nivel de análisis más global. Entonces, ¿cómo se puede afirmar algo acerca de una crisis o incluso que un nivel superior de «crisis ecológica» afecta la totalidad de la relación entre la humanidad y la naturaleza?

De hecho, este nivel se tiene en cuenta escasamente, incluso por los críticos del sistema más implacables y sin compromisos con él. En cambio, lo que parece suceder es que el problema se toma a un nivel ecosistémico, como el de pérdida de la biodiversidad o la aberración climática, seguido por la afirmación de que los gobiernos, o «los pueblos», deben realizar cambios fundamentales. Se admite el requerimiento de un cambio «en amplia escala», incluido un ajuste económico «profundo», así como un nuevo «es-

tilo de vida», por el cual la gente rica del Norte tendrá que consumir menos y la gente pobre del Sur tendrá que procrear menos. Se han hecho varias recomendaciones acerca de las políticas impositivas, la gobernabilidad internacional y así por el estilo. Se han efectuado reverencias al cuidado de la tierra, adoptándose un enfoque más «holístico» o poniéndose en contacto con los sentimientos acerca de la naturaleza. Y después todos vuelven a casa y la naturaleza continúa siendo asolada.

Es como si el hecho elemental de la extrapolación no existiera. Sí, puede ser que El Niño sea una casualidad, tan lejos de la causalidad humana como el meteorito cuyo impacto hace unos 70 millones de años fue como un grito de detención de la Era Jurásica. Y sí, puede ser que, después de todo, esto sea para bien. Pero, ¿cómo puede negarse que la crisis ecológica ha llegado con una lamentable rapidez para las normas geohistóricas, o que se esté acelerando claramente, con lo cual coloca a los ecosistemas cada vez más en peligro y abre el camino para un crecimiento exponencial de la desestabilización? Pues los individuos pueden ser incapaces de ver esto en forma directa, dada la escala del cambio y el hecho de que, por momentánea que pueda ser desde el punto de vista geológico, la crisis rara vez impacta sobre una vida individual de un modo convincente, e incluso entonces el impacto tiende a ser naturalizado, como vuelve a salir el sol después de la última tormenta horrible. Pero que todo esto se haya acelerado así en los últimos 30 años sigue siendo asombroso, aún si el asombro no se manifiesta. Desde la perspectiva del universo como un todo, nuestra existencia parece una vela romana, que estalla con un silbido, dejando pocas huellas detrás.

Sin embargo, pese a las dificultades intelectuales y emocionales para comprender la crisis ecológica global, su existencia es realmente tan fácil de establecer como cualquier lesión ecosistémica particular. Desde nuestra perspectiva, no se trata de cualquier fenómeno dado, sino de una crisis que condiciona a todos los fenómenos. La prueba empírica para un fenómeno particular, especialmente uno de tan gran nivel de abstracción como, digamos, la pérdida de la biodiversidad, ha sido asentada por la recolección, análisis e interpretación de un inmenso número de datos concretos. Por otro lado, la prueba empírica de la crisis ecológica como un todo, emerge de la observación completamente obvia de que los problemas que comprenden varios perjuicios ambientales están creciendo, no de manera casual, sino en una clase de crescendo histórico que es propio y único del momento actual. Sí, por supuesto, las sociedades han ensuciado antes sus moradas, pagando a menudo sus acciones con el exterminio.<sup>5</sup> Pero el carácter evidentemente *global* de la crisis pone de manifiesto ante nosotros factores radicalmente nuevos: la interacción de los ecosistemas planetarios, tales como la atmósfera y los océanos; la brutal aceleración en la extinción de las especies, hasta niveles 10.000 veces más grandes que los que los anteceden; la aparición de nuevas fracturas planetarias, como el agujero de ozono, o la propagación de la desestabilización de los órganos

## El imputado

endocrinos - y, lo que es de importancia especial para nuestra práctica, nuevos órdenes de integración y desintegración social. Repitámoslo: esta es una vieja fisura elevada a un nuevo nivel, como un fuego oculto que rompe en una llama abierta, o una verruga precancerosa que se convierte en un melanoma maligno y que requiere medidas de un tipo radicalmente nuevo.

Por consiguiente, la crisis ecológica no se refiere a algún perjuicio ecosistémico dado, como el calentamiento global, la extinción de las especies, la disminución de los recursos naturales o la extensión de las intoxicaciones por nuevos productos químicos, como los organoclorados que se han lanzado hacia la biosfera. Se refiere al hecho de que esta clase de cosas suceden todas juntas - que están emergiendo en y pertenecen al mismo momento de la historia. Hay innumerables expertos que juegan el papel del doctor Pangloss de Voltaire y se sienten muy bien viviendo en la negación de las implicaciones siniestras de uno u otro aspecto ecosistémico de la crisis. Pero ninguno de los expertos o Panglosses tiene respuesta alguna para el hecho de la crisis misma.<sup>6</sup>

### Sobre la ecología humana y la trayectoria de la crisis ecológica

La ecología tiene una forma humana, dado que los humanos son parte de la naturaleza y, como las restantes criaturas, requiere un modelo de relaciones para sobrevivir y prosperar. Cada clase de criaturas tiene su firma ecológica, que para los humanos está dada en los términos de nuestra especie particular de sociabilidad, el lenguaje, la cultura y demás. La sociedad, que resulta de la expresión de estos rasgos -esto es. de nuestra *naturaleza humana*- es claramente un ecosistema, puesto que está internamente relacionado y posee fronteras dinámicas con otros ecosistemas naturales. En la Segunda Parte analizaremos esto en detalle. Aquí podemos limitarnos a considerar ampliamente cómo es que la sociedad se convierte en el agente de la crisis ecológica.

Todas las características de los ecosistemas, incluso los grados de desestabilización y desintegración, se aplican a las sociedades. Pero hay una propiedad que posee únicamente la sociedad humana, como expresión específica de la especie de naturaleza humana. A saber, que la frontera entre los ecosistemas humano y natural es el sitio de la actividad humana particular conocida como *producción*, la transformación consciente de la naturaleza para fines humanos. Todas las criaturas transforman a otras -lo que es simplemente otra manera de expresar las relaciones dinámicas entre los ecosistemas. Pero sólo los humanos lo hacen con todas las que se les vinculan. El resto de este estudio, en efecto, será una crítica a los modos de producción y su relación con la naturaleza -de las formas en que cambiamos a la naturaleza y por las cuales la naturaleza nos cambia. Y también una pizca acerca de los modos naturales de tratar con los

efectos de nuestra actividad productiva. Desde este punto de vista, puede decirse que la crisis ecológica es la producción humana echada a perder.

Dicho de manera más formal, la etapa actual de la historia puede caracterizarse por *fuerzas estructurales que sistemáticamente degradan y finalmente exceden la amortiguada capacidad de la naturaleza con respecto a la producción humana, por lo que ponen en movimiento una serie impredecible pero interactiva y expansiva de fracturas ecosistémicas*. Eso es lo que significa la crisis ecológica en esta fase. Observamos en ella la desincronización de los ciclos vitales y la desunión de las especies y los individuos, que resulta en una fragmentación del ecosistema humano tanto como del no humano. Pero no es precisamente la humanidad la que perpetra la crisis: ella es también su víctima. Y entre los signos de nuestra victimización está la incapacidad de contender con la crisis o incluso ser conscientes de ella.

Aunque lo esencial de la crisis ecológica yace en relaciones cualitativas, sus resultados se volverán contra la cantidad. Ella no nos hace ascender al cohete proverbial de los científicos de decirnos que si la carga colocada por los humanos sobre la capacidad amenguada de la tierra continúa creciendo, sobrevendrá entonces el colapso, con consecuencias que incluyen lógicamente la extinción. No es de nuestra jurisdicción el análisis minucioso de estos mecanismos amortiguados, o de cómo ellos se han sobrepasado en la mayoría de las injurias ecosistémicas. No deseo evocar la imaginería apocalíptica para plantear mi posición, o calcular la cantidad de años que nos quedan hasta el día del juicio, tan sólo porque el escenario del apocalipsis, con su súbito y completo final acompañado por el arrebató, la retribución y así por el estilo, no descarta siquiera una clase de desgaste seguro, deletéreo, del ecosistema, con incalculables efectos alterativos. En todo caso, nuestro trabajo es comprender la dinámica social de la crisis, y ver si puede hacerse algo acerca de ella. Aquí es útil tener en cuenta a la sociedad desde un punto de vista ecosistémico y ponderar el significado de descubrimientos tales como el hecho de que aun cuando la situación ecológica global ha empeorado notablemente en los pasados 30 años, también ha declinado el nivel de responsabilidad de la elite dominante.

Por lo menos desde Platón, los pueblos han observado el potencial de efectos ambientales deletéreos y, desde la publicación de *Man and Nature*, de Marsh, en 1864, la posibilidad de daño ecológico sistémico lia ido en crecimiento. Sin embargo, Marsh era un visionario, y llevó otro siglo para que la sombría posibilidad de un decaimiento ecosistémico global ingresara en la conciencia general y se convirtiera en interés de las elites. En 1970, el concepto de «límites del crecimiento» entró en el vocabulario colectivo, unido al correr del tiempo con otras palabras clave como «sustentabilidad» y «rendimiento».<sup>7</sup>

Por una vez pareció que la humanidad hubiera tomado conciencia de sus propias

## El imputado

cualidades perniciosas. Pero entonces sucedió algo extraño. Aunque proliferara el vocabulario de interés ecológico, junto a una amplitud de aparatos burocráticos, no gubernamentales y también gubernamentales, para ponerlo en efecto, hubo una mutación y el concepto de «límites del crecimiento» se convirtió en pasado. Donde no hace mucho tiempo atrás hubo un interés sustancial en la cuestión de que algunas combinaciones de población creciente y expansión industrial pudieran agobiar a la tierra con consecuencias catastróficas para la civilización, hoy pensamientos de esta clase resultan claramente fuera de moda, aunque no se hayan extinguido del todo.

Lo que es extraño es que, como ya lo hemos visto, el «crecimiento», si se trata de la población o la producción industrial, ciertamente no ha amainado en este período. Lo último es especialmente perturbador en vista de que la población, por inaceptablemente amplia que pudiera ser, muestra signos de nivelación en la mayor parte del mundo (incluso acercándose a cero o a niveles ligeramente negativos en Japón y algunos países de Europa occidental y una declinación más bien precipitada en el ex bloque soviético).

Nada de este tipo puede decirse acerca de la otra clase de crecimiento, que pertenece al resultado de la industria o la producción en general, pero que puede medirse.<sup>8</sup> De acuerdo con el Worldwatch Institute, una organización líder que se encarga de monitorear la ecología mundial, la economía global se incrementó de 2,3 billones de dólares en 1900 a 20 billones de dólares en 1990 y a unos asombrosos 39 billones en 1998. Para citar lo, el «crecimiento en el producto económico en sólo tres años -de 1995 a 1998- excedió el del conjunto de los 10.000 años que pasaron desde los comienzos de la agricultura hasta 1990. Y el crecimiento de la economía global sólo en 1997 excedió fácilmente el de todo el siglo XVII».<sup>1</sup> Esto es consistente con el hecho de que el comercio mundial se acrecentó multiplicándose por 15 en las cuatro décadas pasadas, todo lo cual presta apoyo a la predicción, hecha en 1997, de que el producto bruto mundial se duplicará en los próximos 20 años, esto es, hasta unos 80 billones de dólares."

El principio malthusiano de que la población se incrementará exponencialmente - una reducción cruda de criaturas conscientes a máquinas que obedecen a un álgebra elemental dominante- ha sido demolido ahora tanto empírica como teóricamente. Si el incremento exponencial del peso de la desestabilización ha de ser una fatalidad, provendrá de la esfera económica. Esto está certificado precisamente por los datos aquí volcados y, en forma más significativa, por el valor que se les acuerda en los canales de opinión establecidos. Podemos imaginar con facilidad el horror y la indignación con que sería recibido el anuncio de que la población se duplicaría en los próximos 20 años. Sin embargo, una afirmación semejante hecha para la actividad económica no sólo evade la crítica sino que es recibida como la percepción de una señal de que el Segundo Advenimiento Profético del crecimiento puede o no llegar a ser inventariado. De he-

cho, esos anuncios han disminuido un poco por la crisis financiera asiática, que incluso comenzó cuando ellos fueron publicados. Y todos los caprichos de la economía global jugarán un papel en su realización. Sin embargo, lo que importa es que el mundo está conducido por los que ven como anatema a los límites del crecimiento.

En esencia, el escenario del colapso ecológico nos muestra que los efectos acumulativos del crecimiento eventualmente agobiarán la integridad de los ecosistemas a escala mundial, comenzando por una serie de choques en cascada. Es imposible decir ahora con cierta precisión de qué modo tales golpes caerán sobre nosotros, aunque se haya reunido una cantidad de modelos de computadora." En términos generales anticiparíamos calamidades interactivas que invaden y rompen el sustrato material central de la civilización -los alimentos, el agua, el aire, el hábitat, la salud corporal. Ya cada uno de estos sustratos físicos está en tensión, y la lógica de la crisis dicta que estas tensiones se incrementarán. Es probable que sigan otros choques y perturbaciones, como el sobreviniente agotamiento de los recursos -por ejemplo, en el suministro de petróleo, que se espera que comiencen a nivelarse para después declinar en los próximos diez años.<sup>12</sup> O algún choque económico imprevisto inclinará la balanza. Quizás las catástrofes climáticas dispararán un derrumbe de 2 billones de dólares en la industria de seguros global con, como lo hizo notar Jeremy Leggett, «consecuencias económicas noqueadoras que son completamente ignoradas en la mayoría de los análisis de cambio climático».<sup>13</sup> Tal vez las hambrunas provoquen guerras en las que las picaras potencias nucleares arrojarán su reino de terror. Quizás un destino similar provendrá a través de la erupción de pandemias globales aún inesperadas, tal como el regreso de la viruela, que actualmente se considera en el rango de posibilidades abierto por los grupos terroristas. O tal vez una súbita disolución de los bancos de hielo antárticos provoque el crecimiento repentino de los mares en varios metros, desplazando a centenares de millones de personas y precipitando aún más violentos cambios climáticos. O quizá no suceda nada tan dramático, sino sólo un lento pero seguro deterioro de los ecosistemas, asociado con un crecimiento del autoritarismo. Esos escenarios apocalípticos, ahora visitados con tanta frecuencia por los filmes, las novelas de gran circulación, los libros de historietas, los juegos de computadora y televisión, no son tanto precursores del futuro como tributos incipientes a la crisis ecológica actual. Con el terror en el aire, estas fantasías de masas pueden convertirse en el logos de *un nuevo* tipo de fascismo -uno que, en el nombre de hacer habitable el planeta, sólo agrave la crisis, llevando más allá la desintegración de las ecologías humanas.

O es posible que las cosas salgan bien y todos salgamos del paso de algún modo. El concepto de límites del crecimiento puede haber sido desechado, pero el sistema no ha estado durmiendo. En su lugar, se ha instalado un vasto complejo de medidas de recuperación, remedios que aspiran a resaurar el equilibrio ecológico sin amenazar las

## El imputado

principales máquinas del sistema. Dada la habilidad y los recursos volcados al proyecto, hay algunas buenas nuevas para informar. Sin embargo, está en discusión si son adecuadas: si todos los controles de la contaminación, las eficiencias, el otorgamiento de créditos, las sustituciones de recursos, las mercancías ricas en información, los productos de la ingeniería biológica, los «negocios verdes» y demás, pueden alcanzar para detener a un sistema cuyo verdadero espíritu es el crecimiento sin fronteras. Recordemos que el enfoque de todas estas contramedidas no es precisamente la protección contra la quiebra ecológica, sino traer al orden nuevas fuentes de crecimiento. Esto hace aparecer el espectro de un mundo como una gigantesca aldea Potemkin, donde una fachada verde y ordenada oculta y tranquiliza, mientras tiene lugar un derrumbe acelerado detrás de sus muros.

Todo esto nos lleva a la amplia cuestión de qué es crecer en el régimen del «crecimiento». Podemos ver ahora mismo que la respuesta implica una cantidad de niveles. Desde el punto de vista de los ecosistemas, los agentes concretos del derrumbe son las fuerzas materiales arrojadas en la naturaleza por nuestro aparato industrial, y esto es a fin de cuentas una cuestión de moléculas y flujos de energía, provengan estos de los organoclorados, el dióxido de carbono o la hoja de una sierra. Pero aunque este nivel crezca, él es una función de otra clase de crecimiento. Aquí encontramos al verdadero dios de la sociedad. Y el tema real del crecimiento con el que sus gobernantes no desean comprometerse. A este nivel, lo que crece es la entidad imaginaria y puramente humana del dinero -no el dinero en sí mismo, sino el dinero en movimiento: el Capital. El problema actual de la crisis ecológica reside en esta misteriosa entidad y en las fuerzas sociales establecidas para su alimento y reproducción. Tenemos que preguntar si podemos superar la crisis ecológica sin superar al capital. Si la respuesta es no, entonces el mapa del futuro necesita ser rediseñado.

## Notas

1. P. Brown, 1999.
2. Epslein, 2000.  
Epstein apunta que «varios modelos climáticos predicen que, como la atmósfera y los océanos se calientan, los mismos fenómenos de El Niño se harán más comunes y graves».
3. «Todas las fracturas ecológicas... inclinan la balanza entre las personas y los microbios en favor de los microbios». Platt, 1996. Véase también Mihail, 1996. La situación afecta especialmente a (os niños, y ella misma es el resultado de una hueste de problemas interrelacionados, incluido una precipitada caída de la ayuda de los países ricos hacia los pobres. Dieciséis países africanos, junto con Bangladesh, Nepal, India, Vietnam y Pakistán, gastaron menos de 12 dólares por persona y por año en el cuidado de la salud a fines de la década de 1990. El Congo, en las garras de una obstinada guerra civil, gastó 40

centavos, mientras que Tanzania gastó 70 centavos (contra 105,30 dólares por persona y por año en su presupuesto militar).

4. A menos que se diga otra cosa, la información de esta sección está tomada de Montague, 1999.
  5. Ponling, 1991, suministra un resumen útil.
  6. Un ejemplo de neopanglosianismo, que se extiende a la negación de la misma crisis, es una columna en el *Wall Street Journal* de Michael Fumento (Fumento, 1999), socio mayor del Instituto Hudson. El título de esta nota da el tono: «Con el salto de rana desprestigiado, no es fácil ser verde». Se refiere a los nuevos descubrimientos de lo que ha sido un fenómeno enigmático: la desaparición de muchas ranas y la aparición de grotescos defectos de nacimiento en muchas otras. Este fenómeno ha sido hipostasiado de varias maneras, adjudicándose a los pesticidas o a la disminución de la capa de ozono, y nuevos descubrimientos sugieren que los culpables son «pequeños parásitos producidos en la factoría de Madre Naturaleza S.A.» Desde aquí (y otras buenas noticias similarmente aducidas por referencia a la salud del niño, junto con negaciones del calentamiento global y así por el estilo) Fumento argumenta que las crisis ecológicas en realidad no están ocurriendo, excepto en los cerebros acaicados y oportunistas de los ambientalistas. Fumento parece creer que lo que produce un problema «ambiental» es la identificación de agentes contaminantes aislados como causas, sin observar las matrices desintegradas y sus efectos mediatos. A nivel ecosistémico, Fumento falta en comprender que los parásitos son, en definitiva, criaturas ecológicamente dependientes y no inquiera si la aparición de estos parásitos puede relacionarse con la desestabilización ecológica (como muy bien es el caso con el surgimiento de otras enfermedades). La metáfora grotesca de las fábricas de Madre Naturaleza puede ayudarnos a comprender por qué este nivel de pensamiento no se le ocurre, pues una fábrica se establece para producir mercancías particulares y minimizar sus efectos de campo. De manera semejante, Fumento parloteara acerca de las buenas nuevas concernientes a la salud infantil, excluyendo específicamente la contaminación del aire como causa del asma en la infancia, luego toma una distancia presuntuosa del problema, como si la enfermedad entera fuera un invento de la imaginación (o quizá también un producto de «parásitos», y por eso moviéndose fuera de la estructura ambiental de referencia). Para él sería incomprensible que las tasas de crecimiento del asma se hayan duplicado en los últimos 20 años y que, en un estudio publicado al mismo tiempo en el *New York Times* informe que los niños pobres y las comunidades minoritarias en la ciudad de Nueva York se hospitalizan 20 veces más a menudo que los de las áreas afluentes. De modo más general, Fumento es llevado a la ridícula posición de culpar a los verdes y los ambientalistas de producir innumerables manifestaciones de codesestabilización, como si la miríada de relatos acerca de daños ambientales no fueran más que una conspiración que introduce una llave inglesa en la maquinaria del progreso. Como el estudio de Wilfred Beckerman, de 1991, acerca del calentamiento global (Beckerman, 1991, p. 73), concluye que, aunque «todos los aspectos del problema en los que se fija la mirada sólo revelan una masa completamente nueva de incertidumbres», y que a pesar de que la evidencia sugiere firmemente que el perjuicio del cambio climático global «no es tan grande como se cree generalmente y, por cierto, no el escenario de inevitable catástrofe global pregonado por la mayoría de los movimientos ambientalistas, los políticos tratan de poner alguna distancia del carro triunfante ambientalista o de sectores de los medios amantes de narrar historias de este tipo». En lo que a él respecta, la gran respuesta es la remoción de «las imperfecciones de mercado existentes» que entorpecen las soluciones, «y los gobiernos no deberían permitir que los atemorizen las historias ecológicas de horror produciendo cualesquiera movimientos [como reducir las emisiones de gas invernadero]» (ibid., p. 83). Entre las recomendaciones prácticas de Beckerman al pueblo de Bangladesh, uno de los lugares condenados a la inundación por el crecimiento de los mares, incluye la construcción de diques como en Holanda o, si eso fracasa, la emigración. Esta es una sugerencia interesante, dada la actual y probablemente futura actitud global hacia las masas inmigratorias. Uno se maravillaría si diera la bienvenida en Oxford, donde enseña, a las hordas de desplazados en Bangladesh.
- Un representante de la industria aseguradora escocesa dijo en la Conferencia de La Haya, cuya misión era ratificar el protocolo de Kioto de 1997 (y que, como se sabe, no lo hizo) que, a las tasas actuales, los crecientes perjuicios del calentamiento global llevarían a la quiebra al sistema económico mundial hacia 2065; mientras que en enero de 2001 el Panel Intergubernamental del Cambio Climático planteó «oficialmente» un fin de debate, citando cerca de 3.000 estudios científicos que concluyen que la prueba firme de cambio ya es evidente en unos 420 ecosistemas distintos, y el futuro presagia el peor escenario de «historias de horror ecológico», con temperaturas creciendo nada menos que 10 grados Fahrenheit hacia el final del siglo.
7. Marsh, 1965. Acerca de esta obra. Andrew Goudie escribió que fue «probablemente el hito más importante en la historia de los estudios sobre el papel de los seres humanos en cambiar el rostro de la tierra».

## El imputado

(Goudie, 1991, p. 3). Véase también Meadows et al. 1972. Otro trabajo timinar en la década siguiente fue el Informe Brundtland (Brundtland. 1987).

8. Para los actuales propósitos, podemos tomar las medidas en unidades monetarias, como el producto bruto nacional (o mundial), como equivalente a - o moviéndose junto con - medidas de tipo directamente físico, como la disminución de los recursos. Hay un problema más grave que éste, incluyendo la adecuación del PBN como un indicador de bienestar económico, y también su equivalencia con los procesos ecológicos. Así, gastar 100 dólares en una consulta psicoanalítica y adquirir herbicidas para el limonero de casa por un valor de 100 dólares, no son exactamente lo mismo en términos ecológicos, aunque ambos incrementen en el mismo monto el PBN. En una sociedad ecológicamente sana, como han señalado muchos, índices como el PNB ya no serán una guía política. Sin embargo, por ahora es un indicador útil del problema. Para un análisis detallado, véase el Cap. 7.
9. Brown, 1999, p. 10. Véase también Brown et. al, 1991, p. 23.
10. De la autorizada voz de Renato Ruggiero, entonces director de la Organización Mundial de Comercio, citado el 23 de abril de 1997 en el Wall Street Journal. Para un análisis ulterior, véase el capítulo siguiente.
11. Como en Meadows et al, 1992.
12. Menos en términos absolutos que en los costos de extracción. Aquí no puede hacerse ningún esfuerzo para evaluar los contornos precisos de esta crisis que se vislumbra -o en el caso de otros recursos esenciales, como el humus. La situación es demasiado compleja e impredecible como para hacerlo. Y se mueve en múltiples direcciones. Como el petróleo es la mayor fuente de los gases que producen el efecto invernadero, podría trazarse la hipótesis de que su disminución como fuente daría lugar a una carga menor sobre la ecosfera y tal vez abra el camino a su reemplazo por fuentes de energía nuevas y ecológicas. No obstante, la cuestión es si el sistema de mercado instalado actualmente puede tratar racionalmente con estas y otras tensiones.
13. Citado en Goldsmith y Henderson, 1999, p. 99.

## 5 El capital

### Estudio de un caso

Hay una sustancia, llamada metilisocianato (MIC), que no existe en la naturaleza, pero que ha sido introducida en la ecosfera por la industria en el último siglo. El MIC, una molécula sencilla pero muy potente (CHANCO), se usa ampliamente en la fabricación de pesticidas y herbicidas, por su reactividad y efectos mortales sobre los organismos vivos. De acuerdo con el sitio en internet de la Agencia de Protección Ambiental de Estados Unidos:

El MIC... es un éster de ácido isociánico (HNCO). El padre del ácido isociánico es un ácido frágil que existe en equilibrio con el ácido cianico (HCNO) [las diferencias entre los dos HCNO residen en la configuración espacial de sus átomos]. El punto de ebullición del MIC está establecido aún más claramente. Es un gas muy volátil e inflamable; sus vapores son más densos que el aire. En condiciones secas y neutrales y a temperatura ambiente es estable, pero puede reaccionar violentamente en presencia de ácidos, álcalis y semejantes. El centro de carbono en el grupo isocianato es un electrón deficiente (electrofilico) y por consiguiente reaccionará con electrones ricos en nucleófilos, v. gr. el agua, el alcohol, el álcali y demás.

Al ser más denso que el aire, los vapores del MIC no se disipan, sino que se asientan en cualquier cosa que esté cercana. Expuesto a tejidos portadores de agua, reacciona violentamente, conduciendo a cambios que no pueden detenerse por los dispositivos normales de protección del organismo afectado. La cantidad de energía lanzada por la reacción consiguiente, excede con rapidez la capacidad corporal de protección contra el calor. Como resultado, se degradan y/o desprenden en confusión muchas moléculas al servicio del organismo, mientras se forman otras que son tóxicas. Puesto de modo sencillo, el cuerpo sufre quemaduras severas, especialmente por la exposición de tejidos ricos en agua, como los pulmones y los ojos. Inmediatamente resulta un dolor de pecho, ahogo y una grave reacción asmática. Si la exposición es alta, sobreviene la ceguera, una neumonía bacteriana y eosinofílica severa o un edema laríngeo y cardíaco.

Lo que se dijo está lejos de poder explicar, en el nivel fisiológico, por qué una

## El imputado

persona que inhala el MIC -por ejemplo cuando duerme- puede contraer una enfermedad muy peligrosa. En este marco, podemos decir que el MIC «causa» la enfermedad y la muerte. Es preciso decir que tal explicación no nos diría nada acerca de otra serie de cuestiones; es decir, ¿por que una persona que duerme está en proximidades del MIC"? Y aún más. En primer lugar, ¿qué está haciendo en el ambiente el metilisocianato, a distancia tan cercana que interactúa con los cuerpos"? Lo repetimos: el MIC no existe en la naturaleza. Y donde existe la posibilidad de encontrarlo en una fuente natural, como un volcán, su reactividad fabulosa le aseguraría una existencia muy transitoria. Entonces, ¿cómo ha sucedido que el MIC se hiciera presente de tal modo que haya afectado a cuerpos humanos por su productividad química violenta? En otras palabras, el MIC puede provocar la enfermedad, pero no por sí solo. Es necesario que haya una causa a más alto nivel de generalidad, que trac al MIC a la existencia y lo despliega de cierta manera. Esta propiedad de ser capaz de colocar otras causas en movimiento es lo que queremos decir cuando hablamos de «eficiencia» de una causa.

Lo que «causa» el MIC es el hecho de ser producido, por medio de la alteración consciente de la naturaleza, al servicio de fines humanos (en el caso, por algunas industrias importantes al servicio del desarrollo de la agricultura). Sin embargo, hace mucho que la industria produce grandes cantidades de sustancias extrañas. También ellas alteran la ecología humana, pisando en su camino a alguna gente y sirviendo a otra. Será necesaria la ciencia química para comprender cómo afecta el MIC al tejido vital. No obstante, la producción industrial entiende que la ciencia y la naturaleza tienen por fin traer al mundo sustancias tales como el MIC y acopiarlas para sus usos -en este caso, la fabricación de pesticidas para los propósitos de la agricultura moderna. Entonces, la comprensión plena de este suceso, y no precisamente los efectos patológicos en el organismo, requiere *una* comprensión a fondo de la historia y de las relaciones sociales de producción, de su giro industrial, de las peculiaridades de la fabricación de pesticidas... y, en esta instancia, de las razones por las cuales una sustancia tan mortal escapa de su encierro y encuentra su camino en los cuerpos humanos, y si el veneno se aloja de repente en muchos pulmones, porqué todo ello sucede junto con la recepción del abrazo mortal del MIC.

El lector habrá comprendido ahora sin duda alguna que me refiero a un acontecimiento ecocatastrófico muy específico: la liberación, el 4 de diciembre de 1984, de 46,3 toneladas de metilisocianato de la fábrica instalada por la empresa Union Carbide -una transnacional norteamericana especializada en la fabricación de pesticidas- en Bhopal, India. El gas escapó alrededor de la medianoche y así encontró durmiendo a los habitantes de Bhopal, quienes vivían en gran número cerca de la fábrica. Es imposible expresar en palabras el sufrimiento que esto provocó. Pero pueden enumerarse algunos resultados; se estima que 8.000 personas murieron en el acto y poco después hubo más

de 500.000 lesionados, entre 50.000 y 70.000 de ellos con lesiones permanentes.<sup>1</sup> Todavía, 15 años más tarde, siguen muriendo personas en una proporción de 10 a 15 por mes y las ruinas de la fábrica aún estropean la ciudad y dejan escapar materiales tóxicos al ambiente.

Bhopal, el peor accidente industrial de la historia, se convirtió en sinónimo de los azares a que están sometidos los seres humanos por el proceso industrial, y un emblema de la propia crisis ecológica. Comprender la causa de Bhopal puede abrir una ventana hacia la causa de la crisis, no en el sentido de que ésta se compone de accidentes horrendos tales como éste, sino porque en la magnitud de Bhopal se concentran todos los elementos de la crisis considerada como un todo.

Sin embargo, para comprender a Bhopal necesitamos expandir nuestro pensamiento desde la dimensión sociológica para comprender el papel jugado por los agentes humanos, junto con sus implicaciones ideológicas. Entender este acontecimiento, donde no una sino miles de vidas *fuleron* mutiladas, implica juzgar los reclamos correspondientes y los diferentes puntos de vista acerca de la realidad. El metilisocianato, como la causa activa del daño corporal, es un asesino mudo sin motivo ni interés en el resultado de su acción química. Sin embargo, cuando intentamos comprender las causas del accidente de Bhopal, necesitamos pensar más allá del nivel molecular. Por ejemplo, el elemento del *dinero* entra ahora en el cuadro. No precisamente el vasto monto implicado (unos 3.000 millones de dólares por daños reclamados originalmente por el gobierno indio, con los 470 millones finalmente acordados con él por la Union Carbide, más 50 millones en honorarios judiciales y 20 millones de dólares ofrecidos para la construcción de un hospital local<sup>2</sup>), sino el poder pleno del dinero sobre la existencia humana. En resumen, un orden social completo está implicado, un orden de poder y significaciones y las relaciones entre los actores sociales. Y asimismo, ahora vemos el tipo de causalidad que nos permite comprender mejor estas cuestiones específicamente humano-ecológicas.

Pero vayamos a lo concreto y consideremos lo que sucedió en Bhopal esa noche mortal de 1984. Las cuestiones que se plantean, esencialmente, son estas: en primer lugar, ¿qué estaba haciendo el MIC en Bhopal? ¿Por qué se liberó de tal manera? ¿Por qué el pueblo estaba tan expuesto, y por qué fue tratado tan miserablemente? ¿Y qué hay de los agentes responsables, que fueron las fuerzas conductoras actuantes en el caso?

Para la primera pregunta la respuesta es que la Union Carbide se instaló allí para realizar sus objetivos, esto es, la empresa hizo construir la fábrica donde y cuando le complacía. En un sentido literal, esta es una declaración absurda. La Union Carbide no es una persona que pueda plantearse algo en alguna parte, y las personas reales que determinaron que la planta de MIC se erigiera en Bhopal fueron una gran masa de

## El imputado

**trabajadores, arquitectos, proveedores** y así **por el estilo**, la mayoría de los cuales no tenía una relación directa con la compañía sino que fue empleada por subcontratistas. Aún así, no podemos afirmar que estos trabajadores construyeron la fábrica, excepto como instrumentos parciales para un fin humano. Por consiguiente, la respuesta a la cuestión acerca de qué provocó que se construyera una fábrica, o cualquier otro producto social, sería: quienes efectivamente organizan el trabajo social que se efectúa en ella. Y, dado que el trabajo es la facultad humana de hacer que sucedan acontecimientos, es decir la causa que organiza a todas las otras, ella se convierte en eficiente.

En una clase de sociedad diferente, donde los obreros controlan su actividad productiva vital o donde, como en la sociedad tribal original, la comunidad entera hacía lo mismo, estaríamos autorizados a darnos cuentas de lo que causó la erección de la fábrica citando a las personas que la construyeron realmente. Pero en nuestro tipo de sociedad esa afirmación sería falsa, pues bajo el régimen del capital, los obreros no determinan su propia actividad. Por consiguiente, para una comprensión de la organización social de un vasto número de actividades individuales tendríamos que volvernos hacia quienes comandan y controlan a todas ellas en la producción, y en este caso tal agente tendría que ser la empresa Union Carbide, pese al hecho de que tiene su cuartel central instalado a miles de kilómetros de distancia de Bhopal y sirve para expresar los intereses de individuos que jamás necesitaron buscar su alimento en India, y mucho menos en Bhopal.

Podemos decir entonces que los obreros y sus equivalentes fueron la causa instrumental de la fábrica de Bhopal, mientras que la empresa Union Carbide fue la causa eficiente, listo es. Carbide fue el agente capaz de organizar y combinar de manera fructífera todos los factores requeridos para la producción de la fábrica y, una vez construida esta, para la fabricación, la distribución y la venta de los productos, incluido el MIC como un producto intermedio. En cualquier fenómeno complejo entran a jugar muchos procesos causales. Pero en cuanto a las funciones del fenómeno como un todo, podemos identificar una clase de causa integral que pone en marcha a las causas instrumentales, regulándolas y dirigiéndolas hacia un fin -y cuya alteración sería necesaria para cambiar el fenómeno como un todo. Eso es lo que significa ser causa eficiente.<sup>5</sup>

Cada causa es específica para el nivel de efecto que pone en movimiento. El metilisocianato es la causa eficiente de la devastación corporal que sigue a su inhalación, como la Union Carbide lo fue de la fábrica en Bhopal. Pero, ¿qué es lo que conduce a Carbide? ¿Y qué hay del incidente de diciembre de 1984 y sus secuelas sociales? ¿Qué es lo que lo causa y cómo se relaciona este con la cuestión de la «causa eficiente»? Aquí es donde entran forzosamente a jugar los puntos de vista conflictivos sobre la realidad, dadas sus tantas implicaciones. Carbide no ha negado que Bhopal es el sitio

donde estuvo ubicada su fábrica, o que allí produjera el MIC -en realidad, está muy orgullosa por el hecho y por el papel que ha jugado en la así llamada Revolución Verde, que aumentó la producción mundial de alimentos en las naciones del Sur. Como manifiesta la compañía en su sitio de internet: «Irónicamente, la planta de Bhopal tuvo su origen en una meta humana: suministrar pesticidas para proteger la producción agrícola india» y, más generalmente, elevar la «indianización» de la industria de ese país mediante su «buena voluntad para ofrecer su experiencia, su actitud para cumplir con las leyes indias y su aceptación de un enfoque gradual para desarrollar los mercados de consumo indios. La inversión de la Union Carbide nos ha ganado la buena voluntad general -o así lo creemos». Al insistir en la integridad de sus normas de seguridad y controles de calidad («un compromiso profundamente arraigado [con] las estrictas normas internas que datan de la década de 1930»), la compañía está profundamente afligida por haber sido «presentada... como un villano multinacional arquetípico que explota al pueblo y los recursos de India», sin duda una «caricatura... dibujada para ganar acceso a las fuentes financieras de la Union Carbide». Como por el trágico incidente, con respecto al cual «desde el primer día nos hemos movido por la compasión y la simpatía», la compañía ha hecho su propia investigación que prueba que la causa del desastre «fue un innegable sabotaje. La evidencia muestra que un empleado de la planta de Bhopal introdujo agua en un tanque de almacenaje de metilisocianato en forma deliberada. El resultado fue la nube de gas venenoso». ¡Qué pena! Esta verdad no ha sido comprendida, evidentemente debido a la «aparente indiferencia [del gobierno indio] ante la difícil situación de las víctimas de Bhopal».

Es una explicación coherente: el desastre de Bhopal no fue por la falta de Union Carbide, sino por la de un empleado descontento, combinada con la insensibilidad y la indolencia del gobierno indio. En este universo de significaciones, configurado por el espectro siempre presente de la acción judicial y las consecuencias financieras mayores (recordar los 50 millones de dólares gastados por la empresa en su propia defensa), la causalidad equivalente a *culpa* es determinada judicialmente. Un discurso semejante prevalece a lo largo de la crisis ecológica, que tiende a quedar reducida a una serie de actos individuales para los que la culpa -y las asignaciones financieras sobre la base de la culpa- se vuelve el criterio relevante.

El discurso de la culpa, o de la falta, o de la responsabilidad legal, es esencial cuando se trata de repartir un poco de justicia y reparación para las víctimas. En esta instancia no es difícil averiguarla, dado el hecho de que una paciente investigación ha descubierto una montaña de pruebas importantes para comprender la noche fatal. Permitaseme resumirla, efectuar el análisis en particular de este ecodesastre horrible y trazar un camino para su amplia comprensión:

## El imputado

- Carbide nunca nombró al saboteador ni presentó sus reclamos ante un tribunal de derecho bajo las reglas judiciales de la prueba. Más bien, dedujo la existencia del agente de un análisis de la estructura de su planta y dio el asunto por concluido.'
- La compañía no notificó a las autoridades la gran cantidad de MIC almacenada en la planta. Más aún, diseñó la planta de *un* modo que hacía más o menos inevitables los accidentes (por ejemplo, por el uso de válvulas de acero carbonado, que se corroen cuando están expuestas al ácido).
- Antes de 1978, Carbide producía el pesticida Sevin sin utilizar directamente el MIC. Con el fin de producirlo a más bajo precio, sustituyó el antiguo procedimiento por el uso del intermediario mortal, que comenzó a producir en Bhopal en 1980. De hecho, la empresa alemana Bayer produce Sevin sin el MIC, de manera segura (aunque más costosa).
- Las autoridades locales rogaron que la planta se construyera en otra parte de Bhopal, en una zona industrial alejada de su centro poblacional. Carbide lo rechazó, diciendo que esto era más costoso.
- La planta estaba perdiendo dinero, porque la demanda de pesticidas había caído, y de aquí que hubiera una superproducción crónica de MIC", del cual Carbide no podía deshacerse.
- listo llevó a un esfuerzo por bajar los costos, que comenzó en 1982. Para citar a Kurzman (1987, p. 25): «tales recortes... significaron un control de calidad menos estricto y por lo tanto normas de seguridad más indeterminadas. ¿Había una filtración en la tubería'? Los empleados dijeron que la empresa determinó que no se reemplazara. Sólo se la emparchó. ¿Los obreros del MIC necesitaban más entrenamiento? Dijeron que podían hacer su trabajo con uno menor [lo que incluía el uso de manuales de instrucción en inglés, que pocos podían leer]. Las promociones fueron interrumpidas, lo que afectó seriamente la moral de los empleados y condujo a algunos de los más capacitados a buscar trabajo en otra parte». Hacia fines de 1984, sólo seis operarios, de los doce originales, estaban trabajando con el MIC. La cantidad de supervisores de personal también se había reducido a la mitad y no se mantuvo al supervisor del turno noche. De este modo, las lecturas de los indicadores se efectuaban cada dos horas en lugar de hacerlas en forma horaria, como se requería.
- A fines de 1981 comenzaron a aparecer en la planta accidentes por inhalación. Aparecieron expertos de Estados Unidos que alertaron acerca de una «reacción desbocada» en el tanque de almacenamiento del MIC. Esas siguieron a advertencias anteriores, de 1979 y 1980. Otras advertencias de las autoridades indias fueron desoídas. En octubre de 1982 una fuga de MIC provocó que cinco traba-

jadores fueran hospitalizados.

- Las autoridades locales carecían de instrumento alguno para monitorear la contaminación del aire cercano a la planta.
- Cuando los trabajadores de la planta, a través de su sindicato, protestaron acerca de los riesgos de seguridad, fueron ignorados. Un trabajador, que realizó una huelga de hambre durante 15 días, fue despedido.
- Aunque originalmente los obreros contaban con un equipo de seguridad, la creciente relajación provocó que éste fuera desechado. Más del 70 por ciento de los trabajadores vieron reducidos sus sueldos por negarse al desvío de las rutinas de seguridad prescriptas. Entretanto, se mantenía la presión para que la fabricación de MIC se hiciera tan rápida y barata como fuera posible.
- La noche del accidente se descubrió una grieta en una válvula de acero carbonado, la que permitió el ingreso de agua en los tanques de MIC. Dado que ello hubiera llevado demasiado tiempo (en otras palabras, habría sido costoso), la grieta no fue reparada.
- Además, la alarma del tanque no había funcionado durante cuatro años y sólo había un sistema manual sustituito en lugar del sistema de cuatro etapas utilizado en Estados Unidos. La torre llameante que quemaba el escape de gas había estado fuera de servicio durante más de cinco meses, como también el depurador del gas venteado. El sistema de refrigeración instalado para inhibir la volatilización del MIC estaba también ocioso, para salvar los costos. Por la misma razón, no había un equipo de calderas asignado para ayudar a limpiar las tuberías en operación activa. Virtualmente cada uno de los instrumentos de seguridad importantes, desde los interruptores hasta las herramientas para monitorear los indicadores de temperatura, o eran escasamente suministrados, o funcionaban mal o estaban diseñados incorrectamente. La temperatura del MIC era mantenida en los 20 grados centígrados, aunque el manual indicaba como correcta una temperatura de 4,5 grados (es preciso decir que mantener este número tan bajo se hacía muy costoso, por requerir mucho frío para la temperatura promedio de Bhopal). Adicionalmente, «la planta de Carbide en Bhopal se había diseñado de tal modo que, después que el gas mortal comenzara a escapar, el principal sistema de seguridad -los vaporizadores de agua que intentan 'reducir' tal escape- no pudieron vaporizar agua suficiente para detener el escape de la corriente de gas. En resumen, los sistemas de seguridad de la planta habían sido diseñados de manera negligente. Los documentos internos muestran que la compañía conocía esto antes del desastre, pero no hizo nada al respecto.»<sup>5</sup>
- Finalmente, el tanque que explotó había estado funcionando mal durante una semana. En lugar de tratar este problema, las autoridades de la planta usaron

## El imputado

otros tanques y dejaron descansar al primero y, en realidad, en cocción lenta. Como lo sabe cualquier cocinero, una «cocción lenta» es el resultado de la elevación de la presión y la temperatura, y ambas pueden disparar ulteriores reacciones en sustancias apropiadas para ello.

De manera que no hay duda acerca de quién tuvo la *culpa* del horror de Bhopal. A pesar de las lágrimas de cocodrilo y lamentos de protesta, las declaraciones de la Union Carbide la revelaron precisamente como el «villano multinacional arquetípico» que trató de negar ser. Ciertamente, la única pregunta que queda en pie en este nivel es por qué la firma no fue considerada plenamente responsable por su negligencia criminal. Sin embargo, la cuestión de la culpa, aunque necesaria, no es un medio suficiente para comprender el significado de Bhopal ni pone en claro la cuestión de la causalidad.

Puede considerarse al MIC como la causa eficiente del daño corporal, como que es la fuerza desestabilizadora que rompe el delicado equilibrio de un ecosistema viviente. De modo similar, la Union Carbide es la causa eficiente de la construcción de la fábrica en Bhopal. Sin embargo, cuando consideramos atentamente este incidente, vemos que la propia Carbide está sujeta a otras fuerzas, y que el concepto de causalidad eficiente requiere que estas fuerzas ocupen el lugar debido. Aquí no hay misterio. Virtualmente en todos los puntos antes señalados encontramos que Carbide hizo esto o aquello para *bajar sus costos*. Más aún, que el «esto o aquello» tiene el efecto de aumentar los riesgos de escape del monstruosamente peligroso MIC (elegido él mismo como producto con el fin de bajar costos). Y, aún más, que la culpa merecida por Carbide consistió precisamente en el modo insensible y autocomplaciente en que se preparó para colocar en peligro a Bhopal con el fin de bajar sus costos. Su evasión de la responsabilidad legal necesita ser comprendida en el universo de significaciones que se amontonan alrededor de esta necesidad primaria, desde la particularidad jurídica y las maniobras de relaciones públicas, hasta la entera estructura internacional que hace que un país antiguo y orgulloso como India haya sido tan incapaz de defender los derechos de su propio pueblo.

Entonces, la causa eficiente aquí tendría que comprender no sólo la codicia particular de esta empresa, sino el sistema que le impone la presión constante de bajar los costos (o, dicho de otro modo, de *producir ganancias*). Carbide dijo que fue a la India a producir pesticidas. Pero hizo pesticidas con el objetivo de hacer dinero. Al ser una quintaesencia del tipo moderno de empresa capitalista, la Union Carbide ha hecho dinero -y se ha cuidado de hacerlo cada vez más rápido- con el fin de sobrevivir en el inundo configurado por su dueño: el capital.

Un accidente es simplemente el fin de una cadena de circunstancias estadísticamente impredecible. Por consiguiente, los accidentes se suceden tal vez con menor espectacu-

laridad, pero con igualmente desgarradoras desestabilizaciones. Donde ocurre un número suficiente de «reducción-de-costos-en-nombre-de-la ganancia», hay un accidente en puerta. A veces, éste puede facilitarse o dispararse por el error humano, posiblemente él mismo un producto del mismo complejo de circunstancias (por ejemplo, un personal desmoralizado o alienado). Sin embargo, el factor humano empalidece, como causa independiente, en la medida en que las personas están formadas y pervertidas por el complejo de la ganancia. Tomemos como verdadera, a los actuales propósitos, la explicación dada por la propia Carbide, por falsa que sea en realidad. Supongamos que fue más que un mero error el que destruyó la planta; que fue un Saboteador el que dejó escapar maliciosamente el gas esa noche. Entonces, ¿qué fue lo que lo conformó? ¿Un demonio inescrutable... o el producto de una cadena de determinaciones en el campo de fuerzas de la persecución de la ganancia? ¿Fue uno de los obreros que había sido «disciplinado» para rechazar la reducción de gastos o incitado a declararse en huelga... o simplemente brutalizado por una concatenación de factores causales que descendieron sobre él desde una diabólica ecología humana? ¿Era un psicótico? Y si así lo era, ¿resultó de alguna clase de programación genética? Y si así también lo fue, ¿ella descendió de la masa de alienaciones que recubren su vida en el mundo, alienaciones en cuya composición el sistema social dominante se encontrará ocupando un lugar al final de todas las líneas?

No es que hayan desaparecido otros factores de la red de procesos causales que, sumados, causan el accidente o, más aún, la misma crisis ecológica. Por el contrario, deben estar presentes, puesto que el complejo de acontecimientos está sobredeterminado. Pero ellos están presentes como individualidades dispersas, mientras que a través y alrededor de ellos, un gran campo de fuerzas les da forma y los combina en los acontecimientos efectivos que mueven el mundo. Cuanto más globalmente y en términos de totalidad observamos estas cosas, menos pensamos en términos de culpa individual o buscamos el «accidente» que irrumpe, que es otro modo de construirse como un proceso racional. Ahora, indagaremos en primer lugar si el proceso es racional, y si, desde este punto de vista, «los accidentes están esperando suceder» o no. También formularemos la pregunta más amplia acerca de si el funcionamiento *normal*, y no accidental, del sistema es en sí mismo ecodestructivo (en cuyo caso, es el sistema el que genera continuamente agravios de una u otra clase a las ecologías, y tiene que ser transformado). Una atención restringida a los contornos particulares del acontecimiento nos hace perder de vista la pauta más amplia de los méritos de los propios pesticidas y, de manera más general, de la Revolución Verde, de la que ellos forman parte esencial<sup>6</sup>, junto con la ordalía interminable a la que el sistema mundial somete a las naciones del Sur, como India.

Entonces, hubo que pagar. El mismo día en que el gobierno indio desistió de sus

## El imputado

demandas y acordó no proseguir el proceso judicial contra Carbide, las acciones de la empresa subieron a 2 dólares en el mercado de valores de Nueva York. Esta cifra aparentemente pequeña adquiere su significado por el hecho de que el convenio de pago de 470 millones de dólares, sólo costó a los accionistas de Carbide 43 centavos por acción. Por consiguiente, los tenedores de acciones de Carbide fueron, por así decirlo, enriquecidos en 1,57 dólares por acción después que la compañía «sufrió» las consecuencias de causar la caída de una pesadilla sobre el pueblo de Bhopal.

Pero, ¿por qué se elevó el precio de la acción de Carbide? La respuesta es brutalmente reveladora: porque la compañía probó - en el primer caso de accidente industrial en amplia escala que afectó a una empresa transnacional que operaba en el denominado «Tercer Mundo», o Sur - que *podía asesinar impunemente*, ahora y en el futuro. Wall Street sabía que el negocio podía llevarse adelante, y que la extracción ordenada de ganancias del Sur se había vuelto más segura.

Wall Street (o, para ser más exacto, el «capital financiero») es el comando y el control central del sistema. Los pequeños números que titilan en sus cintas, son vulgares representaciones del potencial para la expansión del capital desplegado sobre múltiples puntos de energía del orden dominante. De este modo, las fábricas individuales y las decisiones administrativas que las afectan se producen a la luz de una entidad más amplia y comprensiva, un gigantesco campo de fuerzas que polariza cada acontecimiento en su área de influencia, puesto que aspira continuamente a expandir esa área. Así es como se aplican las reglas de juego. De ello también se sigue que los motivos individuales de los ejecutivos de Carbide son menos significativos, excepto como relaciones públicas materiales. En vista de este acontecimiento, escribió Ward Morehouse: «[La administración de Carbide] ha sido auténticamente amigable y a hecho ofertas de ayuda verdaderamente desinteresadas en una escala adecuada a la magnitud del desastre. Casi con certeza, podía haberse enfrentado con demandas de los accionistas que querían hacer responsable a la administración de la empresa por el mal manejo de sus fondos».<sup>7</sup>

Así, fue el capital el que forzó a Carbide. Pero hay otro costado, que transforma a este tipo de argumento en una especie de «si los chanchos tuvieran alas, podrían volar». La gente que es auténticamente amigable y desinteresadamente solidaria no se convierte en administradora de grandes firmas capitalistas. Las ternuras de corazón empujan muy abajo de la ladera por la que alguien asciende a tales posiciones de poder. Pues el capital forma y selecciona a los tipos de personas que crean estos acontecimientos.

La historia de Bhopal y sus vilezas empresarias continúa. Carbide abandonó su negocio de pesticidas, pero el 7 de febrero de 2001 se fusionó con la compañía Dow Chemical, que producía pesticidas... y lo sigue haciendo. El agente naranja se usó durante la guerra de Vietnam. El nuevo coloso químico opera en 168 países y embolsa

más de 24.000 millones de dólares en ingresos. El presidente y director ejecutivo de Dow declaró que la fusión había asegurado por lo menos 500 millones de dólares más de ingresos anuales, aunque lamentablemente también se perdieran 2.000 puestos de trabajo. Ninguno de los hombres individualmente culpables por el desastre de Bhopal fue jamás llevado ante la justicia, y creo que nunca lo serán en su vida.

### La revelación del misterio del crecimiento

El «campo de fuerzas gigante» es una metáfora del capital, que es la dínamo ubicua, todopoderosa y grandemente incomprendida que conduce a nuestra sociedad. La visión predominante percibe al capital como un factor racional de inversión, un modo de usar el dinero reuniéndolo fructíferamente en variados campos de la actividad económica. Para Karl Marx, el capital era un «hombre lobo» y un «vampiro», consumidor voraz del trabajo y mutilador del trabajador. Ambas apreciaciones son ciertas y la segunda, aplicada a la naturaleza tanto como al trabajo, aporta todos sus rasgos esenciales a la crisis ecológica. Desde el punto de vista de ésta, empresas tales como la Union Carbide son soldados del capital. E instituciones colocadas en el más alto nivel en el sistema, como las bolsas de valores, el FMI y el Banco de la Reserva Federal, el Departamento del Tesoro y así por el estilo, sus gerentes generales. Una vez que se aprecian estas relaciones, Bhopal se ve en una perspectiva más clara. Esto es: podría evitarse la repetición de cualquier accidente si la industria fuera suficientemente cuidadosa. Y, lo que es más esencial, como las manifestaciones de las tendencias antiecológicas son inherentes al capital, se repetirán un día de estos, de un modo u otro, siempre que el capital organice la producción social. Esto último comprende dos aspectos:

- 1. El capital tiende a degradar las condiciones de su propia producción.*
- 2. El capital, para existir, debe expandirse en forma interminable.*

Siempre que gobierne el capital, la combinación hará de la crisis ecológica en crecimiento continuo una necesidad de hierro, no importa qué medidas se adopten para limpiar uno u otro rincón.

Necesitamos examinar por qué hablamos del capital como si tuviera vida propia, que sobrepasa rápidamente sus funciones racionales y consume los ecosistemas con el fin de crecer de manera cancerosa. Es preciso decir que, en sí mismo, el capital no es un organismo viviente. Es más bien un tipo de relación que se presenta cortio un virus canceroso que invade a los seres humanos vivos y los obliga a violar la integridad ecológica, establecer estructuras autorreproductoras y polarizar el campo de fuerzas

## El imputado

gigante. Se trata de seres humanos que viven como capital, personas que se convierten en *personificaciones* del capital, que destruye los ecosistemas.

El acuerdo faustiano que originó este modo de ser, surgió a través del descubrimiento de que podía lograrse una riqueza fabulosa haciendo, ante todo, dinero, y cosas por medio de las cuales se produce dinero. Los que aún no saben que la producción capitalista es para la ganancia y no para el consumo, pueden aprenderlo inmediatamente al observar cómo disciplina Wall Street a las empresas que fracasan en elevarse a la altura de sus normas de rentabilidad. Los capitalistas celebran el dinamismo inquieto a que obligan esas normas, con su dirección innovadora, la eficiencia y los nuevos mercados. Les falta reconocer (porque una forma de reconocimiento es la incorporación a su ser) que lo que admiran, por un lado, como ingenio y elasticidad, se convierte por el otro en adicción y rutina olvidable.

Las mercancías aparecen en el amanecer de la actividad económica y la producción de la mercancía se vuelve generalizada con el advenimiento del capital. El germen del capital se inserta en cada mercancía, y puede realizarse sólo a través del intercambio. Y con esto, se produce la conversión de lo que es deseable en dinero. Para emplear una fórmula utilizada por Marx, en quien encontramos ayuda para expresar nuestras ideas como corresponde, toda mercancía es una conjunción de «valor de uso» y «valor de cambio»." El valor de uso es la situación de la mercancía en la multiplicidad siempre creciente de las necesidades y los deseos humanos, mientras que el valor de cambio representa su «ser de mercancía», esto es, su intercambiabilidad, una abstracción que sólo puede expresarse en términos cuantitativos. Para decirlo de un modo amplio, el capital representa el régimen en que, en la producción de mercancías, el valor de cambio predomina sobre el valor de uso... y el problema con el capital es que, una vez instalado, este proceso se autoperpetúa y se expande.

Si se produce para la ganancia (esto es, para la expansión del valor-dinero invertido en el proceso), entonces los precios deben ser tan altos -y los costos tan bajos- como sea posible. Como los precios tenderán a caer por la competencia endémica propia del sistema, en la práctica la reducción de costos se transforma en interés supremo de los capitalistas. Pero, ¿los costos de qué? Claramente, de los que entran en la producción de las mercancías. La mayor parte de estos puede expresarse en términos de otras mercancías (por ejemplo, el combustible, la maquinaria, los materiales de construcción y así por el estilo; y, de modo crucial, la fuerza de trabajo, vendida a cambio de salarios pollos obreros, lo que constituye el corazón del sistema capitalista). Sin embargo, si se hace el mismo análisis sobre lo último, en algún punto llegamos a las cosas que no se producen como mercancías, aunque sean tratadas como tales en el gran mercado definido por el capitalismo. Están las «condiciones de producción» ya mencionadas, y ellas incluyen las facilidades para publicitar lo producido, v. gr. la *infraestructura*, los *obre-*

ros mismos y, por cierto lo último en orden pero no en importancia, la *naturaleza* (incluso si esta naturaleza manifiesta ya, como sucede casi siempre, la mano de la principal actividad humana).

El proceso es una manifestación de la ascendencia del valor de cambio sobre el valor de uso, y entraña una doble degradación. En primer lugar, tenemos la mercantilización de la naturaleza, que incluye a los seres humanos y sus cuerpos. Sin embargo, la naturaleza, como examinaremos en detalle en la Segunda Parte, sencillamente no trabaja de este modo. No importa lo que digan los ideólogos del capital, las leyes reales de la naturaleza nunca incluyen la monetización. Más bien, existen en el contexto de los ecosistemas, cuyas relaciones internas se violan mediante la conversión en la forma-dinero. De este modo, la incesante conversión en mercancías, con su monetización e intercambio, malogra la especificidad e intrincación de los ecosistemas. A esto se agrega la devaluación, o falta básica de cuidados, que se refiere a la desatención de lo que sobra y es no redituable. Aquí emergen las denominadas «externalidades» que se convierten en repositorios de la contaminación. En la medida en que prevalece la relación capital, con su competencia implacable dirigida a realizar la ganancia, es seguro que, en un punto u otro, se degradarán las condiciones de producción. Que es como decir que los ecosistemas naturales serán desestabilizados y dejados de lado. Como lo demostró James O'Connor en sus estudios pioneros acerca de este fenómeno, la degradación tendrá efectos contradictorios sobre la propia rentabilidad (la «contradicción secundaria del capital»), sea en forma directa, por su colisión con el terreno natural de la producción que ella malogra, o indirectamente, como en el caso en que las medidas reguladoras, al ser el capital obligado a pagar por el cuidado de la salud de los obreros y así por el estilo, reintroducen los costos que fueron expulsados hacia el medio ambiente.<sup>1</sup> En un caso como el de Bhopal, los numerosos agravios de esta clase interactuaron y se convirtieron en la matriz de un atroz «accidente». Para Bhopal, la degradación estuvo concentrada en un establecimiento, mientras que puede observarse la ocurrencia de la crisis ecológica como un todo en un campo menos concentrado, pero vastamente extendido, de modo que el desastre se despliega ahora más lentamente y en una escala planetaria.

Seguramente, se replicará a esto que constantemente se introduce una gran cantidad de técnicas que contrarrestan la degradación de las condiciones de producción, para disminuirla o incluso sacar provecho de ellas (por ejemplo, los instrumentos de control de la contaminación, la producción de mercancías anticontaminantes y así por el estilo). En algún grado, están destinadas a ser efecLivas. Ciertamente, si el sistema entero estuviera en equilibrio, podrían contenerse los efectos de la segunda contradicción y no estañamos habilitados para extrapolarlos hacia una crisis ecológica. Pero esto nos conduce hacia otro gran problema con el capital. Esto es, que los límites de cualquier tipo son anatema fiara él.

## El imputado

### La acumulación

#### Marx escribió al respecto en los *Grundrisse*:

Pero, como representa la forma general de la riqueza - el dinero -, el capital tiene la tendencia desenfadada e ilimitada de superar sus propios límites. Cada limitación es, y debe ser, para él una barrera, si no dejaría de ser capital, es decir, dinero que se reproduce a sí mismo. Si un límite determinado apareciera no como una barrera exterior, sino como una limitación tolerable e inherente a él mismo, se degradaría, pasando del valor de cambio al valor de uso, y de la forma general de la riqueza a un modo determinado de sustancia. Si el capital crea una plusvalía de cantidad determinada, es simplemente porque no puede producir de una sola vez una cantidad ilimitada. Pero existe el movimiento de su aumento constante. El límite cuantitativo de la plusvalía aparece únicamente ante él como una barrera natural a superar, una necesidad que trata siempre de sobrepassar.<sup>1"</sup>

Debe apreciarse la deuda con la perspicacia de Marx. En su núcleo, el capital es cuantitativo e impone al mundo el régimen de la cantidad. Esta es una «necesidad» para el capital. Pero de manera equivalente, el capital es *intolerante* frente a la necesidad. Parece ir en forma constante más allá de los límites que él mismo se ha impuesto y así tampoco puede encontrar equilibrio: es irremediabilmente autocontradictorio. Cualquier incremento cuantitativo se convierte en una nueva frontera, que se transforma de inmediato en nueva batiera. El conjunto frontera/barrera se vuelve entonces el lugar del nuevo valor y el potencial para la nueva formación de capital, que luego se transforma en nueva frontera/barrera, y así hasta el infinito. Por lo menos en el esquema lógico del capital. Es una pequeña maravilla que una sociedad formada antes que nada por el bien del capital sea tan nerviosamente dinámica, que introduzca nuevas formas de riqueza y que continuamente remita al pasado formas obsoletas, que esté obsesionada con el cambio y la adquisición... y que sea un desastre para las ecologías.

Dado que cada frontera/barrera es un lugar para la formación de la mercancía, esta se convierte en una prescripción para la «producción generalizada de mercancías», que es uno de los sellos distintivos del capital. Es preciso decir que el proceso no ocurre de manera pulcra, aunque los capitalistas se sienten en torno de él y elijan sus nuevas mercancías de entrega inmediata. Por supuesto, en algún grado lo hacen (imagínese una red de ejecutivos que tratan de desarrollar nuevas comedias de situación, o a los fabricantes de automóviles una línea nueva de impulsión en las cuatro ruedas). Pero los ejemplos más interesantes son aquellos donde las acciones no planeadas y más o menos espontáneas del sistema crean nuevas coyunturas, que los llevan a apoderarse de nuevos lugares para la actividad rentable. Las perspectivas, caras al capitalismo, de hacer negocios con mercancías no contaminantes, o la búsqueda por la industria farmacéutica

de nuevos antibióticos que curen las enfermedades nuevas desencadenadas por la desestabilización ecológica, son ejemplos de este tipo. La constante creación de ansiedades y necesidades mediante el movimiento inquieto del sistema, se concentra constantemente en los circuitos de la nueva actividad mercantil. ¿El capitalismo ha creado a un individuo aislado, dominado por la ansiedad, cuya supervivencia requiere ser guiada por un mercado? Bien, el capital entonces podrá también encaminarse a la creación de mercancías al servicio de este estado del ser intensamente narcisista (artículos de moda e imagen, con tecnologías al servicio de éstas y un aparato cultural subsecuente). En el caso de la moda, por ejemplo, hay una línea completa de revistas, estudios fotográficos, agencias de publicidad, firmas de relaciones públicas, psicoterapias, etc., etc.

El régimen de rentabilidad del capital se encuentra en permanente inestabilidad y nerviosismo. Incluso en la clase dominante, no existe ninguna «regla» sin que ella la pruebe de manera perpetua consigo misma, y el director ejecutivo debe no sólo producir ganancia sino, lo que es más importante, acrecentar la tasa de ganancia, o será rápidamente apartado. No se puede permanecer contento con lo dado, sino que éste debe tratar de expandirse constantemente. Sencillamente, para un capitalista el crecimiento se equipara con la supervivencia, por lo que quien fracasa en el crecimiento simplemente desaparecerá y sus bienes serán adquiridos por otro. No importa cuánto tenga, uno jamás tiene nada: cada cosa debe probar su nueva existencia al día siguiente. De allí el rasgo bien conocido de la burguesía: no importa cuan rica ella sea: siempre necesita ser más rica. Todo el fabuloso crecimiento de la última década no ha reducido ni una jota la directiva de acumular aún más, ni puede hacerlo jamás mientras reine el capital. El sentimiento de tenencia y posesión domina a todos los otros, precisamente porque su realidad nunca puede asegurarse. Estrictamente hablando, los individuos pueden apearse de esta rueda... hacer fortuna y retirarse a criar ponis de polo o repollos. Pero ellos cesan por eso de ser personificaciones del capital y de inmediato otros avanzan para representar su rol.

El dinero - la forma capitalista del valor - abstrae y disuelve todas las relaciones, reemplazándolas por el nexo en efectivo. Pone en marcha la competencia despiadada inherente al capital. Y dado que el dinero es el único vínculo verdadero, entonces no hay siquiera verdaderas cadenas y reina la envidia universal, la sospecha y la desconfianza. Por la competencia así inducida, la «maquinaria del sistema» se convierte en el motor que obliga al eterno crecimiento como precio para la supervivencia. Y porque el dinero puede expandirse sin esfuerzo, aunque su sustrato material está limitado por las leyes de la naturaleza, los grandes consorcios del capital emergen de las transacciones incesantes que suministran el hito del crecimiento, y lo que ellas recaudan presiona aún más por la expansión. Por consiguiente, la presión del crecimiento capitalista es *exponencial*, esto es, se vuelve proporcional a la magnitud total del capital acumulado.

## El imputado

que presiona por su desembolso. Como lo planteó Marx en otro pasaje de la misma obra citada:

Las limitaciones que el capital supera le parecen, por lo tanto, fortuitas. Esto es lo que se advierte incluso en los análisis más superficiales. Cuando el capital, a partir de 100, llega hasta 1.000, el punto de partida del aumento será en lo sucesivo de 1.000: su decuplicación - que esté en 1.000 - no cuenta para nada. La ganancia y el interés vuelven a convertirse en capital. Lo que se considera plusvalía vale ahora como simple base de partida, al haber sido la plusvalía totalmente absorbida por el mismo capital."

Si desentrañamos este pasaje altamente comprimido (los *Grundrisse* fueron escritos como un recordatorio para el propio estudio de Marx y no para un lector exterior), Marx nos está diciendo que, en el régimen del capital, cualquier ganancia original es sólo un punto de partida. Si el mismo proceso se lleva adelante a través de un segundo ciclo, se observará la misma fuerza expansiva, que no obstante opera desde un nivel más alto. Si alguna unidad monetaria de 10 se eleva a 100 en el primer ciclo, existirá para ella una tendencia a elevarse a 1.000 durante el segundo ciclo. Por consiguiente, la producción capitalista no es sólo expansionista (puesto que el dinero ha entrado en la circulación para convertirse en capital y necesita ganar una plusvalía), sino que lo es exponencialmente. Como comentó Marx en *El capital*:

La reiteración o renovación del acto de *vender para comprar* f.i.e., M-D-M | encuentra su medida y su meta... en un objetivo final ubicado fuera de éste: el consumo, la satisfacción de determinadas necesidades. Por el contrario, en la *compra para la venta* [i.e., D-M-D],<sup>12</sup> el principio y el fin son la misma cosa, *dinero*, valor de cambio, y ya por eso mismo el proceso resulta carente de término.

Para tener más dinero, es preciso dinero con un número más grande escrito sobre él, y así

Al finalizar el movimiento, el dinero surge como su propio comienzo. El término de cada ciclo singular en el que se efectúa la compra para la venta, configura de suyo, por consiguiente, el comienzo de un nuevo ciclo. La circulación mercantil simple - vender para comprar - sirve, en calidad de medio, a un fin último ubicado al margen de la circulación: la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. La circulación de dinero como capital es, por el contrario, un fin en sí, pues la *valorización del valor* existe únicamente en el marco de este movimiento renovado sin cesar. El movimiento del capital, por ende, es carente de medida."

El desinterés del capital por las fronteras, excepto como barreras a ser sobrepasadas, surge de esta propiedad fundamental. Cada frontera en el mundo actual es inútil al capital, a menos que pueda ser monetizada y colocada en un circuito D-M-D', al final del cual debe comenzar otro circuito. Cualquier retraso o demora en el flujo se registra como una amenaza mortal. Si una frontera, o un proceso de retroacción, o una señal de advertencia ecológica, se produce durante un ciclo de inversión, el punto de partida se convierte en otro. Incluso esto es engañosamente escaso para hablar de fronteras como meras barreras. Esto último es así por cuanto el capital necesita conservarse en movimiento y de tal modo rechaza toda limitación. Pero la barrera-frontera es también el punto de inversión, mercantilización e intercambio. Por consiguiente, el capital necesita y percibe a las barreras/fronteras como lugares de crecimiento. Como si se encontrara un banco de ostras perlíferas al lado de un grano de arena. Pero si la actividad vital de los moluscos y otras criaturas que viven en los ecosistemas se define por regulaciones internas exquisitas, el crecimiento del capital es como una adicción temeraria, que tiende a poseer a los individuos en proporción directa a su posición en la estructura de mando capitalista. Por supuesto, un grado de cálculo prudente también es *de rigueur*. Pero éste no es interior al proceso de acumulación: más bien se aplica desde fuera, como un modo de hacer posible la pasión. De este modo, todas las reformas se instalan para permitir crecer en un proceso incontrolado.

En caso de que a alguien le queden dudas de este encantamiento, considere lo siguiente, que proviene de la primera paite de 1997, un momento de impetuosa expansión para el sistema mundial. Esta noticia fue saludada como si fuera una señal del Segundo Advenimiento. En un artículo principal del *Wall Street Journal*, el 13 de marzo de 1997, su autor, G. Pascal Zachary, exhibió la opinión de los expertos de los altos niveles del sistema económico, y los encontró unánimes en declarar la victoria permanente del capital a escala global (la única excepción fue la del dudoso George Soros, quien pensaba que la expansión «era la última posible en el siglo»), Jeffrey Sachs, economista de Harvard, dijo que «el lado positivo es espectacular»; mientras que Domingo Cavallo, arquitecto de la reestructuración neoliberal de la Argentina, agregó que «hemos ingresado en una era dorada». La frase «era dorada» expresaba también los sentimientos del nuevo Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan.<sup>14</sup> El entonces economistajefe del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, agregó que con una tasa de crecimiento mundial «reproducible» del 4 por ciento, prevista para los veinte años siguientes, «el crecimiento económico alcanzará niveles históricos que, a su vez, abrirán una nueva frontera para los países industrializados».

En el mismo diario del 28 de abril. Renato Ruggiero, entonces director de la Organización Mundial de Comercio, ofreció su perspectiva acerca de las buenas nuevas. El comercio mundial nos había traído esta bendición, al multiplicarse por 15 en las últimas

## El imputado

cuatro décadas. Un álgebra sencilla ofrece un concepto claro: la maravilla de un crecimiento anual del 4 por ciento durante dos décadas se traduce en la *duplicación* de la producción de bienes y servicios. Entonces, expresado en forma grosera, hacia 2020 cada cosa que ahora se produce se producirá dos veces: doble cantidad de automóviles, doble cantidad de aviones, doble cantidad de insecticidas, doble cantidad de riqueza material en China e India. Todo esto, de acuerdo con el presidente de la OMC, por el comercio y los mercados abiertos por el capital (las «economías abiertas» crecieron a un promedio anual de 4,5 por ciento entre 1970 y 1989; las «cerradas» sólo en un 0,7 por ciento -y ahora sólo quedan escasas economías cerradas). Y las empresas multinacionales norteamericanas crecerán a un ritmo «casi vertiginoso». La Boeing, por ejemplo, prevé gastar 1,1 billón de dólares en vuelos jet, que se elevarán al doble en los próximos veinte años, tres cuartos de ellos procedentes del exterior. En China y Estados Unidos se construirá una cantidad cuatro veces superior en escaleras mecánicas. Mientras tanto, el mundo experimenta una expansión del consumo tal que, para tomar un ejemplo, el Citicorp, que comenzó de la nada en 1990, tenía en 1997 siete millones de usuarios de tarjetas de crédito en Asia y dos millones en América latina. Shaukat Aziz, jefe de la oficina de planificación del Citicorp, dijo que «existe un potencial de sorpresas positivas que conducirían a un crecimiento incluso mayor, como las ventas masivas de bienes estatales. En materia de privatizaciones, apenas arañamos la superficie».<sup>15</sup>

Recordemos: en 1970, hace sólo tres décadas en el transcurso del tiempo, pero una eternidad en lo que interesa al capital, el concepto de «límites del crecimiento» fue asumido por las elites mundiales, o al menos por una fracción significativa de ellas, quienes pusieron en circulación el informe del mismo nombre bajo la autoridad del «Club de Roma». Después, en poco más de una generación, como se ha dicho, el concepto reinante en el capital de la contención del «crecimiento», ha sido efectivamente expulsado del pensamiento colectivo de la clase dominante.

A diferencia, los últimos años han sido menos estimulantes desde el punto de vista del «crecimiento». Ciertamente, cuando esto está escribiéndose, la economía está en las garras de una caída largamente pospuesta. A pesar de esto, no obstante que los datos específicos concretos cambian constantemente, la mentalidad y la dinámica esenciales siguen siendo las mismas a través de los tiempos de riqueza y de pobreza.

Con respecto al calentamiento global, considerado como la instancia suprema de la cri. is ecológica, encontramos ahora una comprensión abundante acerca de sus perspectivas noriales. Pero el caótico sistema mundial guarda hacia él respuestas que están por detrás de la marcha de los acontecimientos. Consideremos sólo la frecuencia y el impacto de las tormentas violentas. En el nivel climático, estas son el equivalente del metilisocian.'to sobre el nivel fisiológico de los cuerpos atravesados por las lágrimas. Cada una de ellas representa la intrusión de una energía salvaje incontenible por las

barreras ecosistémicas, con resultados caóticos y devastadores. En los últimos años, hemos visto al Huracán Mitch, que asoló a Honduras y Nicaragua, junto a otras tormentas devastadoras, que llevaron a la muerte a decenas de miles, que golpearon a China, India, Mozambique y Venezuela. En el último momento, el asesino se volvió una lluvia que provocó que cayeran avalanchas arrasadoras sobre las villas miserias construidas sobre las laderas de una montaña cercana a Caracas, que enterraron o barrieron hacia el mar a un pueblo pobre de 20.000 personas, que jamás hubiera vivido allí en una sociedad más justa o sana. Obsérvese que cada una de estas catástrofes es *de la escala de un Bhopal*, aunque ninguna sea considerada un acontecimiento del que deba responsabilizarse al sistema industrial, porque en su núcleo no hay un accidente ni una Union Carbide a la cual culpar. Sólo existen innumerables agravios ecosistémicos dispersos y un impredecible e inevitable conteo de víctimas.

Conocemos con gran precisión lo que hace el MIC y cómo lo ha hecho donde ha podido causar estragos, como en Bhopal, mientras que la prueba de las tormentas es una cuestión muy incierta. Pero hay algo que se llama «principio de precaución», de acuerdo con el cual la sociedad está obligada a tomar medidas preventivas allí donde existe evidencia significativa de una relación ecológicamente destructiva sin que exista prueba definitiva de ello (lo que, dada la naturaleza de tales acontecimientos, nunca se llega a conocer). Es claro que existe evidencia suficiente, como la presencia de grandes cantidades de energía solar atrapada, y la frecuencia elevada de tormentas devastadoras.<sup>16</sup> Después de todo, ¿qué son las tormentas sino la descarga de energía que está más allá de la capacidad humana de controlar a la atmósfera? Aún en la proporción de una amenaza, el sistema responde de manera tan negligente como lo hizo Carbide en Bhopal.<sup>17</sup>

La explicación se encuentra en la lógica de la acumulación. No se trata sólo del hecho obvio de que cualquier enfrentamiento serio con la producción de gas de efecto invernadero, significará problemas de ganancia en el corto y mediano plazo, comprendidos en el limitado horizonte del capital. No, hay en la actualidad otro motivo directo. Es la comprensión de que el calentamiento global, aquí y ahora, es *bueno para los negocios*. En Francia, por ejemplo, las terribles tormentas de 1999 no sólo tuvieron escaso impacto macroeconómico. De acuerdo con Denis Kessler, presidente de la Federación Francesa de Compañías de Seguros, se dijo que eran «más bien una cosa buena para el PBN». Esto es así porque los daños causados por tales acontecimientos en un país altamente desarrollado son relativamente bajos - no hay villas miserias en Francia, abunda el equipamiento de emergencia, y así por el estilo - y exceden en valores monetarios los fondos gastados en reparaciones, que tienden a renovar la propiedad dañada con materiales más modernos. Como comenta Herve Kempf, autor del artículo:

Se observa como si los que toman las decisiones en el mundo económico hubieran deci-

## El imputado

**dido no hacer nada respecto al cambio climático, sobre la base de que si no ocurre ningún cambio, sacaríamos ventaja de una forma de crecimiento que continúe intensificando el efecto invernadero, y si el cambio ocurre, seríamos capaces de protegernos de él... e incluso tendría un efecto favorable sobre la economía global.<sup>18</sup>**

Aquí, el «nosotros» no está referido a la totalidad humana, sino a los habitantes de las naciones «desarrolladas» (para ser más exacto, sus clases privilegiadas). En cuanto a los otros, bien: déjenlos comer lodo. Al igual que el número incalculable de aves y otros animales diezmados por estas tormentas, el destino de los pobres es irrelevante para la gran marcha de la acumulación, y de tal modo se convierte en cuestión desechable. Kempf lo comenta de este modo: «Las víctimas de las inundaciones de Venezuela cuentan poco, en tanto permanezca sin ser afectada la producción petrolera del país». Consecuentemente, su destino se descuenta, lo mismo que el de otros miles de millones.

Tales pensamientos son tanto una manifestación de la brecha siempre ampliada entre el mundo rico y el pobre, como una causa de la ampliación de esa brecha. Es también un ejemplo mayor del tipo de razonamiento específico del capital, que emplea índices puramente cuantitativos, tales como el producto bruto nacional (PBN), porque se trata de índices convenientes para la acumulación. Apenas un crítico de la crisis ecológica se ha abstenido de comentar la estúpida brutalidad de este número, que reduce la vida y la muerte al común denominador de lo que puede extraerse de su mercantilización. No obstante, es necesario observar que el pensamiento en términos de PBN no es un simple error, sino la lógica real del poder reinante. Y cualquier reclamo por su revisión a la luz del juicio humano y ecológico, es simplemente ridículo mientras el poder reinante permanezca en su lugar.

Pero aunque fuera un error - y uno enorme -, es uno que amenaza el futuro. La reducción del mundo al valor y de la economía al PBN, es tanto una abstracción como una restricción. A través de los lentes del capital, se ven todas las cosas convertidas en mercancías, cuyos lazos ecológicos sensorialmente concretos son en la actualidad meramente cuantitativos. De aquí que ellos sean apartados y separados. El cálculo burgués del calentamiento global reduce el tema a una serie de tormentas y a sus efectos sobre las ganancias. Dice: «Ajá!, aún podemos hacer dinero», y luego cierra sus libros y estrecha su visión, hasta ver el mundo, en los términos de William Blake, «a través de hendiduras estrechas» en una cárcel de la mente y olvidar que el calentamiento global es un proceso a nivel de la totalidad, que compromete a todos los ecosistemas en mutua interacción. Mientras cuenta su dinero y vomita tranquilamente su gas invernadero, los acontecimientos siguen su curso en cualquier parte. El capital desea disolver las fronteras, en estricto acuerdo con su lógica de acumulación interminable. Pero hay otras

fronteras cuya disolución no es del todo de su gusto. El hielo polar puede fundirse, y las corrientes oceánicas transformarse. Y entonces, como un Bhopal colosal, todas estas pequeñas negligencias pueden convertirse un día en una soipresa muy desagradable. Tal vez algún día la burguesía francesa pueda despertarse encontrando que la Corriente del Golfo no fluye más hacia su agradable país, sino que disipa sus calores en un mar indiferenciado. ¿Y qué será entonces del PBN?

Hemos parafraseado a la reina con nuestro «déjenlos comer lodo», y podemos concluir este pasaje con las palabras prescientes del rey, que pueden interpretarse tanto literal como metafóricamente: *«Apres mol. le deluge»*.

### Notas

- i. Se estima que murieron entre 2.000 y 20.000 de estos últimos. Este dato proviene de Kurzman, 1987, pp. 130-133. Para un resumen ulterior de la evidencia, véase Montague, 1996; también el sitio de internet [www.corporatevwatch.org/bhopal/](http://www.corporatevwatch.org/bhopal/).
2. Montague; «Después que todos los abogados y los funcionarios del gobierno indio hubieron cobrado sus honorarios e indemnizaciones, los demandantes recibieron un promedio de 300 dólares, los que, para la mayoría de los demandantes, no alcanzaron siquiera para pagar sus recetas médicas».
3. El concepto deriva de la Metafísica de Aristóteles, donde la causa eficiente es una de las cuatro causas fundamentales. Las otras son la esencia formal de una cosa (en la concepción de Platón), la naturaleza material última de esa cosa y la causa final o meta hacia la cual se dirige una cosa. Por contraste, la causa eficiente es la fuente del movimiento de una cosa, que puede o no ser externa a la cosa en cuestión. Gran parte de las dificultades extremas de este texto > (que se ha hecho notar realmente en una serie de disertaciones) está dada por las críticas dirigidas a Platón y otros filósofos por no tener en cuenta la causa eficiente. Aristóteles, 1947, pp. 238-296.
4. Este pasaje y la mayor parte de la evidencia en esta sección, proviene de Kurzman, 1987. Sin embargo, el ítem siguiente está tomado del testimonio dado hacia fines de 1999, en el curso de la acción civil seguida en India. Puede agregarse que *Kurymun*, enfocó su trabajo como un periodista que no tiene quejas que plantear, como se revela en una cantidad de pasajes de simpatía hacia los líderes ejecutivos de Carbide.
5. Montague, 1996, que cita a Lepkowski, 1994.
6. Shiva, 1991. En la actualidad, gran número de personas rechaza la cosmovisión de Carbide y los méritos de esta transformación, razón por la cual, jímio con otras cosas, se ha conducido a muchos campesinos de India a elegir los pesticidas como medio para suicidarse.
7. Montague, 1993, p. 487; cil. en Montague, 1996.
8. Estos términos aparecen en la primera página del Tomo I de El capital de Marx, un indicio de cuán importantes los consideraba.
9. Extraído de O'Coirnor, 1998. La «primera contradicción» es la de (a clásica «crisis de realización», en la que la reducción de los salarios del obrero hace más difícil la compra de las mercancías que ellos producen.
10. Marx, 1973, p. 334. Martin Nicolaus, traductor y editor, traza una conexión entre este pasaje y la Ciencia de la lógica de Hegel (Hegel, 1969). [v. bibliografía]
11. Marx, 1973, p. 335; las bastardillas son del original.
12. En el primer ciclo, la circulación simple de mercancías, una mercancía que se vende por una suma dada de dinero, D, y luego es intercambiada por otra mercancía de valor equivalente, M. En el segundo ciclo, que es el del capital, una suma de dinero (1) ingresa en la circulación para pagar una mercancía M, que entonces se vende por una diferente suma de dinero, D'. Si D' es más grande que D, el principal desiderátum del capitalismo, tenemos D' - D, o DD, que es la «plusvalía». Marx emplea el término «valor» como sinónimo de valor de cambio.

## Ei imputado

13. Marx, [967a; pp. 252-3. [El capital. T. I. Vol. 1,23a. ed., México, Sigio XX!, 1999; pp. (85-6. N. del T.)
14. En una encuesta de fin de milenio de la BBC acerca de quién fue el hombre más grande de los últimos 1.000 años, el secretario general ofreció a Adam Smilh como su primer elegido. ¿Podemos imaginarnos a Dag Hammarskjold o U. Thant haciendo lo mismo? En cambio. Annam fue premiado por su lealtad incuestionable al capital transnacional. [El «ganador» de dicha encuesta fue Kart Marx. N. del T.)
15. Zachary, 1997. Ruggiero, 1997. Véase el Cap. 8 para mayor información acerca de Stiglitz, quien ha sido considerado una especie de héroe al haber sido despedido del Banco Mundial por disentir con las políticas de éste. Por admirable que haya sido, aún así esto revela las características de insana ceguera de las implicaciones del crecimiento.
16. De acuerdo con la Administración Nacional de/ Océano y la *Atmósfera*, los diez mayores desastres costeros de la historia de Estados Unidos, incluyendo cuatro huracanes, acaecieron en la década de 1990, Taub, 2000; DIO.
17. Las noticias de que el Polo Norte se había licuado en agosto de 2000 -por primera vez en 50 millones de años- fueron recibidas por las clites dominantes con bostezos y burlas. Una opinión editorial en el Wall Street Journal tituló «¿Y qué?» un encabezamiento bastante representativo. No podemos continuar aquí esta cuestión, pero hay amplias razones para creer que los propios Protocolos de Kioto contemplan escasamente (a necesidad de contener *el* calentamiento global.
18. Kempf, 2000, p. 30.

## 4 El capitalismo

La responsabilidad del capital por la crisis ecológico puede demostrarse empíricamente, mediante la localización de las fracturas ecosistémicas por la acción de las corporaciones y/o las agencias gubernamentales, bajo la influencia del campo de fuerzas del capital. O pueden deducirse, por un lado, de las tendencias combinadas a degradar las condiciones de producción (la Segunda Contradicción) y por el otro, del canceroso imperativo de expansión. Aunque la Segunda Contradicción puede ser compensada, en circunstancias particulares, por el reciclado, el control de la contaminación, el tráfico de obligaciones negociables y así por el estilo, el imperativo de la expansión desgasta continuamente los márgenes ecológicos, junto con sus perímetros siempre extendidos, superando o desplazando los esfuerzos de recuperación y acelerando una cascada de desestabilización. En alguna ocasión, la fuerza expansiva del capital puede verse directamente, como cuando el presidente George W. Bush invirtió de manera abrupta su promesa de cortar la emisión de obligaciones negociables, en marzo de 2001, el día después que el mercado de valores entró en caída libre y en el contexto de una creciente crisis de acumulación. Más ampliamente, ella opera por medio de una hueste de intermediarios, incrustados en la gigantesca máquina de acumulación que es la sociedad capitalista.

Necesitamos echar una mirada más cercana a la forma en que esta sociedad trabaja sobre el terreno. Es demasiado abstruso cerrar el argumento con una demostración de leyes abstractas. El capital no es un mecanismo automático, y las leyes a las que obedece, al ser mediatizadas por la conciencia, no son más que tendencias. Cuando decimos que el capital hace esto o aquello, queremos significar que ciertas acciones humanas se llevan adelante bajo los auspicios del capital. Entonces, necesitamos comprender, tanto como podemos, acerca de lo que son estas acciones y de cómo pueden cambiarse.

El capital se origina con la explotación del trabajo y toma forma en cuanto se sujeta a la fuerza peculiar del dinero. Su núcleo es la abstracción de la conversión de la potencia humana en fuerza de trabajo que se vende en el mercado. La economía capitalista naciente se nutrió del estado feudal y luego se impuso -i ese estado (a menudo por medio de una revolución), centrándose en la acumulación del capital. Con esto, el modo de producción capitalista se instaló como tal. Después, el capital comenzó a convertir a la sociedad a su imagen y semejanza y creó las condiciones para la crisis ecológica. Las

## 64 El imputado

gigantescas corporaciones que identificamos directamente como destructoras de la ecología no son todo el capital, sino sólo sus principales instrumentos económicos. Por consiguiente, el capital actúa a través de la empresa, pero también a través de la sociedad y en el espíritu humano.

En términos amplios, esto tiene lugar en tres dimensiones: existencial, temporal e institucional. En otras palabras, las personas viven sus vidas crecientemente bajo los términos del capital. Siendo así, la marcha temporal de la vida se acelera. En definitiva, se vive en un mundo donde las instituciones están en situación de asegurar esto a lo ancho de un terreno siempre expandido: el mundo de la *globalización*. De este modo la sociedad, y un completo modo de ser, se desarrollan hostiles a la integridad de los ecosistemas.

### La penetración de los mundos vitales

El mundo capitalista es un aparato colosal de producción, distribución y ventas, diseminado de mercancías. Los stocks promedio de Wal-Mart comprenden unos 100.000 items diferentes (con 600.000 disponibles a través de su sitio en internet) y, como lo confirma amargamente una travesía a lo largo del territorio norteamericano, las edificaciones de Wal-Mart - unas 2.500 desde las primeras 2.000, con 100 millones de compradores por semana -, surgen por doquier a la orilla de los caminos, como hongos gigantes, que destruyen la integridad de las ciudades y se alimentan de su decaimiento.<sup>1</sup> En esto, hay mucho más que la insignificancia de meros objetos. Como el capital penetra la sociedad, y como una condición del capital es penetrar en la sociedad, se altera la estructura entera de la vida.

Cada criatura habita un «mundo vital», esa porción del universo que es vivida o experimentada.<sup>2</sup> El mundo vital es, por decirlo así, lo que parece un ecosistema desde el punto de vista de los seres individuales que lo integran. Por consiguiente, los valores de uso que representan la utilidad de las mercancías están insertos en los mundos vitales y su punto de inserción se registra subjetivamente como deseo y objetivamente como un complejo de necesidades. Como el capital penetra los mundos vitales, los altera de modo que estimulen la acumulación, principalmente por la introducción de un sentido de insatisfacción o carencia... de modo que verdaderamente puede decirse que la felicidad está vedada bajo el capitalismo y es reemplazada por la sensualidad y el apetito. De este modo, los niños desarrollan tal apetito por lo descafeinado, lo cargado de azúcar y las gaseosas edulcoradas artificialmente, que puede decirse positivamente que los *necesitan* (y que su conducta se desintegra sin tal consumo). O los mayores desarrollan una necesidad similar por los gigantes vehículos deportivos o utilitarios, o encuen-

tran indispensables para su conducta en la vida a las máquinas limpiadoras de césped, o se conforman con pasar la vida pasivamente frente a una pantalla de televisión, o mirar las galerías de compras y sus interminables estacionamientos como el asiento «natural» de la sociedad.

Se observa una doble alteración. Las mercaderías así introducidas (digamos, los automóviles de impulsión en las cuatro ruedas) son ecodestructivas pero provechosas. Y la gente que las utiliza y las desea, dadas sus necesidades cambiantes, está cambiando ella misma en una dirección «antiecológica». Esto es, las personas se convierten en cómplices de la crisis ecológica y se vuelven incapaces de tomar acción alguna contra ella. Contrariamente a un punto de vista «ambientalista», dirigido hacia lo que se localiza fuera de nosotros, la perspectiva ecológica incluye no sólo la naturaleza externa, sino también, y especialmente, todos los aspectos de la vida que tienen un componente «natural», tal como la tradición, o la comunidad, o más generalmente, el pasado. Todo lo cual está siendo desarraigado, de modo que pueda tener lugar la acumulación. De aquí la implacable actitud del capital de mirar hacia adelante y su feroz encierro en la lógica de la modernidad.

En el momento en que, por primera vez, tomé conciencia de este proceso, no tenía ninguna comprensión coherente de lo que el capital significaba. Fue durante un curso lectivo de medicina tropical, tomado en 1961 en Surinam, recientemente independizado del colonialismo holandés, pero aún muy integrado a la órbita occidental.<sup>3</sup> La experiencia entrañó distintos tipos de situaciones: en Paramaribo (la capital), en los pequeños pueblos de sus afueras y finalmente en la gran selva tropical lluviosa, durante un viaje de tres semanas en piragua, escoltado por guías nativos. Tuve la posibilidad de observar de primera mano el modo tribal de vida en un ecosistema de bosques lluviosos aún relativamente preservado, y también algo de la urbanización del Tercer Mundo. El lector no se sorprenderá al entender mi preferencia por el primero y mi repulsión por la última. Me había vuelto en sujeto de un viejo deseo occidental: lo que habían sentido Melville o Humboldt cuando encontraron tierras tales como éstas. Viajé cautivado por la grandeza natural, corno también por las culturas dignas y vibrantes que encontré a lo largo de las costas ribereñas, las aldeas radiantes y limpias, brillantemente decoradas con el arte indígena. Todo en la vida era ceremonioso, lleno de música y danza, festivo y - así me pareció - completo. Podría haber denominado a la aldea ribereña como un ecosistema humano integral, si la expresión hubiera estado en circulación en 1961. En comparación, el pueblo polvoriento y deprimente, bajo la férula de la compañía de aluminio, con barracas convertidas en hogares y la cultura del Hombre Blanco en cada rincón, era un paraje tan alienante como siempre lo había percibido. Era en sí mismo pasmoso. Y la atracción evidente de esta cultura dependiente sobre la juventud de las aldeas a lo largo del río era especialmente consternadora. Aunque, para nuestros térmi-

## 66 El imputado

nos, las aldeas eran pequeñas, no había en ellas signo de desnutrición o pobreza como tales, aunque los jóvenes las habrían abandonado tan pronto como hubiesen podido. El señuelo del dinero a cambio del trabajo, la tentación de la Coca-Cola, el deseo de la vida ciudadana situada más allá del pequeño pueblo. Todo los urgía.

Mi estadía fue demasiado breve y mis poderes de observación demasiado débiles, por más que especulara en 1961 acerca de la desestabilización de los pueblos indígenas de Surinam. Típicamente, lo que disuelve el mundo vital de la sociedad tribal es la usurpación de la tierra. Con el fundamento productivo de la sociedad fragmentada, se pone en movimiento una cadena de acontecimientos compleja y desintegradora. Como los «viejos modos» ya no tienen sentido, se desata una clase de deseos, y como estos son ahora relativamente informes e irrestrictos, el virus del capital, con su promesa de riqueza ilimitada, es capaz de afianzarse. Esto siempre se acompaña por la invasión de la cultura de masas, que codifica el logos del capital en la forma de mercancías. Una vez que «la Coca-Cola, la cosa actual» reemplaza a la realidad tradicional, se pone en marcha la colonización interna que perfecciona la autoridad sobre la periferia.

Como con la expansión del catolicismo en la primera conquista, la expansión del capitalismo no hace tanto por imponer sus formas *tout court* como por llegar a un arreglo con el mundo vital colonizado. Entonces, el resultado real es, por lo general, sincrético, con una persistencia considerable de las formas indígenas. Los aficionados a la posmodernidad se complacen generalmente con esto, viendo en ello una afirmación de la «resistencia», la «diversidad» y así por el estilo. Pero no pueden complacerse más que el capital, que celebra la diversidad como fuente de nuevos valores de uso.

La empresa McDonald, con 26.996 locales en 119 países en el año 2000, ofrece un ejemplo especialmente vigoroso de la penetración del capital global.<sup>4</sup> Desde 1955, McDonald se constituyó en la pionera en la industria de la alimentación, mediante la conversión del acontecimiento de la comida, inmemorialmente ritualizado, en «comida rápida». Como lo vimos arriba, los viejos modos fracasan en otorgar sentido. Y entonces se insertan deseos, necesidades y mercancías nuevos y sincréticos. Más que impulsar, simplemente, el consumo de hamburguesas en su clientela creciente de Asia y América latina, McDonald le ofrece McNuggets vegetales en India, hamburguesas Teriyaki en Japón, McHuevos en Uruguay, y así por el estilo, desgastando las formas culturales indígenas y debilitando la resistencia de la cultura de la carne vacuna. Todos los trucos del comercio se ponen en acción: payasos, juegos para niños, patios de recreo y un incomparable presupuesto de publicidad. El capital obtiene sus mercancías y el pueblo obtiene una seudocomunidad que disuelve sus mundos vitales y cultiva ulteriormente deseos y necesidades nuevos.

La invasión del capital tiene lugar por medio de un rodeo ecosistémico múltiple a la cultura y la naturaleza, con puntos de formación de mercancías que crecen por doquier.

Desde este punto de vista, la distinción entre los aspectos simbólicos y materiales de los acontecimientos se torna artificial. Aunque debería observarse que la industrialización de la comida tiene efectos somáticos definitivos sobre una sociedad. La magnitud de las actividades de McDonald en Hong Kong se desprende del hecho de que 25 de sus 50 locales principales en el mundo se localizaban allí en 1997 y de que, desde la asunción del mando del emporio de las comidas lápidas 20 años atrás, el peso promedio de los adolescentes locales se elevó en un 13 por ciento. Y la edad de la primera menstruación de las muchachas cayó a 12, en comparación con la original de 17, en China continental. Actualmente, Hong Kong ocupa el segundo lugar en los niveles más elevados de colesterol infantil en el mundo, después de Finlandia. Mientras tanto, en los 28 años desde que McDonald entró en Japón, sus 2.000 locales (en 1997) han llegado a controlar el 60 por ciento del mercado de hamburguesas y la absorción de grasa corporal per capita se ha triplicado.<sup>5</sup> Estos efectos son paralelos a los de Norteamérica y a los de todo el mundo, donde ha habido un crecimiento sin precedentes tanto de la obesidad como del hambre, hasta el punto en que los números de personas con sobrepeso y de las hambrientas son brutalmente equivalentes.<sup>6</sup> Este es, repitámoslo, el producto *normal* del sistema, altamente alabado y emulado, y no el resultado de accidentes como el de Bhopal. Estas cifras no se incorporan en las evaluaciones «ambientalistas» corrientes, pero constituyen tan gran parte de la crisis ecológica como la contaminación con dioxina (acerca de la cual se debe agregar que su acumulación corporal es una función directa de la gran proporción de grasas en la dieta).

Se está produciendo una división similar en la esfera del género. Como bajo el capitalismo los ecosistemas se fracturan y reacomodan, una fracción de las mujeres de las regiones metropolitanas logra una autonomía y una oportunidad considerables, mientras se deterioran agudamente las condiciones para la mayoría de las mujeres del mundo. Esto se evidencia en el alto porcentaje de mujeres explotadas en todo el mundo (donde se valorizan sus excelentes capacidades motoras y su docilidad impuesta de manera patriarcal). La industria burguesa del comercio sexual - actualmente ejercido por innumerables mujeres, en la era del comercio libre -, las convierte en auténticas esclavas (como lo son muchísimas otras explotadas). Tanto como las mujeres golpeadas y las esposas abusadas, esos fenómenos son concomitantes de un orden social en desintegración. Así, un informe reciente de UNICEF indica que cerca de la mitad de las mujeres del mundo son atacadas por las personas más cercanas a ellas.<sup>7</sup>

Allí donde penetra el capital, sus efectos de fragmentación sobre las ecologías se exhiben en forma más dramática en las fronteras. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por su sigla en inglés) ha sido más desastroso para las ciudades fronterizas a lo largo del límite norteamericano-mexicano. La contaminación ambiental ha sido bien documentada,<sup>8</sup> pero lo que afecta a los ecosistemas humanos, en

## 68 El imputado

especial los incorporados al género, son mucho menos conocidos, y pueden ilustrarse por el ejemplo de una de las ciudades fronterizas más grandes.

La ciudad de Juárez, en México, cruzando desde El Paso, parece sencillamente erguida sobre el desierto. No debería haber concentraciones de personas en *estos* lugares. Y 110 estarían allí de 110 ser por su cercanía a los mercados más grandes de la tierra. Pero la gente llega desde el sur, ola tras ola, viviendo en villas miseria o «colonias» y aspirando a vivir de las «maquiladoras» o fábricas ensambladoras, establecidas para tomar ventaja de las oportunidades provistas por el NAFTA. *Muchos de los obreros son jóvenes, de 17 años o menos, y la mayoría son mujeres* (un 60 por ciento de los trabajadores de la maquila en Juárez, que ganan entre 20 y 25 dólares por semana de seis tifas de trabajo, y donde el costo de vida es por lo menos el 90 por ciento del norteamericano y la tasa de ganancia anual es superior al 100 por ciento).

Un anfitrión amable dice que Juárez está habitada por 2 millones de personas. Gran parte de ellas subsiste en chozas de cartón o chapas a lo largo de un kilómetro y medio de los sórdidos caminos de la ciudad, con electricidad robada, agua comprada a los carretones de reparto (la ciudad ha proyectado instalar agua corriente en unos cinco años) y sin cloacas. Frecuentador del otro país del cual provienen cada mañana los administradores de las maquiladoras, conduciendo sus Lexus, Federico Engels - cuya documentación de la clase obrera inglesa de Manchester, Inglaterra, en 1844, dio origen al primer conocimiento de la vida del proletariado bajo el capitalismo industrial - habría reconocido la pobreza de Juárez, con todas sus diferencias de terreno, clima y cultura. Sin embargo, Engels casi ciertamente se habría sorprendido del grado de desarraigo de la ciudad - aunque el desarraigo fuera también un rasgo de los obreros de Manchester -, tanto como de su violencia - aunque también la violencia haya sido por cierto un rasgo de la Manchester del siglo XIX -, como lo habría estado ante cualquier sociedad en rápida transformación.

Pero Juárez es algo diferente. En palabras de un vendedor local, «Incluso al diablo le asusta vivir aquí». Como lo señaló Charles Bowden en su poderoso testimonio sobre el infierno fronterizo:

**Juárez es diferente [de otros lugares igualmente empobrecidos] de un modo que no pueden reflejar los cuadros salariales y los estudios económicos: en Juárez usted no puede guardar esperanza alguna... Nos diremos que hay pandillas y asesinatos en todas las ciudades norteamericanas. Eslo es verdad, pero no refleja toda la realidad de Juárez. No hablamos de las tinieblas de las afueras de la ciudad o de un mal vecindario. Hablamos acerca de una ciudad entera entretejida por la violencia."**

La fábrica está hecha de ciertos elementos desconocidos en la sociedad capitalista del siglo XIX: decadencia de la religión, narcotráfico, armas pesadas promiscuamente

disponibles, pandillas (estimadas en 250 en Juárez) que imponen su propia ley y, en el caso de lugares como Juárez, la fractura de los sistemas morales, proveniente de un superpoder que chupa la sangre a una sociedad con instrumentos tales como el NAFTA y la maquiladora. Hay un nihilismo que pone en escena el potencial predatorio de homicida despiadado que se encierra en los seres humanos criados en condiciones de alienación extrema.

Precisamente porque se desconoce la población de Juárez, así también se desconoce la tasa de homicidios, aunque en general se acuerda que duplica por lo menos a la del año 1991, anterior al NAFTA. Cada año, centenares de personas simplemente desaparecen, pero dado que muchos pasan por alto el hecho y nadie las conoce, su destino no puede determinarse. Una cantidad de otras personas sólo aparecen como cuerpos inidentificables, malamente descompuestos, en basurales o diseminados en el desierto. La mayoría de los cuerpos son de muchachas adolescentes y muestran signos de golpes y mutilaciones sexuales. Se busca a una masa de asesinos sexuales - periódicamente se localiza y arresta a alguna pandilla o a algún pandillero - y luego se reproducen los hallazgos de cuerpos.

Debbie Nathan ha identificado un modelo para los asesinatos. Los salarios pagados por las maquiladoras alcanzan para algo más que la subsistencia. Los pobladores se solventan también por medio de los tradicionales lazos de familia y las comunidades divididas. Cuando estos lazos patriarcales oprimen a las mujeres, el trabajo fuera del hogar, en una fábrica, puede experimentarse como una liberación. Es como en la ópera *Carmen*, una fantasía masculina de mujer atractiva en el lugar de trabajo, aquí fácilmente aceptada por las impotentes jóvenes. Las obreras adolescentes de la maquiladora han sido formadas en una dieta cultural de telenovelas y fotonovelas, interminables variaciones sobre el tema de la pobre pero digna muchacha encontrada por un rico hombre mayor que, después del cortejo necesario, la conquista. En las maquiladoras, los elementos de esta narrativa se expanden y erotizan plenamente. A menudo vestidas al máximo bajo sus sencillos guardapolvos, las obreras compiten por las atenciones de los supervisores masculinos, que flirtean con ellas, pidiéndoles citas y poniendo en marcha una densa red de intrigas. El proceso se continúa en deliciosas disputas y competencias en trajes de baño, que transforman al deprimente lugar de trabajo en un mundo mágico de finales románticos.

La fantasía se extiende a las horas posteriores al trabajo. En los clubes nocturnos cargados de sexualidad a los que se dirigen las Carmen después que anochece, abundan las oportunidades para vender la única cosa de valor que poseen además de la fuerza de trabajo. La prostitución formal e informal florece a sus márgenes o en el lugar de empleo fabril. Para endulzar más el paladar, la publicidad de los clubes compite con frases tales como «El sostén más audaz», o «El bikini húmedo» y con precios que general-

## 70 El imputado

mente exceden el salario semanal. De este modo, las **infelices** mujeres pueden unirse con sus ejecutores, ellas mismas adecuadamente poseídas por la barbarie machista asentada en lugares como Juárez, cuya tasa de homicidios se convierte en un índice sombrío del nihilismo capitalista.<sup>111</sup>

### La aceleración (o la velocidad de circulación siempre creciente del capital)

La expansión implacable del capital sucede primariamente en términos de *tiempo*, cuya equivalencia en dinero es mucho más que metafórica. Esto se muestra vividamente en el caso de las «comidas rápidas», cuya penetración ya hemos observado. Es lógico que lo «rápido» en esta comida se aplique al proceso de producción, como liemos visto en un artículo reciente en el *Wall Street Journal*:

«¿Poríavorpuedotomarsupedido?». dice el saludador a quien estaciona un automóvil frente a la hamburguesería lucra de moda (.v/c) Wendy's. lisie saludo toma sólo un segundo - unos triunfa/lie dos segundos más rápido que lo sugerido por las paulas de Wendy's - y su velocidad es monitorcada por el cronómetro de alta tecnología instalado este enero. iin sólo tres meses, el cronómetro - que mide de cerca cada aspecto del desempeño del saludador-al-conductor - ayudó a terminar con los oclio segundos de tiempo promedio de expedición y entrega en este restaurante. Pero el administrador Ryan Tomney desea más. «Cada segundo es un negocio perdido», dice.

Wendy's - cuya aviso comercial promueve la imagen de tío de Dave Thomas, como el jefe bondadoso, pausado y algo confundido - es la más rápida de las cadenas de comidas rápidas. («La mayoría de las cadenas querrían vender a su primogénito con esta velocidad», dice un investigador.) Este éxito se traduce en un aumento de la ganancia en una época en que la expansión espacial de este emporio está acabándose: poicada seis segundos ahorrados al saludador, las ventas se incrementan en un 1 por ciento. La rentabilidad aumentada implica un énfasis sobre el saludador-a-lra vés-de-las-venianas (creciendo tres veces en rapidez como premisa de ventas), que a su vez. refuerza la cultura del automóvil (véase más abajo), mientras fomenta todo tipo ele gastos superfluos. Entonces vienen los efectos sobre estos incidentales seres humanos:

lil intento de convertir el saludo al conductor en una ciencia, encuentra inevitablemente dos puntos extremos: empleados y clientes. La administración de la gran cadena insiste en que los empleados quieren el cronómetro porque éste transforma su trabajo en un juego («¿puede hacer 300 emparedados consecutivos en meaos de siete segundos cada

uno?»). Pero trabajar en este nuevo mundo de sensores y alarmas no es siempre una diversión.

Por cierto, el señor Tomney desea conseguir que el tiempo de ejecución del pedido caiga a 90 segundos de los 150 actuales que emplea la industria líder. «El nuevo cronómetro ayudará. Emite una serie de sonidos agudos cada vez que no se cumple un pedido en 125 segundos». Esto tiende a quitar algo de diversión al trabajo en comidas rápidas (una industria que promedia un retorno del 200 por ciento anual).

Ciertamente, los siete empleados de atención del conductor demostraron concentración y esfuerzo increíbles en una competencia reciente. El parrillero puso 25 hamburguesas a calentar en la parrilla («no es suficiente», dijo el señor Tomney) y, a los cinco segundos del pedido de un cliente, puso una en un pan. Una vez la carne en el pan, el parrillero la traspasó a los que terminan el emparedado, que tienen sólo siete segundos para completar cada creación.

Vigilando la operación, el señor Tomney busca las formas de ahorrar tiempo. La empicada correspondiente recoge panes del horno al instante en *que* escucha el pedido de un cliente a través de sus auriculares. Pero, vigilando su forma de esperar un pedido, el señor Tomney [advierte algo]. Las manos de la empleada no están en posición.

«Las dos manos sobre la puerta del horno de pan cuando se está formulando el pedido; sólo así tomas la posición correcta», demuestra su administrador, las manos contra la pared, las piernas ligeramente abiertas."

Debe admitirse que se trata de una imagen deliciosa para esta viñeta de la sociedad a go-go que tenemos hoy.

El rápido crecimiento del capital es paralelo a la velocidad del cambio tecnológico, desde las tecnologías mecánicas del primer período industrial hasta las tecnologías electrónicas (como el cronómetro citado) de la «era de la información» y a las biotecnologías y las nanotecnologías del siglo actualmente en marcha.<sup>12</sup> Las mercancías de este mundo son únicamente depósitos de valor para el capital, del cual no se dispondrá a menos que estos bienes circulen, se intercambien por dinero y se consuman; esto es, se realicen. «Crecer» es para el capital, entonces, su realización más rápida. Esta rutina implica una disminución del tiempo de circulación, desde la inversión original en el establecimiento productivo en la mayor velocidad - es decir, la «productividad» - de los obreros, hasta su lanzamiento hacia el nuevo ciclo desde el punto de consumo.

El significado del tiempo para el capital está ligado de cerca con su ruptura de la naturaleza. El valor de cambio y el dinero no tienen un crecimiento natural. Sólo son la abstracción de que una cosa es capaz de ser equivalente a otra. Aplicado al trabajo, esto significa que sólo hay una norma por medio de la cual pueden compararse trabajos

## 72 El imputado

humanos diferentes en términos monetarios, o sea, el tiempo gastado en la producción. Entre esta función y la de la regulación de su aparato productivo complejo y técnicamente coordinado, de importancia equivalente, el capitalismo convierte a la sociedad en una obsesión por el tiempo. Esto jamás podría haber existido sin profundas mudanzas en la temporalidad; desde un mundo regulado por las temporalidades complejas e interrelacionadas de los ecosistemas a otro en que una norma simple, uniforme y lineal es impuesta sobre la realidad y la domina.<sup>13</sup> Por consiguiente, la desincronización entre el tiempo natural y el tiempo del lugar de trabajo corresponde a una desarticulación de los seres humanos y la naturaleza. Diríamos que el capital *amarra el tiempo*, ata al yugo de la temporalidad lineal y el control social a un régimen supervisado por relojes y sus personificaciones, tal como el señor Tomney de Wendy's.<sup>14</sup> Como señaló Marx en un lamento conmovedor;

**El hecho de que únicamente la cantidad de trabajo sirva de medida para el valor sin tener en cuenta la cualidad... Supone que los trabajos se han igualado por la subordinación del hombre a la máquina o por la división extrema del trabajo; que los hombres se esfuman ante el trabajo; que el balancín del péndulo se ha convertido en medida exacta de la actividad relativa de dos obreros, del mismo modo que lo es de la velocidad de dos locomotoras. Entonces, no es preciso decir que una hora de un hombre vale lo mismo que una hora de otro hombre, sino más bien que un hombre de una hora vale lo mismo que otro hombre de otra hora. El tiempo lo es todo, el hombre ya no es nada; a lo sumo es el almacén del tiempo. Ya no se trata de la calidad. La cantidad sola decide todo: hora por hora, jornada por jornada.<sup>15</sup>**

Poner el acento en el tiempo significa que la vida se vive compulsivamente, enajenada de los ciclos naturales e indiferente a los ecosistemas sometidos a ataque. Su aceleración se lleva adelante a través de muchas fronteras:

*Es la intensificación de la mentalidad vendedora, por lo que todas las cosas, incluyendo al propio yo, se reducen a la forma mercancía.* Junto con esto, el desprecio por la verdad, esparcido a todo lo ancho de la sociedad. La mentira se incrusta en la presión hacia la rentabilidad, que depende de persuadir a alguien a comprar algo que en realidad no necesita y al precio más ventajoso para el vendedor. Recuerdo cierta vez que me encontraba mirando ociosamente un canal de televisión, durante una audiencia del Congreso acerca de una disputa entre empresas telefónicas y de TV por cable. Uno de los testigos fue preguntado acerca de qué había hecho durante su día de trabajo. Se me escapan las razones para esta pregunta, pero el candor de la respuesta fue inolvidable: «¡Oh! Lo mismo que hago siempre; sólo trampear a los clientes» fue la réplica. Nadie formuló ninguna observación; ¿por qué lo harían? El hombre sólo había manifestado la lógica del sistema. En el orden del capital, en el que la publicidad miente de

manera tan flagrante que la convierte en una diversión en sí misma y la corrupción se transforma en una broma, cuestionar la trampa a los clientes es como cuestionar la necesidad de respirar. La empresa Budweiser parece haber hecho más que eso, en especial con su cerveza «light», que torna al universo moral del alcoholismo en artículo de venta, como en los avisos comerciales donde el borrachín manifiesta «te amo, hombre», a su padre, hermanos, amigas del momento... a cualquiera que le consiga un trago, una mezcla excepcionalmente endeble y de mal gusto.

El sistema de clases del capital conduce a permutas interminables de engaños, con el fin de ocultar su injusticia elemental. Como las personas se convierten en «el personal», los lazos sintéticos reemplazan a los orgánicos de la sociedad tradicional. Aquí el ethos es administrativo y las técnicas manipuladoras; un signo de nuestro tiempo respaldado en un vasto aparato de ingeniería en relaciones humanas. Como planteó un reciente artículo técnico en su encabezamiento: «Se exhibe humanidad cuando se muestra la puerta a los empleados». El punto es que las empresas deben «reforzar sus culturas y mantener la confianza incluso durante las reducciones de personal». Esta pieza autoevidente de hipocresía no es un problema para la mentalidad administrativa.<sup>16</sup> Ello sin decir que las personas pueden ser llevadas a aceptar esta moralidad (si así no fuera el caso, la rebelión habría estallado hace mucho tiempo). La ciencia administrativa no construye una humanidad artificial sólo por la reducción de los obreros a cosas disponibles: instruye a los trabajadores para que traten del mismo modo a los clientes, entrenándolos para que muestren caras felices, tengan un contacto visual prolongado, y hablen a todos y cada uno de los clientes. Asimismo, esta lección se internaliza demasiado bien por los trabajadores. Como dijo una empleada de Safeway: «Es todo un orgullo que nos hayan inculcado que debemos tratar a todos como quisiéramos ser tratados. Hablamos todo el tiempo de ser positivos. Tenemos clases acerca de borrar nuestra negatividad y [tener] entusiasmo».<sup>17</sup> ¡Clases de entusiasmo! Podría agregarse que no sólo en el trabajo. Lo mismo sucede en las clases escolares, las de las iglesias y, por supuesto, la televisión y las películas.

*En la creciente velocidad de la compra y la venta, esto lleva a reducir el tiempo de utilización de las mercancías o, para plantear esto en términos más ecológicamente evocativos, la producción sistémica es devastada, esto es, la sociedad desechada.* En esta devastación, tendríamos que poner en primer lugar a los seres humanos. Mientras que en la sociedad tradicional se asignan virtudes a todas las fases del ciclo vital, incluyendo la sabiduría del anciano, bajo el capitalismo la rapidez afecta no sólo a las vidas individuales sino a la vida misma. Respecto a esto, fue revelador un artículo reciente de la revista *New York*, titulado «Acabado a los 35». El artículo continuaba preguntando: «¿No podemos hacer algo todavía? ¿Sentimos paranoia acerca de la hiperambición del joven de 23 años que planea su ascenso en la oficina próxima?... Están todos preocupa-

## 74 El imputado

dos por el envejecimiento», dice un médico «especialista anti-edad» de su clientela corporativa. «Hablan de que las empresas demandan ahora una imagen muy juvenil, y si ellos no pueden encajar en ella, no lograrán el ascenso. Podrían incluso perder su trabajo. Hablamos de personas que están al final de la veintena», fin resumen, «la juventud se ha convertido en una mercancía de valor creciente». Por supuesto, este es el caso desde hace mucho tiempo para el capitalismo, con su culto por lo nuevo y su negación del envejecimiento y la muerte. Pero es importante observar que la tendencia se acelera, junto con el propio capital. Como lo señaló un hombre de negocios de 30 años: «Sólo me quedan tres años... tres años antes de extinguirme... Es una carrera; las cosas se mueven cinco, diez, veces más rápido que lo usual... usted tiene una perspectiva muy corta, si camina hacia la extinción» (la hipótesis de convertirse en un «extinto» es que la vida debería estar en todas partes).<sup>1K</sup>

*Asociada con la compresión del tiempo vemos la hoinogeneiz.ación y la compresión del espacio, y con el tiempo y el espacio así preparados, se acelera la penetración del cai)ital en todos los aspectos del manilo vital de los individuos y las comunidades"* Esta no es simplemente una función de la presión de la población. Su rasgo más destacado es el crecimiento de la vigilancia y el control de la conducta. El lelos del capital es la sociedad totalmente administrada y arraigada en su aceleración.

Con la rapidez despiadada que proviene de los avances en la tecnología de la información, la frontera entre el trabajo y lo doméstico es la primera en desaparecer, junto con la que existe entre el cuerpo y la máquina. En este Bravo Nuevo Mundo, las computadoras y los teléfonos celulares se convierten en apéndices corporales que establecen vínculos semipermanentes entre los trabajadores y el sistema productivo. Era usual decir que el hogar era «el refugio de un mundo sin corazón». Ahora que, si esto no se revierte, la polaridad está ampliamente borrada, el individuo arquetípico del cercano futuro estará enteramente absorbido, día y noche, en un espacio-tiempo continuo para la reproducción del capital.

El crecimiento inexorable de la tasa de ganancia del capital se transfiere a una marcha de la existencia más atormentada, oprimida y frenética. Combinado con las presiones financieras por vivir una vida consumista, las personas comunes tienen que trabajar cada vez más para permanecer a (lote. El fantasma de la insolvencia se convierte en el quinto jinete del Apocalipsis. Se ha dicho que el promedio de los trabajadores está muy preocupado por sólo dos posibilidades: la de perder la casa y el automóvil. Las personas riñen entre sí cada vez más, crecientemente obsesionadas por el dinero, y se convierten en esclavos del capital. Así, la ostentosa economía capitalista, con sus oportunidades interminables, se vuelve 1111 sumidero sin límites, que absorbe dentro de sí los mundos vitales.

No es sorprendente que esta situación sea celebrada por los aparatos de propagan-

da: ¿qué otra cosa podría hacer la gente para evitarlo? He aquí algo un poco extenso y delirante, pero sin embargo un espécimen paradigmático, tomado de las páginas publicitarias de uno de los principales medios masivos: un aviso de página entera en el *New York Times* del 26 de junio de 1996 (A20), publicado por la compañía American Express. El aviso está concebido en los términos del siguiente texto, que se desparra por toda la página:

*Dondequiera esté usted, sea lo que fuere que haga, estamos aquí para ayudarle a planificar la educación de sus hijos. Y le mostramos aún cómo puede proveer a su retiro cuando ellos ingresen en el colegio. Estamos aquí para ayudarle a negociar una segunda hipoteca, proveerse de un segundo automóvil o tener una segunda luna de miel. Estamos aquí para ayudarle a elegir un fondo de inversión, un plan de pensiones y un programa de ahorros. Estamos aquí para ayudarle a preparar sus impuestos. Estamos aquí para ayudarle a convertir su idea en un negocio. Estamos aquí para ayudarle a convertir su negocio en una vacación. Estamos aquí para ayudarle con algunas sugerencias hacia dónde ir. Estamos aquí para ayudarle con los abogados, los contadores, los médicos y los banqueros. Estamos aquí para ayudarle con los agentes de viajes, los teatrales y los de automóviles de alquiler. Estamos aquí para ayudarle si rompe su automóvil alquilado o si lo hace con cualquier otra cosa. Estamos aquí para ayudarle a arreglar un fin de semana en París para un aniversario. Estamos aquí para ayudarle a encontrar el club nocturno más romántico, el hotel más confortable. Estamos aquí para ayudarle a cambiar sus dólares por francos, sus francos por libras esterlinas, sus esterlinas por jiras y sus libras por cualquier moneda del mundo y a la inversa. Estamos aquí para ayudarle a subir por las estepas de Odesa y a observar desde la Torre Inclinada de Pisa. Estamos aquí para ayudarle con sus visas, pasaportes y otras costumbres locales. Estamos aquí para ayudarle si su marido, su esposa o su socio caen enfermos mientras usted está fuera. Estamos aquí para ayudarle a reducir sus costos cuando necesita llenar el tanque de gasolina. Estamos aquí para ayudarle a gastar cuando lo desea. Estamos aquí para ayudarle a protegerse cuando usted no lo hace. Estamos aquí para ayudarle a facilitar su desempeño en el trabajo cuando todo le cuesta demasiado. Estamos aquí para ayudarle a ver el mundo. Y estamos aquí para ayudarle a pagar una muda de vestimentas si una aerolínea pierde su equipaje. Estamos aquí para ayudarle a comprar un sombrero mexicano, un casco de corcho de India o uno de los sombreros australianos con todos sus adornos. Estamos aquí para ayudarle si alguien roba sus cheques de viajero. Estamos aquí para ayudarle ver a las estrellas de Hollywood y la luz de la luna sobre San Francisco. Estamos aquí para ayudarle a ver una obra de Shakespeare en el parque, a escuchar a Mozart al aire libre y a presenciar un partido de basquetbol en el Madison Square Garden. Estamos aquí para ayudarle a encontrar asiento para el fútbol, el béisbol o un partido de caridad. Estamos aquí para ayudarle a ayudar al sin casa. Estamos aquí para ayudarle a poner en orden la cuenta de una tarjeta de crédito, una de débito o una combinación de ambas. Estamos aquí para ayudarle a extender sus pagos en el tiempo o a saldar una cuenta, todo al mismo tiempo. Incluso estamos aquí para ayudarle a pagar su navegación*

## 76 El imputado

por el ciberespacio. Listamos aquí para ayudarle a ver a su grupo de rock favorito. Y a volver la noche siguiente. Y la siguiente. Y la siguiente, listamos aquí para ayudarle a adoptar un nuevo liohby o a apagar una vieja pasión, listamos aquí para ayudarle a hacer un depósito en una nueva casa, listamos aquí para ayudarle a renovar algo viejo, listamos aquí para ayudarle a comprciulcr sus 401 dólares de pensión y tal vez mostrarle los modos de transformarlos en 401.000 dólares, listamos aquí para ayudarle a planificar su futuro, listamos aquí para ayudarle a arreglar un viaje por los senderos de la memoria, listamos aquí para ayudarle a decir; «¡Qué diablos!» listamos aquí para ayudarle cuando usted quiera decir: «lis demasiado». listamos aquí para ayudarle a jugar más al golf, más al tenis, más a lo que usted quiera, listamos aquí para avadarle a hacer menos papeles en su trabajo, a trabajar menos y hacer todo más sencillo. l-slamos aquí para ayudarle a pasar más tiempo alucra con sus niños, listamos aquí |wr.i ayudarle a pasar más tiempo afuera con quien usted quiera. Estamos aquí para ayudarle a reconocer una señal vial extranjera, a hablar un idioma extranjero y a comprender una moneda extranjera. Estamos aquí para ayudarle a superar cualquier pequeña dificultad, listamos aquí para ayudarle si usted quiere estudiar al perro de Pavlov o al gato ele Schrodinger. listamos aquí para ayudarle a retirarse con alguna comodidad, listamos aquí para ayudarle con electivo en los más de 1 18.000 centros comerciales de todo el mundo, si añila corto de él. listamos aquí para ayudarle en las más de 1.700 oficinas de servicios ele viajes globales, listamos aquí para ayudarle a pagar la cuenta en un millón de restaurantes, almacenes y hoteles, listamos aquí para ayudarle 24 horas al día, siete días a la semana. 365 días al año. listamos aquí para ayudarle en cada localidad, en cada ciudad, en cada país de todo el mundo, listamos aquí para ayudarle a sacar ventaja del momento y ayudarle a planificar el siguiente, listamos aquí para ayudarle a hacer lo que usted quiera, donde usted quiera, cuando usted quiera, listamos aquí para ayudarle a ver más, a escapar más, a aprender más, a encontrar más y a ahorrar más. listamos aquí para ayudarle *a más*.

Id aviso exhala la acumulación sin esfuerzo aparente, mágica, de la dorada era reciente de intoxicación especulativa, y lo hace introduciendo un nuevo demiurgo: la gran empresa **financiera** omnipotente y omnisciente. Ul cliente, sentado cómodamente, piensa que American Express (= dinero = capital financiero - el propio capital) le provee mágicamente de todo en profusión interminable. l, o que debería emerger de esa idea bizarra es una manifestación del real aunque fantasmagórico pódénle las finanzas. Con literalmente billones de dólares fugándose electrónicamente cada **día** a través de los mercados de capitales, con grandes fortunas hechas nada más que con la manipulación de números, con miles de millones moviéndose todos los días por medio de operaciones de juego, incluyendo el juego supremo de los ulereados de valores, el mundo entero del capital adquiere un carácter de casino, en el que se rompen los vínculos entre el esfuerzo y el resultado, reemplazándose los por lo que se experimenta fácilmente como mera suerte, l-s un mundo en el que la \verdadera materialidad de la existencia

puede parecer una ocurrencia inconveniente.

Los servidores de la suerte son ilusorios y mágicos. Esa es la razón por la cual Las Vegas surgió inorgánicamente del desierto en una mezcla desordenada de simulacros, convirtiéndose en la ciudad de nuestra época. Alguna vez territorio del populacho, Las Vegas se convirtió en un lugar espectacular de diversión para toda la familia. Allí está la Esfinge, el Templo de Luxor, hay un edificio con la forma de una botella de Coca-Cola; aquí está la isla de Manhattan, con el Stock Exchange, el Empire State Building, el puente de Brooklyn, incluso la réplica de la gran sala de lectura de la Biblioteca Pública. Todo es una señal, una representación y un flujo de valor que iluminan ora de una forma, ora de otra, una ciudad que parece un billar romano.

En el capitalismo de casino, la palabra operativa es «más». Y el aumento expresa al proceso de acumulación en su aspecto tanto subjetivo como objetivo. Este significado se acentúa muy bien en el aviso de American Express. Lo único que deja fuera de su lista de beneficios es la restricción. Para ser más exacto, la restricción es otro ítem en el cual la gran empresa omnipresente puede ser de ayuda: la restricción misma es una mercancía. Ahora, el tiempo y el espacio son sirvientes corporativos, El capital recubre todo. Incluso está permitido el «escape», sea lo que fuere lo que American Express quiera significar con el término. De este modo, lo menos y lo más se integran bajo el signo de las finanzas. Pero en este cálculo, lo menos y lo más no son equivalentes. Lo primero, al ser incorporado bajo el signo del dólar, se subordina a lo último, cuyo valor consiste en acrecentarse. (Pues American Express -¡sorpresa!- no hará todo esto por nada, y si usted no paga su cuenta en término, lo acosarán y multarán, luego lo tratarán como a un leproso y caerán sobre usted con la policía crediticia.) Por consiguiente, menos es otra clase de más. American Express lo convencerá más o menos, no menos de más. Pero lo más conduce a lo aún más. De este modo, no determina su fin: sólo una expansión autorreproductora, el eterno crecimiento del sistema del capital. Se ofrece una pura lógica de poder, una cantidad y expansión insensatas, a los que son suficientemente adinerados. El afluente consigue sus recompensas munificentes; tan grandes que un miembro típico de las clases ricas vive hoy mejor que cualquier potentado de la historia. Y los demás obtienen las sobras.

La cultura del capitalismo avanzado apunta a transformar a la sociedad en adicta al consumo de mercancías, una situación «buena para los negocios» y, *paripassu*, mala para las ecologías. El mal se duplica, con el consumo atolondrado encabezando la contaminación y la devastación. Y la adicción a las mercancías crea una sociedad incapaz de comprender - y mucho írtenos de resistir - la crisis ecológica. Una vez comprometida en la producción capitalista, se bloquea la armonía sutil de los ritmos naturales requerida por una sensibilidad ecológica. Este acumulación se permite a sí misma aparecer como natural. Las personas con las mentalidades vencidas por el complejo casino,

## 78 El imputado

sencillamente no son llevadas a pensar en términos de límites y equilibrios, o en el reconocimiento mutuo de todos los seres. Esto ayuda a incorporar el coro de aleluyas que proviene de autoridades presumiblemente inteligentes, en el proyecto pesadillesco de duplicar el producto económico en los próximos veinte años.

De este modo, el capital produce riquezas sin fin, pero también pobreza, inseguridad y devastación, como parte de su desintegración de los ecosistemas. Como no hay mercancía singular más implicada en esto que el automóvil (en realidad, un vasto sistema de mercancías), podemos completar esta sección con algunas reflexiones acerca del «automovilismo» y sus síndromes relacionados, que incluyen la enfermedad recientemente descubierta de la Furia de las Carreteras. La automofilia<sup>2n</sup> es un ejemplo destacado de la conversión de la racionalidad en el nivel de la particularidad en irracionalidad en el nivel de la totalidad. Individualmente, los automóviles son mucho mejores de lo que eran una generación atrás. Son más seguros, más confiables, más eficientes en el consumo de combustible, mejor terminados y más cómodos para conducir. En el interior de un automóvil razonablemente moderno se encuentran «todas las comodidades del hogar»: asientos ajustables lujosos, teléfono celular, espléndido sistema de sonido, aire acondicionado... el paquete entero, como diría un vendedor. El interior de un automóvil proyecta la imagen de una conveniente Utopía tecnológica, dado que mucha gente gasta mucho tiempo dentro de él. Aunque se camina fuera del automóvil, digamos, en una carretera repleta, para llenar el tanque de combustible, y entonces se torna clara la extermalización de un desorden que más que se compensa por el orden internalizado. Una cacofonía horrorosa ataca al cuerpo y el alma. Los automóviles rugen por la carretera, semejante a una cascada, incluso a una comitiva que organiza el paisaje humano. No hay ningún modelo, siquiera particular, para narrar este cuento de modo diferente. No hay aquí una ecología integral. Es sólo el tráfico interminable y consumista... como una luz solar almacenada y convertida en un momento inercial del modo en que los individuos pueden ir por su propio camino en la libertad capitalista. Y ello se repite en muchos miles de lugares, día y noche... mientras el dióxido de carbono ingresa en el aire para el calentamiento global. Otras sustancias ingresan a las cadenas que conducen a la nube fotoquímica tóxica o contribuyen a la destrucción de la capa de ozono. Muy particularmente (piénsese en los centenares de millones de neumáticos rechinando contra el concreto), ingresan en los pulmones para ayudar a crear la epidemia planetaria de asma. El ruido ya mencionado agrega otra dimensión a la contaminación. Los paisajes hechos pedazos y sobrepavimentados, quiebran históricamente la frontera entre la ciudad y el campo, mientras arruinan ambos con alamedas peladas, matorrales con señales extravagantes (¿cómo pueden ver dónde compran las personas que están en constante movimiento?) y autopistas empinadas sobre las cuales nos movemos como meros corpúsculos en la circulación del capital. El conjunto desintegra,

como ningún otro, la fábrica de ecología humana.

El carácter ruinoso del automovilismo está ligado a su papel absolutamente crucial en la economía global; seguramente, combinado con el conjunto de industrias que se le asocian estrechamente, tales como la del petróleo, las cubiertas, el cemento, la construcción, las reparaciones, etc., etc. E igualmente, de su engarce en el entero paisaje de la vida vivida, depende por cierto la verdadera construcción del yo. Rápidos cambios en las necesidades acompañan el crecimiento del automovilismo. Si uno es atrapado en una existencia sofocante, entonces el automóvil lo conduce fuera de ella, e incluso si esto es sólo un permanente rodar en círculos de un tránsito atascado (contribuyendo, por supuesto, al atascamiento), se experimenta como una liberación. Esta es una de las razones por las cuales resulta fácil a las empresas automotoras gigantes prolongar sus limpios avisos que muestran a las personas moviéndose despreocupadamente, sin ningún automóvil a la vista, a través de verdaderos paisajes que ellas están en realidad demoliendo, o describir avances ecológicos en la producción de automóviles que, no obstante su racionalidad particular, sencillamente se revierten por la cantidad abrumadora de automóviles producidos.

Se vislumbra la sobrecapacidad pendiente sobre la industria del automóvil - como en general sobre la producción capitalista -, con capacidad para producir unos 80 millones de automóviles por año, pero de los cuáles sólo se venden cerca de 55 millones. Los 25 millones de vehículos que no realizan su valor son una gigantesca astilla en el alma del capitalismo, y el aguijón para la promoción interminable de los valores automovilísticos. Desde 1970, la población de Estados Unidos ha crecido en un 30 por ciento, mientras que el número de conductores con licencia lo ha hecho en más de un 60 por ciento, el de los vehículos registrados ha crecido casi al doble y el total de kilómetros por vehículo conducido se ha más que duplicado.<sup>21</sup> Notablemente, la cantidad de kilómetros de carreteras agregados durante este período fue sólo del 6 por ciento. Esta cifra es producto de una serie de elecciones desesperadas; entre perecer en una noche de tránsito de pesadilla, o más bien destruir el espacio vital con rutas enormes (y eventualmente perecer en un tránsito incluso mayor, con nuevas carreteras repletas creadas como gas al vacío). Incluso la cifra relativamente baja del 6 por ciento se traduce en cambios mayores en ciertas localidades estratégicas. Por ejemplo, uno se asombra continuamente por el número de sendas agregadas a las autopistas de Los Angeles (en algunos puntos, ocho en cada dirección según mi estimación reciente, con algunas adicionales que están agregándose ahora sobre la calzada).<sup>22</sup>

Tal como se desenvuelve la lógica de la automofilia, aparecen nuevos niveles de desintegración e incluso la gente más rápidamente aculturada ingresa en las vías de la droga automovilística bajo la tensión de la vida vehicular contemporánea. Uno de sus resultados es una nueva «enfermedad mental», la furia de las carreteras, que deriva

## 80 El imputado

directa o indirectamente en unas 28.000 muertes por año provocadas por el tránsito, causadas por «conductas agresivas como acercarse demasiado a otro vehículo, meterse a través de sendas ocupadas, tocar la bocina o gritar a otros conductores, intercambiar insultos e incluso disparar armas de fuego». Esta cifra, provista por el jefe de seguridad de la autopista federal, oficial Ricardo Martínez, puede ser especulativa. Sin embargo otro informe, más reciente, describe 1.500 homicidios anuales, cuya instigación está directamente relacionada con el tránsito. De acuerdo con León James, un psicólogo de Hawaii: «Conducir y correr en la ruta se han convertido virtualmente en inseparables. Esta es la era de la mentalidad en carrera». James cita como factores contribuyentes un tipo de personalidad «estrechamente 'fuera de control'», a la que la conducción suministra una liberación de la «existencia normal, llena de frustraciones» y da origen a «fantasías de omnipotencia». Obsérvese que la personalidad tipo en cuestión es en sí misma una adaptación al mercado capitalista, mientras que el segundo factor, la liberación omnipotente de la frustración que suministra la conducción, es un componente básico del valor de uso de los automóviles, machacado en el hogar por las películas de automóviles que se persiguen, y el romanticismo de la publicidad automovilística. En resumen, la furia de las carreteras puede ser una enfermedad mental, pero una completamente inmersa en el universo de la automofilia capitalista.<sup>23</sup>

### La globalización, o el establecimiento de un régimen planetario de supervisión del proceso expansionista

En términos generales, si la penetración expresa la expansión cultural del capital, y la velocidad su colonización del tiempo, el espacio y la vida personal, el proceso de globalización refleja la economía política de los acuerdos a través de los cuales ocurre esto. Es el régimen material cuyos efectos sociales y ecológicos hemos documentado y cuya remoción tiene que lograrse si la crisis debe ser superada. En los años recientes, el término se ha convertido en una palabra vulgar, con connotaciones técnicas, culturales e incluso metafísicas. Aquí el uso es estrecho y permanece bajo el yugo del capital, en su eterna ambición imperial. Entonces, en cierto nivel la globalización no expresa nada nuevo, pues el capital siempre ha sido un sistema mundial. Pero en otro, es necesario tener en cuenta que el proceso, de hecho, ha alcanzado un nuevo nivel, con nuevas formas institucionales y, por supuesto, nuevas implicaciones políticas y ecológicas.

Lógicamente, el capital nunca puede quedarse quieto, sino que debe continuar apoderándose de la humanidad y la naturaleza interminablemente, aunque de manera desigual y con lucha constante. Esto implica un dinamismo inquieto y eterno, que lleva a alcanzar nuevos niveles en los que las fronteras se sobrepasan y recombinan. Entonces,

la época de la globalización refleja el alcance de cierta etapa de mundialización. en la que se realiza la lucha y la construcción de nuevos instrumentos para operar en ella. Es valioso observar que, pese a todo su poder, el triunfo del capital no es definitivo y hay en el mundo considerables sectores, por ejemplo el campesinado, que aún se encuentran en las garras de modos de producción tradicionales, esto es, precapitalistas. Otros están comprometidos en la que se denomina economía «informal», donde la acumulación del capital sólo puede asumir el mando parcialmente. La misión básica del sistema globalizado es convertir la mitad disonante de la economía mundial, que todavía permanece relativamente fuera de la máquina de acumulación, en participante pleno, aunque subalterno. Esto es, lograr modos de producción nuevos, «inclinados» hacia el mercado, dispersando su localización, para apoderarse de los recursos naturales, consumir la fuerza de trabajo abaratada y mantener en circulación las mercancías de modo que los valores incorporados en ellas puedan realizarse.

La fase de la globalización plantea cuestiones importantes, como la de dónde reside el centro del poder. Por ejemplo, una visión vulgar sostiene que en la actualidad las grandes empresas gobiernan el mundo, al haber suplantado a los estados-naciones. Pero mientras este punto de vista llama la atención sobre algunos asuntos importantes (por ejemplo, ayuda a focalizar la atención sobre ellas, a comprender que General Motors tiene un patrimonio que duplica al de las Filipinas), su conclusión no puede superar un examen más profundo. Por un lado, las corporaciones son tanto objeto como sujeto de la globalización. Como hemos visto en el ejemplo de Bhopal, la corporación en sí misma se mueve dentro del gigantesco campo de fuerzas del capital, en el cual está suspendida, y cobra vida en la medida que alienta la acumulación. Y por el otro, los estados juegan un papel en la acumulación del capital tan fundamental como el de la gran empresa (sólo cabe imaginar qué hubiera sucedido si el proceso hubiera estado completamente en manos de la última, sin la presencia gubernamental que regula y obliga).

Así, las cuestiones que se plantean realmente son acerca de las formas cambiantes del propio capital, junto con la de las cambiantes configuraciones del poder del estado. Con respecto al primero, la época de la globalización es en parte una función de la importancia creciente del capital financiero, que es el capital en su forma dineraria. El dinero estuvo siempre más cercano que cualquier otra cosa al corazón del capital y, bajo el capitalismo, el papel del dinero siempre tiende a crecer con más rapidez que el de las cosas humanas. Entonces, para decirlo ampliamente, la globalización manifiesta los efectos de fragmentación de las fronteras de un excedente de capital-dinero, que confronta con los lentos materiales humanos y mecánicos y procura ponerlos en movimiento en una escala siempre ampliada. En consecuencia, ejerce más presión sobre todos los aspectos de la economía y la sociedad y ello se traduce en la desestabilización

## 82 El imputado

ecológica a lo largo de los ejes antes delineados.

El capital financiero es más líquido y más hambriento de inmediata recompensa que el de cualquier otra clase, como el capital incorporado a la tierra, a las máquinas o a la gente. Esta es una propiedad de su intercambiabilidad y refleja el hecho de que, en su forma financiera, el capital es más puro y cercano a su ser esencial que en cualquier otra forma. Para repetirlo, el capital no es una cosa, sino una relación ella misma incorporada («invertida») en cosas de un tipo u otro. Luego, en cuanto logra su forma dinerada, el capital se acerca a ser una relación pura. Se transforma en lo que es realmente... pero no aún en un lugar preciso, pues siempre se mueve y arrastra al mundo consigo. Pues también el dinero tiene inercia, mayor en su época temprana, cuando estaba ligado a cosas materiales tales como las conchas o el oro, y cada vez menor a medida que se desmaterializaba y movía por medios electrónicos. El capital persigue eternamente desbordar sus límites. En cuanto lo hace, en efecto se vuelve menos material y se tornan mayores sus efectos sobre la tierra material. Exige mayor rapidez, mayor distancia, más atracción del mundo dentro de sí mismo. Reestructura la producción, la circulación, el intercambio, en una lógica que conduce hacia la incorporación de la tierra entera dentro de la órbita del orden económico dominante.

Esto induce nuevos modos de organización entre los estados existentes. Genera grandes bloques regionales en Europa, Asia y el Hemisferio Occidental y crea, por decirlo así, una oficina de Hegemonía, ocupada actualmente por Estados Unidos, que es lo suficientemente fuerte como para reclamar el papel de gendarme global. Pero también incorpora a su existencia a nuevas formas *trans-estatales* para regular la actual expansión universal, en especial a través de la supervisión del comercio.

Sobreviene una triple estructura transestatal. En primer lugar, el comercio mismo alcanza una escala que requiere supervisión directa. En el segundo, se necesitan instituciones de préstamo para inyectar los fondos requeridos por la «periferia» dependiente, de modo que puedan estimularse, y circular realmente, el comercio y otros instrumentos del capital. Finalmente, se necesita una agencia para controlar las deudas y otras irregularidades financieras que crecen de manera inevitable bajo este acuerdo, y para conservar en buen funcionamiento todas las partes de la gigantesca máquina - una policía financiera de carne y hueso que se anticipe a la policía y los ejércitos represores. En resumen, una organización comercial, un banco global y un gerente financiero - una Organización Mundial de Comercio, un Banco Mundial y un Fondo Monetario Internacional - fusionados en un triángulo de hierro de acumulación internacional y al servicio de la burguesía trasnacional.<sup>24</sup>

Por supuesto, hay importantes diferencias dentro de este aparato y entre los distintos elementos del sistema estatal, como siempre las hay en cualquier clase dominante. Estados Unidos ha sido generalmente llamado el disparador (en la administración Clinton,

desde el Departamento del Tesoro, junto con el Banco de la Reserva Federal) y ha estado a cargo de serlo esencialmente desde que comenzó el «Siglo Norteamericano», al término de la Segunda Guerra Mundial. Fue Richard Nixon quien, unilateralmente, sacó al mundo del patrón oro en 1971 y permitió las tasas de cambio flotantes, que es como decir que mantuvo fijo el valor del dólar, la moneda más fuerte. De este modo Estados Unidos, que se había convertido en una sociedad deudora gracias al esfuerzo imperial en Vietnam, se permitió mantenerse así sin sufrir sanción. Ciertamente, se volvió incapaz de financiar su expansión como deudor a cargo del espectáculo. No por ello el FMI ha dejado de aplicar los «programas de ajuste estructural» a las naciones deudoras menores, que conducen a la quiebra a la sociedad civil y a la economía local, por la venta de los bienes públicos, el recorte de los gastos gubernamentales y, mediante la orientación de la economía hacia la exportación, la sumisión de las sociedades periféricas al régimen comercial respaldado por la OMC. Permanece en vigor una ley para el león y otra para el buey. Tanto que el concepto vulgarizado de globalización significa la declinación del estado-nación. Debería preguntarse: ¿Qué estado-nación, el jefe y comandante o el subalterno y proveedor?

En cualquier caso el comercio, al ser una expresión lógica del capital, conquista todo. Antes que en 1971 se abandonara el régimen de tasas de cambio fijas de Bretton Woods, los flujos financieros que cruzaban las fronteras eran de unos 70.000 millones de dólares diarios. Treinta años después, la cifra había crecido más de veinte veces, a unos 1,5 billones de dólares por día. Mientras, en Estados Unidos el comercio duplicó su contribución al PBN, espoleado por el bipartidismo absoluto del liderazgo demócrata y republicano. Los partidos pueden disputar acerca del aborto y los certificados escolares, pero en lo que respecta al libre flujo del capital, no hay duda alguna acerca de su carácter de «política de Estado».

Como la globalización propaga los mecanismos de acumulación alrededor del globo, sociedad tras sociedad se vuelcan en el torbellino de la ecodestrucción. El desarrollo dependiente y desigual, acompañado por una deuda masiva, se convierte en la comadrona de este proceso. Dondequiera se incurra en una deuda, habrá una presión para descargarla en el sacrificio de la integridad ecológica. Suharto, entonces presidente de Indonesia, gran amigo de la globalización, planteó esto con claridad después de la imposición de un programa de ajuste estructural. No hay necesidad de preocuparse, dijo el amigable líder de la cuarta nación más grande del mundo, Indonesia siempre podía cambiar sus bosques por el dinero adeudado a los bancos. Los devastadores efectos de la deuda global sobre las naciones del Sur<sup>25</sup> están desconcertando al capital global (ciertamente, Jesse Helms, como la Morsa y el Carpintero, fue reducido a las lágrimas por el testimonio de este efecto). El escándalo ha conducido a una racha de esfuerzos para producir una caída de los préstamos, habiéndose retirado en 2000 unos

## 84 El imputado

50.000 millones de dólares de la deuda global. ¡Qué lástima! Al mismo tiempo, el Sur debía alrededor de 2.3 billones de dólares - una cantidad seis veces superior - que no fueron incluidos en el perdón que lo liberara del timón de la acumulación. Un informe reciente reveló que: «El FMI, el Banco Mundial, Estados Unidos y otros dicen que los países africanos deben abrirse a la economía global y controlar el ruinoso gasto interno y la inflación, si el auxilio de la deuda se plantea como recurso permanente».<sup>26</sup> En otras palabras: dennos sus bosques y abaraten el trabajo por otros medios, y olvidaremos la deuda que ustedes no pueden pagar bajo ninguna circunstancia.

Dada la injusticia de la deuda, el FMI es considerado generalmente como el villano duro del régimen de la globalización. La revista *Tune* lo llamó recientemente «Doctor Muerte», dando una impresionante señal de fractura en la opinión de la elite.<sup>27</sup> Se trata de una afirmación razonable acerca de la organización que ha atraído por lo menos a 90 naciones pobres bajo su conjuro. Pero el FMI, el «policía malo» de la globalización, no debería ser singularizado como la fuente del problema, una impresión fomentada en un ensayo reciente de Joseph Stiglitz, economista jefe del Banco Mundial desde 1996 hasta noviembre de 1999. Recordamos que hemos citado a Stiglitz en el capítulo anterior, uniéndose al coro de los líderes económicos mundiales que elogiaban las maravillas del crecimiento ilimitado. Sin embargo, ahora se ha convertido en algo así como un renegado y provocado alguna sensación por un artículo en el *New Republic*, que confirmó las peores sospechas acerca de un FMI ultrasecreto, antidemocrático y cruelmente atento a la rentabilidad de corto plazo. Usando como ejemplos los manejos de la crisis fiscal asiática y rusa de 1997-99, Stiglitz no deja ninguna duda de que las «ganancias sobre el pueblo», como él las llama, han provocado calamidades de proporciones de holocausto en gran parte del mundo. Sin embargo, no tiene ninguna intención de poner en cuestión al sistema capitalista como un todo, sino la de hacernos creer que este desastre fue causado por los *malos* capitalistas, como los del FMI y el Departamento del Tesoro, y que su surtido de pecados no toca a las opiniones del Banco Mundial, con sus economistas de superior nivel y sus buenos capitalistas.<sup>28</sup>

Está diseminada la fantasía de que en alguna parte puede encontrarse un capitalista virtuoso y omnisapiente, un príncipe imaginario que rescataría a la economía global mal administrada. Como el Banco Mundial juega como el «policía bueno» en este esquema de cosas, y no hay dudas que para él trabajan algunos individuos bienintencionados (tantos como en cualquier banco o, ciertamente, en Monsanto, Chevron, etc., etc., incluso en el FMI), muchos están dispuestos a creer que los Stiglitz de este mundo pueden rescatarnos con su sabiduría técnica superior. Cuando todo un pueblo va a Lourdes en busca de curas milagrosas, la inteligencia lo proclama supersticioso. Muchos aún están dispuestos a confiar en un banco ganancioso que puso su inteligencia técnica al servicio de la acumulación, un banco que ayudó financieramente a empresas tales como

la planta en Bhopal de la Union Carbide, y promovió a la ecodestructiva Revolución Verde, para la que se construyó Bhopal, y fue un gran respaldo para Suharto, y ha construido grandes proyectos de consumo de combustible fósil por todo el Sur, mientras charlaba sobre la necesidad de controlar el calentamiento global.

Los persuadidos por la propaganda reciente, que creen que este leopardo ha cambiado sus manchas, deberían ponderar el caso de Bolivia, el país más pobre de América del sur. Habiendo sido presionada por el Banco para vender su aerolínea, sus empresas eléctricas y el servicio nacional de trenes a intereses privados, la desesperada nación fue al fin coaccionada para vender una parte sustancial de su sistema de aguas a un consorcio encabezado por el gigante norteamericano de la construcción, la corporación Bechtel, junto con socios de Italia. España y cuatro compañías bolivianas (un auténtico espectáculo de globalización del trabajo y mercantilización de un sustrato esencial para la vida). Gracias al Banco, los inversores sólo tuvieron que poner menos de 20.000 dólares de capital inicial por un sistema de aguas que vale millones. Con préstamos del Banco, el consorcio emprendió el desvío de varios ríos - sin duda con el cuidado ecológico que tiene en cuenta habitualmente empresas de este tipo - y luego, para cubrir los costos y con la bendición del Banco, intentó forzar el crecimiento de los precios hasta la suma de 20 dólares por mes - esto en un país donde la familia trabajadora media tiene ingresos por 100 dólares al mes.

El resultado fue que hubo grandes protestas, que catapultaron a la cúspide nuevas carnadas de resistencia indígena y forzaron a retroceder al Banco y a la Bechtel. También condujeron a respuestas militares que asesinaron a ocho personas, las que llevaron a decir al presidente del Banco Mundial, James Wolfensohn, que la entrega de los servicios públicos conduce inevitablemente a la devastación y que países como Bolivia necesitan poseer «un sistema a su propio cargo». El altamente culto ex financiero de Wall Street afirmó que la privatización de la oferta de agua se dirigió indirectamente contra los pobres, aunque el Banco declaró, en julio de 1999, que «no debería otorgarse ningún subsidio para aminorar el incremento de las tarifas del agua» y que todos los usuarios, incluidos los muy pobres, deben tener cuentas que reflejen el costo pleno de la expansión del sistema local de aguas.

No se requieren comentarios ulteriores, pero es necesario agregar lo siguiente: que Bechtel fue una vez área de interés de George Schultz, secretario de Estado bajo Ronald Reagan, y que uno de los soldados que hizo fuego contra los manifestantes bolivianos fue identificado como un hombre entrenado en la Escuela de las Américas del Ejército norteamericano, una institución localizada en Georgia y diseñada para conservar el buen orden laboral en el Hemisferio Occidental. Esto lo sitúa en compañía del Presidente de Bolivia, el gobernador de la provincia y el alcalde de la ciudad (Cochabamba) donde se centraron las acciones, todos los cuales comparten la misma *alma mater*.

## 86 El imputado

Entonces, ¿dónde está el límite del aparato de la globalización?<sup>29</sup>

El capitalismo global existe a lo largo de un continuo que se extiende desde el bondadoso cano Alan Greenspan y su Banco de la Reserva Federal, hasta el gángster ruso más vicioso y el señor de la droga colombiano. Todos son mandatados por el gran campo de fuerzas del capital y están bajo sus hechizos. En un excelente artículo reciente, el comentarista francés Christian de Brie describe «un sistema coherente cerradamente vinculado con la expansión del capitalismo moderno y basado en una asociación de tres partes: los gobiernos, las corporaciones transnacionales y las mafias... [en la que] el crimen financiero es primero y principalmente un mercado, medrado y estructurado, gobernado por la oferta y la demanda». Cada socio necesita del otro, incluso si tal necesidad debe ser vigorosamente negada. En resumen, una mirada honesta al sistema nos ilustra años de radiantes promesas del neoliberalismo. Al contrario del imaginario oficial, la cultura corporativa real procrea un enjambre de agentes patógenos:

**prácticas restrictivas, cartels. abuso de posición dominante, dumping, ventas forzadas, tráfico de información y especulación, apoderamiento y desmembramiento de los competidores, planillas de balances fraudulentos, manipulación de cuentas y precios de transferencia, uso de subsidiarias del exterior y compañías cáscara para evitar y evadir impuestos, desfalcos de fondos públicos, contratos espúreos, con'upción y enriquecimientos tortuosos e injustos y abuso de bienes corporativos, vigilancia y espionaje, correo negro y traición, descuido de las regulaciones sobre los derechos de empleo y las libertades sindicales, la salud y la seguridad, incluida la social, y la contaminación y el ambiente. Sin mencionar que en el mundo hay un número creciente de zonas libres, incluidas las de Europa y Francia, donde no se aplican las reglas del derecho común, especialmente en materia social, financiera e impositiva.**

Emerge «una expoliación increíble, la plena extensión de lo que jamás se conocerá», condicionada por un lado por la connivencia estatal y, por el otro, por la infiltración del bajo mundo. En la totalidad del planeta, pero especialmente en el Sur, «los trabajadores tienen que enfrentarse con matones empleados por los jefes, sindicatos rompehuelgas, crumiros, policías privadas y escuadrones de la muerte». En resumen, hay una sinergia escondida entre las prácticas sombrías del capital corporativo y la criminalidad organizada bajo dominio de las mafias:

**los bancos y los grandes negocios están tomando en sus manos los procedimientos -lavados- del crimen organizado. Además de las actividades tradicionales de las drogas, el fraude organizado, los secuestros, el juego, la prostitución (de mujeres y niños), el contrabando (de alcohol, tabaco, medicinas), el robo de armas, la falsificación, la facturación falsa, la evasión impositiva y la malversación de fondos públicos, también están**

floreciendo nuevos mercados. Eslo incluye el contrabando de trabajadores ilegales y refugiados, piratería de la computación, tráfico de obras de arte y antigüedades, de autos y autopartes robados, de especies protegidas y órganos humanos, documentos falsos, tráfico de armas, agentes tóxicos y productos nucleares, etc.

En ocasiones, aparece un signo de esto en algún escándalo sobre las contribuciones de campaña, en el lavado costero de inmigrantes ilegales de China, o de un submarino vendido por la mafia rusa compuesta por oficiales navales desafectados. Jamás habrá un cálculo completo del témpano que yace debajo de esta punta, aunque su magnitud puede estimarse como un «producto bruto criminal» anual de un billón de dólares.<sup>30</sup>

Dejando de lado las implicaciones morales-, la presencia de esta vasta tierra sombría implica la incontabilidad fundamental del capitalismo. Y, por consiguiente, su incapacidad para superar sus crisis ecológica y democrática. Desde este punto de vista, la crisis ecológica es el efecto de la globalización visto desde la mira de los ecosistemas, como grandes olas del capital que se abaten contra las defensas ecológicas y las erosionan. De manera semejante, la democracia - y no el gobierno - es la gran víctima de la globalización. Dado que el capital global elabora sus vías, la voluntad popular se preocupa crecientemente del esfuerzo por exprimir siempre más capital al sistema. En el proceso, los instrumentos del capital global comienzan a adquirir funciones políticas, quebrantando jurisdicciones locales y constituyéndose ellos mismos en una clase de mundo que gobierna el cuerpo. Pero el régimen olvida que los estados normales, incluso los despóticos, requieren, no obstante, algunos medios de legitimación. En el mundo posaristocrático y posteocrático de la modernidad, los avances democráticos, incluso la seudodemocracia que pasa en estos días por normal, son el pegamento que mantiene unida a las sociedades. La incapacidad del capital para suministrar éste mientras se mueve hacia su realización en la sociedad global, ha transformado crecientemente su operación en algo así como un *coup d'état* global. Esta es la gran contradicción política de nuestro tiempo, y conduce a la actual oleada de resistencia.

### Los hombres encargados

Entre usted y yo, ¿el Banco Mundial no debería alentar más migración de las industrias sucias a los PSD [países subdesarrollados]? Creo que la lógica económica que está detrás de vaciar una carga de agentes tóxicos en los países de salarios más bajos es impecable y deberíamos enfrentarla... Siempre he pensado que los países escasamente poblados de Africa están ampliamente incontaminados: la calidad de su aire es vasta e ineficientemente baja [s/c] comparada con la de Los Angeles o Ciudad de México.

## 88 El imputado

(Lawrence Summers, mientras estaba en el Banco Mundial.)

Usted sabe, hay algunos pueblos que son perdedores. Hay algunos países que son perdedores. Y si usted les perdona la deuda, ello no hará gran diferencia. (James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial.)

Usted debe reducir sin piedad los costos de un 50 a un 60 por ciento. Despoblar. Desembarazarse de la gente. Ella estropea los trabajos. (Jeffrey Skilling, presidente de la Enron Corporation")

Pero desplegar un resumen ecológico general de la sociedad capitalista es una cosa. Otra cosa es demostrar que éste, a menos que el capital sea derrocado, conducirá de manera inexorable a la ecocatástrofe. Aquí no se trata de la cuestión de lo que el capital está haciendo a los ecosistemas humano y natural, sino acerca de si él puede adaptarse y cambiar sus formas, dada la descomposición del conjunto de su terreno natural (o, para ser más exacto, si puede hacer eso en un tiempo que permita enmendar sus relaciones con la naturaleza). Todos aprecian cuán fabulosamente adaptable ha sido el capital. Ha eludido su destrucción una vez y otra, de tal modo que su capacidad de adaptación a la descomposición ecológica es medianamente dispensada.

La sociedad de mercado ha sido fabulosamente exitosa en la producción de riqueza. Según la argumentación corriente, ¿porqué no será también tan exitosa en producir la integridad ecológica? Pero donde esta línea de razonamiento está descaminada, es en no comprender que esta vez la lesión proviene de la producción capitalista como tal. El problema que afligió a las crisis anteriores fue el de reasumir un modelo de crecimiento interrumpido por uno u otro apremio. Sin embargo, ahora es el modelo de crecimiento el que causa el problema. Sí, el capital puede producir «mercancías verdes», o artefactos anticontaminantes; incluso puede reciclar y conservar recursos tales como la energía. Pero porque el capital hace eso como capital, lo hace por la producción misma antes que cualquier otra cosa, y este oleaje del capital tendrá los efectos antes documentados, esencialmente el derrumbe de la ganancia marginal lograda por los esfuerzos de recuperación. Esta afirmación no es más probable que su contraria, la idea asumida popularmente de que el capital forjará su camino fuera de la crisis ecológica. Más bien, la cuestión es si ello es más plausible, y con este propósito podemos introducir aún otra línea de razonamiento.

La producción capitalista incluye a todas las fuerzas que ingresan en la producción generalizada de mercancías. Pero esto incluye de modo preferente a las disposiciones humanas que entran en la producción. Si es verdad que el capitalismo induce una clase de mentalidad que se niega al reconocimiento de la naturaleza, queremos decir que esto debe entenderse como uno de los elementos (en términos marxistas, una «fuerza de trabajo») que hacen más intratable a la crisis ecológica. En lenguaje llano, uno de los más grandes problemas ecológicos con el capitalismo es el capitalismo.

Si la clase dominante -las personas que, por medio de su propiedad y/o control, tienen en sus manos las riendas del sistema- se hubiera probado capaz de apreciar precisamente cuántos problemas tenemos todos, entonces quizás habría producido los cambios necesarios a tiempo. Sin embargo, si ella es *estructuralmente incapaz* de tratar con la crisis, esto refuerza grandemente la acusación hecha aquí. Digo estructural, porque la conducta de las elites no puede reducirse a motivaciones ordinarias como codicia o dominación, por codiciosa o dominante que de hecho puedan ser. Cuando hablamos de intereses de clase y de la forma en que los individuos se convierten en personificaciones de grandes fuerzas institucionales, todas las innumerables variaciones que hacen interesante a la psiquis humana se sujetan a unas pocas reglas básicas, y prevalece una uniformidad de conducta muy marcada. Por supuesto, un miembro individual de la elite puede rebelarse y hacerse a un lado. Pero, ¿qué hace importante que unos pocos capitalistas piensen de modo diferente a sus socios, si sus ideas están provocadas por la fuerza preponderante de la opinión de clase? En la realidad, un miembro de la elite que empieza a percibir cosas radicalmente diferentes de los demás retrocede en toda la línea o es excluido del poder. Sencillamente, deja de ser un miembro de la elite y es reemplazado por alguien más de acuerdo con las necesidades del capital. Recuérdese que el sistema impone un conjunto poderoso y uniforme de obligaciones, como las fuerzas sociales dominantes inducen algunos elementos psicológicos e inhiben otros, mientras provee de ideales, racionalizaciones y normas de conducta. En resumen, una clase de moral universal en la que la conducta se forma y se otorga estructura.

Cada sociedad selecciona los tipos psicológicos que sirven a sus necesidades. De este modo, es muy posible moldear un gran número de caracteres hacia un propósito unificado, de clase. Para tener éxito en el mercado capitalista y elevarse a la cima, uno necesita una mentalidad dura, fría, calculadora; la habilidad de venderse a sí mismo y una fuerte dosis de voluntad de poder. Ninguno de estos rasgos está del todo correlacionado con la sensibilidad o el cuidado ecológico, y todos ellos son inducidos por el mismo campo de fuerzas que determina las decisiones de inversión.

Las tres declaraciones de figuras de la elite transcriptas arriba no son, por supuesto, representativas de la cara pública presentada ante el mundo por las clases dominantes. De hecho, Summers ha afirmado que sus observaciones tuvieron un significado «irónico». Sin embargo, si fue así, es la ironía que declara una verdad de hecho con retorcida hipocresía, pues la sustancia de su declaración, junto con las de Wolfensohn y Skilling, es un espejo de la trayectoria real del capital. El capital habla a través de estas figuras poderosas, con todas sus bien calculadas brutalidades, sus buenas voluntades para desecharlo que no da ganancias y sus reducciones de la naturaleza a recursos y basura. Entonces, lo que dicen es auténtico aún si lo pueden negar. Planteada la cuestión de este modo, nos evitamos pensar en las elites capitalistas como motivadas por la «codicia» o

## 90 El imputado

por algún estado psicológico procesado internamente. Por supuesto, la codicia juega un papel. ¿Cómo podría no hacerlo cuando pueden hacerse fortunas estupendas mediante la sumisión a las reglas de juego? Pero la cuestión es de qué modo la codicia, o la lucha por el poder, o los modos de pensar fría y calculadoramente, conducen a la ceguera y la rigidez. Estos son los rasgos salientes que surgen de la intersección de las tendencias psicológicas con el mundo vital concreto del capitalista. Consideremos algunas de las formas en que éste, en sí mismo, opera de manera antiecológica.

Primero, el más grande de los logros del sistema (que es como decir, el que cumple plenamente su destino de expansión) es la más grandiosa conversión al modo capitalista de pensar. Y el más grandioso, el más remoto. Si usted se sienta en el corazón de los centros financieros mundiales, vuela en jets privados, manipula miles de millones de dólares con el toque de una tecla y controla un aparato productivo capaz de desviar ríos y enviar misiones a Marte, es probable que no tenga la experiencia de la humildad de un San Francisco o la paciente tenacidad de una Rachel Carson. Y al carecer de éstas, no es más probable que usted experimente sentimientos de compañerismo por las redes de la vida que por los pueblos pobres de África. En resumen, la conciencia ecológica está bloqueada por la posición de la clase dominante.

Esta grandiosidad se refuerza grandemente por un sentido de invulnerabilidad personal, que aísla a los capitalistas de las consecuencias de sus acciones, excepto en cuanto afectan la línea de fondo de la ganancia. De este modo, la gente común no está protegida. Por ejemplo, la razón por la que tanta gente de color tiene vaciaderos tóxicos en sus vecindarios (se estima en una proporción tan alta como el 60 por ciento) es, de manera transparente, que esa gente no se sienta en las estructuras de mando de las corporaciones que contaminan. Por el contrario, los que lo hacen ven en esto los venenos que expulsan de sus propios vecindarios. Esto preserva a las elites lejos de la evidencia directa de los efectos desestabilizadores de la producción capitalista. Y les produce la fantasía de que siempre pueden rodearse ellos mismos de protección contra una naturaleza desequilibrada.

Aun si las elites se complican con algo, su recompensa está asegurada. Ciertamente, se otorgan premios consuelo a los ejecutivos que fracasan, una historia que llamó la atención de la prensa en 1997. Como lo señaló el *New York Times*: «Para los ejecutivos, el fracaso - una vez que una vergüenza miserable se oculta bajo el idioma corporativo a'orcido o se acalla completamente - ahora paga. Especialmente si la caída es muy rápida». El fracaso de altos ejecutivos de AT&T, Disney, Apple Computer y Smith Barney fue reembolsado con el pago, respectivamente, de 26 millones, 90 millones, 7 millones y 22 millones de dólares (un incentivo escaso como para provocar gran preocupación acerca de lo que hicieron). La razón estructural para esto yace en el crecimiento de las caídas desde la cima - ellas mismas una función de la aceleración del

capital que conducen a los ejecutivos a demandar seguridades netas y, de manera interpuesta, lealtades firmes, coherencia y una visión amplia en los altos niveles corporativos.<sup>32</sup>

Junto con esto, el tamaño siempre creciente de las grandes empresas capitalistas las aparta del contacto con la naturaleza como objeto de cuidado. Aislados por las densas y aparentemente interminables redes de la burocracia y en la presidencia de empresas que, típicamente, producen cualquier cosa y todas las cosas y se deshacen de subsidiarias del mismo modo en que Imelda Marcos cambiaba de zapatos, los jefes capitalistas tienen toda la razón para olvidar la inmediatez y el esencial reconocimiento mutuo de los modos de ser ecológicos. Su orden de interrelación está dominado por un principio completamente antiecológico: la ley del intercambio. Cuanto más gobierna el capital-dinero, más se reduce la naturaleza a una mera abstracción y son más racionalizadas las palabras rumiadas por un Lawrence Summers. De acuerdo con el régimen de las finanzas, la lógica económica es de hecho «impecable» al volcar más desechos tóxicos en los países más pobres. Que simplemente es la manera en que se hace más dinero, que es todo lo que «cuenta».

Otro rasgo central del capitalismo es el fetiche de la tecnología. Puesto que la tecnología eleva la tasa de plusvalía extraída, es la llave de la rentabilidad, y así se invierte con el poder divino del capital. Por consiguiente, el capitalista no sólo sobrestima a la tecnología: él mismo se convierte en una máquina. En su duro y frío cálculo, razona «instrumentalmente», es decir, en forma reduccionista y en términos de partes, más bien que en los de totalidad. Esto es doblemente útil, dado que permite racionalizaciones listas para aplicarse a una conducta. Y el aislamiento y la separación de tales rasgos podrían permitir ciertas recompensas ecológicas.

Por supuesto, el capitalista no sólo piensa; es también una criatura apasionada y burlona. El problema es que el capital selecciona entre esas pasiones a las que son temerariamente ecodestructivas, en especial, el deseo de ganar a toda costa. El principal mecanismo para esto es la competencia implacable instalada en el corazón del sistema, la que asegura que sólo los más rabiosamente logrereros y crueles sean electos para patricular las cumbres más altas del capital. No hay en esto nada misterioso, pues su significado es percibido fácilmente en el mundo machista de la cultura capitalista. En el régimen antiecológico del capital, este es un factor mucho más eficaz que la simple codicia. La actitud fue resumida por el recientemente depuesto presidente y director ejecutivo de Coca-Cola, Douglas Ivester. Dijo que la amistad, la admiración y el respeto no son «actualmente mi prioridad. Esto es lo que en realidad quiero. Quiero sus clientes, deseo su espacio en las estanterías. Quiero su espacio en el estómago del consumidor. Y quiero cada pedacito de crecimiento potencial de bebida que está fuera de allí».<sup>33</sup> Por consiguiente, precisamente porque el capital no puede detener su expansión, sus perso-

## 92 El imputado

nificaciones jamás pueden tener lo suficiente. ¿Cómo puede esperarse de gente de esta clase que se despierte ante la crisis ecológica?

El efecto se acentúa en la medida en que el régimen del capital financiero sitúa su énfasis en la rentabilidad de corto plazo. La verdadera fluidez anhelada por el capital impone siempre las demandas más grandes de que las ganancias se realicen inmediata o prontamente. Esta es la razón principal que explica por qué no se hará nada sustancial acerca del calentamiento global bajo el régimen actual. Sin duda, sobre el tablero de dibujo hay toda clase de medidas constructivas. Pero tomarlas en serio implica la medida impensable de reducir las ganancias inmediatas. Si los capitalistas pudieran planificarla todo en conjunto, esto podría ser posible. Pero eso se vuelve contra las leyes de la competencia.

Merece mención una última tendencia que preserva a los capitalistas de tratar de manera adecuada con la crisis ecológica. Al lado de los estilos lógicos de las pasiones personales, podemos evaluar la capacidad de juicio de la clase dominante. Es preciso decir que esto tiene que ser cuidadosamente explorado en ciertos aspectos, si un individuo asciende en la jerarquía capitalista. Esto es, el hombre de negocios necesita ser capaz de distinguir entre sus deseos grandiosos y agresivos y lo que permite la situación real. Sin embargo, el principio se aplica sólo a las áreas en las cuales el criterio es la rentabilidad. Aquí, los poderes de los capitalistas están dispuestos a permitirlos y los resultados son generalmente impresionantes. Pero donde, como en la crisis ecológica, sencillamente el capitalista tiene esto por encima de su cabeza y su clase de razonamiento instrumental y su materialismo mecánico interpretan necesariamente de manera errónea la situación real, entonces él está propenso a distorsiones particularmente grandes. Esto es así por su ostentación, su inmersión en el discurso de la «ronda de control», las relaciones públicas y otros tipos de manipulación, como también deviene de un rasgo de carácter inducido, muy común entre los que viven por el mercado, esto es, un tipo de «negación optimista». En un nivel, el capitalista tiene que ser completamente realista, pero en lo que respecta a su inmersión en el intercambio de mercancías, también está sujeto a un alto grado de ilusiones. El éxito en el mercado imponderable depende de una gran dosis de instilación de confianza y seguridad de que tal o cual mercancía se venderá realmente, pues si tal o cual se venden realmente, depende en parte de la creencia de la gente en ella. Esta actitud, tan esencial a los regateadores y a los «clientes apurados», se equilibra normalmente mediante astucias de un tipo u otro. Sin embargo donde, como con la crisis ecológica, la astucia está fuera de lugar porque la situación es incomprensible, entonces se destacan los rasgos demasiado humanos de la negación de la realidad y el recurso a las ilusiones. Dado que, de hecho, nadie puede predecir el resultado de la crisis ecológica, o de alguno de los filamentos ecosistémicos que la constituyen, el camino ha quedado abierto para la negación optimista. En resu-

men, para la minimización de los peligros y las respuestas inadecuadas, adoptadas por motivos oportunistas más bien que por una apreciación real del problema.

### La acusación

El capitalismo se encumbró sobre el mundo por su fantástica capacidad de producir riqueza (e inducir la producción de riqueza al lado de la naturaleza humana). El resultado es la forma más poderosa de organización humana jamás ideada. Y también, la más destructiva. Los defensores del capital afirman que su destructividad puede contenerse y que el capital, en cuanto madure, superará pacíficamente la rapacidad demostrada en sus fases de acumulación primitiva. El camino sueco que avanza desde su pasado vikingo. Denos un poco más de tiempo, arguy en, y la globalización será verdaderamente la cubierta que eleva a todos los botes y no sólo a los yates de la riqueza, mientras que el incremento general de ésta habilitará a la tierra - que es el puerto para estos botes - para hacerse confortable y brillante.

Aquí, la conclusión es la opuesta. Al contrario de esas ilusiones, sostengo que con la producción de la riqueza capitalista, y como parte integral de ella, también se producen la pobreza, la rivalidad eterna, la inseguridad, la ecodestrucción y, finalmente, el nihilismo. Esas concomitancias pueden ser exiernalizadas y exportadas en la medida en que la producción es local y restringida. Pero, dado que el capital ha madurado y se ha convertido en global, las rutas de escape están selladas y se revela su carácter canceroso: penetrando en todas las esferas de la existencia humana, desestabilizando las ecologías del espacio y el tiempo y sujetando la tierra a regímenes crecientemente autoritarios y corruptos. Ahora, cada cosa se sacrifica a la acumulación y con el cierre del círculo de la globalización no hay ulterior habitación que externalizar.

La crisis ecológica es el nombre de la codesestabilización global que acompaña a la acumulación global. El capital ha demostrado una elasticidad y una capacidad fenomenales para absorber todas las contradicciones en su lógica del intercambio. Esta es la razón principal que explica por qué variados modos de rebelión han llegado y se han ido, dejando detrás sólo amargos recuerdos, como la conversión del Che Guevara en una marca de cerveza. Sin embargo, en la crisis ecológica, la propia lógica del intercambio se convierte en fuente de desestabilización, y cuanto más se introduce ella en el cuadro, más corrupta e inestable se hace la relación con la naturaleza. El capital no puede recuperarse de la crisis ecológica porque ésta es su ser esencial, manifiesto en el síndrome «crece o muere», que es el que produce esa crisis. Y la única cosa que realmente se sabe hacer, que es la de producir de acuerdo con el valor de cambio, es precisamente la fuente de la crisis.

## 94 El imputado

La lógica de este argumento no está encadenada a la aparición de alguna calamidad súbita y agobiante, o a la más probable concurrencia de un gran número de pequeños y débiles golpes que conduzcan al colapso, o aun a la posibilidad de que el sistema se descomponga por medio de ellos. Lo que más bien se predica, es la demostración de la absoluta indignidad del capitalismo para guiar a la civilización a través de la crisis que él ha engendrado por medio de su expansión cancerosa. Los desastres contingentes antes mencionados pueden suceder de uno u otro modo, o algunos de todos ellos pueden no suceder jamás. Pero debemos ser perfectamente claros en que ellos están comenzando a suceder, y que el capitalismo, lejos de proveer remedios, los hace más probables cuanto más se realiza a sí mismo.

Esa es la razón por la cual, en esta excursión a través de las peculiaridades del capital y el capitalismo, he enfatizado los rasgos antiecológicos de la producción capitalista, más que las particularidades de su relación con la crisis. Sólo se ha dado la sugerencia desnuda de las innumerables instancias del asalto ambiental: de la gran propaganda sistémica y sus campañas de limpieza verde; de la traición a su responsabilidad ecológica por los poderosos medios masivos; de la perfidia de políticos individuales y de los partidos; de la cooptación de los grupos ambientalistas; de la complicidad de las estructuras científicas; del nauseabundo sistema legal, y de los esfuerzos por suprimir e intimidar a los ambientalistas. Se han escrito buenos libros acerca de todas estas cosas, y en el Capítulo 7 regreso a algunos de ellos para examinar lo adecuado o no de las actuales políticas ecológicas.<sup>34</sup>

Pero no deberíamos perder de vista el cuadro completo por la atención a sus particularidades. Hay un orden único que domina el mundo, y aunque todavía éste no ha logrado todo, no puede ser reformado, no puede satisfacerse con menos que todo, y posee las instituciones establecidas para sus objetivos. Ninguna serie de reformas individuales puede abarcar lo que significa el capital o conducirlo fuera de su raíz. Por consiguiente, no importa cuán meritoria o necesaria pueda ser una reforma. El hecho sigue siendo que, por intimidatorio que pueda ser el proyecto, es el capital como un todo el que tiene que ser enfrentado y derrocado.

## Notas

1. Slatella, 2000; D4.
2. El término proviene del filósofo de la fenomenología Edmund Husserl.
3. El curso lectivo se desarrolló bajo los auspicios de la Facultad de Medicina Tropical en la escuela de medicina de la Universidad de Colombia, que había formalizado una conexión con la Aluminium Company of America, propietaria de una gran mina de bauxita en la pequeña localidad de Moengo, Surinam. situada aproximadamente 5 grados al norte del Ecuador y que esencialmente presenta una ecología amazónica, con ríos que desaguan en el Mar Caribe. En las selvas remotas vivía un grupo

menguante de indios caribes, mientras que cerca del mar, pero todavía en densos bosques lluviosos, habitaban los «Negros del Chaparral», descendientes de esclavos africanos escapados. Es a estos últimos que se aplican nuestras observaciones.

4. Véase Kovel. 1997a. McDonald ha establecido vínculos mercantiles con Coca-Cola y también con otros iconos de la cultura capitalista globalizada, como los Juegos Olímpicos.
5. Watson, 1997; Jenkins, 1997; Fiddes, 1991.
6. Crossette, 2000a: Garner y Halved, 2000.  
De acuerdo con Worldwatch, actualmente 1.200 millones tienen sobrepeso, equiparando el número de personas hambrientas. Otros 2.000 millones comprenden los que tienen «hambre oculta», con malas dietas. En 1999 se realizaron 400.000 lipoaspiraciones en Estados Unidos, y el 60 por ciento de los niños desnutridos viven en países que informan excedentes alimentarios.
7. Crossette, 2000b. El informe de UNICEF es el primero que brinda una información abundante al respecto. Detalla la violencia, que es peor en el caso de las mujeres más pobres, como en cada aspecto del ciclo vital, desde el aborto de fetos femeninos, el asesinato de niñas, la desnutrición de las adolescentes, la carencia de cuidados médicos, el abuso sexual y las palizas fatales a las mujeres adultas. Esta violencia perversa, que sin ninguna duda representa un crecimiento superior al existente en el nivel de la sociedad tradicional, proviene de quienes están más cercanos a las mujeres y refleja la fractura general de la vida íntima, en un mundo cuya vida comunal se desestabiliza por la acción del capital, junto con las manifestaciones cercanamente relacionadas de la migración masiva. En contraste, en las sociedades tradicionales, por ejemplo las de los indios norteamericanos, los golpes y los abusos contra las mujeres estaban entre las infracciones castigadas con mayor severidad y era raro que culminaran en el homicidio. Esta es una de las razones por las cuales las mujeres de las colonias norteamericanas «defecaban» hacia los territorios indios.
8. Public Citizen, 1996.
9. Engels, 1987; Bowden, 1996.  
Este extraordinario relato pone el acento en la subcultura de los fotógrafos y periodistas de televisión, que documentan la locura.
10. Nathan. 1997.
11. Ordoñez, 2000.
12. «Nano» hace referencia a la construcción de máquinas en el nivel de moléculas individuales. El término se refiere a un milésimo de micrón, i.e., un millonésimo de milímetro, la escala de los procesos moleculares. Véase Dressler, 1986. Aunque la última fase de una tecnología puede reemplazar a una anterior, como la calculadora electrónica lo hizo con la mecánica, ya obsoleta, el efecto de conjunto es aditivo y combinatorio. Así, los gigantescos aviones jai incorporan tecnologías electrónicas sin dejar de ser enormes; o si las computadoras guían el desarrollo de las tecnologías a escala molecular, se incorporan entonces a tales tecnologías.
13. DeBord, 1992.
14. Thompson, 1967; White, 1967.
15. Marx, 1963, p. 41. [v. versión castellana de Miseria de la filosofía]
16. Kanner, 1997; A22. El autor, profesor de administración de la Harvard Business School, precisa que, pese a que el éxito de la economía cía entonces la corriente dominante, se observaba una «subcorriente de cinismo (junto con la fatiga provocada por el incremento del trabajo)». De hecho, el 46 por ciento de los empleados de 1.000 grandes empresas temían el despido en 1997, comparado con el 31 por ciento en 1992. Mientras tanto, los trabajadores remanentes sufrían de otro tipo de enfermedad mental, el «síndrome de supervivencia al despido», caracterizado por la cólera, la depresión, el temor, la culpa, la aversión al riesgo, la desconfianza, la vulnerabilidad, la impotencia y la pérdida de motivación (acompañadas por un crecimiento de los reclamos relacionados con la tensión nerviosa). Esto ocurría en una economía que estaba ampliamente considerada «tan buena como se puede lograr».
17. Bass, 2000. El único nivel de conflicto informado en el artículo, basado en la investigación efectuada en la Universidad del Estado de Pennsylvania, fue por el acoso sexual estimulado en los clientes masculinos, quienes confundían la cordialidad robótica con un avance amoroso. Por lo demás, la internalización fue muy exitosa. Obsérvese la mutilación de la Regla de Oro: la trabajadora desea tratar a todos como ella es tratada. Así, ella los trata como medios para el fin de la acumulación, precisamente como ella es tratada. Pero como comprendió Kant, la única interpretación coherente de la ley moral es tratar a las personas como fines en sí mismas, no como medios o cosas.
18. Williams. 2000.
19. Harvey, 1993.

20. El termino es de Freund y Martin, 1993; un estudio valioso.
21. Purdom. 2000.
22. Por mala que pudiera ser la situación en Estados Unidos, es una pequeñez comparada con el tránsito monstruoso en las ciudades de los «nuevos países industrializados». En los NPI, un capital incluso menos regulado induce escenarios tales como en San Pablo, Brasil, donde los ricos tienen que usar helicópteros para evitar rulas «infelizmente atestadas con el tránsito» y sujetas al «robo de automóviles, los secuestros de ejecutivos y a los robos en el camino [que] se han convertido en parte de los riesgos cotidianos para cualquiera que es percibido como adinerado». Sin embargo, por duro que pueda ser entrar en el Reino de los Cielos, en San Pablo es más fácil para un rico comprar un helicóptero que para un pobre comprar un automóvil -el estacionamiento no es un problema, dado que las comunidades cerradas donde residen muchos ricos ofrecen cómodos espacios, ideales para el alen izaje. Previsiblemente, los ruidosos monstruos se convierten en símbolos de estatus. (Dice un eslógan: «¿Por qué pagar por un BMW blindado cuando usted puede permitirse un helicóptero?».) Unos 400 cruzan el aire y crean un ambiente de pesadilla incluso mayor para el promedio de los ciudadanos (Romero, 2000). Las comunidades cerradas, con fuerzas de policía privada y así por el estilo, son un acompañante supremo de la crisis ecológica, pues ellas afectan el espacio urbano en la era de los automóviles. Recuerdo al lector que en Estados Unidos, cerca del 30 por ciento vive en esos enclaves fragmentados.
23. Wald, 1997; Turner. 2000.
24. El Banco Mundial, creado con el FMI en la conferencia de Bretton Woods de 1944, originalmente fue diseñado para ayudar a la reconstrucción europea de posguerra. Después giró hacia el Tercer Mundo, haciéndose el mayor prestamista de fondos para infraestructura (que incluyeron la financiación de la planta de Bhopal) y comprometiéndose de manera creciente con el «ajuste» de las economías periféricas, con el fin de integrarlas mejor a las necesidades del capital global. En contraste, el FMI en su origen fue creado para mantener las normas de las lasas de interés lijadas establecidas después de la guerra. Después de 1971, cuando esas lasas comenzaron a Dolar, se hizo prestamista de economías con problemas y compensadora de las mismas con ulteriores inversiones de capital mediante el Banco Mundial, de aquí sus compromisos con los programas notorios de ajuste estructural. En cuanto a la OMC, emergió finalmente de su crisálida en 1995. después que su predecesor, el Acuerdo General de Aranceles y Comercio, finalizara su organización preliminar.
25. George. 1992.
26. Murphy, 2000.
27. Pooley, 2000; un artículo centrado en el caso de Tanzania.
28. Stiglitz. 2000, en el que encontramos; «El personal del FMI... consiste frecuentemente en estudiantes de tercera que provienen de universidades de primera. (Créanme; he enseñado en la Universidad de Oxford, el MIT, la Universidad de Stanford, la de Yale y la de Princeton, y el FMI casi nunca logró reclinar a alguno de los mejores estudiantes.)» De manera que (o que necesitamos - como se planteó en la era de Vietnam - es el reclutamiento de «los mejores y más brillantes».
29. Barlow, 2000; también <http://www.brain.net.pk/diama>; y [egroups.com/groups/waterline](http://egroups.com/groups/waterline).
30. De Brie estima que cerca de un tercio a la mitad de esta cifra proviene de las drogas; el resto se divide entre la piratería de la computación, las falsificaciones, el fraude presupuestario, el contrabando de animales, la trata de blancas y así por el estilo. En otras palabras, una buena estimación sólo del crimen transfronterizo lo remonta a un 20% del comercio mundial. Reconociendo que sólo la mitad de él termina siendo provechoso, y que un tercio se pierde en operaciones de lavado de dinero, la ganancia anual realizada por el crimen internacional se eleva a unos 330.000 millones de dólares. De Brie, 2000; véase también Bergman, 2000.
31. Mullinational Monitor, junio de 1997, p. 6. Las infames observaciones de Summers fueron efectuadas en un memorándum interno del Banco Mundial en 1991. cuando era un economista subalterno en la institución. La afrenta fue tal que lo llevó a convertirse en secretario del Tesoro y presidente de Harvard. Wolfensohn las hizo respondiendo a las sugerencias de que el Banco Mundial debía dar por perdidas las deudas pendientes hacia él de los países en desarrollo.
32. Dobrzynski, 1997.
33. Deogun, 1997. Pobre Ivester. lástima que sus sueños se redujeron a la nada, y que fue eventualmente despedido por no realizarlos.
34. He encontrado algunos «valiosos trabajos en el rastreo de las variadas formas concretas adoptadas por la crisis. Ellos son: Alhanasiou. 1996; Karlincr. 1997; Beder, 1997; Tokar, 1997; Sleingraber. 1997; Fagin y Lavelle. 1996; Colburn et al., 1996; Pring y Canan.1996; Ramplón y Stauber. 1997; Lappé et al., 1998; Shiva. 1991; Gelbspan. 1998;üibbs, 1998; lio. 1998; Thornton, 2000.

## **Segunda Parte**

### **El dominio de la naturaleza**

## 5 Acerca de las ecologías

Decir que el capital es ecodestructivo es afirmar que bajo su régimen, amplias fajas del mundo natural se están arruinando. Pese a lo inquietante, esto es bastante directo. Pero también tenemos que decir que, en ciertos lugares, es «antiecológico», lo que no es la misma cosa. El último término introduce un nuevo concepto: que la palabra «ecología» significa algo a ser valorizado en nuestra relación con la naturaleza, y que el capital no degrada simplemente una u otra porción de la naturaleza, sino que viola el sentido completo del universo. Obviamente, esto nos obliga a decir algunas cosas acerca de lo que podría ser este sentido y, de un modo más general, qué significa hablar acerca de la naturaleza.

El concepto de naturaleza es tan elusivo como cualquiera en el repertorio del pensamiento. Palpablemente, la naturaleza existe prescindiendo de lo que digamos acerca de ella. Y aun, la naturaleza sólo existe *para nosotros* hasta donde digamos algo acerca de ella. Todas las proposiciones acerca de la naturaleza, desde las investigaciones más esotéricas en cosmología hasta las regulaciones sobre el vaciamiento de los desechos y los escritos de los ideólogos de izquierda, derecha o centro - incluidos, seguramente, los pensamientos aquí escritos - están mediados por el lenguaje, el cual, además de ser un espejo imperfecto de la realidad, posee densidad social e histórica. Entonces, prácticamente hablando, hay dos capas de nuestra impronta sobre la naturaleza. En primer término, la palabra natural ha sido configurada sustancialmente por la influencia humana, en la medida en que uno podría ser apremiado para encontrar cualquier configuración de importancia sobre la superficie de la tierra y un buen trecho arriba y debajo, si ésta no hubiera sido alterada por nuestra actividad como especie.<sup>1</sup> Y en segundo lugar, que todas las proposiciones acerca del mundo natural son, ante todo, aserciones sociales. Cuando hablamos, o somos conscientes, de algo llamado «naturaleza», estamos aprehendiendo algo que también tiene una historia, por lo menos, porque los modos de hablar acerca de ella son prácticas sociales. Y también, en la gran mayoría de los casos que nos interesan, porque la entidad «natural» ha recibido ella misma una impronta humana, histórica.

El término «ecología» y sus varios significados también tienen una historia, en este caso condicionada por la crisis de conjunto que lleva su nombre.<sup>2</sup> Establece la razón por la cual, cuando la integridad del mundo natural está bajo una amenaza siempre crecien-

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

te, los conceptos utilizados para dar cuenta de esa integridad y su desintegración adquirirán preeminencia. En el siglo y cuarto desde que apareció en el paisaje intelectual, la ecología ha adquirido grandes rasgos significativos. El término aquí usado tiene un significado cuádruple:

- Una disciplina técnica dentro de la ciencia natural de la biología, consagrada al estudio de las interrelaciones entre las criaturas vivientes y su ambiente. Aquí, las variables cruciales son generalmente las poblaciones de diversas formas de vida, en cuanto ellas interactúan con el resto de la naturaleza.
- Un objeto singularizado para el estudio ecológico, esto es, no las poblaciones en cuanto tales, sino las localizaciones dentro de la totalidad de la tierra. Podemos hablar de ésta como un lugar más o menos definido como, por ejemplo, la ecología de una charca local o de la cuenca amazónica - que, a cierta escala, puede tomar el nombre de «bioregión». O podemos pensar en ella como una subserie del mundo natural con cieñas relaciones internas, tales como la atmósfera o el sistema endocrino de los animales mayores. Aquí el objeto en cuestión tiene proporciones sistémicas. esto es, se trata de una estructura de elementos interrelacionados, definidos tanto espacial como temporalmente. De aquí el nombre *ecosistema* para definir un objeto principal de nuestro estudio. Los ecosistemas son limitados, pero también están interrelacionados (por ejemplo, el sistema endocrino con el sistema circulatorio, o los océanos *con* la atmósfera). De hecho, ¡lo hay la! cosa como un ecosistema en sí mismo; todos están interconectados, en las Comas que mayormente nos importan. Usamos el término *ecosfera* para referirnos al mundo, examinado de acuerdo con los principios de la ecología. En otras palabras, es la tierra vista «ecosistémicamente». Y desde un nivel de abstracción todavía más alto, podemos pensar la misma naturaleza como la *integralidad de todos los ecosistemas*. Este concepto de integralidad significa también que pensamos acerca del «todo» compuesto por partes, pero distinto a la suma de esas partes. En lenguaje filosófico, estamos desarrollando no una teoría jerárquica de los sistemas, sino una dialéctica de la emergencia.
- Una dimensión del mundo humano. Esto es esencial, a menos que tomemos la posición sin sentido de que la humanidad está fuera de la naturaleza. Es preciso decir que el desarrollo de un punto de vista social de la ecología puede no ser del todo del gusto de un científico de la naturaleza. Y en cualquier caso ello nos requiere extender nuestro método mediante la introducción de dimensiones peculiares al mundo humano, tales como el lenguaje, el significado y la historia. Estos atributos nos otorgan nuestra identidad como especie natural. Una vez que comenzamos a mirar las cosas de este modo, y aún más, no hay razón para

no hablar de la ecología de las ciudades, o los vecindarios, o las familias, o, ciertamente, de las mentes.<sup>3</sup>

- Dado que los valores son un fenómeno singularmente humano, extendemos lógicamente el alcance teniendo en cuenta posiciones éticas con contenido ecológico. Y dado que una posición ética es un aspecto que guía la acción en el mundo, hablamos también de política ecológica. Es en este último sentido que acusamos al capital como «aijeológico», tanto como lo acusamos de su «ecodestructividad» referida al segundo sentido, ecosistémico, del término. Lo que pueda significar el actuar ecológicamente, o sostener valores «ecocéntricos», es un problema que integra todas las dimensiones de la ecología y cuya solución, que denominamos «ecosocialismo», es el objetivo de este estudio.

El pensamiento ecológico concierne a las relaciones y a las estructuras y flujos entre ellas. En un nivel, hay simple sentido común. En otro, vuelve al mundo patas arriba y nos conmina a una cosmovisión y filosofía de la naturaleza mucho más reñidas con el sistema dominante. En cuanto tal, la naturaleza excede vastamente el fenómeno de la vida, aunque la vida puede ser justamente observada al mismo tiempo como un caso especial de la naturaleza y - de un modo que sólo percibimos en forma débil - como un potencial de la naturaleza (algo que la naturaleza genera bajo circunstancias específicas).<sup>4</sup> La vida es unitaria, en el sentido de que las arquitecturas moleculares básicas de los humanos, los secoya y el moho del limo, indican todas un ancestro común. Pero la vida es también inconcebible - para nuestra frágil conciencia -, multiforme en una profusión que se ha elevado durante más de 3.500 millones de años a través de incesantes interacciones entre las criaturas vivas y con su entorno no vivo. Se sigue que todos los ecosistemas que contienen seres vivos también se relacionan con el resto de la naturaleza, sea éste otras criaturas, el entorno inmediato del ambiente macrofísico de la tierra - es decir, el «medio ambiente» - o los reinos moleculares, atómicos o subatómicos, o la extensión de la naturaleza en el cosmos. Sin duda, una conexión ligera, filamentosa, atraviesa las grandes extensiones de la naturaleza. Y siempre es escasamente probable estar plenamente convencido de nuestra ciencia, pero existe en la medida en que tomamos las relaciones de los elementos en la naturaleza con plena seriedad. Desde este punto de vista, pensamos en la naturaleza como una integralidad de todos los ecosistemas, extendida en toda dirección y más allá de los límites del planeta. Hablar de integralidades, significa hablar en términos de organismos y de la totalidad - en otras palabras, la introducción sistemática de una visión ecológica nos compromete a situarnos frente a la realidad como a una red interconectada. cuyos numerosos nodos están integrados en seres holísticos de una foliatura siempre maravillosa... o debió ser así, hasta que el capital consiguió atraparlos.

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

### *¿Qué es la vida?*

La frontera entre lo viviente y lo no viviente no está definida, lo cual es de esperar si la vida es una forma potencial del ser incubada por la naturaleza. La naturaleza es *formatim*, esto es, tiene el potencial dinámico de generar nodos particulares de existencia; y la vida representa una estación de paso de sus formatividades. Como perteneciente al momento del «Bíg-Bang», la naturaleza fue un continuo difuso con ninguna diferenciación entre sus parámetros. Y retornará a serlo en el extenso momento de su «calor mortal». Entonces, allí no habría nada - ni un agregado particularizado, ni un lugar en el tiempo y en el espacio - de polvo, diferenciales de energía, galaxias, estrellas, planetas alrededor de las estrellas, mares y tierra en el planeta, rocas sobre la tierra, estanques de agua, concatenaciones de elementos químicos en el aire y en las aguas, ciclos de temperatura y luz. En resumen, nada de las diferenciaciones que son parte del cosmos en los eones entre los puntos alfa y omega. Así, la categoría de existencia está ocupada por «algunas cosas» que existen. Estas comprenden a los *seres* en cuanto internalizan su existencia, esto es, hacen de su «ser en sí» parte de ellos mismos. De este modo, todas las cosas tienen ser en cuanto a que no son otras cosas. Este «ser de seres» se relaciona con un grado de incorporaciones de otras cosas, haciéndolas internas a sí mismo aunque ellas se vuelvan objetos. Los seres son temporales: evolucionan en tanto entran y salen de la existencia, y con su evolución alcanzan una más plena internalización. En otras palabras, un movimiento de interiorización hacia la subjetividad acompaña a la existencia objetiva más altamente diferenciada. En una línea de desarrollo, esto resulta eventualmente en la emergencia de la conciencia y el pensamiento. Lo que llamamos «desarrollo» tiene lugar en un terreno del ser y a través de una mayor diferenciación sujeto-objeto (expresado en los términos de la maduración de un niño o como la evolución de la vida).

La vida manifiesta una clase de ser que se autosustenta y replica, que propaga su propia forma por medio de la presencia de individuos definidos, junto con la capacidad de dichos individuos para reproducirse. Pero la naturaleza no es sólo formativa: es también disipadora de la forma. Ciertamente, si no fuera así, la forma misma no existiría. Así es que, para nuestro universo, hay una trayectoria entre los puntos alfa y omega, entre un momento indiferenciado de origen y un fin - inimaginablemente distante<sup>5</sup> - en el cual todos los seres cesarán de existir, puesto que la misma diferenciación ha terminado. El pasaje de este gran bucle está registrado en las famosas leyes de la termodinámica, aunque no se dé cuenta del mismo en ellas. La Primera Ley expresa la penetración de los antiguos filósofos naturalistas, como la de la doctrina epicúrea, que descubrieron que «nada viene de la nada». Sostiene que la materia y la energía se conservan en los sistemas físicos. La Segunda Ley la sobrepasa mediante la introducción del con-

cepto de forma y el de disipación de la forma. Si la «entropía» es una medida logarítmica del desorden probabilístico de un sistema físico dado, la Segunda Ley establece que, por eso, un sistema (sea el del aire en una habitación, un cuerpo vivo o la tierra como un todo) en el que ninguna energía ni materia se agregue a dicho sistema - esto es, en la medida en que se trata de un sistema «cerrado» -, entonces su entropía se elevará con el tiempo. Un incremento en el carácter azaroso de sus elementos o, de otro modo, una pérdida de forma, hará emerger, por consiguiente, la ausencia de consumo de energía. Más aún, la dirección de este cambio define la «flecha del tiempo». De este modo, un cubo de hielo se disuelve, «con el tiempo», en un espejo de agua, reemplazando un estado relativamente improbable por uno más probable (esto es, uno que corresponde al mayor número de posibilidades del sistema que los físicos llaman espacio-fase).<sup>6</sup> De manera semejante, cuando morimos, la exquisita combinación de moléculas que ha existido en esta forma viviente regresa al gran flujo del universo. Es esta forma viviente la que mantiene esa exquisitez - a la cual nosotros, como criaturas vivientes introspectivas, respondemos estéticamente.

Hay aquí una cantidad de temas que necesitan un poco de desarrollo. Primero, comprendemos la vida como situada en un grado de tensión con el universo que otorga la existencia. El universo, o la naturaleza, ha dado en sí mismo nacimiento a la vida, como una potencia «natural» del cosmos. Pero al mismo tiempo, y a través de los trabajos de la misma naturaleza en esta Segunda Ley, la vida se sitúa contra ciertas leyes del universo. La vida puede ser... y la vida no puede permanecer. Situada entre esos polos, la vida continuamente debe *luchar* por su existencia; si no lo hace, pasa a ser muerte.

En la ortodoxia corriente, el término «lucha» se dota de significados hobbesianos y social-darwinistas: la lucha es la guerra de todos contra todos, y la supervivencia del más apto, en un régimen de continua agresión mutua. Este concepto no es de Darwin, y no sólo es ideológicamente distorsionado, sino realmente erróneo. Pues ningún medio hace que todas las criaturas se conduzcan de este modo. De hecho, ninguna criatura, ni siquiera el «rey de la selva», perdura completamente por medio de la depredación. Mientras que para las criaturas más simples, los seres celulares microscópicos que yacen por toda la biosfera, el concepto social-darwinista no tiene significado. Como puntualizó el paleontólogo británico Richard Fortey, los primeros sistemas «sustentables», las criaturas *mat*, o «estromatolitos», cuyo linaje se remonta a 3.500 millones de años atrás, hasta el Precámbrico (groseramente, 2.400 millones de años antes de la emergencia de los organismos multicelulares más complejos), y que aún perduran en ciertos lugares protegidos, están compuestos de capas de bacterias procarióticas, la más elevada «delgada como una hoja de papel», que hace fotosíntesis, y las capas más bajas que descomponen los desechos producidos por la fermentación de la superior, una estructu-

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

ra entera dada y nutrida por los granos de minerales atrapados.

Era un sistema sustentable, un ecosistema en miniatura. Si esto reflejaba verdaderamente el estado del mundo biológico naciente, es claro que la cooperación y la coexistencia eran una parte de la vida atada a su origen. La base de la existencia puede pensarse como recíproca más que competitiva... Estas estructuras humildes son el nacimiento de la ecología.<sup>7</sup>

Dado que, durante la considerablemente mayor parte del tiempo en que ha existido vida sobre la tierra lo ha sido como mats estáticos, microorganismos que producen intercambios bioquímicos con el resto de la naturaleza, el significado de «lucha» incluye formas de cooperación tanto como de competencia y depredación. Ciertamente, la primera podría ser más fundamental que la última. Los estromatolitos no tienen órganos, no están concentrados, no han cazado ni sido cazados y han existido por un período más largo que la así llamada «vida superior». Aún viven y tienen «ecologías». Por consiguiente, para los estromatolitos -y, en el fondo, para nosotros mismos- luchar significa comprometerse en la transferencia de la materia y la energía que se requieren para sostener cierta organización formal en relación con la Segunda Ley. En la muerte, los numerosos átomos de nuestra sustancia son esencialmente no intercambiados. Sin embargo, su posicionamiento mutuo (incluyendo el posicionamiento en las moléculas más complejas), se recompone drásticamente. La ausencia de vida indica una reorganización en la dirección del azar y la desorganización, principalmente transportada en esta época por medio de la agencia de otros seres vivientes, quienes reconstruyen su sustancia desde los elementos de lo viejo.

La vida, entonces, es lo que sostiene la organización -para ser exactos, la organización como baja entropía. El conjunto de procesos enérgicos y formales requeridos para esto, constituye la actividad vital específica de una criatura dada, o especie. La caza, la reunión y todo lo demás de los organismos «superiores», es un modo más elaborado de proceder en ese camino, acrecentado en las necesidades de una estructura formal más elaborada. Cada criatura debe extraer energía para presentar lucha, así como para mantener sus formas, que es como decir, perdurar. Y esto significa que cada criatura es insuficiente en sí misma, pues en lo que respecta a sus individuos, está también separada. Y dado que lo que está separado está, por consiguiente, relacionado entre sí, está conectado, aunque de modo diferente. Los que no conforman un conjunto de este tipo son los no-existentes.

Todos los seres vivos tienen relaciones internas y externas, de las partes con el todo. Esta cualidad (que la vida debe existir en relación con otras vidas y con la naturaleza como un todo), si está de acuerdo con la Segunda Ley, define el concepto de ecosistema

y en un nivel más profundo de que eso se considere una simple colección de cuerpos. Los ecosistemas constituyen lugares donde «colocarse juntos». Son los sitios donde las criaturas interactúan en las formas potenciales conductivas, a su emergencia y sustentación. Los ecosistemas son los lugares de la formatividad de la naturaleza, conjuntos activos donde los seres vienen a la existencia. En el sentido más amplio, la ecología es el discurso de tales conjuntos y se construye en la fábrica de la vida terrestre, desde los microorganismos infinitesimales hasta los ecosistemas actualmente desestabilizados."

La vida emerge en este planeta (podemos dejar de lado la cuestión de la vida en otros planetas) apropiándose de una serie fortuita de circunstancias, en la gama de la posibilidad cósmica. Aquí la naturaleza origina la vida, la que entonces, por medio de la lucha y en sus asentamientos ecosistémicos, procede a evolucionar. Pero la evolución está condicionada a cada paso por el flujo de los ecosistemas. La propia actividad vital que se desarrolla en los ecosistemas (junto con otras influencias naturales, como los meteoritos o las explosiones solares) es la que impulsa a los seres a **convivir**, cambiando los términos de la lucha por la existencia y dirigiendo el desarrollo evolutivo. Por consiguiente, la ecología está íntegramente sujeta a la evolución (podría decirse que cualquier ecosistema dado es una tajada sincrónica que atraviesa el tiempo evolutivo). La vida se define antientrópicamente, en cuanto a que sus principales rasgos son el sustento y la creación de formas. Los sistemas vivientes despliegan grados de un orden incomprensible al entendimiento vulgar. Si observamos las proporciones obvias y simétricas de los organismos o, de manera más profunda, la delicada estructura molecular respecto a la cual cada átomo parece posicionarse como en un taller, podría parecer que la vida no sólo desobedece sino que burla la Segunda Ley. Esto es lo que la lucha por la existencia es exactamente. En la muerte, el cuerpo de una criatura antes viva cae muy veloz y disciplinadamente en el principio de la entropía creciente. El trabajo de la vida y la intrincada danza de energía y forma que lleva en sí, son empresas esencialmente retardantes y opuestas a la Segunda Ley. Entonces, lejos de refutar la Segunda Ley, la vida afirma su poder luchando contra ella.<sup>9</sup>

La lucha de la vida contra la entropía no produce la abolición de la Segunda Ley, pues las criaturas vivientes son algo así como sistemas cerrados. Si convierten la luz solar ambiente, en una forma utilizable a través de la fotosíntesis, en la planta del reino, o comen los productos de esta actividad incorporados en la sustancia de animales, la vida incorpora constantemente energía de baja entropía para sostener sus formas. Un grado considerable de actividad bioquímica evolucionada consiste en la capacidad de los seres vivientes para capturar pequeños paquetes de energía, principalmente cadenas fosfatadas de alta energía, de modo que puedan actuar en el taller de la delicada estructura de la vida. Aquí, en las asombrosas nanofactorías de la célula, el principio que permite la emergencia de la vida al primer plano se institucionaliza: los reactivos se

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

mantienen unidos, la energía se transforma en cantidades pequeñas y utilizables, y la pequeñísima arquitectura se repite billones de veces más, y así es como la vida se construye y propaga a sí misma.

Por medio de todo esto, el modelo entrópico neto permanece muy disciplinado con la Segunda Ley: en la medida en que la vida puede situarse en la posición de un sistema (relativamente) cenado, ello incrementará la entropía de la totalidad, comprendida la propia y la de su entorno. Eso no es tan claro para la tierra como un todo. Es muy probablemente el caso en que la capacidad de la vida para bajar la energía del sol (y en menor medida, de las fuentes más inmediatamente gravitacionales como las olas y los puntos de calor geotérmico) haya anulado tanto las restricciones del sistema cerrado, que ha producido (por lo menos hasta muy recientemente, cuando la crisis ecológica ha revertido el modelo) un actual decrecimiento de la entropía sobre el planeta. Por lo menos, esa es la forma en que podría mirar el principio «Gea», de acuerdo con el cual la tierra misma es un superorganismo, con capacidad de autorregulación e incluso de exhibir signos de una clase de conciencia.<sup>10</sup>

Podría parecer el caso que cualquiera de las tendencias «geanas» evidenciadas por el ecosistema global sean manifestaciones de los efectos acumulativos de la evolución sobre el planeta, hechas posible por el genio de la vida, para sujetar el globo a sus efectos ordenadores. En este esquema, el sistema «cerrado» es la tierra + el espacio, con respecto al cual el conjunto que crece en entropía se considera como una re-radiación inocua de energía solar degradada en el último. Mientras tanto, la evolución orgánica alcanzada por la tierra como un todo hace, asimismo, el proceso vital para los seres individuales. Un incremento en el orden y la forma dinámica.

Si la ecología es la lectura externa de la organización formal de la vida en cualquier punto del tiempo, entonces la evolución es su movimiento temporal hacia adelante. Por consiguiente, la situación ecológica de las cosas en cualquier momento es como una instantánea acerca de lo que acontece en la evolución. Sin embargo, no debería interpretarse esto como un proceso ordenado teleológicamente, impulsado por Dios desde el más allá (o, en el sentido más ideológicamente sobreentendido, de que la evolución aguarda su realización en un equilibrio, bajo la guía de la actual clase dominante o el amo racial. El concepto de formatividad en la naturaleza requiere, más bien, una lectura más dinámica. Pues si la ecología estuviera siempre en estado estable, entonces no existiría ninguna presión hacia la evolución, y tampoco existiría la belleza e intrincación de la forma viviente. Ella es carencia y conflicto y la incesante interacción entre los seres vivos y sus entornos, que condicionan la evolución de la vida. El equilibrio como tal no es una propiedad de la vida, mientras que, hablando en general, las funciones en las cuales se obtiene una especie de balance son mejor pensadas como un equilibrio metastable: la «posesión conjunta» de los elementos en formación creativa. Heráclito

aferró la raíz de las cosas cuando planteó un movimiento incesante, con su ausencia y su presencia, como el modo del universo."

Por consiguiente, cuando hablamos de la «estabilidad» de los ecosistemas, no aludimos a una condición estática, o incluso una de simple equilibrio. Más bien queremos indicar un estado del ser con una indeterminación irreductible, en el cual se puede decir, «la vida va hacia adelante»: nuevas (aunque no «superiores») especies evolucionan y se introducen las estructuras formales y los procesos dinámicos en la esfera que comprende su trabajo en la tierra. Dado que el movimiento y la evolución están en la naturaleza de los ecosistemas, hacemos mejor en evocar su *integridad* que su estabilidad. El concepto de integralidad incluye la estabilidad como tasa de cambio y emergencia, compatible con la tarea de cualquier ecosistema. Aun en su «climax», el bosque continúa en evolución. En el nivel fisiológico, el sistema inmune es estable si es capaz de cambiar mediante la introducción de nuevos anticuerpos reunidos a nuevas contingencias. Lo mismo para el sistema circulatorio, que tiene que preservarse manteniendo la existencia de sus vasos, y extendiendo otros nuevos en las áreas traumatizadas.

Hablar de la integralidad de algo, significa reconocer que este algo existe como la integridad de sus partes. En una palabra, es un Todo. Por consiguiente, preservar la integralidad ecológica es cuestión de preservar los Todos y de fomentar su emergencia y desarrollo. Al decir «fomentar» quiero decir que tenemos una elección entre hacer esto o no hacerlo (una elección que depende, en parte, de nuestra valoración de la integralidad de los ecosistemas). Para responder por qué deberíamos tenerla, se podría decir que nuestra propia supervivencia depende de ello, pero también y necesariamente porque una valoración de este tipo significa completar nuestra propia naturaleza y también encontrar su integridad. Los efectos ordenados de la vida en la tierra no son simplemente un asunto de superar la entropía. Ellos resultan también en kits entidades y modelos que encontramos bellos (y este sentido de belleza no es indulgencia, sino la participación en la naturaleza de la cual emergen los seres. Entonces, si nos maravillamos de la belleza y la elegancia de la naturaleza, estamos apreciando a la propia naturaleza y nuestra admiración es parte de la forma de la naturaleza misma. Tenemos la elección de tratar de fomentar la continuación de la vida. Al elegir que «no», es decir, elegir la continuación del modo de vida que conduce a la desintegración ecológica, estamos también eligiendo contra nosotros mismos. Y esto nos conduce a preguntarnos quiénes somos.

### Acerca de los seres humanos

Sin duda alguna una criatura natural, ¡a misma serie básica de moléculas, incluye el ADN, la misma sumisión al principio de entropía, el mismo plan fundamental de crecimiento, adquirido en el tiempo evolutivo y dependiente del ecosistema. Como todas las

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

criaturas naturales, la humana tiene una impronta. El murciélago tiene sonar, las capacidades especiales completas para orientarse (y su propia clase de sonar); la abeja su cantidad de vuelo; la venus atrapamosca su forma de afirmar su carácter de insectívoro. Cada criatura en la naturaleza tiene su «naturaleza», su modo de ser, sus puntos de inserción en la multiplicidad ecosistémica, sus peculiares modos de luchar. Observamos la «naturaleza humana», o la «naturaleza del colibrí», o la «naturaleza de la abeja», o la «naturaleza del arce» en esta perspectiva (holísticamente, como los específicos modos de lucha de las especies en un mundo condicionado por el principio de entropía y también, en un nivel más concreto, como el conjunto de poderes, potenciales y capacidades que permiten esta forma de expresión. No hay nada místico acerca del hecho de la particular naturaleza de las especies; es simple lógica. Existir es luchar, y cada punto de diferencia en el ser es un modo diferente de luchar. De este modo, surgen las formas vivientes y toman su lugar en las multiplicidades ecosistémicas; cada una a su modo, o mejor, cada una *como* su modo.

El concepto de naturaleza humana es a menudo impopular entre las personas de convicción progresista, que ven en él un sistema de cadenas esencialistas; los hombres *son* esencialmente como éste (Marte); las mujeres *son* como ésta (Venus); los negros son de este modo; los chicanos de ese otro, y así por el estilo. Siempre de una condición más o menos degradada que, en un orden social estable, conservarán esta forma, generalmente de un rango subalterno. Desde ese punto de vista, la naturaleza, y la naturaleza humana, son esencias, reducciones falsas de lo que la humanidad es y, por consiguiente, un impedimento a lo que ella puede ser. Pero este punto de vista, aunque bienintencionado, es erróneo. El esencialismo está indudablemente equivocado, tanto moral como filosóficamente, porque imputa al objeto una cosa inercial, que viola su gama de ser potencial. Él es, podríamos decir, una forma de reificación. Pero no hay una razón *a priori* para asignar la culpa del esencialismo a la idea de la naturaleza. A las categorías de la naturaleza no les son inherentes la necesidad de limitar la libertad y el potencial humanos, aunque pueden ser usadas de este modo (y siempre serán usadas como tales por los ideólogos del autoritarismo y la represión). En otras palabras, no necesitan combinar a los humanos con otras criaturas, como no se pueden reducir los elefantes a colibríes.

La idea de determinación social o cultural se opone con frecuencia a la de determinación por la naturaleza, aunque la primera tiene un inherente reaseguro de libertad. Pero no hay razón para que esto necesite ser así. Las visiones esencialistas, digamos de los negros y latinos, pueden expresarse también en términos culturalistas y/o racistas. Clásicamente, el racismo es un esencialismo biológico, que considera a su objeto como una subespecie (inferior) del tipo humano. Pero esta esencia puede transferirse también a las etnicidades u otras estructuras culturales, donde se vuelve la «cultura de la pobre-

za», o la «familia negra» o, como un último truco, la cultura de creer que un grupo está oprimido racialmente, todo lo cual pretendidamente atrapa a los grupos en cuestión en un universo de supuestos de autoderrota social.<sup>12</sup>

En cualquier caso, el concepto de naturaleza humana es necesario para cualquier apreciación a fondo de la crisis ecológica, y su carencia es un signo de la crisis misma. Sin esa visión, la humanidad está separada de los remanentes de la naturaleza, y una visión auténticamente ecológica es reemplazada por el mero ambientalismo. Si no tenemos naturaleza, entonces la naturaleza está siempre fuera de nosotros, es un mero paquete sorpresa de recursos y posibilidades instrumentales. Los lazos que vinculan la humanidad y la naturaleza no pueden ser dados como una serie de transferencias físicas entre las personas y su «ambiente». Las criaturas luchan como totalidades orgánicas, esto es, seres plenos que actúan en el mundo ecosistémico y están actuadas por el mundo, no como bolsas agrietadas de materia muerta.

Todas las criaturas coevolucionan con su ambiente y en el curso de dicha evolución transforman su ambiente activamente. La naturaleza da origen a la forma y las criaturas vivientes son formas transformadas. Esa es la razón por la cual hablar de ambiente en lugar de ecologías viola la naturaleza de las cosas. La vida cambia activamente el mundo, desde otras criaturas a la verdadera configuración de las rocas y la composición del aire. La atmósfera que aspirarnos fue hecha por criaturas vivientes, como lo fue el suelo. La forma de cada criatura está determinada por otras criaturas.

Los humanos también son transformados, pero con una diferencia central que define la naturaleza humana: tenemos comprometida la interioridad, potencialmente inherente a todos los seres, en una subjetividad, o Yo, que tiene la capacidad para una *imaginación* -un mundo representado internamente- y actuamos sobre la realidad y la transformamos a través de la imaginación. No quiero decir que vivimos sólo en la imaginación (lo que equivaldría a decir que no vivimos del todo), ni significar que el mundo imaginario es más importante que el mundo que representa la imaginación. Sólo declaro que la capacidad para representar el mundo internamente, trabajarlo en el pensamiento y recordarlo y anticiparlo, tanto como habitarlo realmente, es lo que nos hace humanos. Lo específicamente humano es un movimiento total que abarca los mundos interno y externo y transforma a ambos mutuamente. La rúbrica de la naturaleza humana se encuentra en este movimiento como *un* todo, mientras que *los* poderes varios que componen nuestra naturaleza son los componentes necesarios para que este movimiento ocurra. Estos poderes y sus varios sustratos se desarrollan todos ecosistémicamente, como el resto de la naturaleza, con la diferencia muy importante de que una coevolución de la esfera humana, mediada por el mundo imaginario, surge a lo largo de la esfera de la existencia no humana. (A lo largo, y entonces interpenetrada con, colonizada y -en el tiempo de la crisis ecológica- destructiva del orden no huma-

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

no.) Esto no significa que vamos contra la naturaleza y que hagamos o no hagamos con ella lo que nos plazca -una ilusión que expresa una imaginación patológica. Nuestras vidas siguen estando condicionadas por la naturaleza, desde la cantidad de flujos a la burda mecánica newtoniana, hasta la hegemonía del principio de entropía. No importa cuan ingeniosamente podamos mudar de naturaleza -incluida la manipulación del genoma y la creación de nuevas clases de vida-, no estamos haciendo todavía más que aprender sus leyes, de modo que podamos usarlas para propósitos humanos. Debe enfatizarse que esta notable capacidad no nos ha hecho el punto superior o el punto final de la evolución, pues cada criatura situada al final de su línea evolutiva es, con respecto a la genealogía de la naturaleza, tan elevada como cualquier otra. Sin embargo, ella nos otorga una clase de poder tal como jamás otra criatura ha poseído remotamente. Y, con este poder, varias ilusiones y oportunidades.

Al examinar algunos de los rasgos de la naturaleza humana, encontramos los siguientes:

- Un conjunto de elementos somáticos rápidamente desarrollados, debido a la señalada ventaja selectiva conferida por la naturaleza humana: un cerebro relativamente muy grande, caja de voz elaborada, pulgar oponible a los restantes dedos, postura erecta y así por el estilo, que proveen el sustrato material de los modos de ser específicamente humanos.
- La emergencia del lenguaje, como el modo específicamente humano de comunicación y representación del mundo, fue de especial importancia. Esto involucra el «alambrado duro» del cerebro desarrollado, la coordinación con el desarrollado aparato del habla y, decisivamente, la integración con las formas desarrolladas de sociabilidad. El resultado es que las potencias de los individuos pueden ser combinadas.
- La sociabilidad humana implica la *sociedad*, como una clase de supercuerpo, con una *cultura*, transmisible a través de las generaciones como un sistema conformado de significados. La sociedad y su cultura se vuelven el lugar de ese universo paralelo, imaginado, que comprende al orden humano en sus variadas relaciones con la naturaleza.
- La frontera del supercuerpo con la naturaleza preexistente es hecha por medio de la *tecnología*. Las herramientas son extensiones del cuerpo, tanto como puntos de transferencia del cuerpo en la naturaleza material, y de la naturaleza en el cuerpo. La tecnología está siempre socialmente determinada y es portadora de significados construidos por medio del lenguaje. No es una colección de herramientas, sino una fábrica de relaciones sociales, ciertos rasgos de los cuales son naturaleza transformada en herramientas.

- Los seres humanos entrañan un nuevo orden de subjetividad. Hemos observado que todos los seres poseen una interioridad potencial implícita por sus diferencias de otros seres -el hecho que son alguna-cosa y no otras. La naturaleza humana aparece como ese desarrollo en que esta interioridad adquiere estructura interna, por medio de las formas particulares que toma por nuestra conciencia, bajo la influencia del lenguaje. Todas las criaturas están presentes en cada otra. El lenguaje comprende la *re-presentación*: una esfera de interioridad, que surge donde lo que se presenta, se presenta de nuevo -se re-presenta- debido a sus significaciones con el lenguaje. De ahí que la realidad sea, por así decirlo, duplicada. Esta re-presentación es formativa del espacio imaginativo de la subjetividad. El mundo imaginado es tan gran parte de la ecología humana, como lo son los mensajeros químicos en la ecología del perro o la de la polilla.
- En este espacio de representación interior alcanza identidad; se convierte en un *Yo*. Su forma está dada por un grado de conciencia de sí mismo, revestida por el lenguaje con las palabras «yo» (como la fase sujeto) y «mi» (como la fase objeto). El poder radicalmente aumentado de la especie humana está generado aquí, en el espacio donde se crea la palabra en el *Yo*, el cual define entonces una colectividad social que actúa sobre el mundo.
- Aquí se implica una serie de relaciones -no sólo la inteligencia y las habilidades prácticas, sino también el deseo, el cual condiciona y conduce la inteligencia práctica. Este emerge de la radical falta de forma de las estructuras instintivas humanas, que son reformadas de acuerdo con la cultura. Correlacionados con estos están los procesos de separación e individuación, que ocurren desde la matriz de la infancia. La cultura implica la transmisión intergeneracional, la cual reposa en los hechos de la niñez; algo que ninguna otra especie ha experimentado.<sup>13</sup>
- La sociabilidad de los seres humanos es única -aunque también la tengan nada más ni nada menos que las abejas, los coyotes, los babuinos, los delfines y así por el estilo. No puede reducirse a la de cualquier otro animal social, no importa cuántos graciosos paralelos puedan encontrarse. Esto es por la centralidad del *Yo* en la existencia humana, y también porque este *Yo* es siempre y necesariamente un producto social, formado por medio del lenguaje y el *reconocimiento* mutuo entre la persona desarrollada y las otras. Este fundamento otorga al *Yo* humano una cualidad permanentemente dialéctica (esto es, está formado en -y vive a través de- una serie de contradicciones que surgen), dado que el *Yo* se forma en el mutuo reconocimiento de los otros y, más tarde, en contradicción entre el interés individual y los lazos sociales. La marca del otro está siempre sobre el *Yo*, y así su vulnerabilidad a la pérdida y el temor a la soledad son

hechos que cobran mucha importancia en nuestra relación con la naturaleza.<sup>14</sup>

- La unicidad del ser humano y su relación con el deseo, y la dialéctica del Yo y el reconocimiento, significan también que la sexualidad y el género juegan un papel singularmente poderoso en la existencia humana, comparada con todas las otras criaturas. El significado de esto para la crisis ecológica se examinará en el capítulo siguiente.

Un rasgo común de este conjunto es una tensión única desarrollada entre la humanidad y la naturaleza. Por un lado, una criatura plenamente corporizada; por el otro, una criatura obstinada, orgullosa y voluntariosa que distingue el *yo* de la naturaleza e incluso elige protestar contra lo natural. Entonces, podemos decir que es un potencial de naturaleza humana que *disputa con tu naturaleza e incluso rechaza lo dado puramente natural*. Este concepto, centralmente dialéctico, puede servir para encapsular y dar significado a la naturaleza humana como un todo. Aparece como un fenómeno tan ubicuo como la necesidad de cocinar los alimentos y adornar el cuerpo y, lo que es fundamental, como tecnología -pues cada herramienta, como extensión del cuerpo, es también una clase de protesta contra los límites del cuerpo natural. Y ella marca los estratos más profundos de nuestra psiquis en cuanto la relacionamos con los fines de la vida. Cada criatura pelea por la vida, pero sólo una criatura definida por su individualidad ponderrá la muerte, temerá a la muerte, negará la muerte o desarrollará religiones como una reacción frente a la percepción de los límites de la existencia. Este es uno de los rasgos más distintivos de la humanidad en el registro arqueológico de pruebas funerarias. Incluso el más simple trazo de un buril condensa todo lo que es específicamente humano: una conciencia de la muerte, esto es, de la finitud de nuestro yo; una protesta contra la muerte; el cuidado de la persona que murió, junto con la aflicción presunta y el sentido de la pérdida. Significación, o representación, junto con tecnología. Y, como una condición para el conjunto completo, sociedad y cultura. Nada de este tipo se obtiene de otras criaturas."

Definir la naturaleza humana como una tensión con la naturaleza nos capacita para evitar las posiciones esencialistas, o que confinan a los seres humanos en algún tipo de camisa de fuerza prescriptiva. Considera la peculiaridad de los seres humanos y nuestro costado juguetón y estético. También dice algo acerca de la creatividad humana, como la necesidad inquieta de rehacer el mundo y hacer otros mundos, y acerca del sentido de la belleza que subraya la singularidad de la especie. Y hace esto mientras nos radica todavía en la naturaleza y permite la inmensa gama de modos ecológicos de ser que nos caracteriza, incluyendo los que conducen, real o potencialmente, a la crisis ecológica.

La función general que hemos descrito puede identificarse como *producción*, que es el término que se usan los seres humanos, como parte de la naturaleza, para expresar

la formad vidad de la naturaleza por la mediatización a través del mundo humano. Cuando producimos, *trans-formamos* la naturaleza. Usamos el término «trabajo» para expresar de una manera general la propensión humana a producir, siendo cuidadosos eii distinguir este significado del sentido degradado (o «alienado») de la faena que caracteriza a los productos de la dominación, como analizamos más adelante. De manera semejante, ingresa una economía en el cuadro cuando la producción está organizada socialmente y hay una división del trabajo, de modo que ios poderes humanos se expresen en forma más elaborada.

Tanto la producción social como el consumo son extensiones directas de la naturaleza humana, en la que cada uno transforma la naturaleza a través de un compromiso con la imaginación y el conjunto de poderes humanos. La producción -y la capacidad humana de trabajo- son, como insistió Marx, un asunto de observación adelantada: cada objeto logra existir en la imaginación antes de hacerse realidad. Así sucede para cada mercancía definida, como lo hemos observado, por su valor de uso, y también esto *es* necesariamente una función de la necesidad, la cual a su vez es una función del deseo, el cual a su vez puede ser una i unción de la capacidad de desear. Ninguna descripción mecánica o utilitaria puede dar un sentido de los valores de uso de las mercancías y, por consiguiente, de la propia economía: se necesita invocar a la imaginación,"

Pero no hemos terminado con la naturaleza humana. Hay todavía otras cualidades más complejas que deben señalarse:

- El vacío, que siempre ensombrece al Yo, y la serie peculiar de poderes conferidos por la naturaleza humana, crean para la humanidad una capacidad no vista en otra parte de la naturaleza, o sea, una búsqueda más allá de sí mismo, junto con el potencial -que de ningún modo se expresa en todas las instancias- de alcanzar una perspectiva universal, y de búsqueda hacia el Todo. En términos amplios, esto se refiere a *nuestra* vida espiritual, cuyas formas adoptadas, o la carencia de éstas, constituyen gran parte de la crisis ecológica.<sup>17</sup>
- Asimismo, reconocemos que la posición particular del Yo, situado como está entre el principio de entropía y la previsión de la producción, con el deseo por los objetos perdidos, la proyección hacia el futuro y la ambición de universalidad, lodo esto conduce a una temporalidad específica, socialmente condicionada para cada sociedad y producida en sus mitos y narraciones. La humanidad, mediante el rechazo de lo dado y la producción de su mundo, configura un relato de sí misma de acuerdo al tiempo: produce la *historia*,<sup>TM</sup> Ya hemos dicho algo acerca de las especiales condiciones temporales del capitalismo, con su aceleración y estrechamiento del tiempo. Sin embargo, cada sociedad tiene una temporalidad especial, forjada de la flecha que le confiere el principio de entropía

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

y que manifiesta la tensión con la naturaleza, que será siempre un aspecto del ser humano.

- Todos los poderes de la humanidad, espirituales y prácticos, están dispuestos para dirigirse al orden social y tienen el potencial para transformarlo, por medio de una revolución si es necesario. Si nada está quieto en la naturaleza, ¡cuánto más podría estarlo en el caso de los seres humanos y la sociedad! Todas las cosas pasan y, para nosotros, la cuestión relevante es si el orden capitalista llegará a su fin antes de que provoque que la humanidad llegue a su fin. Pero el capital no puede llegar a su fin por sí solo. Debe ser expulsado, por medio de la transformación en una sociedad ecológicamente sana.

### La integridad y la desintegración ecosistémicas

Las fronteras ecosistémicas suministran un andamiaje estructural para lo que está dentro de un organismo (los «órganos» y otros ecosistemas internos: nervioso, endocrino, inmune y demás), así como el punto de diferenciación entre los ecosistemas. La naturaleza de los lazos entre los organismos en un ecosistema particular, está dada por la actividad específica de cada ser y jamás es singular. Los árboles de un bosque están conectados por medio de una miríada de criaturas que se relacionan con ellos como alimento, refugio o lugar de nidada, así como mediante su acceso al agua, el aire y la luz del sol. Y también directamente entre unos y otros, a través de redes subterráneas de hongos, pelos radicales y similares que conectan efectivamente a todos los árboles en un superorganismo.

Las teorías acerca de los sistemas existentes, incluso las teorías informacionales, tienden a afirmar una serie de relaciones mecánicas y crudamente jerárquicas entre los elementos ecosistémicos. Esto conduce a contradicciones desesperanzadoras en las relaciones entre la humanidad y la naturaleza, que han impedido la emergencia de una visión integral y dividen a los que separan la humanidad de la naturaleza de los que la sumergirían en la naturaleza. Según el sesgo sostenido por la reducción mecanicista, la serie de ecosistemas se plantearán en conjunto, de manera esencial, como un automóvil, del cual cada sistema es una parte, como el arranque o las cubiertas. Es necesario reconocer el hecho de que la formatividad de la vida introduce un elemento radicalmente diferente, que aquí sencillamente llamamos el Todo y que se manifiesta en la fluidez dinámica obtenida en y entre los ecosistemas. Los elementos de los ecosistemas vivientes no existen como partes separadas; también existen en relación con el Todo, que es irreducible a cualquiera de sus partes, el cual juega un rol en la determinación de éstas y no puede existir sin ellas. Nuestro verdadero ser está dado de este modo y, para

los humanos, dotados como estamos de una interioridad intensa, él aparece como espíritu. El Todo es el concepto formativo del ecosistema: es una clase de *logos* que constituye la inteligencia del ecosistema, cuya inteligencia está sobredeterminada por los seres individuales en el ecosistema y, en nuestro caso, por la eventual conciencia. Cuando nosotros, o cualquier otra criatura, realmente pensamos, lo hacemos con respecto al Todo. En cierto sentido, podemos también decir que el Todo piensa a través nuestro.

Los procesos fronterizos entre los elementos de un ecosistema determinan su integralidad. Estos procesos son ellos mismos una variedad de formas de vida y no pueden reducirse a cualquier propiedad común más allá del interjuego entre la formatividad y las restricciones de la entropía y otras leyes físicas fundamentales. No obstante, podemos decir que la integralidad o «salud» de un ecosistema es una función del modo en que estos procesos fronterizos, o cualquier clase de cosas, relacionan internamente a un organismo con otro, o externamente a otros ecosistemas y con el Todo. La integralidad de un ecosistema puede expresarse en términos relacionales. Podríamos decir que ello depende sobre todo del grado de *diferenciación* entre sus elementos, donde este término describe un *estado del ser que preserva tanto la individualidad como la conexidad*. Desde otro ángulo, en la medida en que los seres orgánicos *se reconocen* uno con otro, ambos son distintos y conectados: son ellos mismos por medio de su relación activa con el otro. En este empleo del término, el reconocimiento no necesita implicarse ni definirse como elemento subjetivo. Es más bien una señal mutua que preserva tanto la conexión como la individualidad. Ninguna diferenciación implica siempre armonía o equilibrio. Por las interacciones entre los organismos, puede permitir que resulte en la muerte de uno o más de ellos. Pero una muerte, no obstante, que provee a la preservación del Todo.<sup>11</sup> El ecosistema consiste en el llegar e irse de todos sus constituyentes. Este movimiento incesante construye el Todo, en el cual, por consiguiente, la muerte de los individuos es tan importante como sus vidas particulares.

Si la diferenciación es la clave para comprender la integridad ecosistémica, ¿cuál es la clave para la desintegración? Aquí introducimos un proceso formal que interrumpe la dialéctica de la individualidad y la conectividad y conduce a la *separación* de los elementos o, desde otro ángulo, a su *fragmentación*. Lo que fragmente los elementos de un ecosistema, apartando uno de otro, o lo haga con cantidades de la misma cosa respecto del Todo, impedirá el desarrollo de ese Todo, bloqueará la evolución de nuevas formas y eventualmente destruirá las individualidades dentro de él. La fragmentación entraña una ruptura del reconocimiento. Cualquier cosa que fragmente a un ecosistema, separando a sus constituyentes y privándolos de la gama de sus interacciones mutuas, bloqueará la formación del Todo. Y lo que empobrezca en cierto grado el desarrollo de los organismos en ese todo, causará un deterioro de su estado interno e incluso, tal vez, conducirá a su extinción.

## El dominio de la naturaleza

Esto puede verse como un proceso de separación física -el así llamado «efecto isla» por el cual los ecosistemas se hunden por debajo del tamaño que permite la interacción óptima de sus elementos orgánicos<sup>3</sup>-, pero también como la introducción de elementos destructivos en el ecosistema, ya se trate de nuevos organismos («pestes» o agentes patógenos) o de nuevas sustancias que bloqueen los procesos vitales y así aniquilen la existencia ecosistémica. La introducción del metilisocianato en Bhopal fue un ejemplo de fragmentación como aniquilación. Un análisis semejante podría efectuarse en un nivel más sutil, para los desechos contaminantes que se han insertado en la biosfera -como, por ejemplo, los organoclorados que imitan hormonas y fragmentan la integridad del sistema endocrino<sup>21</sup>- y también para el capital, que separa al productor de los medios de producción, así como a través de los efectos del dinero, que se analizarán más adelante. Todas estas modalidades introducen la autoperpetuación de las fracturas en los ecosistemas, que los desintegran. Lo que está fracturado no conduce a una renovación del ser sino al vacío y la descomposición, física pero también subjetiva, como cuando la memoria traumática se fragmenta a gran distancia, o se alienan partes del Yo.<sup>22</sup>

La crisis ecológica es una gran serie de proliferantes fragmentos ecosistémicos, naturales y humanos, subjetivos tanto como objetivos -un desgaste de la fábrica de la ecosfera. Pero lo que se desgasta también puede ser enmendado, del modo que puede componerse un brazo roto. Aquí, la fractura de un hueso fragmenta la unidad funcional del miembro, que el sanador recompone por la resolución de mantener unidas las partes quebradas, de modo que pueda manifestarse el proceso reintegrado de la naturaleza. Así sucede con el daño ecosistémico: deben encontrarse los modos para restaurar y mantener unidos los elementos para crear un florecimiento ecosistémico de calidad limitada. Hay homologías importantes de esto en el funcionamiento ordinario de la naturaleza. Por ejemplo, la dinámica estructural de la célula, donde se despliegan pequeños paquetes de energía a través de la exquisita disposición de los ribosomas en la mitocondria, que «mantiene unidos» a los ¡«tricados conjuntos de moléculas, de modo que la síntesis de baja entropía compuesta -y las estructuras compuestas de ellas- puedan seguir adelante. Asimismo, no es inadecuado sostener que estas condiciones reproducen formalmente las atinentes al origen de la vida misma. Otro ejemplo, en el que debería esperar que todos los seres humanos participen, es la tenencia de los niños, la comunicación animada con ellos y luego, necesariamente, la liberación cuando el niño es capaz de moverse en su propiedad. Este es el modo en que la individualidad y la conectividad se integran en la vida humana. Las grandes intrincaciones del niño en crecimiento son variaciones de este tema simple: denotan la provisión de espacios de seguridad en la que puede tener lugar una interacción entrópicamente improbable de los elementos. Nada caprichoso, más que tres mil millones de años de evolución, entra en ella.

En estos tiempos de desesperación es importante recordar que la humanidad, la mayor peste de la naturaleza, no es necesariamente pestilente. Toda producción -la forma que damos a la naturaleza- es un conjunto de orden y desorden en una apuesta entrópica. Para «producir producción^ ecológicamente, llevamos las disparidades de esa producción en dirección de la integridad ecosistémica. La furia del artista por reordenar lo dado es parecida al lagrimeo sobre el suelo del jardinero. «La lombriz olvida al arado», escribió Blake, sabiendo que la destrucción y la producción son lados conjuntos de una dialéctica.

La jardinería, considerada ampliamente, puede variar desde una apropiación cruda de consumismo capitalista (pesúcidas, equipos pesados y así por el estilo) a modos inspirados de intervención «orgánica», incluida la práctica del «permacultivo», que empeña un esfuerzo consciente para diseñar jardines como ecosistemas plenos.<sup>23</sup> Toda buena jardinería consiste en diferencia: lo preexistente por mantener juntos a elementos dispares (sembrados, agua, buen suelo, abono, estiércol y paja, luz) de modo que pueda desarrollarse el ecosistema. La preparación consciente es el conocimiento necesario y transmitido culturalmente. De este modo, la jardinería es un proceso social, intensificado hasta el grado en que una asociación plenamente realizada ingresa en el cuadro. De hecho, un jardín comunitario es un modelo excelente de un sendero hacia una sociedad ecológica, como analizaremos más tarde.

La totalidad de la historia ingresa en cada lote de jardín y se reabre allí en forma perenne. Estos filamentos se extienden hasta los orígenes de la humanidad y revelan el corazón auténtico de nuestra naturaleza -la cual es intervenir creadoramente en la naturaleza. Mucho tiempo atrás la revolución neolítica abrió un camino hacia la sociedad jerárquica, la humanidad aprendió a leer el libro de la naturaleza y prosiguió su camino generativo. Fue un duro aprendizaje, cuya lección se perdió en una fácil caracterización romántica de los «primeros pueblos». Puesto que los primeros humanos verdaderos nunca intentaron ser cordiales con la naturaleza. Bandas merodeadoras de pueblos arcaicos, por ejemplo, fueron muy probablemente la especie que exterminó a los mastodontes, junto con muchas otras especies ¿Y por qué no? ¿Por qué los poderes de la acción colectiva y la tecnología proporcionada por el ser humano no deberían haber enloquecido una y otra vez bajo las circunstancias de la existencia paleolítica, como lo han hecho desde entonces? No hay ninguna sorpresa en esto. Lo maravilloso es, más bien, que al menos algunas de las mismas criaturas aprendieran de sus errores, aprendieran a cuidar de la naturaleza y a imaginar lo esencial de un modo ecosistémico de ser.

Si miramos hacia atrás las formas de producción que no son sólo precapitalistas sino esencialmente premercantiles (en las que los elementos de la propiedad privada, el dinero y el intercambio son periféricos a la vida), encontraremos a una humanidad capaz de una entera gama de relaciones ecológicas, tanto creativas como perversas. Las

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

últimas están escritas en muchas extinciones y falsos comienzos, mientras que las primeras pueden resumirse como sigue: *que bajo las condiciones originales, el ser humano no es sólo capaz, de vivir en «armonía con la naturaleza»; más jimdamentalmente, una inteligencia humana no alienada es en sí misma capaz, defomentar la evolución de la naturaleza e incluso acompañar el desarrollo propio de ésta.* En este sentido, lo que llamamos «naturaleza» es en cierto grado un producto humano, de modo que la ecología y la historia tienen una raíz común. Si la evolución es mediada por la actividad de criaturas a través de ecosistemas, la actividad conscientemente transformadora que es la marca de fábrica humana, ¿no debería ser también una fuerza evolutiva?

Consideremos la cuenca amazónica, una zona ardientemente controvertida de la crisis ecológica. Se reconoce que una proporción inmensa de las especies vivientes -incluidas especies innumerables que aún no hemos descubierto, junto con muchas que son extremadamente útiles- se encuentra en esta gran matriz. ¿Qué sucede en esta prodigiosa diversidad? No hay una única «causa eficiente», en el sentido derivado de la crisis ecológica como un todo, pero hay distintos modelos de causas eficientes, la mayor de las cuales involucra a la intervención humana. El modo principal de diversificación de las especies es conocido como «especiación alopátrica» -brevemente, los senderos divergentes que toman los conjuntos de genes comunes cuando las criaturas que portan estos genes se separan y experimentan desarrollos diferentes bajo variadas condiciones ecosistémicas. El ejemplo famoso es la evolución variada de los pinzones en las islas Galápagos, descubierta por Darwin. Como diferentes poblaciones del linaje de la especie se mueven en islas diferentes, ellas cesan de cruzarse y comienzan a aparecer divergencias bajo las condiciones de islas distintas -que han sido ulteriormente modificadas por la actividad de la especie-, hasta que, eventualmente, aparecen nuevas especies.

En la calurosa y húmeda cuenca amazónica, el terreno inmenso, variado, aunque todavía sin fragmentar (el área tiene unos seis millones de kilómetros cuadrados), crea un exponencialmente mayor conjunto de genes con propósitos de recombinación. Sin embargo, la verdadera inquebrantabilidad del terreno puede ser vista como un trabajo contra el proyecto de especiación. Pues a pesar de la gran gama de suelos y habitantes, hay pocas islas o cadenas montañosas o cuencas acuosas insuperables que faciliten la diferenciación ecosistémica que, a su vez, permita dar curso «naturalmente» a la especiación alopátrica. Se podría pensar, más bien, que la escala oceánica de la selva lluviosa causaría que los conjuntos de genes relacionados se entremezclen constantemente, inhibiendo, de tal modo, la prolusión de nuevas especies.

Sin embargo, ese cálculo omite tomar en cuenta a una criatura capaz de crear nuevos ecosistemas y demarcarlos de otros en un camino fluido y mutante. Más aún, esta criatura, que porta sus propios artefactos, lleva menos de un milenio viviendo en peque-

ñas comunidades y como resultado construye un gran número de microecosistemas.<sup>24</sup> Los pueblos indígenas de la Amazonia no sólo crean nuevos ecosistemas; hacen esto deliberadamente de un modo que alienta la diversidad de las especies (por ejemplo, plantando diferentes configuraciones de árboles que pueden atraer variados modelos de especies montesas. Además, como muchos indios americanos, se comprometen en el control de incendios de los paisajes. En forma completamente distinta a la mayor parte de los incendios causados por trabajadores y campesinos alienados y desesperados, que han visto destruir la selva lluviosa en las dos generaciones pasadas, esa clase de incendios es conducida a pequeños lotes, en tiempos y proporciones cuidadosamente controlados, y por los individuos que habitan la tierra directamente. Como comentan Susanna Hecht y Alex Cockburn para los kayapó (que a la altura de su sociedad se extienden por un área de aproximadamente el tamaño de Francia), el incendio «se acopla con actividades que compensan sus efectos potencialmente destructivos».<sup>25</sup> El resultado es un aumento real de la fertilidad (que es necesario, dadas las condiciones peculiares de la selva lluviosa) y la provisión de microecosistemas para la rápida especiación.

Aquí la humanidad escribe con su trabajo sobre la superficie de la cuenca amazónica para producir formas de vida nuevas y de una rica variedad. Entonces, lejos de ser un enemigo congénito de la naturaleza, los humanos pueden ser una parte de ella que catalice la propia exuberancia natural. Sin embargo, esta actividad ecológicamente creativa está reservada a aquellos cuya ecología humana está configurada en las cercanías de ecologías naturales variadas con las que interactúan; de modo que la combinación del ecosistema humano-natural es integral y diferenciada, más que desintegrada y fragmentada. Es necesario comprender que esta clase de conducta requiere que la tierra no sea tratada como propiedad privada o, lo que es lo mismo, que el trabajo que se emprenda sobre ella sea libremente diferenciado. Bajo tales condiciones «originales», la inteligencia humana y la conciencia aprenden a tomar una forma ecocéntrica. Este modo de ser crea personas que diferencian la naturaleza y conocen las especies de plantas individuales una por una,<sup>26</sup> que viven en comunidades pequeñas administradas colectivamente, las que suministran una inmensa gama de oportunidades para la especiación alopátrica, y que desarrollan una cultura vivida existencialmente, cuyas lecciones debemos aprender.<sup>27</sup>

## Notas

1. Véase, por ejemplo, Goudie, 1991. Al ludo de los electos manitiestos e inmediatos, están oíros más perversos y sutiles, tales como la dispersión de sustancias en corrientes de aire o agua en todos los puntos de la (ierra). De este modo, los osos polares han llegado a tener enormes concentraciones - de hecho, más altas que en cualquier otro lugar - de residuos de pesticidas esparcidos a miles de kilómetros. Por supuesto, debemos conservar un sentido de las proporciones: sólo una infinitesimal porción de la sustancia del universo lia sido alterada por la actividad humana. Es sólo que en esta partícula de polvo sucede nuestra existencia.
2. La mejor narración singular de la historia del pensamiento ecológico es Worster. 1994.
3. Como en Buteson, 1972.
4. Véase, por ejemplo, de Duve, 1995. Al trabajar dentro de un marco de referencia completamente materialista. de Dove, laureado con el premio Nobel, insiste en que, dado el amplio número de pasos necesarios, sucesivamente conectados, para la emergencia de la vida, ésta no podría haber sido un acontecimiento caprichoso o casual. Más bien, «el universo estaba - y presumiblemente aún lo está - preñado con la vida» (1995, p. 9). Véase también Fortey, 1997. Donte de Duve construye desde el nivel atómico hasta la siempre creciente complejidad de la forma vital, Fortey presenta una visión panorámica de la marcha completa de la evolución.
5. De acuerdo con Paul Davies (1983), tenemos para esto unos 10100 años de espera, un intervalo confortable. La catástrofe cosmológica relativamente inminente, que seguramente arrasará repentinamente a la (ierra, estén o no aún los seres humanos sobre ella, es el giro programado del sol hacia una estrella gigante raja, cuyas dimensiones alcanzarían la órbita de estos planetas en sólo 5.000 millones ( $5 \times 10^9$ ) de años (groseramente el tiempo que la tierra ha estado en existencia). Así, estamos a mitad de camino.
6. De la Segunda Ley, el físico-matemático Roger Penrose, en una contribución de extremo interés, deriva la cuestión de sus relaciones cosmológicas. El principio de entropía define la flecha del tiempo - i. e., determina si tot' es el último para un sistema cernido de acuerdo con el cual uno corresponde a la mayor entropía para ese sistema. Penrose se pregunta si esta puede ser algo más que una definición circular, por la que la entropía se incrementa coti el tiempo, mientras que ja (lecha del tiempo se define como esa dirección en que se incrementa (a entropía. «Algo forzó a la entropía a ser más baja en el pasado», se maravilla. «No deberíamos sorprendernos si, dado un estado de baja entropía, la entropía llega a ser más alta en un tieinxi final. ¡Lo que debería sorprendernos es que la entropía logra ser cada ve/, más ridículamente pequeña cuanto más lejanamente la examinamos hacia el pasado!» Penrose observa que tenemos una alimentación de baja entropía, con el fin de sostener la baja entropía necesaria para la vida. Pero, «¿de dónde hacemos que llegue esta oferta de baja entropía?» En definitiva, como sabemos, tle la fotosíntesis, el modo fundacional por el que la vida terrestre lucha por su existencia. Pero esto es decir que derivamos la baja entropía del sol (si comemos vegetales que ligan la energía solar a la forma viviente u otras criaturas que comen vegetales). «Al contrario de la impresión corriente», continua Penrose, «la tierra (junio con sus habitantes) ¡no ganan energía del sol!

l.o que hace la tierra es tomar energía en una forma de baja entropía y luego vomitarla toda al espacio, pero en una forma de alta entropía [calor radiante, i.e., fotones infrarrojos que reemplazan a los fotones visibles de alta frecuencia!]. De este modo, hay pocos fotones de alta energía que llegan y relativamente más de huja energía que se van... un crecimiento en la entropía. Ahora bien, esto es porque «el sol es una mancha caliente en el ciclo», en la cual se concentra la energía, y esto a su vez es por la «contracción gravitacional de lo que previamente ha sido una distribución uniforme de gas (principalmente hidrógeno)». El sol, como cualquier estrella, calienta desde esta contracción hasta que sobrevienen reacciones termonucleares que lo preservan de una contracción ulterior, y de allí que se queme a sí mismo. Se sigue que la gravitación es la última fuente de la energía solar - y, a través de ella, de la vida en la tierra (y seguramente, de los combustibles fósiles). Ciertamente, la gravitación es también la causa última de la energía nuclear, los isótopos pesados de uranio y así por el estilo, que emergen de una compresión gravitacional interior de las estrellas de neutrones (y, por supuesto, ella es la fuente directa de la energía geotérmica, junto con la energía de las mareas, las otras dos variantes de energía de importancia para la vida sobre la tierra. Los pasajes calientes de las profundidades del mar son lugares de formas de vida no dependientes de la fotosíntesis y, desde cierta perspectiva, pueden haber sido la cuna de la vida en la tierra. Por supuesto, las mareas son un componente activo de muchos ecosistemas importantes, espe-

cialmente los arrecifes coralinos. En resumen, la masa gravitacional determina la Segunda Ley, por medio de la expansión inicial de materia y energía a través de todo el espacio, en el «Big-Bang», y su llegada secundaria de conjunto a través de la gravedad. (En contraste con un sistema de conducción térmica, donde la uniformidad es equivalente a mayor entropía, un sistema de conducción gravitacional es un estado más ordenado, menos probable, en cuanto uniforme. De allí que la aparición de la forma como tal puede asignarse con más propiedad a esa fase del desarrollo de la naturaleza en que los modos no gravitacionales de energía se comprometen e interactúan con los modos gravitacionales.) En este punto la argumentación deriva hacia las incenidumbres del quantum gravitacional y deja de ser importante para el presente trabajo. Este punto que se enfatiza es el último vínculo entre las fuerzas cósmicas y los grandes principios reguladores de la vida y los ecosistemas terrestres, la unidad fundamental de la naturaleza.

Penrose 1990, pp. 410-17, cap. 7, *passim*. Las bastardillas son del original.

7. Fortey, 1997, p. 65. Fortey apunta a la gran variedad de formas estromatolíticas que evolucionaron en miles de millones de años, incluidos los arrecifes coralinos (esencialmente, una criatura extendida centenares de kilómetros). La llegada de los animales desestabilizó a los mats estromatolíticos, lo que fue preparando el camino para las formas más complejas, mediante la creación del oxígeno atmosférico. Actualmente, ellos perduran sólo en ambientes especiales, donde nadie está para comerlos. La bióloga evolucionista Lynn Margulis sostiene una línea de pensamiento semejante, aunque mucho más osada, en su teoría de la «endosimbiosis». Véase Margulis, 1998.
8. Dejamos de lado la cuestión de la organización formal de la naturaleza cósmica. Aquí, los niveles de energía y la forma adoptada por la materia son tan remotamente lejanos de lo que ocurre en la tierra que el concepto de ecología tiene poco sentido. Después de todo, el término deriva del griego *oikos*, es decir, hogar. Hablando estrictamente, tendríamos que substituir el término por otro para una extensión «ecosistémica» al cosmos.
9. El texto clásico es Schrodinger. 1967. Su primera edición data de 1944, antes del descubrimiento de la biología molecular. Es uno de los saltos inspirados, que muestran el poder de una buena teoría para una observación anticipada.
10. Lovcrock, 1979.
11. «Unidad de los opuestos. De lo que los aparta resulta la más hermosa armonía. Todas las cosas tienen lugar por la contienda» (Fragmento 46, en Nahm. 1947, p. 91). Edward Hussey escribe de Heráclito: «la lucha perpetua de los opuestos y la justicia que los equilibra son indistinguibles y están igualmente presentes en cada acontecimiento» (Hussey, 1972, p. 49). En la biología contemporánea hay un debate acalorado acerca de la cuestión del equilibrio y la lucha. La teoría del caos captura algo de este flujo, con su doctrina de los «atractores extraños», los procesos no lineales y la capacidad del vuelo de las mariposas para provocar tifones. Como lo señala el Oxford Dictionary: «científicamente, el caos denota la conducta de un sistema que se gobierna por leyes determinadas, pero que es tan impredecible como la aparición del azar, propio de la sensibilidad extrema a las condiciones iniciales». Gleick, 1987, suministra una introducción popular. Botkin, 1990, presenta el impacto de esto sobre la ecología como tal. De estas teorías han desaparecido los conceptos de dialéctica, como lo desarrollamos abajo, en el capítulo siguiente y, en especial, una relación coherente con las ecologías humanas. En general, apoyo la posición sustentada por Richard Levins y Richard Lewontin (Levins, 1985), especialmente el ensayo «La evolución como teoría e ideología», pp. 9-64. Tanto el concepto de progreso como el de equilibrio son censurados por estos distinguidos biólogos.
12. Véase mi *White Racism* (Kovel, 1984), para un análisis de la manera en que ha acaecido la biologización de la raza-como-pseudoespecie, especialmente con relación al racismo blanco-sobre-negro. En nuestros días, el esencialismo racial todavía prevalece como un discurso. Sólo ahora, sabios bien recompensados escriben largos y densos tomos de investigación en los que el «Problema Negro» se localiza en una concepción cultural, más que biológica. Pero, en esencia, cualquiera sea su nombre, sigue siendo una rificación congelada fuera del tiempo histórico. Véase, por ejemplo, Herrnstein y Murray, 1996; Thernstrom y Thernstrom, 1997.
13. Agregaremos algo a esta narración muy comprimida: el cerebro ampliado y la postura erecta necesaria para liberar las manos, implican un tipo de contradicciones evolutivas, pues la última resulta en una pelvis rígida, la cual tiene dificultad en permitir nacer al primero. Esto fue «resuelto» mediante el permiso al cerebro para nacer inmaduro y tener la experiencia de un desarrollo considerable ex útero. Este juega un papel central en el reemplazo del instinto por el aprendizaje cultural y también en la peculiar importancia de la niñez de los seres humanos. La necesidad de un cuidado prolongado del niño, en una criatura que madura lentamente, que ha sido llevado encima durante un largo tiempo, debido a la pérdi-

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

- da de los instintos ancestrales (que persisten sólo en forma de vestigios, como en el signo de Babinski conocido por los neonatólogos), ha tenido una considerable influencia en nuestra herencia cultural.
14. Hegel, Nietzsche, Freud, Lacan y otros -todos más allá de nuestro campo de acción- se sitúan en la línea de los que descubren esta relación en el pensamiento occidental. Aunque puede también decirse que la totalidad de nuestras tradiciones espirituales se construye sobre esa explicación.
  15. Una advertencia: quizá todos estos puntos serán controvertidos por quienes señalan el cuidado que dan los elefantes a sus muertos, o el uso del lenguaje por las ballenas, y así por el estilo. No son más que malentendidos. Déjenme subrayar que no intento aquí un chauvinismo de especie. Establecer un conjunto de rasgos de la naturaleza humana no es localizarlos en cualquier especie particular, sino más bien decir que cualquier especie con el poder de adoptarlos puede llegar a la ambivalente posición de lo humano. Si mi perro Max me reconoce, ello le da un grado de humanidad, así como las personas severamente perturbadas han perdido ese atributo. Pero hay una reunión específica de estas cosas que es distintivamente humana, de la cual otras criaturas, tal vez más sensibles, no toman parte.
  16. En contraste con la abeja, el arquitecto «erige su estructura en la imaginación antes de erigirla en la realidad. Al fin de cada proceso de trabajo, encontramos un resultado que ya existía en la imaginación del trabajador en sus comienzos» (Marx, 1967a, p. 178).
  17. Para mayor análisis, véase mi *History and Spirit* (Kovel, 1998b).
  18. «Ninguna naturaleza objetiva y tampoco subjetiva está dada directamente en una forma adecuada al ser humano. Y como todas las cosas naturales deben tener su comienzo, también el hombre tiene su acta de nacimiento... la historia  
... La historia es la verdadera historia natural del hombre» (Marx, 1978b, pp. 116; las bastardillas son del original). Iv. edición castellana de los Manuscritos)
  19. Para la sociedad humana, esto se expresa en términos de sacrificio, con sus muchas ramificaciones.
  20. Quammen, 1996.
  21. Véase Colbum et al., 1996.
  22. Por otra parte, la apropiación de las partes fragmentadas del yo, acompañada por la liberación (como la oposición a la fragmentación) de los deseos, es un signo del desarrollo del ser humano, y el gesto central de la cura.
  23. Invento de un tasmanio, Bill Mollison, el permacultivo diseña ambientes vivos utilizando principios arquitectónicos y tomando en cuenta la gama completa de interrelaciones globales y locales. En ciertos asentamientos, como el sur de India, se han inducido cambios microclimáticos para revertir generaciones de degeneraciones ecológicas. En otros, se ha logrado una producción alimentaria sustancial en asentamientos urbanos. Véase Mollison, 1988. El sitio en internet es: <http://www.kenyon.edu/projets/permaculture/>, que da un indicio de la impresionante esfera de acción de este movimiento.
  24. Este análisis ha sido extraído principalmente de Hecht y Cockburn, 1990. Otro factor importante es la frecuencia de las inundaciones que dividen y en efecto desordenan los paisajes. De este modo, aquí hay una causa eficiente singular. Como lo puntualizan Hecht y Cockburn, la gente tiende a seguir las inundaciones y, por consiguiente, a trabajar sinérgicamente con la naturaleza en la producción de nuevas áreas para la especiación alopátrica.
  25. Hecht y Cockburn, 1990, p. 44. La oportunidad es esencial, como plantar frente a la hoguera de modo de permitir que comience inmediatamente la sucesión agrícola, que es seguida por cosechas de otras variedades cíclicas y así restauran rápidamente un ecosistema rico y complejo. Se presta atención especial al reciclado de las cenizas, y así por el estilo, como a la técnica del «carbón de incendio», que controla las plagas y permite el florecimiento de las plantas deseadas.
  26. El etnobotánico William Balée ha demostrado que los indios kaapor del noreste de Brasil fueron capaces de nombrar y usar el 94 por ciento de las especies de plantas en una superficie de muestra de una hectárea. Este es un caso extremo. Pero la mayoría de la población de los bosques (no sólo los indios aborígenes) conoce y usa alrededor del 30 por ciento de las especies vegetales. Cit. en Hecht y Cockburn, 1990, p. 39).
  27. Oos autores que han explorado y celebrado estos modos, son Stanley Diamond (Diamond, 1974) y Iierre Clastres (Clastres, 1977).

## 6 El capital y el dominio de la naturaleza

### La patología de un cáncer sobre la naturaleza

¿Cuál es la raíz de la perversa ecodestructividad del capital? Una forma de ver esto es en los términos de una economía preparada para desenvolverse sobre la base de una acumulación incesante. De este modo cada unidad de capital, como dice el respectivo refrán, debe «crecer o morir». Y cada capitalista debe buscar constantemente la expansión de sus mercados y sus ganancias, o perder su posición en la jerarquía. Bajo tal régimen, la dimensión económica consume todas las cosas, la naturaleza es devaluada continuamente en busca del provecho, junto con la expansión de la frontera. Y sigue inevitablemente la crisis ecológica.

Creo que este razonamiento es válido y necesario para aprehender el modo en que el capital se convierte en causa eficiente de la crisis. Pero es incompleto y no termina de aclarar el misterio de qué *es* el capital y, consiguientemente, qué hay que hacer acerca de él. Por ejemplo, generalmente se sostiene la opinión de que el capitalismo es el resultado innato y, por consiguiente inevitable, de la especie humana. Si este es el caso, entonces el camino necesario de la evolución humana atraviesa desde la Garganta de Oldway hasta el Mercado de Valores de Nueva York y pensar en un mundo más allá del capital se convierte en un mero aullido a la luna.

Sólo haremos una breve reflexión para demoler el entendimiento recibido. Por cierto, el capital es una potencialidad de la naturaleza humana. Pero, pese a todos los esfuerzos de los ideólogos por argumentar acerca de su inevitabilidad natural, no es más que eso (la potencialidad). Pues si el capital fuese natural, ¿por qué sólo ha ocupado los últimos 500 años de un registro histórico que abarca centenares de miles de años? Y algo más: ¿por qué tiene que ser inipuesio a través de la violencia doquiera asiente su dominio? Y lo que es aún más importante: ¿por qué tiene que ser mantenido constantemente por la violencia y reimpuesto continuamente sobre cada generación por medio de un enorme aparato de adoctrinamiento? ¿Por qué no dejar que los niños sean del modo que lo deseen y confiar en que se transformarán en capitalistas y trabajadores para los capitalistas? (de la misma manera en que dejamos que sean los pollos bebés, sabiendo que tendrán un crecimiento confiable que los transformará en pollos si les suministramos comida, agua y refugio). ¡Los que creen que el capital es innato deberían

## 1! 2 El dominio de la naturaleza

también estar dispuestos a hacerlo sin policía, sin industrias culturales, etc. Y si no fuera así, entonces su argumentación es hipócrita.

Pero esto sólo agudiza las preguntas acerca del capital ¿Por qué se eligió ese camino? ¿Y por qué la gente debería admitir su economía y pensar tanto en la riqueza en primer lugar<sup>11</sup> Hay un interés altamente práctico en responderlas. Por ejemplo, se t eco noce ampliamente que los hábitos ele consumo en las sociedades industriales se alterarán drásticamente si se persigue alcanzar un mundo sustentable. Sin embargo, eslo significa c¿lo tendrá que cambiar verdaderamente el modelo de las necesidades humanas, lo que a su vez significa que tendrá que cambiar la forma básica en cine habitamos la naturaleza. Sabemos que el capital adoctrina forzosamente al pueblo en la resistencia a estos cambios, pero sólo un análisis pobre y superficial se detendría aquí y no diría nada más acerca de la forma en que trabaja y alcanza esto. La causalidad eficiente del capital en la crisis ecológica lo establece como el enemigo ele la naturaleza. Pero las raíces de la enemistad todavía esperan ser exploradas.

Se han derramado ríos ele tinta para tratar de decidir cuál es el núcleo de nuestro extrañamiento de la naturaleza. Pero pocos de ellos tienen un valor explicativo real. Por ejemplo, es perfectamente posible y muy deseable identificar, como lo hacen los ecologistas profundos, ciertas ideas centrales y conroladoras que definen una relación patológica con la naturaleza. Sobre todo, la ilusión «antropocéntrica» que percibe a la naturaleza, en toda su intricacla gloria, como muchos planetas que existen alrededor del sol humano. La incomprensión de la crisis ecológica sería completa sin esta dimensión. Pero es sólo una dimensión, que perfila la configuración subjetiva de un complejo ccodestructivo. sin conexión con el lado objetivo de las cosas y que no aporta ningún indicio acerca de cómo surgió eslo (o, por consiguiente, acerca de cómo puede superarse). Una actitud mental que no explica más que algunos circuitos internos de un fenómeno y sólo deletrea sus orígenes y relaciones con el mundo, es una abstracción vacía v vaga.

De modo semejante, muchos autores han llegado a hablar de la «tecnología» o la «industrialización» como los elementos activos de la crisis, dado que es obvio que es a través de tales medios que la naturaleza está siendo llevada a la devastación. Pero detenerse en este punto no sólo es incompleto sino también evasivo y políticamente oportunista, puesto que es patente que la industria en cuestión, y las herramientas que utiliza, son instrumentos de la acumulación del capital y lo han sido desde los comienzos del mundo moderno.<sup>1</sup> Ninguna herramienta, ni una organización tecnológica en amplia escala, pueden existir por sí mismas. La industria y todas sus cualidades internas, son productos y expresiones de un modo dado ele organización social y 110 pueden concebirse aparte de él. Kl mundo rebosa de brillantes innovaciones, que merecen aplicarse como modos de controlar la crisis ecológica, pero no serán usadas porque corren contra

las exigencias de la acumulación. Lo mismo puede decirse de la «ciencia», imputada también rutinariamente como la responsable de nuestro extrañamiento de la naturaleza, lo que quiere decir que la reduce «científicamente» a un objeto de disección. Ciertamente, es lo que sucede. Pero de nuevo deben plantearse las preguntas: ¿qué ciencia, al servicio de qué intereses y configurada por qué fuerzas sociales? No cabe duda que una ciencia extrañada juega un papel tremendo en el dominio de la naturaleza. Pero un extrañamiento de este tipo debe ser explicado en sí mismo. Y en la explicación, determinaremos los orígenes de la dominación.

La ciencia, la tecnología y la industria actuales están todas subsumidas en el sistema capitalista. Pero como sabemos, el capitalismo no surgió completamente extendido en todo el mundo. Se combinó con muchos precursores, que echaban raíces en terrenos culturales singulares. Las economías resultantes no fueron las portadoras de alguna esencia particular; pero reflejaron, como la personalidades individuales, integraciones específicas, algunas de las cuales han sido más mortales para las ecologías que otras. Por ejemplo, nuestra variedad de capitalismo ecodestructivo fue una mezcla peculiarmente europea y, como tal, profundamente influenciada por la religión cristiana dominante; el filo espiritual de una cosmovisión extremadamente poderosa y no más amistosa con la ecología.<sup>2</sup> La actitud del cristianismo hacia la naturaleza data de mucho antes del capitalismo y se extiende hasta sus raíces judías; como en el pasaje del *Génesis* (1:26) en el que Yahveh otorga a Adán «el dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del aire, y sobre los ganados, y sobre toda la tierra, y sobre cada cosa reptante que se arrastra sobre la tierra». Todo lo cual no sólo es compatible con la creencia de que «Dios creó al hombre a su propia imagen, con la imagen de Dios lo creó» (27), sino también obligado por ella.

Ninguna otra religión mundial, y ciertamente ninguna religión tribal, incorpora en su *logos* el dominio de la naturaleza de manera tan directa. Se debe enfatizar que esta actitud fue contrariada fuertemente en el cristianismo. Por cierto, algunos de los grandes santos, como Francisco y Teresa de Ávila entre los más famosos, se definieron por la rebelión contra ella, como la misma Iglesia lucharía para contener al monstruo capitalista una vez que se extendiera por el terreno europeo. Las religiones son dialécticas: expresan la dominación tanto como la protesta contra la dominación y, a su tiempo, la liberación de la dominación. No obstante, hay una inclinación definida de las fuerzas en juego. Y para el cristianismo, la preponderancia de esas fuerzas se expresó en lo que tendría que llamarse una dirección antiecológica. Esta se muestra mejor por la llamativa aversión al cuerpo que marca la historia de la Cristiandad, junto con la preocupación obsesiva por los sentimientos de culpa.<sup>3</sup>

Muchas sociedades podrían haber trazado el camino en la era capitalista, incluidas China e India, que en el siglo XV eran por lejos más altamente desarrolladas que Euro-

## El capital y el dominio de la naturaleza

pa, pero que encontraban su hogar en la naturaleza. Es imposible decir si su acceso al capitalismo hubiera resultado en un producto ecológicamente más amistoso. Pero fue el destino que lo hiciera Europa, que tenía sendas navegables junto con vientos comerciales que llevaban a la América «no descubierta». Y así la civilización, cuyo desarrollo previo la había preparado para el dominio de la naturaleza, se convirtió en capitalista, en el sentido en que conocemos a la bestia, especialmente después de la emergencia del calvinismo, acerbo y negador de la vida.<sup>4</sup>

Pero esta relación tampoco me autoriza a declarar al cristianismo el villano de la película, puesto que la crisis es muy capaz de reproducirse sin él. Ciertamente, en la fase actual, virtualmente han sido borrados todos los rasgos de los orígenes religiosos del capital. A final de cuentas, una religión es en sí misma el producto ambivalente de un cierto tipo de sociedad. De este modo, la evocación de la Cristiandad lleva de nuevo a la cuestión de los orígenes y la retrotrae hasta perderse en la neblina de los comienzos de la humanidad. Sin embargo, pisamos aquí un terreno que puede brindarnos una imagen razonablemente coherente -si bien muy atenuada y esquemática- de la forma en que surgió el dominio de la naturaleza y que condujo a la mutación en el capitalismo. Va sin decir que lo que sigue se adapta a los propósitos de esta obra y no representa una narración completa de la historia y de muchas cuestiones atinentes a ella. El lector debe decidir, por sí y ante sí, si esta luz tenue será compensada por la brevedad del tratamiento.

### La bifurcación de género en la naturaleza

El primer mapa de la especie humana fue trazado de acuerdo con «él» y «ella», produciéndose la configuración de la sexualidad conocida como *género*. El género es la línea divisoria original en lo humano: todas las construcciones de la humanidad, tanto en el interior de ella como entre la humanidad y la naturaleza, se inscriben en ese mapa. No hay nada más «material» (dado el origen común de las palabras *material* y *madre*). El sexo es de la tierra y las primeras líneas divisorias entre los géneros se trazaron en la tierra-transformada-por-el-trabajo. Desde esta matriz (allí está de nuevo la raíz) surgieron los comienzos de la dominación. Y toda dominación futura, incluyendo la efectuada por el capital, está ensombrecida por la del hombre sobre la mujer.

Este no es un ejercicio «políticamente correcto» acerca del hombre golpeador, sino el reconocimiento de que la historia de la dominación está radicalmente incompleta a menos que se conozca el papel jugado en ella por la construcción del género masculino. Los orígenes reales deben mantenerse amortajados en forma impenetrable en un pasado distante. Con todo, algo que se conoce acerca de la especie humana (aunque con

demasiada frecuencia se niega ideológicamente), exige la reconstrucción de lo que sigue, que desarrollamos sucintamente y de acuerdo con las ideas ya formuladas acerca de la naturaleza humana, de modo de poner en escena los puntos esenciales.<sup>5</sup>

- En la fase original de la sociedad, la de la reunión de cazadores, la primera diferenciación del trabajo ocurre de acuerdo con el sexo; hablando en general, entre los machos cazadores y la comunidad de mujeres (junto, es preciso decirlo, con su trabajo de reproducción). Nótese que este trabajo produce al propio género y que sus orígenes fueron una diferenciación genuina, con reconocimiento mutuo, relaciones sociales fluidas y autodeterminación. Aun se puede ver tal cosa en los remanentes culturales que tenemos de esos pueblos, y por la reconstrucción de la calidad de autoexperiencia derivada de ella: el «tiempo de los sueños» de los pueblos originarios australianos, el vagabundeo de las almas, las manifestaciones del Tramposo, y así por el estilo.<sup>6</sup>

La fase abarca el gran trayecto de la prehistoria humana, y entraña una vasta gama de transformaciones humano-naturales, incluidas la domesticación de los animales y los orígenes de la agricultura. Aunque sin dominación, la división original del trabajo coloca a los machos como tomadores de vida y a las hembras como dadoras de vida. Más aún, las herramientas portadoras-de-muerte del cazador, y el hecho de que a menudo son llevadas por bandas ambulantes, prepara el camino para algo peor.

- Aquí, puede postularse que un acontecimiento ocurrido esporádicamente -de cuya existencia podemos estar seguros, aunque no en una primera instancia concreta-, puede ponerse de manifiesto. Su agente fue masculino; no como cazador individual, sino como miembro de un grupo colectivo: un grupo, o banda de cazadores. Su estímulo variaría, componiéndose, sin embargo, de fuerzas tanto internas como externas. Puede decirse que las últimas eran una amenaza a la supervivencia, tal como la enfermedad o la sequía, con la compulsión a la búsqueda de nuevos recursos, mientras que las primeras eran una función de la psicodinámica del grupo masculino. En cualquier caso, el acontecimiento en cuestión fue una transformación de la caza en una correría, ahora con el objeto, no de obtener alimentos y pieles de animales, sino de expropiar el trabajo productivo de otros humanos. Ya no se toma la vida de otra criatura, sino que se otorga la vida y se construye el poder como una clase de propiedad individual.<sup>7</sup>
- Este involucra necesariamente el secuestro de las mujeres y los niños de un colectivo vecino. Podríamos suponer una violencia triple: el asesinato o el ahuyentamiento de los hombres del colectivo atacado, la negación de la autodeterminación de las mujeres y niños secuestrados y la violación sexual de los

## El capital y el dominio de la naturaleza

cautivos.

- Esta acción produjo una mutación profunda en el ser humano. Creo una coyuntura completamente nueva, la que a su vez se convirtió en estructura. Primero, se introdujeron las posibilidades de explotar el trabajo de otro, siempre en la dirección del macho sobre la hembra. Segundo, se acrecentaron con esto los potenciales para la perduración de la división social, de nuevo de lo masculino sobre lo femenino. Estos se extendieron desde la banda cazadora a la banda guerrera y de ésta a la clase dominante, con un amplio número de variaciones intermedias y modernas, tales como la Curia vaticana, los campeones de Liga Norteamericana de Fútbol, las oficinas de los directores corporativos, las juntas de jefes de personal, el Politburó, las sociedades secretas como Calavera y Huesos de Yale. Hay una sensación de que el mundo entero ha sido ocupado por grupos masculinos desde los comienzos de la historia. Tercero, los géneros se producen ulteriormente por esto, con identidades profundamente opuestas constituidas por amo y esclavo. Y cuarto, la violencia -la fuerza física junto con la cultura que la glorifica- se institucionalizó con el fin de apropiarse de lo robado.
- Las estructuras impuestas por el secuestro original del trabajo femenino tuvieron dramáticas posibilidades expansivas. La violencia social ingresó en la lista de los peligros a que se exponen las sociedades. La violencia invitó a la represalia y/o la defensa. Y llegó a definir agregados sociales siempre más amplios con una dinámica expansiva. Cada grupo particular experimentó una compulsión de lograr poder con relación a otros. Internamente, la perspectiva del poder provocó luchas por el liderazgo y el control social. El resultado, después de innumerables idas y vueltas que somos incapaces de detallar aquí, fue la emergencia del Gran Hombre, el Caudillo, el Rey, el Emperador, el Papa, el Führer, el Generalísimo y los directores ejecutivos.

Deberíamos subrayar nuevamente que estos principios serían aplicados en variadas formas a través de una vasta gama de situaciones. Sea como fuere, no hay necesidad de imaginar ese acontecimiento singular irradiándose exteriormente para abarcar al resto de la humanidad. Pero lo que debe acentuarse es el dinamismo absoluto de este acontecimiento, y el hecho de que él ha significado una mutación real de la sociedad humana, tan potente como ninguna otra del reino genético. Fuera de los nexos de violencia masculina original, emergen codificadas las relaciones de propiedad, como un modo de apropiación de lo que se ha tomado; de allí el concepto de legitimación que sigue al secuestro violento. De modo semejante, emergió la institución del patriarcado, como un sistema de reparto de las mujeres y aseguramiento de la propiedad y el control sobre los niños (un dilema sin fin para el hombre que siembra su semilla y sigue caminando,

como debe hacerlo el Gran Hombre). En principio, la propiedad en este sentido no es la que se vincula al yo, como las ropas o la joyería (aunque en las sociedades estratificadas y ricas, el control sobre el consumo personal es muy significativo), sino más bien el poder de producción -y reproducción- de la vida y el medio para la vida. El control sobre el trabajo genera la civilización y dicho control está originado en el control forzoso sobre las mujeres.

Se sigue que la dominación y la propiedad se engendran desde el comienzo.<sup>8</sup> Esto significa que se introduce una alienación básica en los fundamentos de la sociedad (alienación que es el reflejo, en el nivel del ser humano, de la fragmentación ecosistémica). La identidad del macho dominante se forma en esta caldera. Desde los comienzos, sus puntos de referencia son los otros machos en el grupo de caza/guerra con quienes se asocia e identifica. Coordinadamente, llega a rehuir y denegar el reconocimiento del sujeto femenino. Un Ego-macho purificado define la forma dominante tomada por el Yo, que ingresa en el sistema de fragmentos en despliegue que constituye la civilización emergente. Subjetivamente, esta alienación se inscribe como una separación progresiva del cuerpo, y de lo que el cuerpo significa (ante todo, la naturaleza).<sup>9</sup>

Lo que sigue es una polarización entre los mundos humano y natural, con la masculinidad que ocupa el polo humano (- intelectual, de gran visión, espiritual, poderoso y activo), y la femineidad que lo hace con el polo de la naturaleza (= instintiva, limitada y basada en el cuerpo, inconstante, débil y pasiva). La *bifurcación de género de la naturaleza* ha sido puesta en marcha, hasta configurar la relación entre los géneros y entre la humanidad y la naturaleza, la forma total de la crisis ecológica.

El camino que conduce desde la primera expropiación violenta del trabajo hasta las alturas del capital, pasa a través de la solidificación de la propiedad y la aparición de la clase como un elemento definido de la sociedad. La clase institucionaliza la propiedad y emerge *paripassu* con la introducción de la fragmentación en los ecosistemas humanos. Aunque la expropiación violenta es un paso necesario en la dominación, es en sí misma insuficiente como un modo de producción y reproducción de la vida. Las formas secundarias de reconocimiento se vuelven esenciales para mantener en conjunto el ecosistema social y guarecer sus fuerzas. La clase opera en la esfera productiva como lo hace el patriarcado en la reproductiva. La clase codifica los acuerdos formales para la posesión de la propiedad productiva y el control sobre el trabajo. La norma legal se apoya sobre esa violencia e internaliza la violencia. El trabajo se convierte en no libre.

A diferencia del género, la clase no se basa en una diferencia física o en el plano biológico, sino en la formalización del núcleo productivo del ser humano. Puesto que el ejercicio libre del poder transformador expresa a la naturaleza humana, la clase es una violación de la naturaleza humana y, con ella, de la naturaleza misma, aun si ella no está basada en el cuerpo físico. Pero las relaciones de clase nunca aparecen en forma pura,

## El capital y el dominio de la naturaleza

sin adulteración, no obstante que las fragmentaciones que ellas imponen despedazarían la sociedad. Más bien, ellas aparecen incrustadas en un giro institucional ulterior, que emerge y toma la forma de *estado*. Es el nexo clase/estado el que abarca el salto decisivo entre la sociedad arcaica y la que llamamos civilización. Con éste comienza la historia como tal y el tiempo cíclico, diferenciado, de la sociedad original se transforma de acuerdo al plano jerárquico de clase. Ahora, la sociedad tiene una agencia controladora que nos cuenta la historia de sí misma -una historia, no obstante, dada sobre el conflicto por la institucionalización de clase. Los estados imponen la escritura, por medio de sus cuadros técnicos. Imponen las religiones universales, como el cristianismo, por medio de sus cuadros sacerdotales e imponen las leyes por medio de sus jueces y tribunales. Imponen la violencia y la conquista con sus ejércitos, y también la legitimación de la violencia y la conquista. De allí en adelante cada cosa está marcada con la contradicción, derivada del dilema original del estado, que supervisa la totalidad social, pero es para la sociedad la clase dominante.

Los estados llevan adelante todos los conceptos que llamamos «progreso». Sin embargo, también implementan el dominio de la naturaleza, en todas las formas que ella toma. Ciertamente, de las mujeres, pero también de otros pueblos conquistados por los estados que logran estatus imperial. Como los pueblos esclavizados y dominados se incorporan en el dominio, ellos adquieren el estatus del Otro (los bárbaros, los salvajes, los animales humanos y, eventualmente -con el crecimiento científico-, las etnias y las razas), cuyas categorías se agrupan con la femenina en el fin «natural» de la bifurcación en la humanidad.

El análisis puede ayudar a clarificar una molesta cuestión en la izquierda, como es la prioridad entre diferentes categorías de lo que puede llamarse la «fragmentación dominativa» (principalmente, las de género, clase, raza, exclusión étnica y nacional y - con la crisis ecológica- la de especie). Debemos preguntar aquí: ¿prioridad en relación con qué? Si la entendemos como prioridad en el *tiempo*, la de género se lleva los laureles. Y, sí consideramos que la "historia siempre agrega al pasado, más que lo reemplaza, debería aparecer al menos un rasgo en todas las dominaciones ulteriores. Si la entendemos como prioridad de significado *existencial*, la aplicaríamos entonces a cualesquiera de las categorías puestas por delante por fuerzas históricas inmediatas como las que viven las masas popúlaes: de este modo, para un judío que vivía en Alemania en la década de 1930, el antisemitismo habrá sido la prioridad quemante, como lo será el racismo antiárabe para un palestino que vive bajo la actual dominación israelí, o un sexismo despiadado y agravado lo sería para las mujeres que viven en Afganistán. Si nos referimos a lo prioritario *políticamente*, en el sentido de que la prioridad es aquella cuya transformación es más urgente, depende de la anterior, pero también del despliegue de todas las fuerzas activas en una situación concreta. Examinaremos esto en la

última sección de esta obra, cuando tratemos de las políticas de superación de la crisis.

Sin embargo, si preguntamos acerca de la *eficacia*, esto es, sobre el fragmento que pone a los demás en movimiento, entonces la prioridad tendría que ser asignada a la clase, por la sencilla razón de que las relaciones de clase entrañan el estado, como instrumento de poder y control. Y es el estado el que configura y organiza los fragmentos que aparecen en los ecosistemas humanos. De este modo, la clase es lógica e históricamente distinta de otras formas de exclusión (de allí que no deberíamos hablar de «clasismo» en el mismo nivel que lo hacemos del «sexismo», el «racismo» y el «especieismo»). Esto es así, ante todo, porque la de clase es una categoría esencialmente producida por el hombre, sin raíces incluso en una biología mistificada. No podemos imaginar un mundo humano sin distinciones de género -aunque podemos imaginar un mundo sin dominación de género. Pero un mundo sin clases es eminentemente imaginable -ciertamente, ese fue el mundo humano para la mayor parte de la vida de nuestra especie sobre la tierra, durante toda la cual se hizo una agitación considerable sobre el género. Históricamente, la diferencia surge porque la «clase» significa un lado de un cuadro amplio, que incluye al aparato del estado cuya conquista y regulación crea las razas y configura las relaciones de género. De este modo, no habrá verdadera resolución en tanto se mantenga la sociedad de clases, en la medida en que una sociedad racialmente opresiva implica las actividades de un estado defensor de la clase dominante.<sup>10</sup> Ninguna desigualdad de género puede eliminarse en tanto la sociedad de clase, como el estado, exija la superexplotación del trabajo de la mujer.

La sociedad de clases genera continuamente opresiones de género, raciales, étnicas y otras, que adquieren vida propia, tanto como afecta profundamente las mismas relaciones de clase concretas. Se sigue que la política de clase debe pelearse en los términos de todas las formas activas de la fragmentación social. La administración de estas divisiones es la que permite funcionar a la sociedad estatal. De este modo, aunque cada persona en una sociedad de clase se reduce a lo que ella pueda ser, las reducciones variadas pueden combinarse en regímenes históricos de gran estratificación: desde una convertida en ferozmente guerrera a una de amable rutina clerical, otra de costureras sumisas y demás, hasta las personificaciones del capital y los capitanes de la industria que encontramos hoy. No importa cuál sea el funcionamiento de la sociedad de clases, la profundidad de su violencia ecológica asegura un antagonismo básico, que conduce a la historia hacia adelante. La historia es la historia de la sociedad de clases. Pues aunque se introduzcan reformas en ella y aunque cualquiera de sus fragmentos sea forzado a limitarse a trabajar dentro de sí mismo, siempre habrá resistencias («lucha de clases») que conducen a la sucesión de los poderes. La relación de clase puede mistificarse sin fin: consideremos sólo el tiempo de existencia de la religión, precisamente con este propósito, o miremos un espectáculo de televisión que glorifica a la policía. Por grande

## El capital y el dominio de la naturaleza

que sea el respeto que tengamos por la naturaleza humana, debemos reconocer que el antagonismo fundamental que proviene del robo de la fuerza vital de una persona para el enriquecimiento de otra, no puede conjurarse fácilmente.

El estado es el que avanza en la administración de este conflicto, de modo que la clase dominante haga su camino sin provocar que la sociedad adopte un vuelo independiente. Es de jurisdicción del estado tratar con las contradicciones de clase como su propio trabajo, además de hacerlo de numerosos modos: erigir sus ejércitos y usarlos en conquistas (reforzando, por medio de estos, el patriarcado y los valores violentos), codificar la propiedad, sancionar leyes que penalicen a quienes transgredan las relaciones de propiedad y regular los contratos interindividuales que cumplan con las normas; institucionalizar a la policía, los tribunales y las cárceles y derogar esas leyes, o certificar lo que es apropiado y conector en la educación de la juventud, o en el matrimonio entre los sexos, o establecer las religiones que justifiquen los caminos de Dios entre los simples mortales, o institucionalizar la ciencia y la educación. En resumen, regular y reforzar la estructura de clases y canalizar el flujo de la historia en la dirección de las elites. El estado institucionaliza tanto el patriarcado como las clases y desde allí mantiene a la sociedad en el terreno de la bifurcación de géneros de la naturaleza. Además, en la medida en que el estado moderno es también estado-nación, emplea la adhesión del pueblo a su tierra como una fuente de legitimación. Y de este modo incorpora la historia de la naturaleza en los mitos de la totalidad e integridad. De hecho, todos los aspectos del dominio de la naturaleza se entretejen en la fábrica mediante la cual el estado mantiene unida a la sociedad. De lo que se sigue que para dar coherencia a esta narración y establecer diferencias en ella, tenemos que ocuparnos del estado y su dependencia última del mantenimiento de la estructura de clases. Todo lo cual juega un papel básico en el desarrollo de las luchas ecológicas contemporáneas, como lo analizamos en la sección siguiente.

### El ascenso del capital

**El capitalismo sólo triunfa cuando se identifica con el estado, cuando es el estado.**  
(Braudel, 1977, p. 64.)

Las relaciones de clase separan a los pueblos de su fuerza vital. El capital va más allá: separa nuestra fuerza vital de sí misma e impone un extrañamiento doble. Esto ocurre en la arena del mercado de trabajo y el instrumento para que esto suceda es la maquinación más extraña e interesante de la mente humana: el dinero.

Como lo venimos diciendo, el dinero hace girar al mundo. Pero hay tres aspectos

diferentes del dinero, que se pierden en el misterio, aunque conforman en realidad un conjunto limitado." El primero y más simple, y también el más racional y más antiguo, sería el del dinero *como un instrumento de intercambio y comercio*. Decimos «racional» porque sin algún elemento independiente que permita comparar a los bienes entre ellos, la actividad económica -y, por cierto, la misma sociedad- hubieran permanecido en el paleolítico. En este nivel, la función-dinero permite que las materias primas, los instrumentos de producción y los productos terminados se reúnan de varias fuentes y así se haga posible el más amplio intercambio humano.

La segunda forma en que conocemos el dinero es *como mercancía*, algo que puede adquirirse, comercializarse y, sobre todo, acumularse. Desde este ángulo, hay una historia del dinero que va desde concreciones comunes como las conchas o posesiones intercambiables como el ganado,<sup>12</sup> hasta la moneda metálica y las abstracciones en papel moneda de un tipo u otro, que avanza en la desmaterialización siempre creciente que toma la forma-dinero hasta hoy, en la era digital, que cubre el mundo globalizado con un exhibidor de bytes. Explorar estos aspectos nos distraería de la tarea entre manos. Sin embargo, uno de ellos, la propensión a la desmaterialización, es de importancia absoluta, en cuanto conduce al tercer aspecto del dinero, el más enigmático y relevante.

Lo que instala a nuestro sistema como enemigo de la naturaleza es la propiedad del dinero como *repositorio de valor*. El concepto de valor, tan difícil de comprender, aunque tan apremiante para la civilización, suministra una ventana sobre la patología del poder. Donde está implicado el dinero, el valor es una abstracción de la función de intercambio. Así, desde la particularidad de intercambiar una cosa por otra, llegamos a la «intercambiabilidad-en-general». Pero también se trata de la convergencia de la capacidad de intercambio con el deseo. El valor es la proyección del deseo humano sobre la naturaleza, incluidas la naturaleza humana y las cualidades del Yo. Es el establecimiento de un mundo alternativo, monetizado, con conexiones no fijas con el mundo original.<sup>13</sup> Por lo tanto, el valor no existe en la naturaleza, aunque sí existe la criatura que lo inventó. Como lo señaló Georg Simmel en su trabajo magistral sobre el dinero:

La serie de fenómenos naturales podrían describirse completamente sin mencionar el valor de las cosas: y nuestra escala de valores seguiría estando plena de significación, aunque cualquiera de sus objetos aparezca o no cotí frecuencia en toda su realidad... La valuación como suceso psicológico real es parte del mundo natural, pero lo que queremos significar con la valuación, su significado conceptual, es algo independiente de este mundo, no es parte de él, sino más bien el mundo completamente percibido desde un punto particularmente ventajoso."

Hay distintos universos de valor, pero no todos de significado económico. El infante valoriza el pecho materno, la niña su-, muñecas, el Buda la contemplación, el pensa-

## El capital y el dominio de la naturaleza

miento ecoeéntrico la biosfera, el fetichista los tobillos femeninos, y así por el estilo. No son todas malas abstracciones, por decir lo menos, más que lo sería mirar a las matemáticas como un crimen, o la abstracción de Marx cuando desarrolla sus conceptos de valor con el fin de la emancipación del trabajo. Las abstracciones -incluida la cuantificación- no necesitan tanto ser patológicas como mantener un retorno diferenciado hacia lo sensual-concreto, tal como lo vemos en la ciencia más fructífera. O cuando, como en el caso de las matemáticas «puras», las abstracciones son puestas entre paréntesis fuera del mundo externo. Esto es, un matemático no confunde sus abstracciones con la realidad, a menos que se trate de un psicótico. E incluso si es un psicótico, carece de los medios para producir realidad bajo el imperio de su abstracción. Para el capital no es así, ya que convierte al mundo sensible en una abstracción, con el fin de producir valor. Puesto que el mundo sensible sigue siendo sensible, esto es ecosistémico, esta conversión se vuelve una fragmentación de proporciones devastadoras y conduce a un nuevo orden de dominación.

Cualquier cosa que se produce tiende a servir algún propósito, y cubre una necesidad, incluso si esta es frívola, destructiva o fantasiosa. De tal modo, una clase de valor se adhiere a todos los objetos producidos de acuerdo a las necesidades que ellos cubren o, para elegir otra palabra, su utilidad. Para las cosas producidas, el *valor de uso* representa la conjugación del trabajo y la naturaleza y ocupa la frontera entre la naturaleza humana y la naturaleza en general. Y porque la naturaleza humana entraña la participación de la imaginación, no hay valor de uso que no se incluya en una dimensión subjetiva e imaginaria, sea ésta la comodidad de una manta, el gusto del vino, la anticipación de la vida potencial que se encuentra en una semilla, y así por el estilo.

El valor de uso es esencialmente concreto: es una función cualitativa, compuesta de distinciones sensibles e intelectuales con otros aspectos del mundo, incluidos otros valores de uso. Al ser cualitativo, retiene el rasgo esencial de diferenciación, que elementos distintos pueden reconocer otro y formar enlaces y asociaciones. Los valores de uso pueden deformarse cuando vienen a expresar modos alienados de ser -que, ante todo, puede decirse de los valores que se expresan en un espectáculo de juegos de televisión, o cualquier otra mercancía que refleje falsas necesidades-, como vehículos deportivos, cerveza «light», revistas de modas, armas de puño y así por el estilo. Pero porque son también concretos, pueden ser restaurados, como un artículo «usado» puede repararse o darle brillo. Ciertamente, la reparación de la crisis ecológica requiere, precisamente, esa restauración.

No todos los valores de uso se unen a mercancías. Sin embargo, todas las mercancías tienen un valor de uso, puesto que ninguna se compraría o intercambiaría por alguna otra al menos que tuviera alguna utilidad.<sup>15</sup> Pero también tienen otra clase de valor, que surge del hecho de la intercambiabilidad propia de todas las mercancías: el

*valor de cambio*. En agudo contraste con los valores de uso, aquí lo sensible y lo concreto están eliminados por definición. Todo lo que se retiene como la marca de la intercambiabilidad es la cantidad: este ítem  $x$  es intercambiable por tantos de  $y$ , el que a su vez es intercambiable por tantos de  $z$ , y así de seguido, con ningún fin intrínseco. Cualquier cualidad concreta rompe la cadena: sólo el número es suficiente, y el dinero es la corporización de ese número. De allí que el dinero es fundamentalmente cantidad, la que transforma su valor de uso. Simmel agrega: «La cantidad de dinero es su cualidad. Dado que el dinero no es nada más que el medio indiferente para propósitos concretos e infinitamente variados, su cantidad es la única determinación importante en lo que nos concierne. Por referencia al dinero, no preguntamos qué ni cómo, sino cuánto»."

No hay nada en el universo como esto. Los valores de uso requieren participación de la naturaleza, pero los valores de cambio están hechos para cuantificar la naturaleza. El ascenso de la cantidad sobre la cualidad otorga a estas relaciones la capacidad para el mal, una vez que la función de valor avanza hacia el centro del escenario, como en el capitalismo. En esta pérdida de lo sensible y lo concreto, la función abstracta se abandona a las ilusiones del poder. Precisamente porque la naturaleza ha sido separada, con sus límites e interrelaciones -en resumen, su ecosistema-, ya no hay ningún límite interno para la función de valor. Éste puede expandirse vigorosamente. La cantidad pura puede expandirse de manera infinita sin ninguna referencia al mundo externo, aunque la criatura cantidad-uso permanezca mucho tiempo en ese mundo. Y si hay alguna voluntad de poder en la criatura que hace para sí misma la función de valor, llevada hacia adelante desde los modos tradicionales de dominación, asimismo puede, entonces, marchar hacia el infinito.

A lo largo del camino, las posibilidades para el reconocimiento son separadas. Simmel señala dos aspectos: que la valorización tiene lugar en el ser humano, i.e., «parte del mundo natural». Y que no es el mundo en sí mismo, sino «más bien el mundo completamente percibido desde un punto particularmente ventajoso». La abstracción en el dinero deja indeterminadas las dos partes formalmente distintas del valor, que toman caminos separados -y la criatura que subsume los dos caminos, el *Homo oeconomicus*, o la personificación del capitalista- se fragmenta internamente y hacia el mundo. De allí que el valor que va hacia adelante en la economía es también la ruta que torna nuestra diferenciación de la naturaleza en un régimen de fragmentación, lo que es decir, uno de eco-desintegración auto-perpetuante.

La transformación del capital de una parte antigua del sistema económico en el monstruo que devora al mundo, reproducido por el capitalismo, ocurre cuando la función valor se apropia del trabajo mismo. Para que esto tuviera lugar, fue necesaria una serie extensa de desarrollos primarios, que afectaron tanto la historia del dinero como la

## El capital y el dominio de la naturaleza

del trabajo.

Mucho antes que el capitalismo surgiera como tal, los gobernantes apreciaron el poder del dinero y lo impusieron a las masas -que manifestaron una significativa reluctancia a tragarse el anzuelo. Como un lejano clamor de la concepción ideológica de Adam Smith, según la cual la especie tiene una propensión innata a cambalachear, trocar e intercambiar (en otras palabras, que el capitalismo es parte de la naturaleza humana), el uso del dinero fue, de manera característica, un hábito adquirido, a menudo mediante el sufrimiento de un grado suficiente de coerción. Con respecto a Europa, como la cuna del capitalismo que conocemos, el fenómeno merece atención especial. Alexander Murray ha señalado una especie de punto crítico ocurrido alrededor del primer milenio, en el que una sociedad no sólo sin familiaridad con el dinero, sino realmente resistente a él, se convirtió en una de las ruedas que fue crecientemente lubricada con el lucro.<sup>17</sup> En los tiempos carolingios, las monedas fueron introducidas desde arriba en una matriz que no «utilizó» su valor de cambio, donde fueron tratadas principalmente en su segunda función, como una mercancía a ser intercambiada junto con otras. Muchas monedas fueron fundidas en lingotes, otras fueron dadas directamente a los pobres, otras convertidas en ornamentos y cálices de plata y otras aún se encontraron inutilizadas en varios lugares de almacenaje. Tuvieron que imponerse multas y penalidades, como los azotes, para estimular el ingreso a las glorias del intercambio del pueblo de la «Era Oscura». Murray concluye que el dinero fue considerado «extraño y sospechoso» y mantuvo una «inercia física» responsable. Pero creería que dicha inercia física se afirmó en una intuición de la ruina inherente a la extraña función de valor: una presciencia, configurada en un tiempo por la Iglesia Católica, de que el mismo dinero se convertiría en una cuña quebrantadora de la integridad de los mundos de vida comunitaria. En cualquier caso, no cabe duda que el monetarismo medieval eventualmente ingresó con rapidez en la actividad económica y preparó el camino para el capitalismo. Mediante su función de facilitar el intercambio, el dinero incrementó su propio valor, fomentó la avaricia, llevó a la usura y creó la demanda para su propia acumulación. Surgió la producción de dinero -así Inglaterra tuvo diez cecas en el siglo X y 70 un siglo más tarde. Y los bancos, que en la era antigua fueron al principio una ocurrencia popular, llegaron a Europa con la fundación del Banco de Venecia, en 1171.

La expansión y centralización del comercio, las funciones bancadas y la urbanización, fomentaron la racionalización y el progreso tecnológico. Como lo sugiere la localización del primer banco europeo en Venecia, este costado del proceso se adelantó en el Mediterráneo, en su mayor parte en las ciudades-estado italianas. Venecia, junto con Génova y Florencia, se convirtieron en los centros conductores de la manifestación financiera temprana. Más tarde, el saqueo lusohispano del Hemisferio Occidental (abierto por el genovés Colón) proveyó los lingotes para que el capital financiero que admitió

## El capital y el dominio de la naturaleza

Europa -cuya economía había permanecido retrasada con respecto a los centros asiáticos hasta mediados del siglo XVII- comprara su camino hacia la hegemonía.<sup>18</sup>

En cuanto a la relación de trabajo, fue lejanamente desarrollada en Europa septentrional, especialmente a través de la transformación agrícola de Inglaterra. Aquí, el factor crítico fue el que Marx refirió como la separación del obrero de sus medios de producción (que en la sociedad capitalista significa la tierra y, de manera más general, la naturaleza). En una de las muchas referencias de Marx acerca de esto, lo formula en los siguientes términos:

Uno de los prerequisites del trabajo asalariado, y una de las condiciones históricas para el capital, es el trabajo libre y el intercambio del trabajo libre por dinero, con el fin de reproducir el dinero y convertirlo en valores, que serán consumidos por dinero, no como valor de uso para el goce, sino como valor de uso para el dinero. Otro prerequisite es la separación del trabajo libre de los medios objetivos de su realización... de los medios y materiales de trabajo. Esto significa ante todo que el obrero debe ser separado de su tierra, que funciona como su laboratorio natural... la relación del obrero con las condiciones objetivas de su trabajo es una de sus propiedades: esta es la unidad natural del trabajo con sus prerequisites materiales. [Bajo estas circunstancias] el individuo se relaciona consigo mismo como propietario, como dueño de las condiciones de su realidad. La misma relación se mantiene entre un individuo y el resto.<sup>19</sup>

La separación requiere la expropiación violenta.<sup>20</sup> El número de despojos comenzó a acelerarse desde mediados del siglo XVII, a medida que los lingotes americanos comenzaron a ingresar en las economías europeas. Tuvieron lugar de manera más sistemática en Inglaterra, bajo la forma de «cercamiento» de las comunidades, i.e., de la propiedad colectiva de la tierra. Tuvieron lugar en otras partes de Europa como precondition para la llegada del capitalismo al subcontinente. Tuvieron lugar a través del «Nuevo Mundo» y en Africa, donde millones tras millones fueron desposeídos, de modo que las grandes empresas capitalistas y los traficantes de esclavos pudieran engordar. Y hoy continúan teniendo lugar, con la expropiación de los jardines comunitarios de la ciudad de Nueva York, o dondequiera los campesinos se hayan retrasado en el camino de la acumulación como, por ejemplo, en México, donde el NAFTA fomenta su expulsión de los *ejidos* mediante la importación de maíz barato,<sup>21</sup> y en las maquiladoras o cruzando la frontera (y también a través de la mitad del mundo que yace vulnerable a la globalización). La separación de los pueblos de sus medios de producción y su herencia común, transfigura el concepto de propiedad y crea el fundamento social del modo de producción capitalista. La penetración de los mundos vitales por el capital es un gesto que se reproduce continuamente. En este caso, la separación tiene dos aspectos: la remoción física y jurídica de los productores de la apropiación de sus propias

## El capital y el dominio de la naturaleza

vidas y, al lado de esto, la alienación o extrañamiento entre el obrero y el producto, el método de trabajo empleado, las relaciones con otros obreros (y, por extensión, de todas las relaciones sociales) y, finalmente, de su propia naturaleza humana. El sentido cuádruple del trabajo alienado fue descrito por Marx en sus primeros escritos filosóficos. Más tarde, en la síntesis madura de *El capital*, lo amplificó con la famosa concepción del fetichismo de la mercancía, una inspiración en el camino que conduce de la producción de valor a la mistificación de la naturaleza de las cosas producidas, de modo que las mercancías se consideran como personas y las personas como cosas, en un frenesí de extrañamiento.<sup>22</sup>

La separación/alienación/división es el gesto fundamental del capital. Se aplica a la expropiación de los campesinos, pero también vigorosamente al sistema industrial, donde las destreza tecnológica al servicio de la expansión del valor pone el toque final al dominio de la naturaleza. Así como se alzó la Revolución Industrial, en su vigilancia del trabajo disciplinado, así tuvo que integrarse con la maquinaria el trabajo humano individual y coordinarse en una escala siempre creciente. Así como los pueblos de la temprana Edad Media fueron coaccionados para aceptar la lógica del dinero, del mismo modo los pueblos de la primera modernidad se vieron forzados a aceptar la lógica de los límites temporales de la acumulación. Los salarios se convierten en capital sólo si se sitúan en un esquema rígido de temporalidad lineal, del mismo modo en que un intervalo abstracto es la única manera de computar el valor de cambio como fuerza de trabajo o de medir la plusvalía que se extrae de ella. Para este cómputo, se requirió la tecnología en la forma de relojes, junto con las nuevas formas de socialización y una cultura religiosa y moral que las reúne a todas y justifica el completo acuerdo ante los ojos de Dios."

Por consiguiente, la ciencia, la tecnología y la industria se juntan todas en un paquete y, bajo la égida del capital, vienen a expresar sus poderes de división. En la primera fase del capital, se reveló de manera impresionante su conexión interna con la bifurcación de género de la naturaleza, en la sangre derramada durante las grandes cazas de brujas de la temprana Europa moderna, y por medio de ideólogos de la ciencia tales como Francis Bacon. A medida que madurara el sistema, se manifestarían sus poderes de ecodestrucción latentes bajo la égida de la industrialización.<sup>24</sup>

Entonces, la industrialización no es una fuerza independiente, sino el martillo con que se remacha la naturaleza por el bienamado capital. La forestación industrial destruye los bosques; la pesca industrial destruye las pesquerías; la química industrial produce alimentos monstruosos; el uso industrial de combustibles fósiles crea el efecto invernadero, y así de seguido... todo por amor a la expansión del valor. Lo que es más importante, la producción técnicamente conducida del orden industrial, demanda una expansión de la oferta de energía, con el fin de que combustibles como el carbón, el gas

natural y el petróleo sean, de lejos, los candidatos más probables. Esos combustibles representan la actividad ecológica pasada: innumerables residuos de bienes químicos desarrollados por criaturas vivientes en interacción con la luz del sol, durante centenares de millones de años, ahora transformados en energía calórica para propulsar los instrumentos de la sociedad industrial. Cada uno conduce al paseo de compras derrochador de chatarra plástica, hecha de combustible fósil, que degrada los eónes del orden ecológico en humos cálidos y nocivos. Leí en algún lado que en un solo día el mundo industrial consume el equivalente de diez mil años de actividad bioecológica, una proporción cercana a 3 ó 4. millones a uno. Con este despilfarro y la apuesta asociada con materiales de todo tipo, los potenciales entrópicos inherentes a la producción social alcanzan niveles de ecodesestabilización en una escala expandida. La marcha asombrosa de la decadencia entrópica, se ha convertido en noticia sólo en época reciente, porque la tierra es lo suficientemente considerable como para haber amortiguado sus efectos en los pasados treinta años o cosa así, momento desde el cual hemos tenido una obstrucción de los «sumideros», junto con un nivel de producción siempre en alza.

El fenómeno de la separación expresa el núcleo gestual de la ecodesintegración, pues la separación en el sentido físico y en el social corresponde a la división en el sentido ontológico. La división extiende la separación de los elementos de los ecosistemas pasados al punto donde interactúan para crear nuevos Todos. O, desde otro ángulo, hasta el punto en que se derrumba la dialéctica que constituye a los ecosistemas. Se sigue que la crisis ecológica no es simplemente una manifestación de los efectos macroeconómicos del capital, sino que también revela la extensión en la ecosfera de la alienación capitalista. Y como esta alienación -y la entera estructura del sistema- se asienta en la relación entre el capital y el trabajo, se concluye también que la crisis ecológica y la explotación capitalista del trabajo son dos aspectos del mismo fenómeno.

La matriz histórica de éste se forjó en la época en que las personas de la clase dominante naciente subyugaron al trabajo en el sistema del valor de cambio, convirtiendo a esa fuerza de transformación de la naturaleza en una mercancía que se vende por un salario. La relación salarial, en la que una capacidad de trabajo se transforma en dinero equivalente y se paga en el mercado, es mucho más vieja que el propio capitalismo y no fue la única forma de trabajo en los mercados capitalistas emergentes.<sup>25</sup> Es necesario decir que tampoco es un mal necesario en todas y cada una de las instancias en que aparece. Pero su generalización entre los medios por los que el mismo capital se produce permanentemente, altera el paisaje del ser humano en una dirección antiecológica.

El capitalismo se convirtió en un sistema acabado cuando las condiciones políticas, económicas, jurídicas y culturales se reunieron finalmente en una máquina autoexpandida para convertir a los seres humanos en obreros asalariados en las fértiles planicies de los

## El capital y el dominio de la naturaleza

mercados de trabajo. Esta rueda tuvo muchos giros, pero el definitivo llegó cuando la clase capitalista tomó el control pleno del estado, durante las distintas revoluciones burguesas. Entonces, todas las funciones del estado arriba mencionadas fueron subsumidas en los objetivos del capital. La meta de la producción se convirtió en acumulación de valor, los valores de uso se subordinaron a los valores de cambio, la plusvalía producida se transformó en el alfa y la omega de la economía y las relaciones ecológicas fueron fragmentadas y abstraídas de su diferenciación mutua. En la última etapa, neoliberal-globalizada, el incremento de la explotación de género se convierte en norma para las grandes masas de la humanidad, tanto como las mujeres de clase alta de las metrópolis logran ganancias sustantivas en el orden burgués. Entretanto, persisten las divisiones raciales y étnicas y, como una defensa contra ellas, deviene la atomización última, que es el *lelos* del capital. Por doquier se incrementan las diferencias -de riqueza, de estatus, de valores-, estrato sobre estrato homogéneo. Se construye en la sociedad el no reconocimiento del prójimo, por lo cual se experimenta un movimiento hacia el nihilismo. La naturaleza humana se separa de ella misma, y lo que ha sido sólo una potencialidad lógica, se convierte en realidad histórica, cuyo lógico resultado es la sumisión completa del globo al régimen del valor.

### Interludio filosófico

Quiero extenderme en unas pocas observaciones. En realidad, para hacer justicia al tópico se requeriría otro volumen, mientras que ignorarlo por completo dejaría pendientes demasiados hilos de la argumentación. De hecho, hemos estado interviniendo en los debates filosóficos a todo lo largo del trabajo, aunque sin manifestarlo explícitamente. Aquí sólo necesitamos agregar algo más, como para dar un rodeo sobre la materia, antes de lanzarnos sobre la cuestión de las formas de transformar el capital.

El ecofilósofo australiano Arran Gare desarrolla el concepto de una especie de «giro erróneo» tomado por la civilización, una manifestación del cual fue el postulado de un reino superior del ser sobre el mundo de la mera materia. Llamáramos a esto el reflejo filosófico del dominio de la naturaleza. Lo que toma al principio la forma del neoplatonismo, esto es, la cuna del cristianismo, es para nosotros menos importante que el hecho de que una idea de este tipo se preserva y reproduce a sí misma de acuerdo con circunstancias históricas específicas. Esta fue la mutación que engendró el vuelo fuera del cuerpo del cristianismo, dejando en su despertar un espacio de abstracción desde el cual puede trazarse la línea del capital. Como lo pone en claro el relato de Gare, quienes proponen esta actitud infestan el pensamiento de muchas apariencias no religiosas; por ejemplo, el *materialismo meeanieisla*, instalando la amortiguación de la materia me-

dian­te el abandono de la for­ma­ti­vi­dad de la na­tu­ra­le­za, o el *darwinismo social*, que na­tu­ra­li­za la co­pe­ten­cia ca­pi­ta­li­sta, vién­do­le en ella un prin­ci­pio fun­da­men­tal de la vi­da.<sup>26</sup>

Mien­tras re­ducir las ideas a in­te­re­ses ma­te­ri­a­les es un sin­sen­ti­do (pues­to que los in­te­re­ses ma­te­ri­a­les in­c­lu­yen ideas y es­tán co­n­fi­gu­ra­dos por ideas), es ne­ce­sa­rio ob­ser­var to­do pen­sa­mien­to co­mo co­yun­tural, co­mo pue­de ha­cer­lo cual­quier no fi­ló­so­fo, pe­ro tra­tar de otorgar un sen­ti­do a la pa­la­bra que nos ar­ro­jan en­ci­ma. To­dos los pen­sa­do­res tie­nen po­si­cio­nes, y to­man po­si­cio­nes, de las cua­les son ex­pre­so­nes sus pro­pi­as fi­lo­so­fías. An­tes de que hu­bie­ra un neo­pla­to­nis­mo hu­bo un pla­to­nis­mo, que fue el pri­me­ro en elabo­rar la idea de las esen­cias. Y sa­be­mos lo su­fi­cien­te acer­ca de Pla­tón co­mo pa­ra re­co­no­cer que el im­pul­so de­trás de su pen­sa­mien­to fue es­ta­ble­cer el go­bierno de los fi­ló­so­fos. Y, en­tre­tan­to, so­me­ter al pue­blo co­mún ba­jo un es­ta­do fu­er­te, que con­den­sa­ba las re­la­cio­nes de cla­se en prin­ci­pios ab­stra­ctos mien­tras los mis­ti­fi­ca­ba con pro­pa­gan­da. En­ton­ces, don­de­qui­e­ra se po­stule una «re­a­li­dad su­pe­rior» sus­ten­ta­da so­bre la me­ra re­a­li­dad, po­de­mos es­pe­rar que el pen­sa­dor en cues­tión ten­ga de al­gún mo­do en men­te la in­sta­la­ción de un sis­te­ma de cla­se con -es pre­ci­so de­ci­ri­lo- él mis­mo del la­do de los go­ber­nan­tes. Así fue en el ca­so de Pla­tón y, en tie­mpos re­cién­tes, en el del gran Ma­rtín Hei­degger, cuya on­to­lo­gía no pue­de -y más aún en este pun­to, no debe- ser se­pa­ra­da de su na­zis­mo ex­pli­ci­to.<sup>27</sup>

Hei­degger es de im­por­tan­cia ca­pi­tal, da­do que su pen­sa­mien­to es mi­ra­do muy en se­rio por los eco­lo­gis­tas pro­fun­dos, par­ti­cu­lar­men­te por re­fe­ren­cia a la crí­ti­ca de la tec­no­lo­gía, en la que él asu­me la ta­rea de de­po­si­tar el con­cep­to de causa efí­ci­en­te.<sup>28</sup> El fi­ló­so­fo pre­gun­ta: ¿no es aca­so el mis­mo con­cep­to de causa efí­ci­en­te con­co­mi­tan­te con la do­mi­na­ción tec­no­lógica? Por con­si­guen­te, ¿no per­petúa el ex­tra­ña­mien­to de la na­tu­ra­le­za y, en de­fi­ni­ti­va, la crisis eco­lógica? Pa­ra Hei­degger, la causa efí­ci­en­te no es­tá a­par­ta­da de la causa in­stru­men­tal, co­mo he­mos so­steni­do, si­no que es esen­cial­men­te in­stru­men­ta­li­dad plena.

Y pro­si­gue: ¿por qué ver una «*causa efficiens*» que «origina el efecto que es [el pro­duc­to] ter­mi­na­do» y con­ver­ti­r­la en «la nor­ma pa­ra to­da cau­sa­li­dad», sin con­si­de­rar al mis­mo tie­mpo las o­tras cau­sa­as aris­to­té­licas: la *causa materialis*, o ma­te­ria de la que es­tá he­cha la co­sa; la *causa for­malis*, la co­n­fi­gu­ra­ción o for­ma en la que el in­gre­sa; y la *causa finalis*, el fin por el cual se ha­ce? La au­tén­ti­ca ac­ti­tud tec­no­lógica no pri­vi­le­gia cual­quier as­pec­to de la cau­sa­li­dad, si­no que más bien ve a las cua­tro co­mo «los mo­dos, to­dos a la vez per­ten­e­cien­tes el uno al o­tro, de ser re­spon­sa­bles de al­gu­na co­sa». De­se­de o­tro án­gu­lo, Hei­degger si­túa una re­la­ción mu­cho más ín­ti­ma y no lineal en­tre causa y efec­to que es trans­fe­ri­da al con­cep­to de causa efí­ci­en­te, vi­sta co­mo una es­pe­cie de de­miur­go si­tu­a­do tras el mun­do y mo­vién­do­lo.

El con­cep­to se de­sar­rol­la en re­la­ción con un cáliz de pla­ta he­cho co­mo un va­so

## El capital y el dominio de la naturaleza

sacrificial. Empleando términos tales como «obligación», «consideración» y «reunión», Heidegger lo transfiere a la forma en que un humano que usa herramientas toma la responsabilidad de la «procreación» o *poiesis* del nuevo ser. En su último período (este ensayo fue compuesto en primer término para una conferencia a principios de la década de 1950), Heidegger vio la verdad del ser como un «presenciarse». De allí, «cada ocasión en que cualquiera pase más allá de la no presencia y se adelante en presenciarse, es *poiesis*, procreación». Entonces Heidegger, lejos de ser antitecnológico, ve a la tecnología, idealmente, como una forma elemental de «llegar al ser», que es la contribución humana a lo real. Es estar situado al lado de la procreación de la naturaleza, o *physis*, por lo cual esto significa «el surgimiento de algo fuera de sí mismo», como la «apertura de un pimiento en flor».

La procreación reúne los cuatro modos de causalidad. De allí que la revelación, o el presenciarse, es el modo más alto de la tecnología. Siguiendo al sentido griego de la palabra, Heidegger localiza esta verdad significándola como *techné*, y agrupa los enfoques técnicos de la realidad con «las artes de la mente y las bellas artes».

Cualquiera que construya una casa o un barco, o forje un cáliz sacrificial, revela qué es ser procreación, de acuerdo a los leoninos de los cuatro modos de ocasionarla. Esta revelación los reúne adelantando el aspecto y la materia del barco o de la casa, con una visión de la cosa terminada, imaginada como completa, y desde esta reunión determina la manera de su construcción. De este modo, lo que es decisivo en la *techné* no se halla siquiera en hacer y manipular, ni en el uso de los medios, sino más bien en la revelación mencionada antes. Es como revelación, y no como manufactura, que la *techné* es una procreación, (p. 295)

Bajo las condiciones de nuestro extrañamiento, las cosas no han sido trabajadas de este modo: «la revelación que se mantiene a todo lo largo de la tecnología moderna no se desenvuelve en una procreación en el sentido *de poiesis*». En su lugar, es un «desafiante... que plantea a la naturaleza una demanda irrazonable como es el suministro de la energía que pueda ser extraída y almacenada como tal». La tierra está ahora reducida a un repositorio de recursos, y esto degrada tanto la práctica agrícola como la minera. Es un «expedirse» directamente hacia «la obtención del máximo rédito con el mínimo de gasto». Hay una «monstruosidad que reina aquí», para cuya descripción Heidegger despliega otra serie de términos ontológicos que se unen con el de desafiante: «exposición», «ordenamiento» y «situación de reserva» (esta es una especie de hipóstasis, en la que «todo se ordena para estar cerca, tener inmediateamente a mano, ciertamente situarse allí sólo del modo que pueda ser convocado para un ordenamiento ulterior»),

Heidegger integra esta crítica en el término «ins-pección» (*Ge-stell*). Este se refiere a la dependencia de la tecnología moderna con respecto a la ciencia física. Más profun-

damente, sugiere el modo en que el ser es congelado y constreñido bajo la condición espiritualmente desolada de la modernidad. De aquí, Heidegger deriva muchos de los fenómenos inherentes a esta forma de ser técnica, desde la reducción de Dios a mera *causa ejilciens* al autoextrañamiento del «hombre». «Donde este ordenarse se mantiene, conduce a toda otra posibilidad de revelación». De este modo, la tecnología informada se convierte en hegemónica, y la verdadera posibilidad de la verdad se marchita.

Pero Heidegger concluye su ensayo de manera optimista: hay un «poder salvador» que crece en medio del peligro planteado por la inspección. Pues hay asimismo una «concesión» en el medio de la tecnología, que puede ser reunida con el poder salvador. ¿Cómo? Si «ponderamos este aparecer» y, recolectándolo, «observamos sobre él». De este modo, podemos ir más allá del concepto de tecnología como un instrumento, no derivado de la «actividad humana», sino de la «reflexión». Podemos «ponderar el hecho de que todo poder salvador debe ser una esencia superior, la que es puesta en peligro, aunque al mismo tiempo allegada a él». Específicamente, Heidegger convoca a un realce de la dimensión artística, no sólo con propósitos estéticos sino, como lo hicieron los griegos, con el objeto de la revelación. «Cuanto más cercanos estamos al peligro, comienzan a lucir más brillantes los caminos del poder salvador y nos hacemos más cuestionadores. Pues cuestionar es la piedad del pensamiento» (p. 317).

A partir de este punto, nos permitimos cuestionar a Heidegger; aunque tal vez no con piedad. Comencemos con la cuestión de la universalidad. Debería creerse que un pensador de la magnitud de Heidegger, una de las luminarias filosóficas del siglo XX, debe situarse ante el *todo* de la humanidad, si él demanda respeto. Y, ciertamente, él reclama precisamente esto aunque sea sólo por su referencia continua al «hombre» como sujeto y objeto de su discurso. Es decir: «¿Quién lleva a cabo el desafiante ponerse-sobre a través del cual lo que llamamos real se revela como situado en reserva? Obviamente, el hombre. ¿Hasta dónde este hombre es capaz de tal revelación?» (p. 299). Podemos traducir esto así: ¿quién es el agente de la relación patológica con la tecnología, que es la causante de la crisis ecológica? La respuesta es autoevidente: el hombre. Sin embargo, el cuestionamiento a Heidegger puede comenzar en este punto. Pues el uso de un «hombre» indiferenciado como agente de la degradación tecnológica es una forma altamente dudosa de confrontar con la crisis ecológica.

¿Quién es este «hombre»? Lógicamente es alguno o todos, y si se trata de lo último, somos todos nosotros como masa indil'erenziata, o todos nosotros en alguna clase de relación interna. Una jerarquía tal como el patriarcado o la clase, como lo hemos visto. En otras palabras, una articulación del mundo social.

Esta visión articulada nos abre a una comprensión efectiva de la crisis. Pero no es una elegida por Heidegger quien, en lugar de la articulación del carácter real de la humanidad, la fragmenta en dos mitades igualmente insatisfactorias. De manera mani-

## El capital y el dominio de la naturaleza

fiesta, el filósofo habla de un concepto del «hombre» indiferenciado. Sin embargo, habla concreta y prácticamente para las elites de Europa del norte. Heidegger habla realmente sólo para alguna gente, pero como esto violaría absolutamente el espíritu de su discurso y la abstracción suprema de su lenguaje, asciende hacia el confuso reino de un sujeto falsamente unversalizado.

¿Cómo sabemos que Heidegger sólo habla para las clases dominantes de Europa septentrional? Está el asunto de su historia personal, la que sólo fue evadida y jamás repudiada durante los años en que se gestó su ensayo. El joven Heidegger fue agudamente consciente de que las formulaciones filosóficas eran reflejo de las luchas reales, que no pueden alcanzar plenitud a menos que el filósofo intervenga en esas luchas. En este espíritu, conectó su proyecto filosófico de curar la enfermedad de la sociedad moderna con el nacionalsocialismo, como el partido capaz de curar esta lesión haciéndose cargo del poder del estado en Alemania.<sup>21</sup> La carrera nazi de Heidegger fue uno de los grandes escándalos intelectuales del siglo XX y su deshonra contribuyó indudablemente a cierta tendencia gnómica en su último pensamiento, tal como vemos en un ensayo de esta clase, donde las frases elípticas, los neologismos y los escurrimientos a través del lenguaje de la antigüedad para darles autenticidad, mantienen la ilusión de que no necesita enunciarse ningún programa específico para la transformación. Pero el nazismo no hubiera sido nada sin un proyecto específico. Puede decirse cualquier cosa acerca del Tercer Reich, pero no cabe duda que quienquiera esté signado por sus principios (y Heidegger fue miembro del partido) afirmará una visión del mundo radicalmente racista. Y en ese mundo, por supuesto, las elites noreuropeas ocupan el papel del amo.

En este texto podemos ver directamente que Heidegger rehusa definir un agente específico de la crisis. Sin embargo, su lógica demanda mucho esa definición. También podemos ver por qué la cuestión de la causa eficiente es desagradable para él y cómo esta metodología, fielmente usada, descubriría su asombrosa parcialidad. Y así Heidegger habla abundantemente de la revelación expresada en la producción de un cáliz de plata, pero glosa de manera artesanal la historia que ha degradado -o sus asociaciones espirituales así descritas. Pero, ¿quién ha hecho cálices alguna vez? ¿Por qué no dirigirse a la gente que produce muñecas Barbie, o metilisocianato, o zapatillas sobrepreciadas, o bombas racimo? ¿Y quién puede parar de hacer tales cosas si quienes las hacen no están dispuestos a morir de hambre, o a perder su seguro de salud, o a dejar impaga la hipoteca sobre su casa? ¿Y no son las condiciones reales de su trabajo los elementos causales del deterioro de su *techné*?

En otra parte, Heidegger habla del «guardabosques», quien ya no permite «caminar por el bosque del mismo modo que lo hizo su abuelo», pues está «hoy a órdenes de la industria que produce maderas para comercializar», y así hace de él un «subordinado al orden de la celulosa». Está muy bien hablar de esto pero, ¿por qué no hacerlo de la

«industria» como un motor causal? No porque sea la esencia de la «industrialización» que conlleva, sino porque está puesta al servicio del señor del capital que reduce los árboles a celulosa. No debería hablarse de esto sólo en términos metafóricos: ¿qué es la industria? En ella están involucradas personas reales, que personifican las grandes fuerzas del sistema del capital, pero que también deben ser responsabilizadas moral, política y jurídicamente, como debería haberse responsabilizado por Bhopal a la administración de la Union Carbide.

Similares reflexiones merecen los campesinos cuya ruina lamenta Heidegger, y que fracasaron y continúan fracasando en todo el mundo por la intromisión del mismo motivo de la ganancia. Y, por supuesto, sucede lo mismo para una de sus inspiraciones más importantes, acerca de que hay algo activo que trabaja en el mundo que «plantea a la naturaleza una demanda irrazonable, como es el suministro de la energía que pueda ser extraída y almacenada como tal». ¿Se trata simplemente de algo así como el nacimiento de Atenea desde la cabeza de su padre? ¿O es el producto de una vasta transformación, sólo comprensible en términos de la fuerza inexorable del capital? ¿Es la exfoliación autoprovocada de un extrañamiento original, llevado adelante sin mediación alguna en el mundo real? Entonces, todavía quedan sin explicar los muchos simulacros de dichas mediaciones, tales como los mercados de valores, los oleoductos, las tarjetas de crédito, la policía y los ejércitos.

Si alguien traza todas las inferencias apropiadas que apuntan a tal conclusión, pero rehusa llamarla tal, entonces está mistificando y, como sucede con todas las mistificaciones, apoyando el *status quo*. Es chocante cuán cercanamente la crítica de la tecnología de Heidegger puede aplicarse al sistema del capital, aunque jamás se cruce ningún puente hasta ese punto. Esto no es negar que su crítica va más allá de las inspiraciones ordinarias derivadas de la política económica. En cuanto lo intenta, las inspiraciones de Heidegger son profundas: acrecientan nuestra perspectiva de lo que es erróneo y acerca de lo que hay que hacer para corregirlo de un modo que posiblemente no logre ningún análisis de economía política acerca de la crisis ecológica. Pero lo que es profundo simplemente nada en una profundidad inaccesible e insignificante. Más aún, puede ser usado con propósitos malignos. Nos ocupamos de Heidegger no por ser una eminencia filosófica, sino porque un razonamiento de este tipo se ha utilizado de manera repetida para esa clase de propósitos. Por consiguiente, detrás del discurso «ecológico» puede acechar el espectro del fascismo. Regresaremos sobre este tema en la Tercera Parte.

La filosofía puede y debe ser una fuerza activa, que extienda el alcance de la economía política. Por referencia a esto, me parece necesario postular un principio metodológico que incorpore la meta suprema de la reintegración de los ecosistemas. Hemos visto cómo el mundo del capital se resuelve en las secuelas de la fragmentación.

## El capital y el *dominio de la naturaleza*

Y cómo la integralidad ecosistémica depende de manera crítica de la diferenciación. Se concluye que necesitamos superar la fragmentación con la diferenciación, tanto en el pensamiento como en la práctica. Por consiguiente, necesitamos un método que incorpore el concepto de la diferenciación.

Permítaseme recordar las condiciones para esto. Una relación diferenciada es aquella en la cual los elementos de un ecosistema se juntan todos en un proceso de reconocimiento mutuo, que respeta su totalidad e integridad. Aquí hay tres términos, cada uno de los cuales necesita explicación. Los elementos se suponen diferentes, aunque capaces de ingresar en una relación. Ingresar en esta relación requiere de la actividad específica de un agente. Y, finalmente, el reconocimiento mutuo implica identidad-en-la-diferencia. Entidades que, cualesquiera que fueren, definen al ser en relación con el otro. En este caso, estamos hablando de aportar ideas de conjunto diferentes y, como hemos visto para otros aspectos de la producción diferenciada, como la jardinería, tenerlas de tal modo que la vida en ellas pueda expresarse como la formación de un todo integral.

Como reflexión momentánea, diremos que estamos hablando de un proceso definido ampliamente como *dialéctico*. Y puesto, que también podemos reclamar algún linaje de los antiguos griegos, podemos recordar que para estos progenitores de la filosofía, la dialéctica significaba llegar al conjunto de los diferentes puntos de vista con el objeto de razonar y en el interés de arribar a la verdad.<sup>3"</sup> La dialéctica no es un mero pluralismo, sino una conciencia de la incompletitud radical del simple entendimiento individual, o ego, y de las relaciones ocultas en puntos de vista diferentes. La dialéctica reconoce tanto los límites como los poderes de la mente: que somos limitados en nuestro pensamiento, debido a los insondables alcances de la naturaleza, que pueden ser comprendidos cuanto mucho de manera intuitiva. Y debido también a las peculiaridades de la individualidad humana, con su dialéctica de separación y unión. Pero que somos también poderosos por la capacidad de la imaginación de hacernos perceptivos, para ver más allá de lo dado y transformar lo real. De allí que la dialéctica como práctica sea la portadora del conjunto de los pensamientos en un espíritu dialógico de discurso abierto -un proceso de realización de lo que requiere una sociedad libre de productores asociados, que es una sociedad más allá de todas las formas de fragmentación, en especial las impuestas por la dominación de clase y de género, o la racial. Sin ésta, el genio de los que están forzados a una posición subalterna se marchitará, mientras la lógica de los amos será fatalmente corrompida por el poder.

Además de la dialéctica como práctica, está la cuestión de la dialéctica como lógica, o teoría, de la cual apenas podemos decir aquí que debe ser una abstracción de la práctica que permanece en contacto con la práctica -esto es, diferenciada y no fragmentada de ella. Aquí, la principal categoría dialéctica es la *negación*, como la que nos dice que

una cosa es y no es la misma. De acuerdo con esto, la dialéctica debe ser también capaz de guiar a la práctica, de modo que por la realización dialéctica, la teoría es práctica y la práctica es teórica. Una condición conocida generalmente como *praxis*.<sup>31</sup>

Finalmente, en este relato altamente comprimido, necesitamos indagar acerca de la «dialéctica de la naturaleza». <sup>32</sup> Ella expone, en primer término, que ningún concepto puede privilegiar la «realidad superior» sobre el mero ser, como esta fragmentación ecosistémica engrandecerse en una metafísica. La noción de dialéctica se asienta en la formatividad de la naturaleza. Esta es, se podría pensar, la formatividad de la naturaleza refractada por medio del pensamiento humano; el flujo de la naturaleza, su ausencia y su presencia, hecho palabra. Como los ecosistemas diferenciados tenderán a recrear la vida, así la localización de la creatividad humana es dialéctica. Pero no proyectamos las leyes de la lógica dialéctica en la naturaleza, por la doble razón de que estas leyes son abstraídas de la práctica humana, y que la actividad práctica humana, incluidos los trabajos del pensamiento, es conducida a una gran remoción de los trabajos últimos del universo. No importa cómo la ciencia pueda aproximarse al conocimiento de ella, no hay forma en que la práctica humana pueda ser útilmente afectada por los grandes logros del cosmos o los finos e insondables granos de materia y energía -excepto en mostrar reverencia a su esplendor.

La precondition de una actitud ecológicamente racional hacia la naturaleza, es el reconocimiento de que la naturaleza nos supera por lejos y tiene su propio valor intrínseco, irreductible a nuestra práctica. De este modo logramos la diferenciación de la naturaleza. Es en esta perspectiva que nos aproximáramos a la cuestión de la práctica ecológicamente transformadora (o, como reconocemos ahora que es lo mismo, dialécticamente transformadora).

### Acerca de la posibilidad de reformar el capitalismo

El monstruo que está montado a horcajadas sobre el mundo, nació de la conjugación del valor y la dominación del trabajo. Desde el primero emergió la cuantificación de la realidad y, con esto, la pérdida del reconocimiento diferenciado, esencial para la integridad ecosistémica. Desde la última surgió un tipo de individualidad que pudiera nadar en estas aguas heladas. Desde este punto de vista se podría llamar al capitalismo «régimen del ego», lo que quiere decir que bajo sus auspicios emerge un tipo extraño de yo como modo de reproducción del capital. Este yo no es meramente engreído -la connotación ordinaria de «egotista». Más plenamente, es el conjunto de las relaciones que, por un lado, encarnan el dominio de la naturaleza y por el otro, aseguran la reproducción del capital. Este ego es la última versión del principio del macho purificado,

## El capital y el dominio de la naturaleza

cuyos éones emergen después de la dominación de género inicial, convertida, absorbida y racionalizada como rentabilidad y automaximización (que permite a un «poder de las mujeres» adecuado unirse a la danza). Es una pura cultura de la fragmentación y el no reconocimiento: de sí mismo, de la otredad de la naturaleza y de la naturaleza de los otros. En términos del análisis precedente, es la elevación de la meramente individual y aislada mente-como-ego en un principio reinante.<sup>33</sup>

El capital produce relaciones egoístas, las que reproducen el capital. Las personalidades aisladas del orden capitalista pueden elegir ser las personificaciones del capital, o pueden asumir el papel de imponerlas. En cualquier caso, ellas se embarcan sobre un modelo de no reconocimiento, obligado por el hecho de que el dólar omnipotente se interpone entre todos los elementos de la experiencia: todas las cosas en el mundo, todas las otras personas. Y entre el Yo y el mundo. Nada existe realmente, excepto en y a través de la monetización. Esta conformación provee un medio cultural ideal para el basilo de la competencia y la automaximización despiadada. Porque todo lo que «cuenta» es el dinero, una particular crueldad caracteriza al capitalismo, una dura y fría abstracción, que sacrificaría especies, continentes enteros (como ser, África), o sectores de población inconvenientes (como ser, hombres negros urbanos), que agregan demasiado poco a la gran marcha de la plusvalía, o pueden ser vistos como obstáculos en su camino. La presencia del valor proyecta fuera cualquier sentimiento de compañerismo o compasión, reemplazándolos con el cálculo de la expansión de la ganancia. Jamás hubo un holocausto que se practicara con tanta impersonalidad. Cuando los nazis asesinaban a sus víctimas, el crimen era acompañado por un toque de tambor racista. Para el capital global, las pérdidas humanas son necesidades lamentables.

El término valor, que subsume todas las cosas en la fascinación del capital, pone en marcha una especie de rueda de la acumulación, desde la producción al consumo y regreso, hilando siempre más rápidamente a medida que crece la masa inercial del capital y generando su campo de fuerzas como un imán de hilandería genera un campo eléctrico. Este fenómeno tiene importantes implicaciones sobre la posibilidad de reformar el sistema. Puesto que el capital es tan fantasmal y tiene también tanto éxito en la mistificación ideológica de su naturaleza real, desvía constantemente la atención de la fuente real de la ecodesestabilización hacia los instrumentos por los que actúa esta fuente. Sin embargo, el problema real es la *masa entera* del capital acumulado globalmente, junto con la velocidad de su circulación y las estructuras de clase que las sustentan. Eso es lo que genera el campo de fuerzas, en proporción a una escala propia. Y este campo de fuerzas, que actúa por medio de los innumerables puntos de inserción que constituyen la ecosfera, que crea aglomeraciones de capital siempre más amplias, pone en marcha la crisis ecológica y la preserva de ser resuelta. Pues debe tenerse por cierto un hecho: que resolver la crisis ecológica como un todo, como inmovilizarse

contra un rincón u otro, es radicalmente incompatible con la existencia de gigantescos consorcios capitalistas, el campo de fuerzas inducido por ellos, el bajo mundo criminal con el que están conectados y, por extensión, las elites comprendidas en la burguesía transnacional. Y por no resolver esta crisis como un todo, nos abrimos a nosotros mismos hacia el espectro de otra criatura mítica, la hidra de muchas cabezas, que se regenera por sí misma cuanto más tentáculos individuales se le hubieren cortado.

Comprender esto es reconocer que no hay compromiso alguno con el capital, ningún esquema de reformas que pudiera limpiar sus actos haciéndolos más «verdes» o eficientes. Exploraremos las implicaciones prácticas de esta tesis en la Tercera Parte. Aquí sólo necesitamos exponer de nuevo la conclusión en términos crudos: el capital «verde», o capital no contaminante, es preferible a la casta inmediatamente ecodestructiva en sus términos inmediatos. Pero este es un tema menor, y se aminorará con su éxito verdadero. Pues el capital «verde» (o la «inversión social y ecológicamente responsable»), por su verdadera naturaleza como capital, existe esencialmente para crear más valor, y esto lo coloca fuera de la localización verde concreta para unirse al gran consorcio, y sigue a su campo de fuerzas en las zonas de las mayores concentraciones, rentabilidad expandida... y máxima ecodestrucción.

En el capitalismo hay crisis, que son generadas por el propio capitalismo y de las cuales éste depende. Las crisis son ruinas en los procesos de acumulación, que provocan que la rueda se vuelva más lenta, pero también estimulan nuevos giros. Ellas adoptan muchas formas y tienen ciclos largos o cortos, y muchos efectos intrincados sobre las ecologías. Una recesión puede reducir la demanda y así quitar un peso de encima a los recursos. La recuperación puede incrementar esta demanda, pero también sucede que la mayor eficiencia también reduce esa carga. De este modo, la crisis económica condiciona la crisis ecológica, pero no tiene sobre ella un efecto necesario. No hay una generalización particularizada que cubra todos los casos. James O'Connor resume esta complejidad:

La acumulación capitalista provoca normalmente crisis ecológicas de cierto tipo; la crisis económica está asociada con problemas ecológicos de distinta gravedad, parcialmente diferentes y parcialmente similares. Las barreras externas al capital en las formas de la escasez, de recursos, el espacio urbano, la salud y el trabajo asalariado disciplinado, además de otras condiciones de la producción, pueden tener el efecto de elevar los costos y amenazar las ganancias. Y, finalmente, el ambientalismo y otros movimientos sociales que defienden las condiciones de vida, los bosques, la calidad del sol, las amenidades, las condiciones de salud, el espacio urbano y así por el estilo, también pueden elevar los costos y hacer menos flexible al capital.<sup>4</sup>

## El capital y el dominio de la naturaleza

Pero el capital domina a la naturaleza así vaya vías arriba o vías abajo. En Estados Unidos, los años de expansión de Clinton fueron testigos de un grotesco crecimiento en materias tales como la diseminación en la ecosfera de productos químicos tóxicos.<sup>35</sup> Mientras que la aguda caída que acompañó el ascenso a la presidencia de George W. Bush, fue inmediatamente respondida con el rechazo a los protocolos de Kioto. Desde el punto de vista de los ecosistemas, la *fase* del ciclo de los negocios es considerablemente menos importante, entonces, que el *hecho* del ciclo de los negocios y el sistema económico perverso que lo expresa.

Los problemas económicos interactúan con los problemas ecológicos, mientras que los problemas ecológicos (incluidos los efectos de los movimientos ecológicos) interactúan con los problemas económicos. Esta interacción es completa en el nivel de los árboles. Por referencia a los bosques, observamos los efectos causados por el crecimiento del sistema como un todo sobre la ecología planetaria. Aquí, el ángel negro es la ley de la termodinámica, por la que la entropía creciente aparece como descomposición ecosistémica.<sup>1</sup> El impacto inmediato de esto sobre la vida es que vigoriza la resistencia encarnada en los movimientos ambientalistas y ecológicos. Mientras tanto, la economía lleva adelante su camino de crecimiento e intoxicación, inmune a los efectos del colapso ecosistémico sobre la acumulación y cegada en su carrera hacia el abismo.

La conclusión debe ser que, independientemente de las particularidades de una interacción económica u otra, el sistema como un todo está causando daños irreparables a sus fundamentos ecológicos, y que lo hace tan precisamente cuanto crece. Y puesto que el único rasgo subrayable de todos los aspectos del capital es la presión implacable para crecer, estamos obligados, si deseamos salvar a nuestra especie -junto con otras numerosas-, a abatir al sistema capitalista como un todo y reemplazarlo por una alternativa ecológicamente viable.

## Notas

1. En El capital, Marx pone en claro cómo son necesarias la tecnología y el modo industrial de producción para maximizar la extracción de plusvalía, el sine qua non de la producción de capital. En este punto necesitamos también anticiparnos a la opinión corriente que apoya la tesis de que la industrialización es tan especialmente culpable, que fue durante el régimen de la URSS, corriendo a todo vapor en una industrialización presuntamente opuesta al capitalismo, que se fraguó una cantidad inmensa de estragos ecológicos. Trato esta cuestión en el Capítulo 8.
2. Esto no implica sostener la doctrina de la excepcionalidad europea, que ha sido desprestigiada por completo por estudiosos de la talla de James Blaut y André Gunder Frank (Blaut, 1993; Frank, 1998), quienes han demostrado de manera decisiva que no hubo un genio europeo innato que otorgara a Europa el mando del mundo capitalista. Sin embargo, hubo diferencias culturales entre Europa y otras naciones más avanzadas, como China e India, en los comienzos de la era moderna. Y es un buen asunto preguntarse si esas diferencias, con la inclusión prominente de la Cristiandad jugó un papel, no en la virtud superior de Occidente, sino en el desarrollo de su patología. Y con ella, en la patología del capital.

3. DeLumeau, 1990, documenta el extrañamiento corporal en detalles apremiantes. Para una visión de la Cristiandad en paralelo con muchos de los argumentos aquí dados, véase Ruether, 1990.
4. En Needham, 1954, Joseph Needham compendia su magistral estudio de la ciencia china. Con respecto al calvinismo y el capitalismo, no podemos aquí embarcarnos en el famoso debate. Por supuesto, véase Weber, 1916, y Tawney, 1998, como *también* Leiss, 1972; Glacken, 1973.
5. Hasta donde sé, la exposición más exigente sobre este tema y con la cual estamos más endeudados en este trabajo, es Mies, 1998. Véase también Salleh, 1997; O'Brien, 1981.
6. Mi mejor guía acerca de este modo de ser fue Stanley Diamond (Diamond, 1974).
7. En la actualidad, aproximadamente dos tercios de la producción social real es realizada por mujeres. Esta cifra probablemente es la mejor estimación de los esfuerzos productivos reales de las mujeres en las sociedades arcaicas de comunidades cazadoras (Mies, 1998).
8. Como subraya Mies (1998), este relato está en el marco del marxismo clásico, con su papel central dado a la explotación del trabajo productivo. Al mismo tiempo, discute con la concepción de Engels acerca de la primacía de la causa. En la visión canónica de Engels, la producción social se desarrolla, por así decirlo, de un modo neutral con respecto al género hasta que se reúne un excedente, que luego es expropiado mediante la violencia, la dirección de clase y la dominación de género. Sin embargo, es más convincente invocar el control violento del trabajo productivo femenino como la lesión original. Para Engels (1972), el secuestro de la propiedad parece el resultado de una agresión innata, en lugar de un acontecimiento que se generaliza históricamente en la dominación por medio del desarrollo de sistemas de fuerza. La implicación es importante, pues si la agresión innata es el motor detrás del secuestro del excedente, entonces se derrumba el proyecto marxista entero, y podría también adherirse al relato de Freud en *El malestar en la cultura* (1931).
9. La narración aquí brindada condensa una abundancia de conocimientos psicoanalíticos que derivan de una contradicción central en las sociedades dominadas por lo masculino. A saber, que la mujer dominada por el hombre maduro estuvo alguna vez, representada por la madre de ese hombre en un momento infantil en el cielo de la vida, cuando él era enteramente dependiente y carecía por completo de los *poderes* que *vinieron* a ser sus acciones en el comercio. En lo que sigue, puede presumirse que este nexo reverbera a través de toda la historia de la humanidad, inscripto en la dialéctica del deseo. Véase Chodorow, 1978; Kovel, 1981; Benjamín, 1988.
10. Para un análisis mayor, véase Kovel, 1984.
11. Para un buen análisis del desarrollo de estas ideas en Marx, véase Rosdolsky, 1977, pp. 109-166.
12. De pecus, la palabra latina para el ganado, viene «pecuniario».
13. Esto es, puedo valorizar el aire porque lo necesito para vivir, o puedo no hacerlo. Donde el aire está implicado, el cerebro se inclina a desatender lo que requiere el «Yo» y sigue respirando. Sin embargo, hay instancias innumerables en las que vivimos rechazándolo. Kierkegaard, Nietzsche y Dostoyevski estaban muy preocupados por esta coyuntura, lo que representa un fracaso del racionalismo hegeliano y expuso crecientemente a una crisis civilizatoria al siglo XIX.
14. Simmel, 1978, p. 60.
15. Las ilusiones tienen utilidad, la que puede ser privada o compartida entre amigos. Pero no pueden ingresaren la economía a menos que se *incorporen* a un objeto material. Incluso como tal, no necesitan tener un valor de cambio -como, por ejemplo, en una economía de dadas, o donde son reemplazados por otros ítems concretos, o donde son sueños de satisfacción personal.
16. Simmel, 1978, p. 259.
17. Murray, 1978,  
Por el contrario, la sociedad islámica (junto con China, India y otros países) estaba bien familiarizada con el uso del dinero, y al respecto no fue superada por Europa hasta las Cruzadas. Este llamativo retraso de ese área del mundo, que sería dominada por el capitalismo siglos más tarde, es un hecho destacable. Se podría especular que el dinero representó una especie de tabú, o deseo olvidado.
18. Arrighi, 1994; Frank, 1998.
19. Marx, 1964, p. 67.
20. Véase especialmente Polanyi, 1957.
21. Una restauración de las comunidades obtenida como resultado de la Revolución de 1911 a 1920, y sometidas a un ataque salvaje bajo el NAFTA.
22. Marx, 1978b; Sheasby, 1997.
23. Thompson, 1967.
24. La caza de brujas fue un ataque al género femenino inigualado en la historia de cualquier otra civilización. Fue parte de la supresión de las religiones «paganas», esto es, las centradas-en-la-tierra-y-la-

## El capital y el dominio de la naturaleza

mujer, que se levantaban en el camino del patriarcado cristiano, y especialmente dirigido contra lo femenino y los sanadores naturópatas en medio de una embrionaria estructura médica dominada por los hombres.

Véase Ehrenreich y English, 1974.

Con respecto a Bacon, su contribución a la ciencia como un ejercicio fálico -ciertamente, como una especie de violación de la Madre Naturaleza- se explora en el trabajo de Carolyn Merchant, *The Death of Nature* (Merchant, 1980). De igual modo, es necesario puntualizar el papel supremo de Bacon en definir el progreso científico como integral al capitalismo (y también, porque los dos desarrollos son dos caras de la misma moneda, que él fue, en palabras de Merchant -p. 160-, la «inspiración detrás de la Sociedad Real» de 1660, el primer instituto de investigación patrocinado por el estado). Fue el estado, entonces, el que organizó las revoluciones científicas que dieron nacimiento al capitalismo industrial, y lo hizo profundamente en los términos de la bifurcación de género de la naturaleza.

25. La esclavitud, que fue un rasgo infame del desarrollo del capitalismo temprano, continúa hoy en existencia y, de hecho, está en alza. Pero la esclavitud fracasa en proveer mercados de trabajo flexibles y restringe el momento del consumo. De tal modo, no puede generalizarse en el capitalismo, como es el caso del trabajo asalariado.
26. Gare, 1996a.
27. Para un análisis de las relaciones entre los sistemas espiritual/filosóficos y las estructuras históricas, véase Kovel, 1998b.
28. Heidegger, 1977. Todas las citas de esta sección son de este texto. Véase también Zimmerman, 1994.
29. Fariás, 1989.
30. Kovel, 1998a.
31. De los marxistas modernos, Raia Dunaievskaja fue la más fiel a la necesidad de un momento filosófico con el fin de unificar teoría y práctica. Su gran logro fue reconectar a Marx con la Ciencia de la lógica de Hegel (Hegel, 1969). Véase Dunaievskaja, 1973, 2000.
32. Derivada del famoso trabajo de Engels. Véase Engels, 1940.
33. Por supuesto, el término tiene muchas implicaciones psicológicas, siendo la más famosa la versión tripartita de Freud sobre la psiquis, en la que al no reconocimiento por el ego del «ello» o «elloidad» del mundo, que es la naturaleza, le fue otorgado el estatus de normalidad, en lugar de ser visto como un reflejo psicológico del capital. Aquí vemos al ego ontológicamente, desde el punto de vista del ser y no de la psiquis. Para mayor análisis, véase Kovel, 1981; 1998b; también Lichtman, 1982; Wolfenstein, 1993.
34. O'Connor, 1998a; p. 183.
35. Por ejemplo en 1999, un buen año para el capital, la presencia de los 644 productos químicos tóxicos rastreados por la Agencia de Control Ambiental, creció el 5 por ciento sobre la de 1998, a 7.800 millones de libras.
36. Esta línea de pensamiento fue desarrollada por el economista rumano-norteamericano Nicholas Georgescu-Roegen, que tuvo la intuición de que «la economía entera vive alimentada de la baja entropía» (Georgescu-Roegen, 1971, p. 277; bastardillas en el original). Aunque Georgescu-Roegen *no* subraye el punto, se concluye que una expansión económica fuera de control precipitará la mina.

## **Tercera Parte**

# Hacia el ecosocialismo

# Introducción

Permítasenos resumir hasta dónde hemos llegado en nuestra argumentación:

- La crisis ecológica coloca al futuro en grave riesgo.
- El capital es el modo de producción reinante, y la sociedad capitalista existe para reproducir, asegurar y expandir el capital.
- El capital es la causa eficiente de la crisis ecológica.
- El capital, a cargo de la actual burguesía transnacional y acuartelado principal, aunque no exclusivamente, en Estados Unidos, no puede ser reformado. Sólo puede crecer o morir, y de allí que reaccione ante cualquier contracción o debilitamiento como ante una amenaza mortal.
- En la medida en que el capital mantiene su crecimiento, crece también la crisis. La civilización y gran parte de la naturaleza están condenadas. Ciertamente, no es injustificado preguntar si éste probará ser el camino de nuestra extinción como especie.
- Por consiguiente, se trata del capital o de nuestro futuro. Si valorizamos al último, el capitalismo debe ser derribado y reemplazado por una sociedad ecológicamente digna.

Agregaré a estas afirmaciones dos condiciones. La primera bien conocida, pero difícil de contemplar. La segunda escasamente apreciada, pero muy importante:

- El capital gobierna al mundo como nunca antes. Ninguna actual alternativa a él merece el interés -y mucho menos la lealtad- de masas sustanciales del pueblo.
- El capital no es lo que el pueblo cree que es. No es un sistema racional de mercado en el que los individuos libremente constituidos crean riqueza en una saludable competencia. Más bien, es un aparato espectral que integra antiguos modos de dominación, especialmente el de género, y genera un gigantesco campo de fuerzas de persecución-de-la-ganancia que polariza la actividad humana y la absorbe dentro de él. El capital es espectral porque su ganancia es la realización de un «valor» derivado del extrañamiento de fuerza humana. Este ha sido instituido en la propiedad privada de los medios de producción, junto con un pecu-

liar sistema de dominación -la explotación del trabajo asalariado-, en el que las personas se fragmentan internamente y entre sí y con la naturaleza. La implicación es brutalmente simple. Se necesitan reunir dos condiciones con el fin de superar al capital. La primera es que se deben efectuar cambios de base en la propiedad de los recursos productivos de modo que, en definitiva, la tierra ya no sea objeto de apropiación privada. Y la segunda es que nuestras fuerzas productivas, el corazón de la naturaleza humana, deben ser liberadas, de modo que el pueblo autodetermine la propia.

Estas dos condiciones van juntas. El poder del capital es tan incontrovertido porque las condiciones para un cambio serio están aún lejos de ser radicales para la gran mayoría del pueblo que las contempla y mucho menos las apoya. No deberíamos tener ninguna ilusión: la escala de los cambios avizorados y la brecha entre una conciencia de lo que deberían entrañar aún en pañales y la conciencia política prevaleciente en la actualidad, es tan enorme como para hacer que una persona desee olvidar el asunto por completo. Sería razonable preguntar por qué molestarnos en cargar con ideas tan fuera de escala de las que propone la sociedad actual. ¿No se vería el hecho de sustentarlas como la obra de un lunático?

No soy insensible a esta línea de razonamiento. He pensado a menudo en la fantástica improbabilidad de una transformación ecológica. Dígame, durante una caminata a través del centro de Manhattan, asomándome a las torres «coronadas de nubes» del capital corporativo, los poderosos bancos, la gigantesca y entera sinfonía de piedra, acero y vidrio consagrada al dios de la ganancia... o cuando me encontré allí rodeado por centenares de miles de personas apresuradas, puestas en movimiento por el gran campo de fuerzas como si fueran juguetes a cuerda en el juego de la acumulación. Y me pregunté asombrado si alguna de ellas estaba lista para pensar en los términos esbozados aquí. Enfrentado a la evidencia pasmosa de lo lejos que estábamos de esto (no precisamente por la fuerza directa del sistema, sino por su fuerza indirecta, derivada de la debilidad de sus adversarios y el modo en que la crisis debilita el pensamiento y drena la voluntad), me llegó con frecuencia la idea de abandonar todo el asunto y respaldarme en las comodidades de la criatura.

Pero luego uno piensa en el compromiso y en el razonamiento apremiante que lleva a la acusación del capital como enemigo de la naturaleza. Y entonces desaparece cualquier cuestionamiento a la continuidad de la lucha. No podemos permitir que siembre dudas el actual desequilibrio de fuerzas, o que él confunda o vicie el tema. Cuando un médico trata con una enfermedad grave, no debe desperdiciar el esfuerzo en meditar acerca de cuán difícil es el caso, sino más bien trabajar para ver, con la mayor claridad posible, cuál es el problema y qué puede hacerse. En una palabra, uno hace lo que

puede.

Es tiempo de concentrarse en hacer los cambios. Primero en la amplia gama de lo que ya existe y luego en las posibilidades de una transformación radical. No hay lugar para lavarse las manos y tomar distancia de esta tarea. Y si no lo hacemos, tenemos todo, literalmente un mundo, por ganar, si perseguimos el objetivo conscientemente.

Más aún, los tiempos se tornan auspiciosos. Crece el espíritu de lucha, principalmente contra la globalización. Abundan las señales de una dirección política radicalmente nueva, que combina la espontaneidad descentralizada con la conciencia creciente de que el problema es el propio capitalismo. Emerge una nueva generación que se compromete creativamente con la crisis de los tiempos.

En lo que sigue, se da el nombre de *ecosocialismo* al concepto de una transformación necesaria y suficiente de la sociedad capitalista para la superación de la crisis ecológica.

## 7 Crítica de la ecopolítica realmente existente

En este capítulo consideraremos los enfoques de la crisis ecológica qtte, aunque trabajen para enmendar nuestra relación con la naturaleza, no llaman, por una razón u otra, a reemplazar al capitalismo por un sistema basado en restaurar los medios de producción a los productores libremente asociados. En la medida en que la permanencia del capitalismo es ampliamente reconocida, mientras casi no se reconoce con la misma amplitud su esencial ecodestructivade incapacidad para corregirla, tendremos que analizar muy de cerca la totalidad de las ecopolíticas actuales y, por consiguiente, el punto de partida de cualquier ecopolítica futura. En lo que sigue, éste debería tener en cuenta el tono ocasionalmente agudo de lo que se dice en el discurso corriente con el fin de exhibir su radicalismo. Va de suyo que los enfoques existentes son admirables en muchos casos y comprenden puntos de ataque reales. Pero si el capital es el problema central, necesitamos urgentemente una nueva estrategia que vea más allá de las líneas de actividad actuales.

Hay una cantidad de formas de pensar acerca de los muchos costados de la ecopolítica. Teniendo en cuenta que tratamos con distintos niveles de abstracción, muchos superpuestos, es útil considerar el tema desde cuatro ángulos: las lógicas del cambio, los modelos económicos, las ecofilosofías y los modelos de movimiento, junto con algunas generalizaciones que apuntan hacia la concepción del ecosocialismo como tal.

### Las lógicas del cambio

**Trabajar en el sistema.** Aquí, «sistema» significa los varios brazos del estado, incluso las agencias reguladoras y el aparato judicial, tanto como la serie extensa y variada de las organizaciones no gubernamentales establecidas y elementos del propio capital. Obviamente, seguir las huellas de un aparato tan amplio y complicado llevaría una vida y al analizarlo no podemos hacer más que exponer algunos principios destacados.

Es innecesario detallar una vez más cómo se imbrican las grandes empresas y los políticos unos con otros, y cuán inadecuadamente cuida el estado a los ecosistemas.<sup>1</sup> Pero estos hechos no dicen nada acerca de si es deseable o no trabajar con y dentro de

ellos para efectuar un cambio. Grados semejantes de resistencia al capital pueden encontrarse en lugares extraños. Mientras se puede apostar con seguridad a la conclusión de que el sistema jurídico se establece en beneficio de los ricos y poderosos, no es verdad que el derecho sea reductible a los intereses económicos, ni que sea imposible asegurar ganancias reales por medio de los tribunales. Por el mismo razonamiento, los ejecutivos de las grandes empresas y otras personificaciones del capital son absorbidos por éste sólo de manera relativa. Por consiguiente, en cada uno de ellos puede haber rasgos de conciencia o al menos sentido común. Allí está Al Gore, el primer alto funcionario del gobierno de Estados Unidos de quien puede decirse que ha alojado un germen de filosofía ecocéntrica. La sensibilidad de Gore en la materia del calentamiento global lo llevó a jugar un papel importante en las tratativas de los Protocolos de Kioto, en diciembre de 1997.<sup>2</sup> De este modo si Kioto, aun de manera limitada, es algo completamente bueno, luego Gore -y, por definición, el «sistema»- es capaz de algún grado de salud ecológica, y de allí que no pueda desecharse *tout court*.

Es significativo que se vea la aparición de una conciencia ecocéntrica en alguien tan altamente situado. Pero la mera conciencia es ambigua y puede usarse tanto para la decepción como para la acción constructiva. Ciertamente, este prueba ser el caso para Gore, Clinton y, por extensión, el Partido Demócrata, que traicionó efectivamente a sus electores de la clase obrera bastante tiempo antes de la administración Clinton.<sup>3</sup> La redefinición de Clinton acerca de sí mismo como un «nuevo demócrata», en 1984, solidificó ese desarrollo, que se había construido durante décadas, dado que el anticomunismo hundió a la izquierda y el trabajo en prolongada decadencia. El movimiento hacia el centro del Partido Demócrata fue en alza después que la crisis de acumulación de la década de 1970 provocó la salida del capital de su fase de conciliación «fordista» con el trabajo y lo repuso en la senda de la acumulación acelerada y la globalización, conocida como neoliberalismo. Reagan fue el portador de éste en el paisaje político norteamericano, mientras que Clinton lo llevó adelante otorgándole una fachada socialdemócrata al orden establecido. En Gran Bretaña, Thatcher y Blair jugaron los mismos papeles.

La pasión neoliberal por las fuerzas irrestrictas del mercado se expresó en la concepción de los créditos contra la contaminación, aplicados en primer término por Bush I a las emisiones de gases tóxicos por la industria, en 1989, y actualmente propuestos con respecto a las emisiones de gases que producen el efecto invernadero. Clinton/Gore fueron propulsores ardientes de este esquema, como lo son las democracias industriales «responsables» que continúan sosteniendo las virtudes de Kioto inmediatamente después del rechazo de Bush II. Sin embargo, el otorgamiento de tales créditos es una fullería capitalista. No sólo deja las manos libres a las corporaciones sino que, al crear una nueva mercancía transable en lugares tales como la Oficina de Comercio de Chicago,

posibilita la acumulación de aún más valor. La idea de los créditos transables se debe en gran parte a Stephen Breyer, recompensado por Clinton con un asiento en la Corte Suprema,<sup>4</sup> tanto como a las mayores organizaciones ambientalistas no gubernamentales, sobre todo al Fondo de Defensa Ambiental, que no ve contradicción alguna entre racionalizar la contaminación y transformarla en una fuente fresca de ganancia.<sup>5</sup>

La historia ofrece lecciones útiles de la cooptación de los principales movimientos ambientalistas, que han pasado de un activismo basado en el ciudadano a transformarse en voluminosas burocracias que se arrastran por «sentarse a la mesa». El capital está más que feliz en incorporar al principal movimiento como socio en la administración de la naturaleza. Los grandes grupos ambientalistas ofrecen al capital una conveniencia triple: a) la legitimación, mediante la propaganda que recuerda al mundo que el capital se ocupa del problema; b) el control sobre el disenso popular, una especie de esponja que absorbe y contiene la ansiedad ecológica de la población en general, y c) la racionalización, como instrumento útil para introducir algún control y proteger al sistema de sus peores tendencias propias, mientras se asegura el flujo ordenado de las ganancias.

Las fundaciones tienden a ser creadas por personas ricas para suavizar las contradicciones que llevan a los ricos, en primer lugar, a ser precisamente ricos, y básicamente no van más allá del capital que el propio estado. Como el estado, la fundación es relativamente libre de expresar un interés más universal (y algunas de ellas son, como la religión en la perspectiva de Marx, el «corazón de un mundo sin corazón») y capaz de apoyar proyectos marginales o incluso radicales. Sin embargo, tomada como un todo, la función básica de la fundación es racionalizar la sociedad existente y no derrocarla. Lo mismo puede decirse de los «tanques de cerebros» fundados y solventados hasta el derroche por el capital, que generan ideas para su reproducción. Y *también*, infelizmente, de las universidades y los centros putativos de investigación libre, donde un número creciente de programas de estudios ambientales entrenan a las personas a administrar la naturaleza.

Entonces, el que se afuma es el «sistema», en este tiempo y lugar en los que el capital ha ingresado en una globalización desenfrenada. Por cierto, «el sistema opera»... para los intereses dominantes que conducen a la crisis ecológica. Y su bando con conciencia ambientalista se limita estructuralmente a reproducir el status quo, no importa cuántos actos virtuosos ejecute en ese sentido. No cabe duda que las leyes que se encuentran con frecuencia en los libros suministran un principio para un mundo mucho mejor, e incluso uno considerablemente cercano a una sociedad ecológica. Así lo hizo la Constitución de la URSS bajo Stalin, que garantizaba plenos derechos democráticos al pueblo ruso. En resumen, no hay razón para creer que el sistema pueda cambiarse a sí mismo desde adentro.

No hay manto que desechas, pero hay que recordar que un cambio radical requiere una coordinación de fuerzas de dentro y fuera del sistema. Y que los que están en la primera posición tendrán que adoptar una conciencia dividida, llevando allí la palabra, pero en el espíritu de preparar el terreno para su transformación. La lucha por un mundo ecológicamente racional incluye una lucha por el estado, y dado que el estado es el repositorio de muchas esperanzas democráticas, es una lucha por la *democratización* del estado, como podría ser una lucha por la supremacía de las normas jurídicas sobre el principio del egoísmo, o de las universidades para expresar su universalidad o, en general, para recordar al sistema sus promesas quebrantadas e insistir en que ellas deben mantenerse. Tal vez este potencial se realice mejor por medio del trabajo de abogados radicales, que puedan explotar efectivamente las contradicciones entre las promesas y la realidad. Pero esto también se aplica a la política electoral, de la cual hablaremos más abajo.

**El voluntarismo.** Un acto voluntarista es aquel que nace de la buena intención; es decir, el deseo de reciclar los desechos, o trabajar en un jardín comunitario y detenerse más o menos allí, sin conexión especial con los movimientos sociales dirigidos conscientemente hacia la crisis ecológica. De este modo, es una acción que tiene el carácter de una manifestación individual de la crisis y adopta principalmente un fundamento moral o estético.

Tales acciones, de las cuales pueden encontrarse una lista en la literatura de masas mercantilizada, del tipo «las veinte cosas que usted puede hacer para salvar al planeta», tienen tantas posibilidades de superar la crisis ecológica como la tiene de superar la pobreza o el dejar el vuelto en el subterráneo. Lo planteo de manera brutal no para cuestionar la virtud del voluntarismo, sino como un desafío para ir más allá y construir los vínculos necesarios para una acción electiva. Un acto voluntarista es algo potencial, asequible a su conexión con otros actos y otras estructuras de referencia. Si se queda en sí mismo, tenderá a retirarse al individualismo, que es como decir, a quedar fragmentado, aislado y efímero. Sí, por otra parte, se conecta con un proyecto más amplio, puede ingresar en un proceso de diferenciación, a la acción conjunta que es el corazón de la formación e integridad ecosistémicas.

Mientras no hay nada erróneo en cualquier acto ecológicamente voluntarista, en la medida en que se dirige con buen corazón y entendimiento hacia la restauración de la tierra, tampoco hay nada que le sea inherente que conduzca a ese objetivo. Las exhortaciones morales pueden *sentirse* como tales, aunque generen objetivos más amplios, pero esto es una ilusión. No hay *solidaridad* que sea inherente al impulso moral y, a menos que a él se le agregue el impulso solidario, el voluntarismo se detendrá en sus propios límites. Ciertamente, el mundo es mejor con el reciclado de la basura, pero no

mucho mejor, ni hace que la proporción de mejoras exceda en mucho los límites de las localidades donde aquél se practica. Esto último plantea la cuestión concerniente al propio localismo, tan ampliamente sustentado como valor por los movimientos verdes. Es verdad que los movimientos locales son capaces de reproducirse a sí mismos y desplegarse hasta abarcar a toda la ecosfera. Pero eso lleva a la pregunta acerca del grado suficiente para que ocurra esta universalización, lo que en cualquier caso no es una acción voluntarista.

Por el contrario, las fuerzas de mercado se han aplicado a configurar el voluntarismo de acuerdo con las demandas del capital. De este modo, el reciclado se refuerza con varias sanciones y recompensas. Por ejemplo, las leyes en lugares como la ciudad de Nueva York o los incentivos para evitar los costos de *dumping* en las localidades más pequeñas. De este modo, los ciudadanos son inducidos a proveer trabajo gratuito para la enorme y creciente industria que se beneficia de la «administración de los desechos» y el voluntarismo se convierte en auxiliar de la capitalización de la naturaleza.<sup>6</sup>

Sin embargo, por admirables que puedan ser los actos individuales de caridad o salud ecológica, tenderán a ser cooptados o a permanecer meramente localizados y a perder el hilo de una efectiva acción colectiva. Un jardín amable es una cosa maravillosa, e indica el potencial de la especie para fomentar el desarrollo ecosistémico e incluso por traer al mundo vida nueva. Pero dado el predicamento actual, es sólo un hito y no un fin. El consejo de Voltaire, «*Il faut cultiver nos jardins*» (en otras palabras: déjenos intentar individualmente una satisfacción inmediata y concreta e ignorar los proyectos de amplia escala de transformación social), otorgaba sentido a un mundo cuyas fuerzas dominantes eran el absolutismo y el fanatismo religioso. En un mundo organizado por el campo de fuerzas del capital, suena como derrotismo.

En definitiva, la piedra de toque del voluntarismo es esta: que es una ecopolítica sin *lucha*, lucha contra la inercia y el temor que va con ella, y el gran peso de la racionalidad y la represión capitalistas fuera de ella. Es el camino fácil en un tiempo que convoca al sacrificio y el heroísmo.

**Las respuestas tecnológicas.** Es un supuesto ampliamente difundido que tenemos a mano los medios tecnológicos para superar la crisis ecológica. Con la descomposición del genoma, las sorprendentes proezas de la tecnología informática y las telecomunicaciones, los modelos de energía de contaminación extremadamente baja (como las células combustibles, cuya combustión produce vapor de agua), con el extraordinario avance de la ciencia -y con la preciosa ayuda de la máquina de propaganda- puede producirse la perspectiva de que el conflicto entre la humanidad y la naturaleza sea eminentemente resoluble. Se trata de una apreciación importante. Es decir, si 110 es absolutamente cierto, al menos es operativamente plausible. Pues si la tecnología 110

existiera, o pudiera no existir, entonces no tendría sentido toda la agitación por Un mundo ecológicamente racional.

Pero esta es sólo una verdad de perogrullo. Los que somos bastante viejos como para recordar el surgimiento de la era atómica, recordaremos cómo la energía nuclear fue haciéndose «muy barata por metro», del mismo modo en que se supuso que el descubrimiento de los antibióticos era el heraldo de la erradicación de las enfermedades infecciosas. Como mejor sabemos ahora, es un signo de la creciente conciencia ecológica que los acontecimientos de la naturaleza son recíprocos y multideterminados y, en una escala ampliada, nunca claramente predecibles. Lo que se recuerda mucho menos es la apreciación de que la tecnología jamás puede juzgarse fuera de sus relaciones sociales. La consigna de la campaña de Ross Perot, «si está quebrado, péguelo», fue un signo de la erudición que mira a los problemas sociales como esencialmente mecánicos y susceptibles de un arreglo chapucero, es decir, la manipulación desde afuera por un experto desinteresado, como un mecánico que «atara con alambre» la transmisión de un automóvil. Este es un materialismo mecanicista de tipo vulgar, que ve a la tecnología como algo que se agrega a la sociedad y no como parte integrante de ella.

En el caso específico del capitalismo, la innovación tecnológica ha sido el *sine qua non* del crecimiento y, dado que abarata el costo del trabajo, indispensable para la extracción de plusvalía. Bajo un régimen capitalista -para decirlo de manera brutal-, a más tecnología, mayor crecimiento. Y puesto que el crecimiento de estilo capitalista es la causa eficiente de la crisis ecológica, no se necesita ser un genio para apreciar la ambivalencia de las soluciones tecnológicas a la crisis. Si, por ejemplo, la energía fuera súbitamente liberada e ilimitada e insertada en el sistema capitalista tal como existe, los resultados podrían ser tan catastróficos como brindar sin límites bebida a un alcohólico. Por ejemplo, la energía libre podría bajar tanto los costos de producción y operación de los vehículos a motor que el mundo se llenaría rápidamente con tantos automóviles como los que hoy desbordan Los Angeles. El fenómeno colapsaría la infraestructura, incrementando de modo tremendo el agotamiento de la fuente, pavimentando sobre los restos de la naturaleza, y llevando a la humanidad a asesinarsen en un espasmo de furia de los caminos. En este sentido, los límites de la energía y los materiales son frenos al crecimiento rampante; pero el capital, cáncer de la naturaleza, no tolera ningún límite ni frontera. Va allí donde está la ganancia, y cuantos más automóviles, más ganancias.

El ejemplo anterior es revelador, pero también oculta el hecho de que, salvo algún tipo de descubrimiento a lo Buck Rogéi s,<sup>7</sup> el cálculo prospectivo de energía no es muy feliz y se han formulado toda clase de predicciones extravagantes. En resumen, los «límites del crecimiento» existen, no importa lo que piense el director del FMI, y toda el furor actual por la energía es un signo de su extracción cercana. Como resultado de esto, se están fomentando ciertas cosas buenas, como la búsqueda de automóviles más

eficientes en el uso del combustible, incluso si su motivo principal es colocar más automóviles en la ruta. Al mismo tiempo, está siempre en la agenda la sustitución de las fuentes, pero también esto requiere grandes insumos de energía y, en el caso de los plásticos y otros materiales sintéticos, la transformación directa del petróleo y el carbón. Es una ilusión completa que las mercancías informáticas con las cuales ha aprendido a medrar el moderno capitalismo «posindustrial» hagan más leve el peso sobre la tierra." La infraestructura de la era informática es tan impresionante como en su momento lo fue la de los ferrocarriles, pero su reciclado es mucho menos probable. Por la sencilla razón de que las mercancías informáticas requieren la miniaturización de conjuntos altamente complejos que comprenden muchas sustancias, en contraste con las bases relativamente homogéneas de los antiguos procesos industriales. ¿Cómo recuperaremos económicamente los muchos metales raros que se conjugan en incluso modestas computadoras personales, que se vuelven obsoletas el día después de su fabricación? ¿Las quemaremos en cantidades enormes -como se dice que lo hacen en China- y lanzaremos de ese modo aún más dioxina en la erosiera?<sup>9</sup>

Por consiguiente, tan pronto como el crecimiento es el alfa y la omega de la economía, estaremos corriendo eternamente detrás de nuestras colas en un círculo siempre ampliado de acumulación. Mientras tanto, el sistema industrial continúa siendo completamente dependiente de los insumos de combustibles fósiles, que son radicalmente no renovables. Digo «radicalmente» para subrayar el hecho de que la sociedad capitalista entera se sustenta en productos químicos de alta energía proveniente de seres vivos y concentrada durante centenares de millones de años. De este modo, le estamos robando al pasado. El único sustituto de esta concentración necesaria es la alternativa altamente inaceptable de la fuerza nuclear, con sus desechos indisponibles. Otras modalidades, principalmente la jactanciosa alternativa solar, simplemente es demasiado difusa y demasiado costosa para concentrarla al servicio de las necesidades de la sociedad contemporánea, mucho menos de una que continúa creciendo de acuerdo al plan de las elites capitalistas. Se olvida demasiado fácilmente que al utilizar la energía solar, se está comenzando a hacer lo que la naturaleza hizo mucho tiempo atrás, al concentrarla en combustibles de baja entropía que conseguimos en la estación de servicio. Es un regalo de la vida de baja entropía, que es esencial para el sistema industrial y no puede ser reemplazado, excepto con gastos de energía ruinosamente elevados. Los automóviles eléctricos pueden ser no contaminantes, pero no lo es la generación de electricidad. Ni deberíamos olvidar que aún antes del vasto crecimiento de la generación eléctrica requerida para propulsar nuestra flota de vehículos motorizados, hubo una tremenda presión para expandir la grilla de la generación eléctrica, actualmente en colapso en lugares tales como California. De nuevo, las células de hidrógeno combustible suministran una oferta prometedora de energía no contaminante. Pero, ¿cómo

haremos para obtener el hidrógeno, excepto por la fragmentación del metano o de las moléculas de agua, que una vez más requieren cantidades prodigiosas de electricidad?<sup>10</sup> En su prisa por vituperar los esquemas energéticos reconocidamente horribles de la administración Bush, los liberales ambientalistas a menudo pasan por alto el hecho de que el presidente es sencillamente un ser cándido en la formulación de las cuestiones que requiere el capitalismo.

Va de suyo decir que todas las medidas que incrementen la renovabilidad y la eficiencia y disminuyan la contaminación de las fuentes de energía -es decir, todos los «senderos de energía suave»- merecen respaldo, por la misma razón que se respalda el reciclado. Lo que no puede apoyarse es la ilusión de que estas medidas, por sí mismas, puedan hacer algo más que retrasar el deslizamiento hacia la ecocatástrofe -una caída que puede precipitarse una vez que suceda lo inevitable y la extracción de combustibles fósiles se vuelva antieconómica, que es lo que efectivamente se espera que suceda en el próximo medio siglo.<sup>12</sup>

Sólo un cambio básico en los modelos de producción y uso pueden permitir la obtención de efectos beneficiosos de las tecnologías ecológicamente apropiadas. Pero esto significa un cambio básico en los modelos de necesidades y en el entero modo en que se vive la vida, lo que quiere decir un fundamento de la sociedad completamente distinto. En la medida en que las expectativas tecnológicas no nos dejen ciegos ante esto, podrá decirse que la tecnología está en camino de resolver la crisis ecológica.

Pero en realidad, la tecnología no está en ese camino: ella es parte del camino. La tecnología no es una colección de técnicas y herramientas, sino un modelo de relaciones sociales centrado en la extensión del cuerpo como un instrumento para transformar la naturaleza. Esto puede percibirse mediante la comparación de los modelos de producción de sustancias alimenticias -la granja industrial capital-intensiva que prevalece y la así llamada alternativa «orgánica».

Una granja orgánica no es más «natural» que el negocio agrícola, pero se predica un cierto tipo de relaciones que son tan claramente extrañas al capital como coincidentes con los modos espontáneos de desarrollo de los ecosistemas. Por ejemplo, en lugar de usar insumos químicos para controlar las plagas o acelerar el crecimiento, se introducen otros organismos o se emplean otras composiciones. En cada instancia, se elige un acrecentamiento consciente de un proceso original, en lugar de sustituirlo por aquellos. Desde otro ángulo, esto introduce cierta indeterminación y alguna complejidad en la práctica de la agricultura. Los sistemas que se conjugan, pequeños y más intrincados, configurados por los contornos concretos del terreno, reemplazan a los monocultivos y homogenizan los paisajes. De este modo, más que escribir sobre ellos, como bajo el capital, se desarrollan sitios especiales. Finalmente, hay un gran trato de intenso compromiso personal, con fuertes potenciales estéticos e incluso espirituales. Los resulta-

dos de la agricultura orgánica sobrepasan los de los monocultivos homogeneizados y cuantificados del negocio agrícola, respaldado en el alto consumo de combustibles fósiles y la alienación del trabajo.<sup>13</sup>

La agricultura orgánica también sobrepasa en gran medida al voluntarismo, tanto más cuanto refleja un compromiso profundo y sostenido -o, lo que viene a ser la misma cosa, cuanto más manifiesta una producción social altamente desarrollada. Pero el mismo hecho apunta también hacia la gran vulnerabilidad de la granja orgánica por referencia a las vicisitudes del capital. La sumisión a los términos de los mercados, donde las mercados financieros de los grandes negocios establecen las estructuras de precios, las tasas de interés y así por el estilo. Eso determina en gran parte los márgenes de la agricultura orgánica y continuarán haciéndolo en la medida en que se repita el error del voluntarismo de no desafiar al mercado y luchar para transformarlo. Y por supuesto, esto no puede hacerse en aislamiento de otras luchas.

Todo lo cual nos lleva a contemplar los esfuerzos no socialistas para reformar el sistema económico.

### La economía verde

En la ola del derrumbe del socialismo del siglo XX fue creciendo un cuerpo de opiniones influyente y diverso, que afirma que puede encontrarse un camino a la superación de la crisis ecológica que no requiera el derrocamiento y la superación del capital. Esta «economía verde» se hace eco de una cantidad de observaciones económicas aquí realizadas -que nuestro sistema sufre una especie de gigantismo; que sus valores, en especial el matrimonio de la cantidad con la cualidad, están severamente afectados; que la mala distribución de los recursos promueve la inequidad y corroe la ecología global. Pero la economía verde piensa de ese modo bajo la premisa de que el sistema tiene poderes recuperativos. Sería temerario decir que las personas que así piensan son parte del sistema,<sup>14</sup> pues su crítica es severa y a menudo sufre una sanción u otra. Pero la economía verde tampoco está realmente fuera del sistema. Sus sostenedores más bien quieren dilatar y reorganizar el sistema, comprendidos sus potenciales ecoeólicos, y creen que se encuentran a mano los medios para hacerlo, tan pronto uno piensa en forma «pequeña» y comunitaria.

Podemos identificar cuatro líneas que se entrelazan en esta tendencia. La primera, la economía ecológica, representa el ala ecológica de la ciencia económica: habla con voz autorizada y técnica de la totalidad de las relaciones económicas con la naturaleza. La economía ecológica está conformada como una asociación profesional con un diario de referencia. Como lo formula un reciente volumen cuasi oficial:

¿Podemos... reorganizar nuestra sociedad lo suficientemente rápido como para evitar que sobrevenga una catástrofe? ¿Podemos ser lo suficientemente humildes para comprender la enorme incertidumbre envuelta en ella y protegernos a nosotros mismos de sus consecuencias más abrumadoras? ¿Podemos efectivamente desarrollar políticas que traten con los difíciles problemas de la distribución de la riqueza, el control demográfico, el comercio internacional y la oferta de energía en un mundo donde el simple paliativo de un «crecimiento mayor» ya no es una opción? ¿Podemos modificar nuestros sistemas de gobierno en los niveles, internacional, nacional y local, para adaptarlos mejor a esos desafíos nuevos y más difíciles?<sup>15</sup>

Claramente, la economía ecológica se desinteresa por la transformación social y acepta los potenciales del sistema actual para absorber la crisis; esto es, se «adapta». Por este medio, que efectivamente se convierte en fin, los economistas ecológicos emplean gran variedad de medidas instrumentales, desde las regulaciones «basadas en los incentivos» (como el tráfico de créditos anticontaminación antes analizado) a variadas tarifas ecológicas y la disminución impositiva al «capital natural», como las penalidades obligatorias contra los productos contaminantes.

La ciencia de los economistas ecológicos está relativamente poco interesada en el tamaño de las unidades económicas. Sin embargo hay otros, que se agrupan alrededor de una segunda capa de la economía verde, que observan la cuestión como principal. Estos pueden ser descritos en forma general como neosmithianos. El Smith en cuestión es el gran Adam, padre de la economía política moderna. Abogado de los mercados libres, Adam Smith tuvo intereses y fines claramente diferentes a los del neoliberalismo contemporáneo. La visión de Smith -que en buena medida fue también la de Thomas Jefferson- fue la de un capitalismo de pequeños productores, que intercambiaban libremente unos con otros. Temía y odiaba a los monopolios y sentía que el mercado competitivo de pequeños compradores y vendedores (donde ningún individuo podía por sí solo determinar los precios) podía autorregularse y mantener a estos a raya. Smith argüía que la intervención del estado, la *hete noir* del neoliberalismo, conducía al monopolio y al gigantismo económico. De más está decir que el neoliberalismo no tiene dificultad alguna en aceptar la última conclusión.

La ambición del pensamiento neosmithiano es restaurar a Ja preeminencia a los pequeños capitales independientes. Con este objeto, como lo plantea David Korten, uno de los principales exponentes de esta perspectiva, debe aceptarse el supuesto de Smith de que «ese capital podría enraizarse en un lugar especial».<sup>16</sup> La sociedad ecológica de Korten, cuya esencia describe como «pluralismo democrático», está basada en «mercados regulados», en los que el gobierno y la sociedad civil se combinan para compensar las tendencias de las firmas capitalistas a la expansión y concentración, aunque estas mismas firmas capitalistas, ahora reducidas, continúen proveyendo los

principales móviles económicos.

Korten ha obtenido considerable prominencia en la presentación de estos puntos de vista, que en cierto número son paralelos a los aquí expuestos. Sin embargo, él los expone sin siquiera una crítica concentrada al mismo capital ni, significativamente, a las cuestiones de clase, género o cualquier otra categoría de dominación. Vería la principal lesión en términos filosóficos o religiosos, como una súbita aparición de un tipo de error colosal, identificable como la «Revolución Científica», cuyo «materialismo» ha despojado a la vida de «significado» y oprimido el espíritu de «generosidad y caridad». Korten lo observa de manera grandiosa:

**El fracaso en reconocer y abrazar su responsabilidad hacia la totalidad [de los seres humanos] volvió sus extraordinarias capacidades hacia fines que son, en definitiva, destructivos de la totalidad de la vida, destruyendo en sólo 100 años gran parte del capital natural viviente cuya creación llevó miles de millones de años de evolución.<sup>17</sup>**

Obsérvese la referencia al «capital natural», como si la naturaleza se hubiera afanado en colocar el regalo del capital en manos humanas, que luego abusaron de su legado mediante su falsa ciencia y su materialismo. Puesto que el capital -o la clase, o el estado capitalista- no son bien tratados, e incluso cuando la naturaleza lo produce, son buenas cosas, Korten no tiene dificultad en verlos controlados por la «sociedad civil globalizada», cuya voluntad constriñe y efectivamente domestica al animal, conduciéndolo hacia la Tierra Prometida neosinithiana. Este es un optimista cuento de hadas que reemplaza a la historia. Y si fuera cierto, el mundo podría ser un lugar mucho más fácil de cambiar.

No hay más que un corto paso desde la concepción neosmithiana a la economía basada en la comunidad, que hace que nos inclinemos a incluirla bajo una sola rúbrica. Pero resulta ventajoso introducir a la última en una tercer capa de la economía ecológica como un modo de indicar la extensión del movimiento de la economía comunitaria, que incluye, junto con los neosmithianos, a los seguidores de E. F. Schumacher, quien convoca a una «economía budista»,<sup>18</sup> o a los defensores de los «comunes», agrupados alrededor de la revista *The Ecologist*, donde se pone el énfasis en los pequeños productores del Sur o las comunidades indígenas; o la mayor parte del movimiento verde, junto a los ecologistas sociales (véase más abajo). La totalidad de la tendencia económica comunitaria tiene sus raíces en la tradición anarquista de Proudhon y Kropotkin, quienes subrayaban el mutualismo como una defensa contra las fuerzas de la modernidad y el gigantismo.<sup>19</sup> Como quienes sostienen este punto de vista son generalmente hostiles al socialismo, se oponen a la propiedad pública de los medios de producción y exponen una mezcla diversa de formas económicas.

Se menciona con frecuencia a las cooperativas entre los elementos de la economía

comunitaria. Pero el movimiento cooperativo, ya sea de consumidores o, más significativamente, de productores, merece una mención por separado, como una cuarta capa de la economía verde, dadas sus implicaciones en la organización del trabajo y en el avance de la democracia. Puesto que su esencia es la propiedad de los productores, el verdadero concepto de la cooperación rompe el núcleo de las relaciones sociales capitalistas, al reemplazar la jerarquía y el control desde arriba por el trabajo libremente asociado. Como escribió Roy Morrison:

La cooperación... es tanto *creatividad social* -el crecimiento de nuevos modos de vida, dp los vecindarios y las comunidades- como *creatividad económica* -las formas de construcción de una vida por medio del crecimiento de la comunidad basada en> Ut empresa comercial... Esa cooperación es una especie de necesidad. Es una clave que responde a la crisis de la modernidad. En este sentido, el estado industrial se vuelve el catalizador de la creación de sus antípodas, la comunidad cooperativa dinámica.<sup>20</sup>

Al principio, Marx se refirió de buen talante a las cooperativas, diciendo que eran

una gran victoria [para los obreros, comparable a la conquista de la jornada de diez horas] de la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad... El valor de estos grandes experimentos sociales no puede ser subestimado... han demostrado que la producción en amplia escala y de acuerdo con *los* mandatos de la ciencia moderna, puede ser llevada adelante sin la existencia de una clase de amos que emplean a una clase de manos...<sup>21</sup>

Propiamente, las cooperativas se consideran privadas, ya que ellas son propiedad de sus trabajadores y no de la sociedad como un todo. Pero esto necesariamente **signi\***fica que se configuran contra el telón de fondo de un sistema que construye las reglas de la propiedad. Y aquí saltan a la vista los límites de la economía verde. La verdad es que las cooperativas son atractivas, en cuanto la transformación de la sociedad vaya en una dirección ecológica, pero sólo cómo un muy vacilante y aislado primer paso. Al observar la opinión de Morrison arriba citada, podemos decir que el principio de la cooperación sólo puede realizarse parcialmente en las instituciones cooperativas de la sociedad capitalista. En realidad, una porción significativa de la economía, desde las granjas cooperativas, las cooperativas de crédito e incluso algunas HMO\*, están ya en manos cooperativas. Pero el fenómeno no ha detenido la maduración de la crisis ecológica, tanto como madura con la nafta sin plomo, los diarios reciclados y otros valiosos <sup>^</sup>paliativos. No cabe duda que, si la totalidad de la economía estuviera en manos cooperativas, el asunto sería diferente. Pero porque ello no sucede, es el capital mismo el que tiene que ser dejado de lado y reemplazado, lo que es un asunto muy distinto -una

cuestión revolucionaria- y no provendrá del actual movimiento cooperativo.

El error de suponer que las cooperativas (o la economía comunitaria, el capitalismo verde o cualquiera de las reformas particulares) detendrán la crisis, surge de la confusión acerca de sus relaciones con el capital. El capital tolerará cualquier cantidad de mejoras y racionalizaciones con tal que se asegure su expansión básica. Y ciertamente, muchas de las reformas tienen éxito en hacer precisamente esto, y en esa medida son alentadas por el estado o los elementos progresistas de la burguesía, aunque los elementos reaccionarios de esta clase puedan resistirlas. Se les permite a mismas cooperativas y el capitalismo verde ingresar al club, o incluso se los alienta a hacerlo, siempre que se incorporen modestamente a la acumulación, o al menos se mantengan en ese camino.

Sin embargo, es en esta expansión, en la forma del «gigantesco campo de fuerzas», que las ecologías se hacen pedazos y, al mismo tiempo, que se oprimen a las cooperativas y a otras formas de capital verde. Si examinamos más de cerca este «campo de fuerzas», lo veremos como una demanda de crecimiento de las ganancias extendida a través de toda la superficie de la sociedad. En principio, esta presión parece obvia y transparente, aunque aparecen ciertos rasgos enigmáticos en la inspección. La ganancia es obviamente una función del precio, pero los precios son inconstantes y variables, mientras que las ganancias necesitan ser mucho más estructuradas. Por ejemplo, ¿cómo interpretan los agentes económicos la gran variedad de señales económicas de los precios -cuotas de abastecimiento, tasas de interés, tasas de cambio, precios de la mercancía y así por el estilo- en el mercado capitalista? Seguramente, mediante sus cantidades monetarias. Pero, ¿qué función del dinero está involucrada? ¿El dinero como pura intercambiabilidad, como una mercancía a ser comercializada o como representación de valor? Claramente, la tercera: es el valor, que ronda por delante en las consideraciones económicas de la rentabilidad. El dinero como intercambiabilidad no tiene existencia sustancial (es como escribir en el agua), mientras que el dinero como mercancía está para ser comercializado y no puede situarse más allá de eso. Por otra parte, el valor es la relación activa que penetra en todas las transacciones del capitalismo.

Si el campo de fuerzas se extiende a través de la superficie de toda la sociedad, entonces el valor implantado, por decirlo así, sobre la totalidad de esa superficie, es atraído por el campo de fuerzas. Si se inserta valor de cambio, surge allí una mercancía. El capitalismo es la producción generalizada de mercancías y el valor es el vector omnipenetrante, cuyas instalación y mantenimiento son las funciones reales del capitalismo como tal. Las ganancias son el crecimiento de los valores (expresados en dinero) y los valores vinculan todos los elementos del capitalismo de acuerdo a la rentabilidad. Después de todo, esto es lo que se intenta en el gran templo del capitalismo conocido como el Mercado. Como lo sabe cualquier administrador cooperativo, la cooperación *interna* del trabajo libre asociado está permanentemente rodeada y comprometida por

el campo de fuerzas de la expansión del valor incoorporado en el Mercado, sea que eso se manifieste en el trato con los bancos o en una presión interminable para explotar al trabajo con el fin de salir a flote, a través de jerarquías o burocracias, o una cualquiera de centenares de mediaciones. En palabras de Marx (escritas al final de su carrera, cuando los límites de las cooperativas aparecían ya claros), en el capitalismo, las cooperativas, por bienintencionadas que pudieran ser, reproducen necesariamente «las deficiencias del sistema prevaleciente», al obligar a los trabajadores a convertirse en «sus propios capitalistas... habilitándolos para usar los medios de producción para el empleo de su propio trabajo», cuyas normas, desde luego, son establecidas por el Mercado capitalista. Por consiguiente, las cooperativas, quieranlo o *no*, son capital, con todas su atomización y su presión competitiva rodeándolas y forzándolas a convertirse en otras empresas capitalistas. Como sucedió en los casos más destacados de HMO o con United Airlines, las más grandes firmas de propiedad sustancial de sus empleados.<sup>22</sup>

En cualquier caso, debe enfrentarse la presión del valor. Y el éxito ecológico de una cooperativa, o de cualquier formación económica de la sociedad capitalista, puede juzgarse estrictamente por el grado en que se neutraliza o supera esta fuerza. Pero, ¿cuál es la fuerza real del valor en el capitalismo? Para retornar al análisis anterior, éste sólo emerge en la monstruosa forma del capital destructor del mundo cuando el trabajo humano -la fuerza productiva esencial de (oda actividad económica- es mercantilizado en una relación salarial, a través de la separación o fragmentación de los productores de sus medios de producción. Esta se torna generalizada. De allí que la explotación capitalista del trabajo sea el terreno de toda la actividad económica, verde o de otro tipo, puesto que determina la regulación general del mercado, al cual debe conformarse la economía verde. En la medida en que las principales instituciones del capital continúen estableciendo los términos básicos del mercado, continuarán obligando a la separación de los productores, i.e., de la humanidad, de los medios de producción, incluida la naturaleza, y forzando a la explotación del trabajo.

Vista contra la realidad del capital, la economía comunitaria parece un fin incoherente consigo mismo. De hecho, es así en el terreno de la lógica. Pues toda actividad económica es local -implica a alguien haciendo algo en alguna parte- y también es global. Incluso en la instancia más localizada (por ejemplo, algunos jovencitos de California meridional que recogen limones de un árbol de su patio para hacer limonada, que venden al frente de su casa), el acto local y final tiene un fundamento profundamente amplio ¿Acaso los limoneros no crecen desde tiempos inmemoriales en lo que ahora es San Diego? Los limoneros, o cualquier entidad productora de alimentos, ¿se encuentran en la naturaleza o donde se han desarrollado por siglos mediante el trabajo pasado? ¿Qué es lo que hace que el agua riegue el árbol y se mezcle con el jugo de limón? ¿Y qué lucha tiene lugar para que ella pueda distribuirse en forma tan barata? ¿Y cuál es la

historia en el caso del azúcar <sup>11</sup> ¿La casa nació en el terreno, o, como es más probable, fue comprada con dinero? En tal caso, ¿de dónde salió éste? Y la casa que se encuentra en el mercado, ¿cómo es apropiada y construida? ¿Con materiales locales?

Una comunidad pura, incluso una economía «bioregional» (véase más abajo), es una fantasía. El localismo estricto proviene de las etapas originales de la sociedad humana. No puede reproducirse hoy. E incluso si lo pudiera, se trataría de una pesadilla ecológica en los niveles de población actuales, flay que imaginarse las pérdidas de calor que derivan de una multitud de sitios dispersos, el despilfarro de recursos escasos, la necesidad de reproducir los esfuerzos y el empobrecimiento cultural. Esto no debe interpretarse como una negación del gran valor de los intentos locales en pequeña escala. Cualquier florecimiento ecosistémico funciona, después de todo, mediante la diferenciación, que es como decir una actividad especial. Más bien, es una insistencia en que lo local y lo particular existe en y a través del *mundo* global. Ni qué decir que en cualquier economía hay una interdependencia cuyos muros no son los confines de cualquier municipio o bioregión. Y que, fundamentalmente, la cuestión es la relación de las partes con el todo.

Por lo tanto, la visión de una sociedad ecológica no puede ser puramente local, ni tampoco un sistema neosmithiano de pequeños capitalistas. Pues el razonamiento de Smith -como el de Jefferson- estaba contextualizado estrictamente por su gestación en una forma transicional del capitalismo, principalmente agrario y basado en mercancías manufacturadas, antes que la industrialización rehiciera el mapa de la sociedad y las grandes masas populares perdieran su tierra y el control sobre su actividad productiva." Los agentes de la transformación de Smith eran miembros de una clase de pequeños terratenientes iluministas, cuya libertad de funcionamiento les fue otorgada por el control sobre sus tierras. Sólo en circunstancias tales tiene sentido soñar aún, como lo hace David Korten, «que el capital podría enraizarse en un lugar especial». Ese fue un sueño irrealizable cuando la formación de la nueva clase hizo posible la acumulación *en* amplia escala. Hoy, cuando las raíces del capital son equivalentes a las alas de Mercurio, es una fantasía nostálgica. Y del mismo modo que la economía política de Smith necesita situarse *en el contexto* histórico, así sus categorías básicas son ahistóricas y esencializalas. El pueblo, efectivamente, posee la famosa propensión innata de Smith a comerciar y trocar, por lo que debería considerárselo como a las firmas capitalistas que realizan esto. Pero, ¿desde cuándo los impulsos capitalistas derivan directamente del repertorio innato de la naturaleza humana? Desde que el capital alcanzó el poder. Eso es todo. ¿Por qué deberíamos admitir hoy el modelo del pequeño capital que, aunque menos sanguinario que el gran capital, se basa aún en la explotación del trabajo, la más crucial de las injurias ecológicas, y por lo tanto está infestado con el virus canceroso del crecimiento capitalista?

Entonces, ¿debemos convocar a la abolición inmediata del dinero, el trabajo asalariado y el intercambio de mercancías, junto con todas las relaciones de mercado y de negocios? Absolutamente no. Medidas de este tipo recapitularían la solución stalinista o a la Pol Pot. Y ellas aplastarían a la humanidad y la naturaleza de modo tan pesado como lo hizo la esclavitud. Son formas de violencia que desgarran del mismo modo a los ecosistemas humano y natural. Un pueblo ecocéntrico no necesitará reprimir la acumulación de capital, pues tal pueblo se habrá liberado de la explotación, y lo que conduce a la acumulación no surgirá del terreno del trabajo libremente asociado. El problema consiste en obtener ese terreno, bajo el supuesto de que los modos de producción actuales necesitan ser atravesados y transformados, y no aplastados. Pero ante todo, debe avizorarse. Para crear esa visión es necesario un rechazo radical a las formas capitalistas. Por lo tanto, deberíamos rechazar la falsa tolerancia que manifiesta la economía verde hacia la preservación de la «diversidad», que otorga un papel sustancial a las firmas capitalistas. Sería como tratar de criar comadreas y pollos en el mismo corral. En el mundo real, todas las formas del capital, incluso el oximorónico «capital natural» que se supone nos rescatará, son arrebatadas rápidamente por la marea creciente de la acumulación.

Mi intención no es desacreditar por completo la virtud de la pequeña economía o la unidad comunitaria. Muy por el contrario, como lo exploraremos en el último capítulo, las empresas de pequeño tamaño son parte esencial del camino hacia una sociedad ecológica, tanto como que son *los* bloques de construcción de esa sociedad. Se trata más bien de una cuestión de perspectiva. Si las pequeñas unidades son de orientación capitalista o socialista, y si se ven como fines en sí mismas o se integran en una visión más universal. En ambas series de elecciones, argüiría en favor de las últimas posiciones. Las unidades necesitan ser coherentemente anticapitalistas; necesitan existir en relación dialéctica con la totalidad de las cosas. Pues los seres humanos no son roedores, que viven en madrigueras. No son insectos que medran en pequeña escala, dado que no pueden utilizar esqueletos o pulmones, o cualquiera de los órganos necesarios para los grandes organismos. Por naturaleza, son criaturas grandes, expansivas, universalizadas. Necesitamos diversos grados de realización para expresar nuestro ser, tanto grandioso como íntimo, el grano grueso como el fino. Necesitamos el equivalente de esqueletos para apoyarnos y órganos especializados para satisfacer las necesidades de nuestra especie. De tal modo, creería que en un mundo ecológicamente realizado existirán sectores significativos de actividad en amplia escala; por ejemplo, los ferrocarriles y los sistemas de comunicaciones y redes de energía, del mismo modo que florecerán grandes ciudades como sitios de universalidad. Espero poder olvidarme de insistir en que Nueva York, París, Londres y Tokio no serán tiradas abajo en una sociedad ecológica, sino que serán realizadas de manera más plena. Y que las ciudades de pesadilla del

capital global (como Jakarta y la ciudad de México) serán restauradas a estados del ser semejantes.

En sus muchas formas, esta restauración nos lleva a la cuestión de la emancipación del trabajo, y no sólo del trabajo asalariado, sino de toda forma compulsiva de nuestra actividad, incluida en definitiva la alienación del trabajo hogareño de las mujeres y la fragmentación de los niños en las escuelas. El hecho es que la gran masa de la humanidad está ahogada en su humanidad, y superar esta situación es más significativo que cualquier chapucería que provenga de una economía corrupta. Esta verdad está olvidada por los economistas ecológicos, tanto como mistifican su existencia. Cualquier sentido real del pueblo, o de la auténtica lucha popular, se abstrae en los textos mandarines tales como *Ají Introduction ta Ecological Economics*. Los autores convocan a una «democracia viva», que ciertamente es buena cosa. Pero la vida es lucha, especialmente en una sociedad de clases donde los antagonismos se construyen en el proceso social. Aún para la economía ecológica, vivir en democracia implica «un amplio... proceso de análisis y logros de consensos sobre estos asuntos importantes. Esto es distinto del proceso político polémico y divisionista que parece mantenerse actualmente en muchos países». De este modo, necesitamos «comprometerá todos los miembros de la sociedad en un diálogo sustantivo acerca del futuro que desean y las políticas e instrumentos necesarios para llevarlos adelante».<sup>25</sup> La imagen evocada es como uno de los murales oficiales que decoraban las oficinas de correos en las que los europeos colonizadores/invasores recibían solemnemente a los indios para deliberar sobre asuntos de interés mutuo. Donde los establecimientos explotadores reimponen la esclavitud en el sistema capitalista, mientras en el medio incalculables millones de personas son confinadas a una cultura consumista y a la carrera de ratas, consenso no es exactamente un término esclarecedor. Y algún disenso polémico, bien elegido y acoplado con la propia acción, podría ser algo bueno. La reconciliación falsa no es el camino para alejarse de un mundo tan injusto como éste. La demanda de justicia es el pivote en torno al cual el trabajo será emancipado. Y ese debe ser también el fundamentode la superación de la crisis ecológica.

Antes de dar por concluida esta sección, se pueden agregar algunas palabras acerca de Hermán Daly, en mi opinión el mejor de los exponentes de la economía ecológica. Daly, en otros tiempos miembro del Banco Mundial y estudiante de Georgescu-Roegen, ha planteado más que nadie la cuestión del crecimiento patológico inherente al sistema. Ha sostenido firmemente la tesis de los límites del crecimiento ante la cara de la opinión en contrario de la elite e intentado redefinir la economía de acuerdo con ellos. Daly no ha vacilado en llamar a un cambio fundamental y a hacerlo en un lenguaje fuerte, no tecnocrático.<sup>26</sup> Podría verse a Daly como un constructor de puentes entre el pensamiento establecido, cuya locura Daly aprecia profundamente, y el enfoque más radical aquí elegido.

Para este fin, Daly ha dado un paso considerable (mucho más allá de un David Korten) hacia una crítica básica del capital. No ha tenido temor en abogar por aumentos salariales y ha chocado con respetable cantidad de desprecios por sus preocupaciones.<sup>27</sup> Ha estado dispuesto a usar la obra de Marx por referencia al valor de uso y el valor de cambio y el proceso de circulación que es fundamental para la formación del capital.<sup>28</sup> Y ha tenido una aguda conciencia de la deshumanización del trabajo, endémica en el sistema capitalista, y llamado a la difusión de la propiedad obrera como un remedio. Incluso ha mostrado flexibilidad en la cuestión del socialismo y es un admirador de Karl Polanyi y Michael Harrington, que abrieron sus ojos a los potenciales democráticos del socialismo.

Pero estas inspiraciones no se trasladan a su praxis, especialmente a la cuestión del trabajo, de superior importancia. Sí, Daly querría la propiedad obrera, pero mantenida firmemente en el mercado capitalista. Su sensibilidad hacia el predicamento del trabajo está viciada por una lectura extraña de la historia, en la que la oposición entre el capital y el trabajo se ve como la «situación dominante en el *pasado*... [cuando se] supuso que los intereses del trabajo y la administración estaban en conflicto más que en armonía. Esto era verdad cuando el capital trataba al trabajo como una mercancía... hoy es mucho menos cierto». Una conclusión asombrosa. Como resultado de ello, «la meta debería ser incrementar las comunicaciones entre el trabajo y la administración, de modo que la situación sea beneficiosa para ambos». Aquí, Daly repite la ideología del fordismo, que ha sido desguazada desde la crisis de la década de 1970 y comenzó siendo básicamente una mistificación.

Más puntualmente, Daly tampoco cree en ella. Por ejemplo él -y Cobb- «insistirían en que [la policía comercial] se acompañe por una competitividad grandemente incrementada entre los productores norteamericanos». Por supuesto, con el objeto de la competitividad, el capital trata al trabajo tal como siempre lo ha hecho. Sobre todo, como una mercancía cuyo costo es brutalmente empujado hacia abajo -o desplazado hacia baratísimas fuentes ultramarinas provistas por la globalización. En cualquier caso, el día en que el capital cese de tratar al trabajo como una mercancía, será el amanecer de una nueva era, una era socialista. Mientras tanto, Daly permanece en el *anden régime*, incapaz de cruzar el puente que ha construido. Dice que «no deseo ver a la renovación de la militancia laboral por el crecimiento de su participación en el pastel, dirigirse contra el capital y el público en general» (como si la fuerza de trabajo no fuera el público en general). Por otra parte, ni él ni Cobb se han visto «alentados a continuar interesados en la dominación global», por lo que todos debemos ofrecerles una modesta cuota de gratitud.<sup>29</sup>

## Las ecofilosofías

Una «ecofilosofía» es una exposición abarcativa orientada a combinar la comprensión de nuestra relación con la naturaleza, la dinámica de la crisis ecológica y las pautas para reconstruir la sociedad en una dirección ecológica. Las posiciones respectivas no están contenidas sólo en textos, sino que informan también a los movimientos sociales. Ellas tienen implicaciones prácticas y políticas que necesitan ser analizadas sumariamente aquí. Trataré de evitar repeticiones innecesarias de puntos ya tratados y en cambio enfocaré a las ecofilosofías como principios de transformación social. Esto es: ¿cuál es la sociedad que avizoran?

## La ecología profunda

Puesto que el capitalismo es el régimen del ego y coloca al «Hombre» por sobre todas las cosas, incluyendo por supuesto a la naturaleza, el principio de la ecología profunda -la descenlraeión de la humanidad- parecería poseer una resonancia innata con el proyecto anticapitalista. Pero no trasluce nada de esto. De todos los ángulos que ofrece la cuestión, hay dos extremos que merecen considerarse: entre el socialismo realmente existente y la ecología profunda realmente existente hay una barrera radical. Como lo examinaremos en el capítulo siguiente, en esa separación tiene considerable responsabilidad el costado socialista, pero también la tiene el lado de la ecología profunda.

En realidad, hay una ecologista profunda, la más famosa e influyente de todas, que ha reconocido el acercamiento potencial con el socialismo. Se trata de Arne Naess, la filósofa noruega que más o menos creó el proyecto, quien escribe: «... es aún claro que algunos de los trabajadores más valiosos por las metas ecológicas provienen del campo socialista».<sup>1</sup> Pero Naess es una figura claramente excepcional: en su gama de intereses, sentido de la justicia y apertura. Y también por provenir de una nación europea donde el anticomunismo y la ideología neoliberal no han destrozado la inteligencia política con el odio al socialismo. En Estados Unidos, muy pocas personas influenciadas por la ecología profunda se molestan en leer a Naess o siquiera en atender declaraciones como la anterior. Más bien, la posición ecológica profunda ha sido asumida por el entendimiento filosófico y/o espiritualista que tiende a mantener una distancia considerable del desordenado mundo de la lucha,<sup>31</sup> junto con defensores de la naturaleza desértica y libre de trabas. Hay aquí muchas almas virtuosas, pero sin conexión interna con la crítica al capitalismo o con la emancipación del trabajo. Hay cierta clase de personas que tienden a caer detrás de las líneas del famoso pronunciamiento de la política verde:

«ni a la izquierda ni a la derecha, sino arriba». Un simple eslógan que lleva a la cuestión de qué es lo que constituye estar «arriba» (véase más abajo), mientras se olvida que en el mundo real quien no confronta con el sistema se vuelve su instrumento. En cualquier caso, la ecofilosofía de la ecología profunda está demasiado lejos de conformarse como un movimiento coherente y, casi por definición, excluye la formación de partidos o cualquier afirmación organizada de poder. Ciertamente, ningún proyecto de sociedad puede surgir de una doctrina tan flácida que sostiene que:

Nuestro primer principio (con respecto a la conservación de los recursos] es alenar a las agencias, lo» legisladores, los propietarios del suelo y los administradores a considerarse en flujo con el proceso natural, más bien que a forzarlo. El segundo, es enfrentar las situaciones prácticas favoreciendo el trabajo con las tradiciones minoritarias en las comunidades locales, en especial la bioregión.<sup>12</sup>

Existen también ciertas almas menos virtuosas atraídas por la ecología profunda. La grieta en la ecología profunda deriva de sus esfuerzos por descentrar a la humanidad en la naturaleza, una medida que puede llevamos fácilmente demasiado lejos y dejarnos fuera de la naturaleza salvaje, lo que nos permite olvidar que la «naturaleza», tal como empleamos el concepto, es antes que cualquier cosa una construcción social. Esto concluye muy fácilmente en la separación de la gente indeseable.

Uno de los impactos políticos más desgraciados de la perspectiva ecológica profunda es el hábito que, al sostener la preservación del «desierto», borra a los pueblos que viven allí desde tiempos inmemoriales, que son tan parte de la naturaleza que no poseen una palabra distintiva para ella y, ciertamente, ninguna palabra para el desierto. Ahora vienen criaturas extrañas, que sólo perciben el desierto a su alrededor, cuyo poder deriva de su extrañamiento, quienes olvidan que los seres humanos son criaturas naturales y que, al preservar el desierto, expulsan a los humanos inferiores. En el clima turbulento de la ecopolítica contemporánea, esto se complica por las necesidades del Departamento de Estado norteamericano y el Banco Mundial de promocionar sus temblorosas legitimidades. Con el objetivo de replicar las críticas a su papel en la crisis ecológica, a menudo estas instituciones envían paquetes de ayuda condicionados a la preservación de las áreas salvajes, las que entonces adquieren un valor agregado como lugares de ecoturismo, un modo favorable de reciclar el excedente ecosistémico. De este modo, la ecología profunda llega a casa como la estrategia de las elites del capitalismo avanzado, para quienes la naturaleza es la que se ve bien en los almanaques.

Mientras tanto, en la década de 1986-96, más de tres millones de personas fueron desplazadas por los proyectos de desarrollo y conservación. Esta política no comenzó con la ecología profunda, sino con el movimiento conservacionista del siglo XIX. En

Estados Unidos, éste se conectó con la política de desembarazarse de los indios. Por ejemplo, nuestro disfrute del sistema de los grandes parques nacionales necesita ser atemperado con el recordatorio de que 300 shoshones fueron asesinados en el desarrollo del Yosemite, lo que, por lo demás, no fue un caso aislado. Para la política fronteriza de la ecología profunda, el genocidio de los pueblos indígenas y el ecoturismo son paítes del mismo paquete. Se tiende esta trampa por la presión de la crisis poblacional, que torna fácil racionalizar la exclusión. Este rasgo no está limitado a la ecología profunda, sino que es frecuente en el movimiento ambientalista en general, que no se cubre a sí mismo de gloria en cuestiones tales como la inmigración, a menudo aliándose con los reaccionarios en la cuestión engañosa y crípticamente racista del mantenimiento de fronteras «limpias». Ciertos exponentes de la ecología profunda han perjudicado aún más, a sí mismos y al movimiento, al sugerir que pandemias como el SIDA provienen de la naturaleza; es decir, son de «Gea», que se monta sobre la especie pestilente del *Homo sapiens*. Hasta donde sé, jamás aplicaron el mismo razonamiento a sí mismos o a los miembros de su familia cuando se enfermaron. Nos encargaremos de esta argumentación en la sección final de este capítulo.<sup>31</sup>

### El bioregionalismo

Lo que sostiene esta doctrina, que conecta algunos de los principios de la economía comunitaria con el movimiento de regreso a la tierra, es una obviedad. El bioregionalismo representa una respuesta específicamente ecológica del movimiento contemporáneo hacia la desaparición de los estados-naciones. Donde los separatistas se definen típicamente a sí mismos en los términos de distintas naciones subsumidas en una entidad política mayor, los bioregionalistas dan un paso adicional, enterrándose -literalmente- a sí mismos en las precondiciones ecológicas de la nacionalidad, que es el *lugar* conformado por un pueblo. Sin embargo, no se trata de un mero localismo, sino de los trabajos ecológicos concretos sobre una parte de la tierra, los flujos de las vertientes, el sesgo de las colinas, los tipos de suelo, la biota que habita una bioregión, mirados como el sustrato orgánico de una comunidad revelada, a escala humana y dedicada a vivir gentilmente de la tierra y no sobre ella. Desde esta perspectiva, la bioregión es el terreno esencial en el que pueden aplicarse los principios de sustentabilidad y su confianza en la tecnología ecológica y la economía.

Ciertamente, es esencial poner el énfasis en el lugar en que una ecofilosofía puede realizarse. Sería imposible construir un concepto adecuado de un ecosistema integral sin tal terreno. Podría agregarse que alguien que ha elegido vivir en los Montes Catskill y el valle del Río Hudson, del estado de Nueva York, que ha mantenido buenas relacio-

nes con la gente del movimiento de regreso a la tierra, debería hablar personalmente con gran afecto por este punto de vista. A pesar de esto, el intento de entender el bioregionalismo como una ecofilosofía debe ser desafiado y rechazado, pues la idea es incapaz de guiar hacia una transformación social.

Algunas de estas dificultades pueden verse en un ensayo acerca del bioregionalismo, el de Kirkpatrick Sale, quien postula un régimen de *autosuficiencia* para la bioregión. Un bioregionalismo coherente ha de hacerlo así con el fin de establecer su visión de una ecofilosofía. Sin embargo, con el «territorio» viene la necesidad de definir sus fronteras. Acerca de esto, Sale ha dicho lo siguiente:

En definitiva, la tarea de determina] las fronteras bioregionales apropiadas -y de hacerlo seriamente- siempre será dejada a los habitantes del área. Uno puede ver esto muy claro en el caso de los pueblos indios que fueron los primeros en asentarse en el continente norteamericano. Puesto que ellos vivían de la tierra, se distribuían en grado notable a lo largo de las líneas que ahora reconocemos como bioregiones.<sup>11</sup>

De esta declaración surgen tres problemas principales.

El primero: ¿qué es un «área»? El término es en sí mismo vago, pero no puede quedar de este modo si necesitan definirse las fronteras de una bioregión, como debe ser el caso si hay que ser «auto», para ser en ella autosuficiente. Pero, ¿quién decide quienes viven allí? ¿Puede concebirse que esto se haga sin conflicto, dada la adaptabilidad diferencial de distintas regiones para el desarrollo productivo? ¿Y quién resolverá los conflictos anticipados, que implicarán mayores expropiaciones? La tierra en que vivo es parte de la vertiente de la ciudad de Nueva York. Los miembros de la Bioregión de los Montes Catskill, ¿serán quienes declaren que la ciudad puede secarse y se prepararán para ir a la guerra para preservar la integridad de la bioregión?

El segundo: los pueblos indios vivían «bioregionalmente» porque sólo entre 6 y 10 millones de ellos habitaban los actuales Estados Unidos en la época de la invasión europea. La población vastamente superior de hoy no existe en una relación simple con el lugar, sino en una trama interdependiente. Asimismo, recordemos que los indios cayeron en un amargo conflicto cuando su territorio "se desestabilizó por la intrusión europea.

El tercero, y por lejos el más importante: el mundo vital bioregional de los indios se estructuró en torno a la tenencia de la tierra en común; en otras palabras, se trataba de un comunismo primitivo. La guerra genocida llevada adelante por los invasores tuvo mucho que ver con el capitalismo posterior, que requirió de la alienación de las tierras al título de propiedad, ante la cual los indios preferían morir antes que admitirla (que es lo que cercanamente sucedió). En definitiva, el capitalismo no ha variado a este respecto,

y ningún proyecto coherente de bioregionalismo puede sobrevivir si la tierra productiva sigue siendo una mercancía, a ser apropiada por ausentistas, acaparada, rentada y concentrada en cada vez menos manos, y generalmente explotada. Sale es plenamente consciente de la difícil situación de los indios, pero ignora las implicaciones de la transformación capitalista. Escribe que la construcción de instituciones bioregionales «puede dejarse seguramente en manos de la gente que vive allí, proveyendo sólo a aquellos que tienen a cargo la tarea de pulir sus sensibilidades bioregionales y agudizar su conciencia bioregional» (p. 476). Una manera muy grosera de declarar que la historia muestra la necesidad de transformar a la sociedad en una dirección «comunista», sin lo cual un pueblo sencillamente no puede controlar de manera democrática su bioregión. Y si asumiera ese control, ¿cuánta imaginación se necesita para ver cuál sería la respuesta del estado capitalista?

Incluso si estos problemas fueran subsanados milagrosamente, sería imposible mantener el concepto Sale de una bioregión autárquica. El autor llama a la creación de regiones autosuficientes, cada una de ellas desarrollando la energía de su ecología singular: «el viento en las Grandes Planicies; el agua en Nueva Inglaterra; la madera en el Noroeste» (p. 489). Pero, ¿serán suficientes los actuales recursos de la tierra? Sería sorprendente saber que los ríos de Nueva Inglaterra pueden suministrar más de un diez por ciento de sus necesidades de energía. Y en cuanto a la madera del Noroeste (donde hay más energía hidroeléctrica, aunque de nuevo insuficiente), ¿qué respondería Sale a los ambientalistas -o a los economistas, o a cualquier persona sana- si se convirtiera a Seattle en una ciudad destructora de los bosques y vomitador del humo de los troncos quemados? Por supuesto, una sociedad ecológica se habría comprometido en gran medida con la eficiencia energética y reduciría las necesidades de la misma, pero hay algo de descuido en estas prescripciones, que parecen deducidas de una ideología naturalizada más bien que asentadas en la realidad.

Sale agrega: «La autosuficiencia, de la que antes me desentendía malamente, no es lo mismo que el aislamiento, ni impide todo tipo de comercio en todas las épocas. No requiere conexiones con el exterior, sino en los estrictos límites que ella permite. Estas conexiones deben ser no dependientes, no monetarias y no lesivas» (p. 483). No queremos desentendernos malamente, ni del todo, pero el entendimiento es duro. ¿No se requieren conexiones entre las bioregiones? Supongamos que su hija vive en la próxima (o peor, en una que está más allá) y usted desea visitarla: ¿puede telefonarla? ¿Y a quién le pagaría para hacerlo? ¿No hay caminos, o sistemas ferroviarios, o viajes en avión que permitan visitarla? ¿Dado que los otros medios requieren alguna intervención del dinero, ¿las personas sólo caminan entre las bioregiones arrastrándose en medio de los matorrales?

No necesitamos ir mucho más adelante. Un bioregionalismo estricto se disuelve en

un diluvio de contradicciones, porque en él la naturaleza se abstrae de la historia. Por sí mismo, no puede llegar a la transformación del todo social que se necesita para resolver la crisis.

### El ecofeminismo

El ecofeminismo es una ecofilosofía poderosa, basada en las dos grandes luchas por la liberación de las mujeres y la justicia ecológica. Sin embargo, como movimiento social es incierto. Como ecofilosofía, (coriza la temática que hemos esbozado como la bifurcación de género de la naturaleza. Esta comenzó con el control de los cuerpos y el trabajo de las mujeres y es la raíz del patriarcado y de las clases. La fragmentación entre clases, entre géneros y entre el «Hombre» y la naturaleza ha experimentado distintos caminos de desarrollo y se ha entrelazado en modelos complejos. La historia entera del capitalismo en sus fundamentos -en la reducción de la naturaleza a recursos inertes, en la valorización de la fría abstracción y la identificación de este rasgo masculino con lo que es verdaderamente humano; y en la superexplotación de las mujeres- comenzó con el trabajo doméstico impago y se extendió al trabajo asalariado barato en la periferia y la carne de cañón para la industria del sexo. En la extraña trama de la cultura capitalista, el dinero se convierte en el jeroglífico del falo, el significante del poder y el laurel de la competencia... y la carrera sigue adelante.

Se concluye que la dominación capitalista entraña siempre la dominación de género y que la enemistad con la naturaleza *que* estamos recorriendo está íntegramente relacionada con la bifurcación de género. Por consiguiente, cualquier camino hacia afuera del capitalismo también debe ser ecofeminista. Por lógica, el ecofeminismo debería ser también anticapitalista, dado que el capital y su estado sostienen el reino del poder por medios que degradan a las mujeres y la ecología. Ciertamente, una parte sustancial de la teoría y la práctica del ecofeminismo reúne estas condiciones.<sup>35</sup> Pero el ecofeminismo, como el feminismo propiamente dicho, no necesita ser anticapitalista. Otros ecofeministas adoptan una especie de refugio en una relación inmediata con la naturaleza; esto es, pueden *esencializar* la proximidad de las mujeres a la naturaleza y construir desde allí, sumergiéndose en el proceso a la historia en la naturaleza. De ello resulta el «eterno femenino»; arquetípicamente maternal, cercano a la tierra y, en sus alcances ulteriores, la fuente de espritualismos basados en la Diosa.<sup>36</sup>

Esta variante del ecofeminismo está cercana al feminismo separatista. Dado que el esencialismo tiene su objeto fuera de la historia, éste no puede ser más que una reconexión débil e imitativa de la fractura que ha tenido lugar en ella. La posesión y la provisión de funciones asignadas a una feminidad históricamente degradada, no pueden recuperarse

para las transformaciones que requiere la sociedad capitalista/patriarcal. Por lo tanto, el esencialismo feminista -con o sin el eco- sigue siendo esencialmente de orientación burguesa. Su lugar está en las comodidades del Centro de Crecimiento de la New Age, más que en las barricadas de la lucha. Y la prevalencia de este punto de vista preserva al ecofeminismo de convertirse en un movimiento social coherente.

### La ecología social

Esta doctrina, la última ecofilosofía a ser considerada, se construye bajo la inspiración central de que los problemas ecológicos tienen que ser vistos como problemas sociales y, específicamente, como el resultado de las jerarquías. Al contrario de la ecología profunda, el bioregionalismo y el esencialismo ecofeminista, la ecología social es intrínsecamente radical: comienza con la crítica social y concluye ésta con la perspectiva de una transformación política.

Entonces, ¿por qué éste no es un libro inscripto en la tradición de la ecología social? Como la veo, la razón es en parte teórica y en parte una función de la forma en que los movimientos políticos la han puesto en práctica. La distinción teórica parte del hecho de que la ecología social ha tendido a mirar la jerarquía, en sí misma, tanto como una especie de pecado original como la causa eficiente de la crisis ecológica. Se evita el camino particular trazado en la presente obra, que comienza con la dominación de género y se mueve hacia la clase y luego, eventualmente, hacia el capital, en favor de cubrir con un manto de condena a cualquier relación humana en que una persona *a* tiene autoridad sobre la persona *b*. Olvida que hay formas racionales de autoridad, como en la relación docente-estudiante, que se asienta en el verdadero hecho humano-natural de que nuestro joven ha venido desvalido al mundo y necesita la trasmisión de la cultura si quiere convertirse en humano. Lo que hace a una jerarquía un valor a ser derribado es su carácter de *dominación*, dado que ésta significa una expropiación de la fuerza humana para propósitos de autoengrandecimiento. Las relaciones de dominación necesitan contrastarse con las relaciones diferenciadas de autoridad, que son recíprocas y mutuas (de modo que una estudiante puede mirar hacia adelante para convertirse algún día ella misma en docente). Lo que significa esto en la práctica es que las jerarquías y las autoridades tienen que ser examinadas en concreto, para ver si son justas o no. Y esto a su vez requiere que ellas sean estimadas en términos de alienaciones específicas de la fuerza creadora humana, que ocurren en distintos asentamientos históricos. Con este objetivo, los conceptos de género y de clase, que conectan a los individuos reales con la historia y la naturaleza, son muy aptos. Como lo es la idea de la producción como la característica definida de la naturaleza humana.

Estos puntos más bien abstractos son los que otorgan sustancia a los contornos políticos reales de una ecofilosofía como la ecología social. La ecología social continúa el proyecto anarquista, una tradición con muy pocas almas nobles en su lista, y también algunos picaros, cuyo principal programa de acción ha sido la defensa de la comunidad y el ataque al poder del estado." El anarquismo incorpora la espontaneidad y la acción directa junto con los valores comunitarios. Se desarrolló en el siglo XIX como una alternativa ante el socialismo marxista, al que continúa oponiéndose. Desde las revelaciones del potencial centralista, burocrático y autoritario del socialismo del siglo XX y su consiguiente derrumbe (a ser analizado en el capítulo siguiente), el anarquismo ha ganado un apoyo renovado en la izquierda. Evidenció una influencia decisiva en la emergencia, posterior a Seattle, de *los nuevos* movimientos contra la globalización, en cuyas demostraciones tuvo un papel relevante. Esta corriente pone el acento en la acción directa, que es un componente necesario, aunque no suficiente, de cualquier ecopolítica radical, pero permanece muda ante la cuestión de la construcción de una sociedad ecológica más allá del capital.

La ecología social está menos interesada en un movimiento de acción directa que en una apropiación de los valores comunitarios inherentes al anarquismo. Este también se ha vuelto integral a los varios movimientos verdes, en los que el anarquismo, y en especial su forma ecológico-social, han jugado un papel vital. Pero el rechazo de los modos socialista y marxista de enfocar la crisis ecológica sacrifica demasiado. En su período de formación, la ecología social tendió a restar importancia a la meta de cargar contra el sistema mundial capitalista, en toda su masiva obstinación y penetración de los mundos vitales. Los anarquistas y los ecologistas sociales declaran generalmente ser anticapitalistas, pero no analizan el capitalismo en sus raíces de dominación del trabajo. De modo semejante, subrayan correctamente la necesidad de superar la dominación sedimentada en el estado, pero pasan por alto (principalmente, me temo, por su hostilidad al marxismo) el hecho de que la principal función del estado es asegurar el sistema de clase. Y ciertamente, que las dos estructuras -clase y estado- son absolutamente dependientes una de otra. De este modo, si el estado es un problema principal, en la misma forma que lo es el sistema de clases, y se evita la confrontación con este último -lo que significa en la práctica evitar el otorgamiento de una importancia central a la emancipación del trabajo-, tiende a viciarse y a perder concreción la lectura anarquista de las cosas.

Habiendo dicho demasiado, sólo resta subrayar que esas dificultades no son tenidas en cuenta por mi parte como una contradicción antagónica entre las posiciones de la ecología social -o por cierto, de cualquier formación anarquista- y la posición aquí expuesta. Quienquiera comience con un rechazo radical del orden dado, la combine con la afirmación de la libertad para todas las criaturas,<sup>38</sup> y asuma humildemente el

reconocimiento de las imperfecciones de todos los movimientos en relación con nuestra tarea, se sitúa en posición de combate contra la crisis ecológica. Dentro de estas fronteras debe llevarse adelante la confrontación de ideas. En verdad, todos estamos escudriñando una visión transformadora profunda y amplia que no puede subsumirse bajo los rótulos de las luchas pasadas. Por consiguiente, todos debemos ser capaces de acordar en que el sectarismo es un enemigo.

En cierto grado, estos problemas fueron planteados por Murray Bookchin, quien conjugó el anarquismo con la conciencia ecológica en la década de 1960 y emergió de esa fructífera década con la ecología social entre sus manos. Tan carismático como brillante, pero también inflexiblemente dogmático y sectario, Bookchin fue tanto el creador de la ecología social como responsable de su abandono en un *cul-de-sac*. Hay en eso razones estructurales que se extienden mucho más allá de cualquier falla individual. Cuando al principio Bookchin anunció la ecología social -ciertamente, cuando los movimientos ambientalistas radicales y liberales estaban en alza- estábamos en el vértice entre el capitalismo afluente, expansivo y fordista del período 1945-70 y el furor de la actual era neoliberal. Bookchin lanzó su ecología social con su *Post-Scarcity Anarchism* de 1970, y tanto el título como la fecha de esta obra son reveladores. Aún no se había experimentado la extensión de la crisis ecológica, lo que permitía una relativamente fácil sensación de Utopía. Tampoco se había experimentado el colapso del comunismo soviético, ni la globalización había establecido al capital como el señor supremo del mundo. Hoy las cosas son extremadamente más claras y ello ha movilizado a la ecología social en una dirección crecientemente anticapitalista, mientras la dirección emergente de «lo que tiene que hacerse» está precipitando a todas las ecofilosofías hacia una nueva síntesis radical.<sup>w</sup>

### Democracia, populismo y fascismo

La «democracia» es la *forma favorita de organización* de la humanidad para todos los que están a la izquierda del General Pinochet y del Comité Organizador de la Olimpíadas. La palabra no es apreciada por los ideólogos del régimen, quienes fueron llevados a aclamar a nuestro mundo como el de las democracias en la guerra sagrada contra el comunismo y a establecer instituciones como la Fundación Nacional para la Democracia para supervisar la transición de los países en desarrollo hacia el campo de Occidente. Países como Indonesia y Guatemala en el tiempo de los generales, fueron aclamados como democracias (calificadas a veces como «bisoñas»), como lo ha sido Nicaragua en los años postsandinistas, pese a la pasmosa pérdida de la libertad y la participación. Y hoy, alcanzado el último espasmo global del capital, el Acuerdo de Libre

Comercio de las Américas se legitima con la promesa de que cimentará el régimen democrático en el hemisferio occidental. La democracia predicada por el orden establecido es un régimen donde las elites gobiernan por medio del capital, empleando un mecanismo electoral que proporciona alguna legitimación, mientras permite a las clases bajas un grado limitado de participación, junto con cierto control de la corrupción rampante. El modelo proviene de lo más profundo de la historia del capitalismo, en la medida en que fueron necesarios ciudadanos libres de vender su fuerza de trabajo en sus mercados. La libertad, como hemos visto, siempre ha tenido que ser contenida, de donde la democracia, en su forma burguesa, ha sido intrínsecamente restrictiva de las clases bajas, mientras ofrecía un medio de poder abierto a los hombres de propiedad.

Sin embargo, si observamos la ideología de la democracia con algo más que un poco de escepticismo, es sólo para luchar por el verdadero significado del concepto, puesto que la lucha perpetua por la libertad encapsulada en ella es nada menos que nuestro advenimiento a los plenos poderes de la especie -que es como decir, el poder de los hombres y las mujeres *más allá* del concepto burgués de propiedad. Por consiguiente, la lucha por una democracia sustantiva, así como contra su ideología, es la precondition necesaria para superar la crisis ecológica, sencillamente porque esto requiere el logro de una sociedad justa.

En 2000, en su campaña para la presidencia por el Partido Verde, Ralph Nader citó la declaración de Cicerón, según la cual «la libertad es la participación en el poder», como el principio más fundamental de la política. Concuerdo con ello, con esta aclaración: que el poder, aquí, significa la restauración del potencial de nuestra especie para la transformación creadora. Y porque éste es universal, la democracia es el ejercicio del poder en una dirección unversalizada -y la construcción de las formas institucionales que hagan posible que esto suceda. La democracia es construida por los propios pueblos, y siempre es un trabajo progresivo. Apunta hacia más allá de donde estamos y jamás permanece sobre lo dado.

La plenitud de la democracia no se alcanza cuanta más gente vote, aunque el resultado pudiera ser más democrático que el que tenemos hoy si eso significara el crecimiento de las esperanzas de participación. Ni se trata de dar a los electores mejores partidos para votar. Aunque también esto, a su vez, está en camino, está limitado por el hecho de que, en los confines del estado dado, el poder expresado en las cabinas de votación está, por definición, empequeñecido. Si la agitación popular es capaz de construir una fuerza electoral más poderosa (digamos, mediante la obtención de la representación proporcional, de modo que los partidos más pequeños puedan participar significativamente), entonces podríamos decir que la fuerza democrática ha avanzado, pues el poder tendría una más extensa construcción de su propia base (pero tampoco deberíamos permanecer en este nivel). Por la misma razón, la propiedad de los trabaja-

dores de las grandes empresas debería experimentar una relativa democratización. Aunque, en la medida en que la firma siga jugando bajo las reglas del mercado capitalista, ella los lleve a la autoderrota.

Puesto que la extensión de la democracia apunta a la movilización de la fuerza de nuestra especie, no se alcanzará la democracia plena sin la superación del capitalismo. Sin embargo, una demanda de ese tipo aparece escasamente en el reseco paisaje político actual. Lo que en general vemos son pequeñas derivaciones, como una vaga identificación como «progresista» de la gente de buena voluntad. La pregunta es: ¿progresista hacia qué? ¿Hacia una ciudadanía virtuosa que establece controles al poder corporativo y luego permanece quieta, hasta asombrarse con la cabeza siguiente de la hidra? ¿Hacia la gratificación de un «estilo de vida» alternativo, que choca con el régimen consumista del capital? ¿O hacia un progreso más allá de los límites de lo dado? Nuestro progresismo fracasa, no por su incapacidad para deletrear la posibilidad del «más allá», sino por su indiferencia acerca de la cuestión, puesto que se asienta en el terreno del sistema ecodestructivo.

El progresismo actual se define ampliamente como *populismo*. Como la palabra lo sugiere, para el populismo el agente político es el «Pueblo», considerado como una gigantesca persona que crece y se convierte en el sujeto de su propia historia. El populismo es una construcción política apremiante, con una apelación inmediata. A cada individuo que acepta sus términos, lo llena con el poder de agente histórico. Y, dada su personalización de la historia, ofrece una narración convincente e inmediatamente comprensible. Si el Pueblo está afligido, entonces otra clase de persona, la personificación del poder arbitrario y corrupto, es el que produce la aflicción. Se invoca una automoralidad. Hay una injusticia, un villano y un héroe que espera: el Pueblo, que crecerá y derribará a su opresor, o cuanto menos le demandará justicia. El modelo resuena a través de una amplia gama de circunstancias y momentos históricos. Animó las rebeliones campesinas de la Edad Media, la de los *sans-culottes* en la Revolución Francesa, la de los luditas y los cartistas en la Inglaterra del siglo XIX y la de finales de ese siglo en Estados Unidos, donde se dio a sí mismo el nombre de populismo y se convirtió en una fuerza sustancial. Los movimientos populistas de Estados Unidos han realizado contribuciones notables dondequiera que el poder económico corrupto y alienante hubiese oprimido a grandes masas populares (granjeros de las planicies y del sur, pequeños comerciantes víctimas de los bancos, trabajadores urbanos afectados por despides). Los movimientos populistas fueron tras William Jennings Bryan y su agitación de la «Cruz de Oro». Periódicamente han vuelto a la superficie, hasta la actualidad, cuando los demonios de la globalización, que golpean en la casa a través de gran variedad de medios, han provocado resistencias. Los verdes están orgullosos de su populismo progresista. El carácter heterogéneo de sus demandas, que van desde la protección

ambiental a la reforma carcelaria, los cambios en la política de drogas y la economía comunitaria, lo hace fácilmente asimilable a la narrativa populista. En Ralph Nader han ganado a un reconocido campeón del populismo, un hombre que ha luchado por reparar los agravios de los ciudadanos comunes y los consumidores víctimas de la codicia corporativa.

Pero el «Pueblo» del populismo no existe, excepto como un punto de reagrupamiento político, más allá de que tienda a la fragmentación. Después de todo, no todo el pueblo está oprimido, pues los opresores son también seres humanos. Ni existen los oprimidos como una masa homogénea, pues la opresión se construye con líneas divisorias significativas. ¡Y esto no podría borrarse con un eslógan! Los trabajadores y los pequeños comerciantes pueden concurrir a una reunión y sentirse unidos aunque se trate, como podemos imaginar, de negros y blancos, latinos y asiáticos (o, en otro nivel de particularidad, de negros de origen afronorteamericano y caribeño, o de agricultores y consumidores), o doquiera se obturen las líneas de fuga. Pero esto no hace de ellos un «Pueblo», una vez que ha pasado el acontecimiento. Ni lo será hasta tanto no se haya realizado un trabajo duro y paciente para encontrar las líneas divisorias y construir contrainstituciones para superar las estructuras de clase y estado que institucionalizan la opresión. El populismo puede ser sólo una puerta de ingreso al edificio del movimiento que se dirige contra las estructuras que *fragmentan* a un pueblo. A menos que se sobrepase, todos volverán a casa, a sumergirse en sus problemas particulares sin pensar más en el asunto.

O pueden hacerlo erróneamente. Al personalizar la opresión, el populismo se convierte en una mitología, cuya fuerza evocativa integra a un pueblo dividido en un cuerpo único. Pero hay serios escollos. Por un lado, el mito populista alienta la idea de que hubo una especie de «edad de oro», antes que el Opressor Malo ingresara a la escena y transformara en miserable la vida del pueblo. En esos días la gran empresa -especialmente gracias a la personería espúrea lograda por la interpretación decimonónica de la Enmienda 14- se situaba excepcionalmente bien en el rol de villano. Es asunto fácil proceder a construir desde allí el mito de que, de algún modo, estábamos en buenas manos antes de 1865, cuando la corporación codiciosa ingresó al mundo. Y que esta condición dichosa se restaurará con sólo la posibilidad de controlar el poder corporativo. No importa que el concepto de una edad de oro precorporativa no sea cierto: la idea es conveniente a la leyenda de una era feliz de pequeños capitales, anhelada por los neosmithianos. Y así se perpetúa una ilusión deseada.<sup>40</sup>

En los mitos populistas hay un defecto aún más ominoso. El populismo que permanece simplemente encerrado en sí mismo, es conducido al fracaso, pues no puede dirigirse contra las realidades del poder ¿Qué sucede entonces con el mito? La respuesta, demasiado a menudo infeliz, es que su personalización se vuelve maligna y persecutoria.

Se alegan conspiraciones siniestras para explicar la persistencia del poder corporativo y financiero. O, en otra vuelta de tuerca, se atribuye la culpa a otros *alien*, o a diferentes colores o etnias. Este es el componente del racismo, que se ha entrelazado en la historia real con el mal populismo. El populismo rural de principios del siglo XX fracasó cuando su militancia perdió el hilo del socialismo. Con esto se tornó virulentamente racista contra los negros.<sup>41</sup> Los populistas progresistas son reacios a asociar su causa con la del Padre Coughlin, pero el sacerdote demagogo que dominó las ondas de aire en la década de 1930 fue un auténtico populista, que se hizo cargo de la furia masiva contra el capitalismo, giró hacia una cruzada mitológica contra los bancos y luego, cuando perdió el conflicto con el poder, se volvió un ultraderechista antisemita y fascista.<sup>\*1-1</sup> Eloy, estos tipos de exclusión racista se han vuelto especialmente probables en el contexto de los conflictos sobre la inmigración que alligen tanto a Estados Unidos como a Europa.

El resultado reanima la gran pesadilla del último siglo: el fascismo, sobre todo bajo su forma nazi. La importancia especial de esta asociación penosa surge del hecho de que el nazismo fue al mismo tiempo un populismo y un autoproclamado movimiento ecológico.<sup>41</sup> Va de suyo que los nazis jamás constituyeron un movimiento «progresista»; muy por el contrario. Emergentes de una ola de feroz crisis de acumulación, hicieron la crítica de los grandes negocios y se autodenominaron nacional-socialistas, por el prestigio del socialismo en esos días. Lo cual contrastó con una ideología orgánica que anhelaba una unión mística del pueblo alemán, incluidos los trabajadores, con el suelo. Fue una ecología de fusión que se convirtió en una ecología de fragmentación. Este tipo de unificación recuerda demasiado al misticismo naturalista aún de moda en ciertos círculos ecologistas, especialmente la reducción de los seres humanos al estatus de cualesquiera otra especie en la «red de la vida», que efectúa la ecología profunda. La reducción biologista fomenta el pensamiento racista que es, intelectualmente hablando, un esfuerzo demencial por encontrar una subespeciación en la humanidad. Quienquiera aborde seriamente la materia ecológica debería familiarizarse con las afirmaciones de Hitler, o de un Heinrich Himmler, líder de las SS, acerca de la actitud «decente» de los alemanes hacia los animales, de donde deberían confiarse al amo racial los «animales humanos» puestos a su cuidado, tales como los esclavos -y confiárseles, asimismo, la eliminación de sabandijas como los judíos, los gitanos y los homosexuales.<sup>44</sup> Más allá de toda duda, se trata de una ecofilosofía degenerada, pero que es de todos modos una ecofilosofía. Y llama la atención acerca del hecho de que la degeneración es inherente a quienquiera niegue el valor de lo específicamente humano en (y no sobre) la multiplicidad de la naturaleza.

Nadie debería ser tan ingenuo como para creer que este modo de pensar es sólo materia de estudio de los historiadores. Es más dudoso que el populismo progresista derive hacia la extrema derecha: su destino está más ligado a la absorción en la corrien-

te principal del capitalismo. Pero hay otras fuentes de un ecofascismo maligno. A menudo se encuentra en los movimientos verdes alguna presencia siniestra de la extrema derecha, bajo el paraguas de la falsa unidad del pensamiento ecológico. Ya ha surgido una evidencia considerable de esto en Inglaterra y el norte de Europa, incluso en las grandes protestas de Seattle de 1999, cuando hicieron su aparición contingentes de cabezas rapadas antisemitas. Asimismo, debemos recordar que pensadores organicistas como Rudolf Bahro, seguidor de Heidegger, reveló una afinidad por la ideología nazi. Y que Herbert Gruhl, uno de los fundadores del Partido Verde alemán y autor del trabajo muy difundido de 1975, *El saqueo de un planeta*, hizo algo parecido. Ciertamente, Gruhl abandonó el partido a fin de encontrar otra alternativa, pues él había «sustituido su interés por la ecología por una ideología de emancipación izquierdista». Es bueno recordar que Gruhl fue quien dio origen a la frase arriba citada, según la cual los verdes no estaban «ni en la izquierda ni en la derecha, sino arriba».<sup>47</sup>

El pensamiento ecológico fascista viene en muchas variedades, cuyo rasgo común es tomar algún aspecto de la crisis ecológica y, bajo la apariencia de estar «ni a la izquierda ni a la derecha, sino arriba», se mueve de hecho hacia la extrema derecha. Generalmente lo que lo alienta es la presión demográfica y los conflictos acerca de la inmigración, cuyo contexto son las expansiones persistentemente desiguales de la prosperidad (como entre los ex alemanes orientales y los residentes en el antiguo territorio, o entre los mexicanos en el sur de California y los de Baja California, en México). Y, más fundamentalmente, la descomposición chocante de amplias fajas del mundo bajo las condiciones caóticas del capital. Al presente, el ecofascismo se limita a una pequeña cantidad de intelectuales de la elite, del mismo modo que patoteros fascistas están confinados a pequeños grupos de jóvenes desafectos. Pero no debería subestimarse el potencial de esos movimientos.

Pero el fascismo es un modelo inherente al fracaso del capitalismo. Decir «eso no puede suceder aquí» es interpretar mal las tensiones explosivas que emergen en el sistema capitalista. Todas ellas conducen a cierto grado de crisis, y el fascismo puede imponerse como una revolución desde arriba, para instalar un régimen autoritario, con el fin de preservar las obras principales del sistema. La regresión ideológica y el racismo, entonces, se introducen como formas de reestablecer la legitimidad y desplazar el conflicto. Hemos aprendido eso en el último siglo. Lo que nos falta aprender es el potencial fascista del sistema capitalista para enfrentar una crisis de tipo ecológico. Podemos imaginar esto en el contexto de las pandemias, o las desintegraciones que inducen al terrorismo, o las hambrunas, o el calentamiento global, o el agujero de ozono, o el cálculo inevitable acerca de la reducción de la oferta de petróleo, que convierte en antieconómica su extracción y cuyos reemplazos permanecen insuficientes, o como cualquier consecuencia de una descomposición ecosistémica no lineal de escala mun-

dial. Sólo considérese la perspectiva horrorosa de la encefalopatía espongiforme bovina y sus posibles secuelas.<sup>4n</sup>

El camino real de la crisis que se desenvuelve no alcanza todavía a un colapso de los ecosistemas, sino que será trazado por la interacción progresiva de ella con las respuestas políticas. Las posibilidades son numerosas y no necesitamos ocuparnos de ellas aquí. Sin embargo, lo que debemos tener en mente es que, aunque el fascismo pudiera introducirse violentamente desde arriba para salvar al sistema de acumulación, ello necesariamente originará más problemas que los que puede resolver. Un orden fascista será más ecodestructivo que uno liberal al cual sustituya, pues va más allá de la realización democrática del poder humano, que es una condición esencial para la racionalidad ecológica. Y porque, como una manifestación de esto, construye en la sociedad tensiones intolerables y explosivas. La instalación de un ecofascismo en escala nacional y eventualmente global, de hecho puede ser el disparador que ponga en movimiento una avalancha en cascada que conducirá a su fin el singular experimento de la naturaleza con una especie a la cual le fue conferido el poder de dirigir la evolución.

Este es el destino que hemos elegido como desafío, por respeto a esta verdadera fuerza. Pero si queremos tener éxito en llevarlo adelante, sólo puede realizarse por medio de una transformación creadora de nuestra existencia. Se han tratado aquí el populismo y la ecología social, la política verde, la economía comunitaria, el ecofeminismo, el bioregionalismo, las cooperativas, la masa completa de las ideologías y los movimientos que vienen desde abajo, sobreponiéndose, penetrando y sustentando respuestas progresistas a la crisis. Han descubierto mucho y nos han enseñado mucho, pero no tanto como la necesidad de continuar adelante. Hoy, las calles se llenan de nuevas generaciones de activistas, que manifiestan su furia contra el ataque de locura asesina de la globalización. Han descubierto contra qué oponerse. Pero, *¿a favor* de qué lo hacen? Es tiempo de ver si a esto se le puede dar el nombre de ecosocialismo.

## Notas

\* Sigla de Health Maintenance Organization (Organización de Cuidado de la Salud), instituciones de salud desarrolladas en Estados Unidos, que dependen del aseguramiento privado (equivalentes a nuestra «medicina prepaga»), N. del T.

1. Para mayor información, véase Tokar, 1997; Atbanasiou, 1996.
2. Y en la composición de un libro acerca de la crisis ecológica que combina inspiraciones de la new age con la fe en el capitalismo. Gore, 2000.
3. La nostalgia por Clinton-Gore es comprensible por el desaliento ante la bárbara administración de Bush U. Sin embargo, bajo Clinton/Gore el Departamento de Justicia redujo en un 30 por ciento la persecución efectiva de los delitos ambientales, por referencia a la primera administración Bush. El doctor Sydney Wolfe, tal vez la individualidad más reconocida en el tema, informa (comunicación personal) que la Administración de Alimentos y Drogas y la Administración de Seguridad Ocupacional, principa-

les agencias protectoras de la salud de la ciudadanía norteamericana, se hundieron bajo Clinton hasta los niveles más bajos de moral y competencia que puedan atestiguar en sus 29 años de estudio de éstas. Véase también Cockburn y Saint Clair, 2000. ¿No es mejor tener en funciones a falsarios y timadores o a hombres francamente reaccionarios, que por lo menos dejan caer el velo de la ilusión acerca del capital?

4. Esto fue publicado, bajo el título «Analizando los fracasos regulatorios, los desajustes, las alternativas menos restrictivas y la reforma», en la Harvard Law Review. Para mayor análisis, véase Tokar, 1997, pp. 35-45.
5. Que alguien pueda creer a este esquema capaz de contener el calentamiento global, testimonia el intenso lavado de cerebros que se lleva adelante en la actualidad. Por supuesto, la jerga de los «üansables» permite el empico de todos los últimos artificios terminológicos de la racionalidad, que permitiría a los negocios tener su torta y comerla al mismo tiempo. Se trata de una bonita idea, excepto por dos problemas: que no produce efecto alguno, especialmente sobre el calentamiento global; y que si lo produjera, sólo perpetuaría la clase de mundo que nos otorga en primer lugar la crisis ecológica. Con respecto a lo primero, el concepto presupone un mercado racional de naciones en que las desarrolladas y ricas pagan a las pobres en desarrollo por el derecho de emitir gases de efecto invernadero. Pero esta clase de mercado requiere una sociedad mundial ordenada, de naciones que cooperan entre sí... exactamente lo que ha hecho imposible la globalización. Más aún, el hecho de que tráfico de créditos antiecontaminantes mantenga a las naciones «en desarrollo» en esa misma situación, no se aplica a países como India y China. Por referencia al segundo punto, el esquema cimenta en su lugar al sistema existente y consolida aún más la irresponsabilidad del capital financiero; hace que los ricos sean aún más ricos y, como ha escrito Brian Tokar, otorga a los «'jugadores' más grandes... un control sustancial sobre todo el 'juego'» (1997, p. 41). El mercado de los antiecontaminantes derivará en la reducción del costo de los créditos e incentivará el ocultamiento más que la reducción de las emisiones. «No cabe la más mínima duda», continúa Tokar, «que un mercado internacional de 'derechos de contaminación' ampliaría las desigualdades existentes entre las naciones e incrementaría la dominación de las más capacitadas para transportar sus bienes de un país a otro, basada en la fluctuación diaria de los mercados financieros... el potencial para una manipulación incommensurable de la política industrial facilitaría arreglar las destrucciones ya causadas por los con frecuencia temerarios traficantes internacionales de acciones, bonos y monedas» (ibid., p. 42). Véase también Bader, 1997. pp. 102-5.
6. Una palabra acerca de los desechos sólidos. No cabe duda que la crisis sería peor si no se hiciera nada acerca de la basura, tal como sería peor si aún se condujera con nafta. Pero la crisis ya descuenta esos paliativos, que acepta ciertas tasas de declinación ecosistémica en la medida en que la vemos actualmente, sin alterar su dinámica ni unajota. En el caso de la administración de los desechos, las grandes empresas que protagonizan el espectáculo suministran otra fuente de acumulación, explotación del trabajo, criminalidad y concentración (y otro tipo de establecimiento industrial: ¡a planta recicladora). «La mayoría de las plantas recicladoras [que trabajan en la ciudad de Nueva York] son propiedad de grandes empresas de la basura, y las pocas que no lo son terminarán siendo absorbidas», informa el New York Times (Slewart, 2000, B1). Los obreros son «una legión de obreros mal pagos, incluso en gran parte inmigrantes», cuyo trabajo es «a veces aburrido y a veces peligroso». Como en el caso de un senegalés, quien trabaja de este modo durante horas interminables con el fin de enviar dinero a su familia, según el artículo. De hecho, la planta parece una rueda de molino satánica, en la que los detritus fantásticos de una sociedad consumista se mueven sobre cintas transportadoras controlados por los obreros, que tienen que concentrarse intensamente y «todos los días... los toman y los arrojan. El material es volcado en huecos, por donde caen en montón», para ser recolectados y resueltos por un mercado muy volátil. Pero, ¿qué es lo realmente bueno en todo esto, además de procurar más dinero por la explotación del trabajo? «El sucio secreto del reciclado es el desecho. Un tercio del desperdicio acumulado en la planta no es recuperable y se arroja en terrenos privados», donde el ambiente está sujeto a la mezcla insípida. Como puede imaginarse, Nueva York es el peor caso. Allí sólo se reciclan 2.400 toneladas de las 13.000 que se generan cada día, 800 de las cuales terminan esparcidas en distintos terrenos. Pero incluso las ciudades ecológicamente más sanas sólo se aproximan al 50 por ciento de reciclabilidad, escasamente asegurada si se observa a los supermercados Wal-Mart, etc., elevándose por todo el paisaje y vomitando por delante toda la basura posible.
7. Manning, 1996, ofrece un himno al movimiento de la Nueva Energía. No quisiera excluir todas las energías fijas analizadas con entusiasmo extremo por Manning, pero tampoco desearía apostar el futuro de la civilización a ellas. Un asunto que surge de manera persistente de este tipo de razonamiento es la economía de la reunión, almacenaje y distribución de la energía. Por ejemplo, puede tratarse de «energía

espacial», peno, ¿cómo se hace para recolectarla? No cabe duda que incluso la energía de un pequeño pozo negro sería suficiente para preservarnos por toda la eternidad, pero con eso más un dólar compraríamos un ejemplar del New York Times

8. Un horrible descubrimiento reciente: la Asociated Press informó el 10 de julio de 2000 que el Servicio de Pesca y Vida Salvaje de Estados Unidos estimó que 40.000.000 de pájaros mueren por año al estrellarse contra 77.000 Iones de transmisión de microondas. de las que está dotado el paisaje norteamericano de esta época, con un incremento diario de esa cifra. Tanto más para esta tecnología «ecológicamente benigna» (sin mencionar los efectos de los campos electromagnéticos de los transformadores, los teléfonos celulares y así de seguido).
9. Para un análisis excelente de la carga ambiental de la economía informática, véase Huws, 1999.
10. Véase Sarkar. 1999. pp. 93-139, para un análisis completo de los límites materiales del crecimiento. Sarkar puede ser excesivamente pesimista, pero su razonamiento sigue siendo fundamentalmente exacto.
11. Lowins, 1977.
12. Para un informe reciente del cuadro completo de los combustibles fósiles, con énfasis en la edificación de una economía basada en el hidrógeno (v. nota 10, arriba), véase Dunn, 2001.
13. Lappé et al., 1998. Como los productos orgánicos crecen en popularidad, el capital intenta poner la mano sobre ellos, con consecuencias deletéreas.
14. Aunque a menudo tienen empleos seguros y deseables, como en la academia. Pero también lo tiene el autor de esta obra.
15. Constanza et al., 1997, p. 5. De los cinco autores de este libro, Robeit Constanza y John Ctimmerland son profesores de la Universidad de Maryland, Hermán Daly (véase más abajo) y Robert Goodland han estado conectados con el Banco Mundial; mientras el quinto, Richard Norgaard, está en la Universidad de Berkeley y es el autor de Development Bctrayed (Norgaard, 1994), un trabajo que enfoca la crisis desde el punto de vista de un paradigma «coevolutivo». Un enfoque conexo, de considerable profundidad histórica y cercano a la perspectiva aquí ofrecida, puede encontrarse en Martínez-Alier, 1987.
16. Korten, 1996, p. 187. Otro neosmithiano es Paul Hawken, autor de The Ecology of Commerce (Hawken, 1993). Para lo que pienso acerca de Hawken, véase Kovel, 1999.
17. Korten, 2000.
18. La visión budista del trabajo por parte de Schumacher incluye que el mismo debe «dar a un hombre la posibilidad de utilizar y desarrollar sus facultades», de manera que el trabajo no se separe del ocio, pues ambos son las dos caras del proceso de la vida. Pone el énfasis en el trabajo como una *expresión de la vida* y la purificación del carácter -en realidad, una visión bastante cercana a la de Marx, especialmente la de sus escritos filosóficos tempranos y la teoría de la alienación. Sin embargo, Schumacher no posee una comprensión concreta de la lucha de clases, ni en general de su existencia, ni tiene una teoría del capital como tal, ni, en conclusión, de lo que se obtendría más allá del capital. Schumacher. 1973, pp. 50-59.
19. The Ecologist, 1993; Proudion. 1969; Kropotkin, 1975.
20. Morrison. 1995, p. 151. Las bastardillas son del original.
21. Karl Marx, «Discurso inaugural a la Asociación Internacional de Trabajadores» (Marx, 1978d [1864]). No es de menor valor que Marx escribiera en una carta a Engels de la misma época que el discurso era difícil de «formular... de modo que nuestra perspectiva apareciera en una forma aceptable desde el punto de vista actual del movimiento de los trabajadores...» (p. 512), un reconocimiento de que las esperanzas revolucionarias habían decaído desde 1848, cuando fue escrito el más militante Manifiesto del Partido Comunista.
22. Marx, 1967b, p. 440. La excepción más cercana es el sistema Mondragón de cooperativas, del norte de España, tal vez el éxito más grande del movimiento, aunque es razonable decir que, dado el sistema restringido al que se expone, probablemente Mondragón ha alcanzado sus límites, sin haber amenazado de ninguna manera la totalidad del sistema capitalista. Mon ison, 1991,
23. Mintz, 1995.
24. «La solución de Smith no podía sobrevivir al cambio de las circunstancias de la transición hacia el capitalismo industrial» (McNally, 1993, p. 46).
25. Constanza et al.. 1997, pp. 177, 180. Los autores también mutilan la concepción de Marx, limitando su contribución a la propiedad y asignación de los recursos y culpando a la «teoría del valor trabajo, que olvidó la contribución de la naturaleza», de la devastación ecológica producida por las sociedades comunistas. Es difícil imaginar una distorsión más grosera.
26. En Daly y Cobb 1994. p. 21, aparece lo siguiente, después de una declaración de respeto por las normas

académicas: «Pero en el nivel más profundo de nuestro ser encontramos difícil de suprimir el grito de angustia, el alarido de honor -palabras salvajes requeridas para expresar realidades salvajes. Nosotros, seres humanos, estamos siendo conducidos hacia un Un mortal- hablando bastante literalmente. Estamos viviendo en una ideología de la muerte y de acuerdo con ella estamos destruyendo a nuestra propia humanidad y asesinando al planeta».

27. Daly, 1991.
28. Daly, 1996, p. 39.
29. Daly y Cobb, 1994; pp. 299, 370. Las bastardillas son mías.
30. Naess, 1989, p. 157.
31. Para una información abarcativa, véase Zimmerman, 1996; un trabajo incontaminado por el mundo actual.
32. Devall y Sessions, 1985; p. 145.
33. Stille, 2000. Véase también Cannon, 1996: HechtyCockburn, 1990, pp. 269-76, contiene un análisis de las expulsiones del Yosemite.
34. Sale, 1996, p. 477.
35. Como en Mies, 1998; Shiva, 1988; Salleh, 1997.
36. Compárense, por ejemplo, los argumentos de Eiser, 1988, que hacen un esfuerzo por llevar a la comprensión los saltos históricos, pero finaliza substituyéndolos por eslóganes de la New Age y postulando la existencia de una «Diosa», concepto que reemplaza la dominación masculina con una jerarquía centrada en lo femenino.
37. Para una historia del anarquismo, véase Woodcock. 1962.
38. Los humanos no pueden ser libres a menos que afirmen la autodeterminación de todas las criaturas. Esta inspiración esencialmente budista es el terreno del movimiento por los derechos de los animales, que debe integrarse a cualquier pensamiento completo por medio de la ecopolítica y la filosofía. Es preciso decir que el problema es muy complicado por el hecho de que la «naturaleza» de una criatura consistirá a menudo en comerse a otra criatura.
39. Bookchin, 1970. El chef d'oeuvre de Bookchin es *The Ecology of Freedom* (Bookchin, 1982). He analizado este complicado asunto con algún detalle en Kovel. 1997b. Véase también Light, 1998 (en el que está reimpreso mi ensayo) y también Watson, 1996. Un indicio de los problemas del enfoque de Bookchin -que, además de ser rígidamente antimarxista, es también rígidamente antiespiritual y altamente eurocéntrico- puede ser el hecho de que el único camino político que tiene en perspectiva es el del «municipalismo libertario», una confederación de pequeñas ciudades social-ecológicas que se supone revolucionará desde abajo a la sociedad. Enue los individuos muy influenciados por Bookchin, incluso quienes han probado ser capaces de movilizar la ecología social en un camino igualmente anticapitalista, se incluye a John Clark y Brian Tokar. Véase Clark, 1984, 1997; véase también el simposio acerca del último, con comentarios de mi parte y de Kate Soper Mary Mellor, y la réplica de Clark en Kovel el al., 1998; Tokar, 1992.
40. El primer volumen de *El capital* de Marx se publicó en 1867, antes de la aparición de las grandes empresas y la Enmienda 14. ¿Qué es lo que pudiera haberse escrito antes en este mundo?
41. Sheasby, 2000. No deberíamos olvidar que el origen del Ku Klux Klan se apoyó de modo semejante en el descontento rural.
42. Para una referencia sobre Coughlin y otros ulteriores, véase Kovel 1997a.
43. Bramwell, 1989, ofrece una muestra de las conexiones nazi-verdes.
44. Himmler, dirigiéndose a los Einsatzgruppen, o equipos de asesinos móviles, en Polonia, 1943: «Nosotros, alemanes, que somos el único pueblo del mundo que tiene una actitud decente con los animales, también adoptaremos una actitud decente hacia esos animales humanos, pero es un crimen contra nuestra propia sangre preocuparnos acerca de ellos y abandonar nuestros ideales». Citado en Fest, 1970, p. 115.
45. Biehl y Staudenmaier, 1995. Véase también el excelente sitio <http://www.savanne.ch/right-left.html>.
46. Ramptom y Slauber, 1997.

## 8 La prefiguración

### Los Bruderhof

En el este de Estados Unidos, en las Dakotas (adyacencias de Canadá) y en Inglaterra, hay comunidades cristianas discípulas de Jakob Hutter (m. 1536), fundador de la rama pacifista de los anabaptistas. Este retoño de la Reforma radical, que experimentó persecuciones concomitantes a su especie, encontró su destino en el Nuevo Mundo, donde edificó comunidades agrícolas y prosperó. En el siglo XX, surgió en Alemania una rama similar, bajo el liderazgo de Eberhard y Emmy Arnold, al principio como un colectivo pacifista cristiano y luego como una comunidad abiertamente hutterita. Perseguidos por los nazis, huyeron a Paraguay y construyeron allí una comuna agrícola. En la década de 1950 llegaron a Estados Unidos, donde, bajo el nombre de **Bruderhof**, se asentaron en Rifton, un pueblo del valle del Río Hudson, estado de Nueva York. Actualmente, los Bruderhof (término hutterita para «comunidad de hermanos») se han separado de los hutteritas originales, quienes los encontraron demasiado próximos al mundo. La concepción del mundo de los Bruderhof incluye un cambio de la agricultura a la producción industrial, asociada a un aprovechamiento de la tecnología. Ingresaron a los negocios prestando ayuda de aprendizaje escolar de alto valor en las escuelas y centros para discapacitados. Mientras las mercancías así producidas jamás capturaron más que una pequeña porción de este mercado, su obtención de ganancias fue considerable y permitió el crecimiento de la comunidad. Una vez que la comunidad Bruderhof alcanzó cierto tamaño (unos 300 a 400 miembros), su «colmena» se dividió y formó una nueva comunidad en otra parte. De este modo, han surgido ahora seis comunidades en Estados Unidos y dos más en Inglaterra, conectadas por líneas telefónicas especialmente destinadas a ellas, de modo que las ocho comunidades puedan ponerse en contacto entre sí en forma instantánea, simplemente con conseguir un receptor y *apretar* un botón. Tienen también su propia casa editorial, Plough Books, a través de la cual difunden sus ideas. Me han dicho también que poseen una pequeña flota de aviones, comprada con las ganancias de sus negocios.'

Hay una cantidad considerable de cosas interesantes que decir acerca de los Bruderhof (a quienes, debo agregar, he visitado en buen número de ocasiones, y he trabajado con ellos en algunos proyectos).

En primer lugar, los Bruderhof prosperan en el mercado capitalista. Producen obje-

tos delicados y útiles, utilizando maquinaria sofisticada, computadoras y una red funcional de distribución y ventas, incluyendo catálogos, camiones y así por el estilo. En resumen, se han integrado exitosamente en la economía.

En segundo término, los Bruderhof son radicalmente anticapitalistas. El valor agregado en y extraído de sus ayudas escolares deriva del mercado capitalista en general. La plusvalía de esta forma de producción 110 figura en este cuadro. No añaden ningún valor de su propio trabajo, por la sencilla razón de que los Bruderhof son comunistas. En las empresas por las cuales obtienen dinero, todos los pagos se hacen por el mismo monto: es decir, nada. No hay ninguna jerarquía en el taller. Por supuesto, hay una división del trabajo, pero no jefes. Los administradores de la planta no tienen una autoridad especial, más allá de sus tareas diferenciadas. Un visitante de la planta es recibido con una escena seguramente diferente a la que se obtiene en un establecimiento capitalista normal. Los trabajadores se autodirigen, vienen y van en diferentes horas, no marcan relojes de control. El tiempo no está limitado ni el trabajo dominado por consideraciones de productividad. Los octogenarios y los niños de siete años trabajan codo a codo como les place, compartiendo el trabajo. No hay contradicciones entre esta productividad relativamente indiferente y la rentabilidad de sus talleres, pues las comunas Bruderhof no están orientadas a la acumulación y al incremento de su participación en el mercado, sino que se contentan con un incremento suficiente de la ganancia para la satisfacción de sus necesidades, lo que se hace posible por la tecnología de que disponen. El trabajo esta dirigido por el deseo de producir objetos delicados y los fines amplios que la comunidad se plantea.

En tercer lugar, a! ser comunistas, los Bruderhof poseen «todas las cosas en común». Más allá de unas pocas posesiones personales menores, no tienen propiedades individuales -ni automóviles, ni aparatos de DVD, ni vaqueros de confección, ni suscripciones a las revistas *Selfy Connoisseur*. La comunidad cubre todas sus necesidades con sus ganancias colectivas; las comidas comunitarias, la educación y el cuidado de la salud, pues hay escuelas primarias para los jóvenes y los médicos Bruderhof se ocupan de la mayoría de los problemas. Lo que se necesita hacer fuera de ella, como la instrucción en estudios avanzados<sup>2</sup> (por ejemplo, para ser médicos), se paga igualmente con los ingresos de sus talleres. Por la misma razón, los materiales que necesitan los Bruderhof son considerablemente más sencillos que los típicamente norteamericanos, tanto porque comparten la mayoría de las cosas -incluyendo la propiedad de unos pocos vehículos motorizados para ir aquí o allá- como porque todo lo que se relaciona con su mundo niega radical mente la cultura del consumismo. De este modo, la presión ecológica impuesta por los Bruderhof es sustancial mente menor que la de la población en general. Y si pudiéramos imaginar un modo de lograr que todos los pueblos de las naciones industrializadas vivan tan ligeramente sobre la tierra, no habría en ninguna parte una

crisis cercana a la escala actual de qué preocuparnos.

Si los Bruderhof son algún ejemplo, podemos afirmar que ni la industrialización ni la tecnología pueden ser las causas eficientes de la crisis ecológica. Ellos están inmersos en ambas y consumen de modo ligero, y no demuestran ninguna compulsión al crecimiento. La razón es la organización social del trabajo que, bajo estas condiciones comunistas, agostan la furia capitalista por la acumulación.

Pero estos descubrimientos abren nuevas preguntas. ¿Cuáles son las condiciones, tanto internas como externas, que hicieron posible un cambio tan radical? ¿Qué es lo que esto implica para los mercados en una sociedad ecológicamente sana? ¿Y qué hay que decir acerca del socialismo? De hecho, ¿podemos lograr que la gente viva de este modo? ¿Debemos hacerlo?

Con respecto a la primera pregunta, no hay ningún misterio. Los Bruderhof son profundamente cristianos, lo que ellos interpretan como cristiano-comunistas. La «posesión de todas las cosas en común» no deriva de Karl Marx sino del registro bíblico de los primeros cristianos: Hechos 2:44-45: «Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno». No importa que haya sido traicionado de manera permanente, el concepto del comunismo sigue siendo fundacional para el cristianismo. Tiene una historia larga e intrincada, a la cual el propio Marx correspondió (incluyendo en su definición del comunismo mejor conocida la frase «a cada cual según su necesidad».<sup>1</sup> Los Bruderhof son sencillamente ortodoxos cuando afirman su comunismo. Sin embargo, es necesario agregar que ellos loman esto muy a la distancia. Pues ellos no sólo practican el comunismo cristiano, sino que lo predicán como una venganza y lo hacen de un modo que nos interesa especialmente.

Probablemente, hoy no hay en la izquierda grupo más militante que estos descendientes de la Reforma radical. Han marchado en peregrinaciones contra la pena de muerte, han movilizad a sus niños en solidaridad con Cuba e Irak bloqueados y se han vuelto consejeros espirituales de Mumia Abu-Jamal. El tema de este activismo es siempre el enfrentamiento a una persecución, dado que Jesús fue perseguido y ellos mismos lo han sido. Es el logos cristiano que hace su juego en la actualidad histórica, creando una nueva historia a la que pertenece íntegramente su comunismo. Para los Bruderhof, el comunismo no es una doctrina económica o política, sino un aspecto de una fuerza espiritual universal. La comunidad no induce a los demás a ser comunistas porque ellos creen en su superioridad económica e incluso social, sino que ser comunista es parle de las «buenas nuevas» que desean divulgar como cristianos. Es un elemento integral de una totalidad espiritual. No quieren que las personas sean comunistas por el bien del comunismo; desean ser como Jesús, para quien el comunismo fue una práctica esencial.

Entonces, podemos decir que los Bruderhof han encontrado un modo de compensar

al mercado capitalista mediante la inserción de un momento espiritual en su práctica mundializada. Los economistas nos dicen que los mercados son poderosas señales del sistema, generando los precios que, en conjunto, sirven a todos los agentes económicos. Pero esto supone que todos los agentes se ajustan de manera equivalente a los precios y valores monetarios y que todos obedecen a la misma lógica -o en los términos de nuestro análisis, que no son Bruderhof. Pues cuando los mercados en los que están insertos todos los actores económicos emiten la señal «¡Máxima ganancia y participación en el mercado!», esos actores económicos (los Bruderhof) no escuchan el mandato y marchan al son de tambores diferentes y sus facultades prácticas ya no resuenan más en el campo de fuerzas del capital. Simplemente, no «valorizan» su negocio como tal. Los Bruderhof me han dicho que si alguna vez tuvieran que elegir -sí, por ejemplo, su actividad política requiriera que todos fueran encarcelados o si la prosecución de su empresa, por cualquier razón, se hiciera demasiado contradictoria- resignarían placenteramente su negocio. Estoy seguro que así lo harían. Para los Bruderhof, el significado de la productividad y los acuerdos laborales necesarios para que ésta se maximice, son débiles puntos que titilan en la pantalla de su mundo vital, donde la fe resplandece con mucha brillantez. Los Bruderhof son una comunidad *intencional* y las intenciones, bien entendidas, pueden ser fuerzas materiales.

La posibilidad de que firmas cooperativas importantes, como las granjas orgánicas u otras por el estilo, sucumban al campo de fuerzas del capital, está implicada en la carencia de un sistema de creencias que lo contrapesa y que les permita renunciar a la rentabilidad. Pero esto requiere tener en cuenta otro nivel, aunque sólo fuera para evitar la conclusión de que nuestras cooperativas necesitan convertirse al cristianismo radical para ingresar a la tierra prometida del ecosocialismo. Claramente, este no es el caso. Primero, porque una sociedad ecosocialista debe ser plenamente democrática y no el territorio de cualquier interpretación religiosa. Y porque, más específicamente, los Bruderhof no tienen una orientación realmente ecológica. No se casan con intereses especialmente ecológicos, ni su práctica es compatible con el ecocentrismo, sobre todo en la esfera del género, por referencia al cual una estructura altamente patriarcal choca con los valores de la transformación ecológica.<sup>4</sup> Aunque la dimensión espiritual de las cosas está jugando un papel fundamental en este proceso, el ecosocialismo no puede ser religioso, no al menos mientras la religión sea una especie de opresión espiritual que tienda a impedir la apertura hacia la transformación ecológica.

Pero éste no es aquí el punto principal. Éste es que los Bruderhof van más allá de las cooperativas ordinarias en la resistencia al campo de fuerzas del mercado capitalista porque son una comunidad «intencional». Por consiguiente, será necesaria ¡a generación de algún tipo de «intención» colectiva, que pueda resistir el poder del campo de fuerzas del capital, para la creación de una sociedad ecosocialista. Y debe ser «moral-

mente equivalente» a la creencia completamente abarcativa de los Bruderhof. Cuando los Bruderhof resistieron los halagos del mercado, estaban diciendo que las mercancías que producían significaban algo radicalmente distinto de lo que la sociedad burguesa les imponía. En lugar de responder a la serie de señales generadas por el mercado, los Bruderhof adoptaron una serie completa de relaciones cualitativas insertas en el significado de la mercancía. Ulteriormente, esos significados fueron parte de la reconfiguración de sus *necesidades*. Este es otro modo de decir que el *valor de uso* de la mercancía vuelve a ellos, pues el valor de uso es un universo de significaciones que pertenece a la satisfacción de necesidades y de los deseos que ellas ponen de manifiesto. Esto se aplica no sólo a las mercancías producidas por los Bruderhof, sino también a las relaciones productivas en las que se comprometen para producirlas -tanto más cuanto los costos de producción son también los precios de las mercancías: las máquinas, la energía que mueve las máquinas, las materias primas y, lo que es más importante, el trabajo gastado en hacer sus «bienes». Para los Bruderhof, la totalidad de su producción se subsume en un esquema de valores de uso dirigido hacia la provisión de los medios para avanzar en la vida como Cristo. En una palabra, esa es su «intención».

Las intenciones son despliegues de valores, acerca de los cuales es necesaria una breve ampliación. Los valores de uso se sitúan en la intersección de una forma de valor más original y los tipos de valor inherentes a una economía. Esta forma más original, o valor intrínseco, puede pensarse como la apropiación primaria del mundo por cada persona, en un doble sentido: es el modo en que apreciamos en la niñez, por primera vez, las cosas y las relaciones. Y a lo largo de toda la vida, es el valor dado a la realidad prescindiendo de lo que le hacemos a ella. Es el sentido del mundo comunicado en palabras como «maravilla», «admiración» o simplemente la tranquila apreciación de la realidad cotidiana sin mirar para qué puede estar hecha de ese modo, incluyendo, por supuesto, la producción de dinero. Los valores intrínsecos se aplican al lado espiritual de las cosas y también a lo que es festivo, y son manifestaciones de una actitud que podríamos llamar una «receptividad activa» hacia la naturaleza.<sup>a</sup>

Los valores de uso representan la forma de valor importante para la aplicación del trabajo a la naturaleza, o producción, tanto se realice por pura utilidad o como mercancía intercambiable. Los valores de uso significan una relación más «transformadoramente activa» con la naturaleza, un tipo de transformación que es diferente en el caso de la utilidad o el intercambio. Para decirlo más claro, los valores de uso son necesarios para la vida humana y uno podría aventurarse a decir que puede llevarse adelante una vida integral, ecológicamente realizada, a través de la rica interrelación entre el valor-de-uso-como-utilidad y el valor intrínseco. En otras palabras, a través de una relación que combina receptividad y transformación de la naturaleza.

La producción de mercancías expande la capacidad humana. Pero al introducir el

germen del intercambio, se transforma en la serpiente del convenio edénico antes citado.<sup>5</sup> Con este cambio, la naturaleza cambia su ser «para sí» (lo que implica el ser para nosotros, en cuanto somos parte de la naturaleza) en un estado de objetivación en el entramado de una economía. El asunto no para aquí, sino que depende del modo en que la economía, y la sociedad a la que ésta corresponde, despliega las diferentes clases de valor. Dado que el valor de uso implica ahora la presencia de un valor de cambio, será en una relación con ese valor de cambio. El valor de cambio, como el valor de uso, entraña una representación mental. Aunque como tal no exista en la naturaleza, existe en la mente de una criatura natural en la que, como cualquier idea, puede tener varias valencias e intensidades. De este manera, algunas personas están muy apegadas al valor de cambio, de modo que podría decirse que «valorizan el valor de cambio». Ciertamente, el valor de cambio puede tener un valor de uso (¿para qué otra cosa sirve el dinero sino para la utilidad de su intercambio?). Los valores de uso se sitúan entre los valores intrínsecos y los valores de cambio, y expresan grados variados de extrañamiento de la naturaleza. Ciertos valores de uso están en una posición de diferenciación, en la que están cerca de los valores intrínsecos y buscan restaurarlos, mientras que otros son ajenos a estos últimos o, en otras palabras, están separados del valor intrínseco, como en el caso del valor de uso del dinero.

La política ecológica puede traducirse en una estructura de valores. Los Bruderhof tienen muy poco en cuenta el valor de cambio, optando en su lugar por un valor intrínseco radicalmente cristiano. La economía tiene sus leyes, pero que las mismas sean obedecidas depende de un equilibrio objetivo entre los individuos, que a su vez depende de sus relaciones sociales. Esto puede ser esquematizado como una especie de coeficiente entre los dos tipos de valores económicos. Si llamamos al valor de uso  $vu$  y al valor de cambio  $vc$ , luego el coeficiente  $vu/vc$  expresa de manera aproximada la forma que adquiere el equilibrio de fuerzas dispuestas a la aceptación y al rechazo del campo de fuerzas capitalista. Digo «de manera aproximada» no porque esos elementos sean indeterminados, sino porque son cualitativa y profundamente políticos. No existen como algo que podamos medir y dibujar en un gráfico, sino como prácticas colectivas y series de significados, que han sido sometidos a la lucha del pueblo y demandado de él variados grados de lealtad. Cuando decimos más, o menos, con respecto a los valores de uso -y los de cambio- lo hacemos en el sentido de «más plenamente realizado». Desde este ángulo, el capitalismo comprende a la sociedad que los  $ve$  como  $vc \gg vu$ , de modo que las personas internalicen las señales del mercado y las obedezcan como a los evangelios. Y todavía más allá, que los valores de uso de las mercancías se configuren como las necesidades de intercambio -y plusvalía- y no como los valores intrínsecos de la naturaleza, ni los de una naturaleza humana plena. De donde obtenemos automóviles deportivos, infusiones descafeinadas, bebidas gaseosas, porotos de soja de marca espe-

cial, helicópteros Huey, sumisión a la globalización y, en coherencia con todo esto, la pérdida de contacto *con* la naturaleza y su reducción a mera materia y energía.

La «utilidad» de este tipo de formulación deriva de su potencial como palanca colocada bajo la pesada piedra que se apoya sobre las posibilidades de transformar al capital, y para abrir el terreno a una amplia y más diferenciada gama de acciones. Bajo las condiciones normales del capitalismo, prevalece el valor de cambio, y los valores de uso están subordinados y degradados a mercancías devastadoras y destructivas, tanto como se presentan actualmente como si son constantemente multiplicadas para servir a esta finalidad. Consideremos sólo la indiferencia, por ejemplo, con que las personas arrojan al exterior las cosas que han «usado». Los estantes de las grandes jugueterías están repletos con juguetes de plástico que esperan sus baterías y su veloz transferencia a la basura. Como el paso de la navaja interminablemente afilada a la bolsa repleta de navajas inutilizadas, la vida misma se ha vuelto desechable. Mi abuelo reparaba relojes, entre cientos y tal vez miles que hacían lo mismo en la ciudad de Nueva York. Ahora, sus sucesores son tan raros como el leopardo de las nieves y trabajan en items de consumo conspicuo, mientras me pregunto si debo tirar el reloj Casio y comprar otro porque se ha roto la malla. ¿Cuánto cuesta en efectivo? Esta se ha convertido en la pregunta del «ser o no ser» del capitalismo. Y en la búsqueda de la plusvalía, lleva al trabajo sensualmente creador fuera del mercado y reemplaza la manufactura por hazañas técnicas automatizadas.

En un mundo liberado y ecológicamente sano, los valores de uso tendrán un carácter independiente del valor de cambio, no para dominar sino para servir a las necesidades de la naturaleza humana y a la naturaleza en general. En otras palabras, cambiarán en dirección al valor intrínseco. No hay ninguna razón para que esto no suceda -aunque no puede suceder sin una transformación social que expanda la democracia, permita expresarse y consolidarse a la gran gama de energías humanas e incorpore las grandes intenciones necesarias para contrarrestar y anular el campo de fuerzas del capital. El orden capitalista puede superarse allí donde haya suficientes militantes ecológicos, organizados de acuerdo con prácticas coherentes que no sean meramente voluntaristas, pero unidos a través del gran teatro internacional de la acción. Si suficientes personas dicen ¡no! de manera estrepitosa, ello ocurrirá algún día. Por supuesto, aquí hay una gran condición: se trata de que lo decidan personas *suficientes*, incluyendo a los soldados y policías, que son también personas.

El ecosocialismo se revela ahora a sí mismo como una lucha por el valor de uso y, a través del valor de uso realizado, por el valor intrínseco. Esto significa *que es una lucha* por el lado cualitativo de las cosas: no sólo las horas trabajadas y el pago por hora y los beneficios, sino el control sobre el trabajo y su producto y de lo que está más allá de la mera necesidad. Un control que acontece en la creación e integración de nuevos

ecosistemas e incorpora también la subjetividad, la belleza, el placer y la espiritualidad. Estas demandas fueron parte de la tradición del trabajo, pues los obreros fueron no sólo por pan sino también por rosas. Debemos tomar esto en los límites de sus implicaciones: la demanda ecosocialista no es sólo por las cosas materiales por un lado -el pan- y las cosas estéticas -las rosas- por el otro. Mira al pan y a las rosas desde la misma perspectiva de acrecentar y realizar los valores de uso -o, mejor aún, *como valores* intrínsecos poseconómicos. El pan y la fabricación de pan se convierten en aspectos de un proceso ecosistémico singular, en el cual se condensa un universo de significados. Pues, ¿qué tiene más resonancia que el «personal de la vida»? Y las rosas no son bellas cosas externas: ellas también tienen que crecer por el trabajo. También ellas tienen un universo de significado, cerrado a los ojos entorpecidos por el intercambio, un universo de terror y belleza frente a los ojos abiertos:

Oh, Rosa, tu arte empalidece.  
 La invisible lombriz,  
 Que vuela en la noche  
 En la aullante tempestad:  
 Ha encontrado afuera tu lecho  
 De alegría carmesí:  
 Y su oscuro amor secreto  
 Ha destruido tu vida/'

### El socialismo

Si deseamos restaurar el valor intrínseco de la naturaleza en este mundo lamentable, tenemos que derribar al capital y el poder de su valor de cambio, por lo cual se liberarán los valores de uso y se abrirán a la diferenciación con el valor intrínseco. Pero la demanda coherente por la liberación del valor de uso de las garras del intercambio, lleva inexorablemente a la de un valor de uso en el que se condensa el corazón del capital: la fuerza de trabajo. Esta es la aguda cuestión a que debemos atenernos y carece de todo sentido evadirla.

El ecosocialismo es más que el socialismo tal cual se lo conoce tradicionalmente, Pero es también, definitivamente, socialista. El capital es la causa eficiente de la crisis que aflige a las ecologías. Pero el *sine qua non* del capital, el rasgo que define su dinámica por sobre todos los otros, es la mercantilización de la fuerza de trabajo y su reducción a trabajo social abstracto para la venta en el mercado. Si alguno prefiere otra forma de explicación de la crisis ecológica, allá él, y estas consideraciones no nos pre-

ocupan. Pero si en verdad el capital es el enemigo de la naturaleza, entonces no lo superaremos sin la emancipación del trabajo. Esta demanda, que es el corazón del socialismo («eco» o cualquier otro), sólo se realizará mediante la anulación de la separación de los productores de los medios de producción. Y esto significa un cambio básico en las relaciones de propiedad, de modo que la tierra, vista como la fuente de todos los valores de uso y de todos los ecosistemas, sea apropiada por los «productores asociados». De otro modo no habrá superación de la separación. Con la superación de la separación, el valor de uso del trabajo cesa de subordinarse al valor de cambio: el trabajo debe liberarse de las cadenas del capital y la energía humana debe liberarse de falsas necesidades adictivas, lo que hará posible que ésta reasuma sus potencialidades.

En el ecosocialismo hay mucho más que esto. Pero necesitamos extendernos en este tema fundamental, pues sus implicaciones son significativamente diferentes de lo estándares complejos de la política verde. Por ejemplo, los verdes en Estados Unidos tienen «diez valores clave», todos ellos meritorios. Aunque ninguno levanta esta demanda, excepto como una derivación, y prácticamente casi todos los verdes la rechazarían en favor de una posición populista.<sup>7</sup> Ya señalamos que esta posición lleva al capital en el asiento del conductor, con todo lo que ello implica. Ahora necesita enfrentarse la misma meta del socialismo y, ante todo, el tabú que ha descendido sobre su nombre, pol- lo menos en Estados Unidos.

Creo que sería un hombre rico si hubiera recibido un dólar cada vez que alguien me *indicó* servicialmente que no es de buenas maneras usar la palabra socialismo en el discurso político. A menos, por supuesto, que se desee transformar a la audiencia en un enemigo. Se me ha dicho en incontables ocasiones que al pueblo le choca el sonido de esa palabra, con su triple asociación de fracaso económico, represión política y plaga ambiental. Se dice que el ecosocialismo jamás logrará una base firme en la medida en que permanezca asociado con la desgraciada tradición socialista.

Es importante considerar de frente estas objeciones, sin ninguna prevención respecto a tratar de pensar otra palabra para la misma cosa" y sin dejar de puntualizar los efectos de la plaga anticomunista sobre la inteligencia política. Pues el hecho es que las naciones que se denominaron «socialistas» en el siglo pasado desplegaron esos tres defectos. Y también sigue siendo el hecho que, como resultado del derrumbe epocal del sistema soviético, junto con los tremendos retrasos de otras sociedades que se llaman a sí mismas socialistas o se les ha asignado ese nombre, la moral de la causa socialista ha recibido un golpe tras otro y ha declinado hasta el punto de la evanescencia en la década pasada.

Hay una cantidad de cuestiones que aquí se deben abordar. Principalmente, si las sociedades en cuestión fueron realmente socialistas, por qué tuvieron lugar sus fracasos y si una sociedad socialista plenamente realizada podría caer en los mismos abismos.

Con respecto a la primera de ellas, se debe decir inequívocamente que el «socialismo realmente existente» nunca superó el umbral de la restauración a los productores del control sobre los medios de producción. En otras palabras, no llevó a la vida las conmovedoras palabras del *Manifiesto del Partido Comunista* según las cuales la meta de la sociedad es convertirse en «una asociación en que el libre desarrollo de cada uno sea la condición para el libre desarrollo de los demás».<sup>9</sup> Es esencial que no confundamos la definición convencional del socialismo, que consiste en la *propiedad pública* de los medios de producción, con la verdadera definición, que consiste en la *libre asociación de los productores*. Sin duda, la última implica a la primera, pero lo contrario no es necesariamente así. Una libre asociación implica la extensión plena de la democracia, con una esfera pública y una propiedad pública que es auténticamente colectiva y en la que cada individuo es diferente. Pero la palabra «pública» es tramposa y puede significar otro tipo de alienación, sobre todo al estado, o al Partido, o al Líder, o a cualquiera que logre sustituir a los productores y apropiarse y/o controlar los medios de producción en su provecho. Este es el giro final de los acontecimientos que condujo al destino del socialismo pasado.

El concepto de una libre asociación de los productores es sin duda la piedra de toque de la concepción marxiana del socialismo. Puede demostrarse eso mediante un estudio más aproximado de la vida y la obra de Marx. Que es precisamente lo que se demostró no haber sido el caso de los «socialismos realmente existentes», principalmente en la URSS y sus satélites de Europa oriental, o en China, o en Vietnam, Corea del Norte y -con variados grados de exactitud- en los socialismos de América latina, Cuba y Nicaragua. "Todos estos últimos confiaron en algún tipo de alienación sustitutiva de lo «público» -en términos generales, el Partido-Estado- como la fuerza activa dirigente de la revolución. No cabe ninguna duda que las dos caras de esta contradicción -lo que realmente propuso Marx y lo que sucedió realmente en el socialismo- son como las dos fases de la Luna y de que aún persiste el error de identificar esos experimentos fracasados con la concepción del socialismo en Marx.

Necesitamos preguntarnos por qué todos ellos parecieron fracasar de este modo. Y sí el fracaso general no es en sí mismo una acusación al núcleo del concepto socialista. Y, consecuentemente, si hay alguna posibilidad de construir el socialismo en la dirección de una libre asociación de los productores y con racionalidad ecológica. En las sociedades en que se produjeron revoluciones socialistas -y fracasaron en su realización- se destacan algunas características. La primera de todas es que lo fueron en potencias capitalistas de estatus periférico y dependiente. Esto significa que se iniciaron en posiciones desfavorables: eran económicamente débiles al comenzare incluso incapaces de cubrir las necesidades básicas de su pueblo. Y debieron enfrentar la hostilidad de los adversarios más poderosos desde los comienzos del poder revolucionario. A éstos

se agregó un tercer obstáculo, que colocó a estas empresas tan lejos de la realización del socialismo: todas y cada una de ellas carecían de tradiciones democráticas y de instituciones de la sociedad civil que fomentaran tales tradiciones.

En la gestación de una revolución hay un primer período prerrevolucionario, caracterizado por un aumento de las tensiones, una deslegitimación de las autoridades establecidas y el crecimiento del movimiento revolucionario. Luego viene el momento de la ruptura revolucionaria como tal, que apunta a la incautación del poder del estado, con mayores o menores grados de violencia y la introducción de una contradicción que tiene que ser manejada más adelante. Finalmente, comienza la transformación de la sociedad. Este es el período revolucionario propiamente dicho, que se extiende en una lucha inevitable. Cierta día posterior al momento del triunfo, todo lo que se ha alcanzado es un nuevo aparato de estado. No es un logro pequeño, dada la importancia del estado como instrumento de coerción y dirección, aunque esto no tiene necesariamente los mismos efectos en la sociedad. Para ser más exacto, cualquier efecto depende del carácter del movimiento revolucionario, un hecho para nosotros de gran importancia. En la medida en que el movimiento es conspirativo o está *desconectado del* desarrollo de la sociedad, su triunfo encontrará en ésta una masa inerte que requiere un liderazgo desde arriba. En la medida en que amplios estratos de la población participan del proceso revolucionario, de modo que éste se convierta en una gigantesca escuela, así el triunfo se convertirá en la aceleración de un desarrollo orgánico (en los términos empleados aquí, ecosistémicamente integral) en el que pueden llevarse a cabo los potenciales democráticos del socialismo.

El socialismo realmente existente llegó a la existencia en virtud de la corrupción y la debilidad de sus *anden régimes*, a menudo aceleradas por la guerra (o, en el caso de los satélites soviéticos, debido a la proximidad de esos regímenes a un centro de influencia poderoso). De este modo, las dos primeras etapas de la revolución, a pesar de ser sangrientas y controvertidas, estuvieron abiertas a la victoria. Pero en todos los casos la tercera y esencial etapa de la transformación social fue clausurada por un conjunto de fuerzas que, pese a ser distintas en cada país, configuraron una común ineptitud para el movimiento democratizador del socialismo.

En Rusia, donde virtualmente no existía ninguna herencia democrática, la policía zarista obligó a la adopción del modelo antidemocrático y conspirativo de los bolcheviques, quienes tomaron el poder como una minoría distinguida (pese a su nombre, que significa «mayoría»). La revolución cayó en su regazo gracias a la Gran Guerra, la que también, sin embargo, vició a la sociedad. Luego, en una contrarrevolución de inmenso salvajismo, gravemente instigada por la intervención y la invasión occidental, las necesidades extraordinarias del «comunismo de guerra» llevaron a una situación de máximo caos e impusieron el sello del autoritarismo a todo el proceso. Lenin y

Trotsky recurrieron al terror como instrumento y bloquearon el libre desarrollo del trabajo, terminando con los consejos de trabajadores o «soviets» y disolviendo los sindicatos. Al mismo tiempo, adoptaron la emulación de la eficiencia capitalista y el productivismo como un medio de supervivencia. No nos debe asombrar, entonces, que el socialismo fracasara en llevarse a cabo -o que la etapa fuera cerrada por la barbarie stalinista."

En China, donde de nuevo la herencia democrática equivalía efectivamente acero, tuvo lugar, antes del triunfo, un período mucho más extendido de desarrollo interno del movimiento. Sin embargo, éste fue marcado en exceso por la guerra. La masacre de los militantes comunistas en 1927 condujo a la etapa de más de veinte años de guerra de guerrillas y a la profundización de la militarización con la invasión japonesa y la Larga Marcha. Los recuerdos amargos de la humillación y la penetración imperialista en esta sociedad muy antigua -y alguna vez preeminente- crearon un ardiente deseo de romper con los capitalistas. El estado que surgió de esta caldera alcanzó mucha más semejanza con la burocracia centralizada que gobernó China por dos milenios que con una democracia socialista. Las luchas terribles con Rusia y Estados Unidos, junto con el estatus imperial concedido a Mao Zedong, sólo endurecieron sus tendencias autoritarias. Dado el impulso hacia la grandiosidad del último, el resultado fueron los horrores del Gran Salto Adelante, con la hambruna asociada a él, y la Revolución Cultural. Pese a ciertos avances destacados y brillantes, especialmente en el campo, tampoco es sorprendente que el socialismo fracasara en realizarse -o que se cerrara la etapa con el camino capitalista de Deng Xiaoping.<sup>12</sup>

Consideraciones similares se aplican a Vietnam, endurecido por generaciones de colonialismo, la invasión norteamericana y las sanciones de posguerra de la superpotencia. En Cuba, oprimida por siglos de dependencia, los factores limitantes tomaron la forma de tironeo entre las superpotencias. Lo mismo para Nicaragua, con un grado de subdesarrollo incluso mayor y una revolución incompleta, con un súbito desenlace que dejó intactas grandes porciones de la burguesía, mientras exponía la revolución a la venganza del Gran Hermano del norte. Para los europeos orientales, dichos factores fueron la revolución impuesta desde arriba y la sombra constante de la Rusia stalinista. Caso tras caso, las condiciones elementales para el desarrollo socialista, en el período posterior a la victoria revolucionaria, no estuvieron presentes o fueron anonadados.

Lo anterior no debería interpretarse como un rechazo que oculta las realizaciones de esos regímenes, pues el socialismo no es un conmutador que uno abre y cierra. Y dar pasos parciales hacia un ethos socialista es también un modo de avanzar. El pueblo de la ex Unión Soviética, que hoy enfrenta una desintegración social en una escala sin precedentes para una nación no invadida ni en guerra, tiene justa razón para mirar hacia atrás con orgullo acerca de sus logros culturales, el pleno empleo y la solidaridad de la

era soviética, así como por su lucha heroica contra el nazismo. Mi experiencia de primera mano con Cuba y Nicaragua me convenció, como a muchos otros, que lo que había germinado en ellas seguía siendo de valor inestimable para el futuro de la humanidad, si se mide el valor en términos de dignidad y generosidad, en lugar de dinero.<sup>11</sup>

La revolución nicaragüense fue masacrada, de acuerdo con Oxfam, porque planteaba «la amenaza de un buen ejemplo» para otras naciones en la esfera de influencia de Estados Unidos. Con respecto a Cuba, sus estantes vacíos no anulan el hecho de que ofrece recursos educativos y para el cuidado de la salud que harían creer que se encuentran en el cielo, en el que ellas despertarán algún día, a la mayorías populares del Sur. No debemos olvidar que Cuba fue el primer país -y todavía es el único- en haber adoptado la agricultura orgánica en escala nacional -sin duda el producto de una cruel necesidad, gracias al bloqueo y al colapso soviético, pero no obstante factible porque allí no hay una producción agrícola comercial en vías de una planificación racional.<sup>14</sup>

Aún así, no son suficientes los pasos parciales hacia el socialismo. Esos modelos no sólo no son exportables sino que fueron los primeros en autodestruirse. Parecen menos una brecha que una banda elástica estirada hasta el punto del repliegue. Los vectores que empujaron al retroceso a los socialismos realmente existentes incluyeron las fuerzas sociales y culturales sedimentadas en la psiquis durante generaciones de patriarcado y autocracia. Sin embargo, nunca hubieran tenido tal efecto sin el fracaso del sistema productivo en trascender al *anden régime* y, de modo específico, en superar al capitalismo. Por supuesto, los socialismos realmente existentes no reprodujeron las estructuras capitalistas de Occidente. En lugar de eso, reordenaron al capital introduciendo otras formas de acumulación, sobre todo mediante el uso del estado y los medios políticos, en vez de los incentivos económicos como en el capitalismo tradicional. Esto terminó probando que el viejo mercado de trabajo era mejor que el control del estado centralizado para los objetivos de la acumulación. Y el presupuesto de la acumulación condujo, como siempre, a la división jerárquica del trabajo y la extracción de plusvalía a través de la explotación. No hay ningún misterio en explicarse el por qué de esta contradicción fatal, que obligó al estado del socialismo realmente existente a ser especialmente coercitivo y no democrático. O el por qué de un nuevo tipo de clase dominante burocrática en base al control del aparato del estado. O por qué los trabajadores anhelaron secretamente, y eventualmente en forma abierta, el buen y viejo capitalismo liberal, cuyo mecanismo salarial creaba más oportunidades, cuyo estado podía darse el lujo de proveer ciertos derechos democráticos limitados y donde el sistema productivo más fluido distribuía por doquier mayor cantidad de bienes de alta calidad. Después de todo, si uno quiere vivir bajo el capitalismo, puede hacerlo en forma más adecuada.<sup>15</sup>

Las contradicciones básicas del capitalismo de estado que fue llamado socialismo realmente existente tienen efectos ecológicos complejos, aunque el resultado final fue-

ra peor que bajo el capitalismo de mercado. Para ser más exacto, sus efectos fueron intensivamente peores y extensivamente menores, debido al completo empobrecimiento de la productividad. Esos fueron, debe repetirse, los resultados finales. Pese al modo en que terminó, el socialismo realmente existente se enfrentó de manera interesante con la cuestión ecológica. Por ejemplo, es poco conocido que en la primera década del sistema soviético se prestó un alto grado de atención a la conservación y se hizo un esfuerzo por integrar la producción con las leyes naturales y sus límites. El impulso respectivo creció en un movimiento prerrevolucionario ambientalista y en una tradición de innovación radical que acompañó los primeros años del bolchevismo e incluyó un alto grado de interés por la ecología. Este se nutrió con innovadores radicales como Alexander Bogdanov, cuyo movimiento *Proletkult* intentó la apertura de la cultura rusa a los impulsos democráticos y recibió cierto apoyo de nada menos que Lenin. Este, como escribió Arran Gare, «interpretó al marxismo como una forma de reconocimiento de las limitaciones del ambiente, [y] de la existencia de una dinámica con la naturaleza con la cual la humanidad debía acordar»."

Pero hubo fuerzas que contrarrestaron este trabajo entre las principales figuras bolcheviques y en la propia doctrina. Pese a sus inspiraciones ecológicas, Lenin atacó duramente a Bogdanov en su *Materialismo y empiriocriticismo* de 1908, por su alegado «idealismo». A éste, Lenin opuso un materialismo marcadamente dualista, más parecido a la separación cartesiana entre materia y conciencia y perfectamente útil, como el cartesianismo, al trabajo activo por la mano humana sobre la materia muerta y opaca.<sup>17</sup> Todo esto en función de la superación del «atraso» y la pereza nacionales, que sumergían a la Madre Rusia en una ensoñación impráctica, empapada en vodka, que había perturbado su inteligencia.<sup>18</sup> Y a) hacerlo así, se puso rápidamente a la cabeza de la industrialización y la modernización. La historia moderna de Rusia está dominada por la ambición mesiánica y la ambivalencia hacia Occidente. Los bolcheviques incorporaron rasgos de ambas. Una feroz propensión por alcanzar a Occidente que moldeó su cosmovisión desde el principio y se aceleró con la grave crisis de los primeros años. La tendencia fue muy pronunciada, en especial en el brillante socio de Lenin, León Trotski, arquitecto y comandante del Ejército Rojo durante la contrarrevolución y cosmopolita y modernizador *par excellence*. Aunque era resueltamente ateo, el culto de Trotski por la tecnología fue de proporciones idolátricas. Este se manifestó en un himno rapsódico al Hombre Comunista después del triunfo soviético, en el que Trotski se permitió fantasear acerca de un futuro de ríos y montañas reconfigurados, en el que el propio cuerpo humano podía ser reformulado como el de un superhombre que conquistara a la muerte, la gran niveladora entrópica. En la Utopía soviética, un bolchevismo heroico redimiría a la humanidad decadente.<sup>19</sup>

El horroroso resultado es bien conocido, pero nos lleva a algunas reflexiones. Des-

pués del ascenso de Stalin al poder, en 1927, la persistencia del estancamiento económico disparó una segunda revolución, ahora desde arriba. Doquiera hubieren perdurado los impulsos democráticos a través de los primeros años del régimen bolchevique, estos fueron desechados. Y la potencialidad completa de la sociedad soviética se concentró en el desarrollo de las fuerzas productivas en todas las formas de acumulación. El resultado fue un control absoluto desde la cima, la máxima subordinación de los seres humanos al proceso de producción, la apropiación de la plusvalía por el estado, sin importar que pudieran morir millones tras este objetivo, la deificación del gobernante y del partido-estado movilizadas hacia formas mesiánicas de legitimación, el profundo cinismo y la mendacidad y, por último pero ciertamente no lo más importante, un reinado del terror para eliminar a los remanentes de la oposición. Las meditaciones de Trotski dieron imprimatur oficial a este régimen, aunque él mismo fuera perseguido y eventualmente asesinado. «En pocos años, todos los mapas de la URSS tendrán que ser revisados», escribió un planificador stalinista, mientras otro opinaba que la conservación de la naturaleza por sus propios motivos «apesta al antiguo culto de deificación de la naturaleza». Y un tercero proclamaba la meta de «una profunda reconstrucción del entero mundo viviente... Toda la naturaleza viviente no vivirá, prosperará y morirá en otra forma que la que dicte el hombre y de acuerdo a sus planes». Otro más llamó a eliminar todas las referencias a las «comunidades de plantas» en los libros de biología. En otras palabras, el stalinismo desarrolló un verdadero concepto de ataque a la ecología, además de su propia ecología.<sup>20</sup> Esta fue la concepción que engendró la doctrina oficial de Lisenko, que adquirió características hereditarias y que de hecho emprendió la reconstrucción del mapa de Rusia, desviando ríos, creando ciudades durante la noche, construyendo plantas hidroeléctricas colosales y transformando así la tierra de modo que trescientos años de capitalismo se realizaran en una generación.

Donde la monstruosidad stalinista esté con nosotros, ganará la medalla de oro como enemigo de la naturaleza. Y por cierto, hubo en el stalinismo un elemento de hostilidad franca hacia la naturaleza, más allá de la que pudiera obtenerse en el mercado capitalista e incluso después del fallecimiento de Stalin y la cesación del régimen de terror. Más aún, el stalinismo no dejó deuda alguna que no reconociera su carácter radicalmente antiecológico. Ahogado con la contaminación, acosado por los rendimientos agrícolas en declinación y perturbado por pesadillas como la virtual desaparición del Mar de Aral, el sistema soviético careció de correctivos internos y se hundió en el abismo de la ecocatástrofe. En buena medida, esta carencia de adaptabilidad residió en un régimen burocrático rígido, autoperpetuado, fijamente programado en la meta de la acumulación. Esta acumulación se hizo cada vez más difícil, dada la proliferación de las ineficiencias y el desecamiento de los mercados por ausencia de bienes consumibles. Uno de los principales responsables de esta crisis fue la explotación intensificada de la

naturaleza. Al mantenerse en declive los intereses ecológicos, se cerró un círculo vicioso. E instigado por la política norteamericana, el colapso fue sólo cuestión de tiempo.

### Nuestro Marx

¿Cómo se debe valorar esto en relación con los potenciales ecológicos del socialismo? Para algunos, la respuesta es directa: puesto que la URSS fue fundamentalmente no socialista, no es posible ninguna relación. Se dice que los soviets abandonaron el socialismo desde el momento en que plantearon la sujeción del trabajo e iniciaron la emulación del capital. Dado el camino del mundo, el resto fue un desordenado gigantismo, un capitalismo de estado burocrático y la destrucción de la democracia. Todo lo cual contribuyó a un régimen radicalmente antiecológico que no habría tenido parecido alguno con el que Marx hubiera ejecutado de haber vivido en Moscú en 1935. Desde este ángulo, la extrema enemistad con la naturaleza que marcó al stalinismo es un ejemplo de la forma en que un ideal noble, una vez pervertido, se torna en su opuesto; del mismo modo en que Satanás, alguna vez considerado hijo de Dios, se convirtió en su mayor enemigo.

Pero esto es demasiado simple. Tiene sabor a consuelo, no al enfrentamiento de la realidad. Pues la verdad es que casi toda la tradición socialista, incluida la de las ramas incontaminadas por el stalinismo, han sido ampliamente incapaces de apropiarse de una actitud ecológica. Ha habido unas pocas excepciones individuales importantes, como Rosa Luxemburgo y William Morris, y un gran esfuerzo reciente por corregir esta situación, pero esos signos esperan/adores no nos relevan de la necesidad de tener en cuenta lo que ha sido en su totalidad un lapso significativo. Pese al reconocimiento del hecho de que hay una crisis global de la naturaleza, de la que el capital es principal responsable, el hecho sigue siendo que el entendimiento de la naturaleza todavía tiende a chocar al socialista típico como una ocurrencia nueva, tanto en el sentido de que no llega inmediatamente al pensamiento socialista, como en el de que el cuidado de la naturaleza es algo agregado a la doctrina socialista existente, más que integrado a ella. Una apreciación integral del valor intrínseco de la naturaleza no está en el corazón existencia! del socialismo, ni la naturaleza demanda una pasión comparable a la reservada a la emancipación del trabajo. Esta se acompaña por una fe ingenua en las capacidades ecológicas de la clase obrera determinada por generaciones de producción capitalista. Para el modo característico de pensar el socialismo, el trabajo, una vez libre de la prisión del capital, no tendrá problemas en proceder a reconstruir la producción mediante una vía ecológicamente sana.

Hay un ejemplo de esto en la obra *Against the Market*, de David McNally, un traba-

jo por lo demás estimable que argumenta en favor de un socialismo asentado en la emancipación del trabajo. Después de demostrar en forma convincente que la «economía socialista plantea una construcción dirigida a incrementar la eficiencia de la producción: el ímpetu por maximizar la disposición del tiempo libre», McNally continúa con la observación de que es el capital el que acrecienta las necesidades del pueblo, pero «restringe sus posibilidades de satisfacerlas», de modo que el socialismo libera «este *lado positivo de la autoexpansión del capital* de la alienación y la explotación asociadas con ella». Y prosigue: «De esto se extraen tres conclusiones. La primera, que la reducción del trabajo social necesario *no puede ser a expensas de la gama de satisfacciones humanas*. Por el contrario, la productividad gana impulso porque el desarrollo de las fuerzas productivas sería distribuido, con toda probabilidad, de dos modos... *por el incremento del producto social que eleva los niveles de consumo...* y luego, por la reducción del trabajo social necesario». El segundo y el tercer principios son que esta reducción del trabajo social necesario «no sería a expensas de las mismas condiciones de trabajo» o del «ambiente natural y social fuera del establecimiento».<sup>21</sup>

Estas conclusiones plantean una contradicción seria entre la elevación de los niveles de consumo y la protección del «ambiente natural... fuera del establecimiento». Los trabajadores del mundo -no sólo del Occidente industrializado, sino también de China, India, Indonesia y así de seguido, requeridos por el ethos internacionalista *del* socialismo-, ¿quieren tener más automóviles, incluso automóviles mejores ecológicamente, sin ulteriores deterioros de las ecologías? En el discurso socialista se plantean escasas preguntas de este tipo, las que, sin embargo, pueden superar moral y económicamente en mucho al capital, que tiene problemas significativos más allá de la adicción fatal del capital por el crecimiento.

McNally sostiene que hay un *lado positivo de la autoexpansión del capital* que puede liberarse. Pero esto es ecológicamente muy dudoso. Uno espera que los gases se autoexpandan, Pero los humanos, seres orgánicos en los ecosistemas, sólo pueden *¿¿¿*«expandirse en detrimento del ecosistema y/o como un signo de degeneración, del mismo modo que el florecimiento de las algas significa que una charca está desintegrándose ecosistémicamente. Por consiguiente, cuando la alienación y la explotación sean superadas, deberíamos esperar que la vida humana no se expandiera, sino más bien que se desarrollara en modos del ser cada vez más sutiles, interrelacionados, en reconocimiento mutuo, bellos y espiritualmente plenos. No debemos mirar cómo se convierte en más ampliamente socialista, sino en más *realizada*. Bach no produjo música expandida de manera cuantitativa, haciéndola estrepitosa y más insistente, como las formas degeneradas de música rock que son espejo de las relaciones capitalistas. Más bien miró con mayor profundidad sus posibilidades y las realizó. Así deberíamos esperarlo para una sociedad ecológica, donde el ideal del crecimiento como tal sencilla-

mente necesita ser derruido. La *suficiencia* tiene más sentido cuando se construye un mundo donde nadie pase hambre o frío o carezca de cuidados de salud o socorro en la vejez. Esto puede realizarse con una fracción del producto mundial actual y debería crearse el terreno para su realización ecológica.

El término suficiencia es mejor que el neologismo ecológico de sustentabilidad, pues el último deja en la ambigüedad la cuestión de si es o no el sistema existente el que debe sustentarse. Pero en todo caso, la humanidad necesita reducir en gran medida su carga sobre los ecosistemas planetarios. La respuesta del ambientalismo es pensar en las restricciones al consumo. Pero tal enfoque es represivo y requiere alguna combinación de fuerzas de mercado -como hacer más costoso el petróleo para desalentar la compra borracha de combustible y eventualmente la de los propios automóviles- con la coerción -como el racionamiento o precisas sanciones legales como la prisión. En el corto plazo, pueden hacerse necesarias medidas de este tipo, pero ellas no son nunca deseables y no nos hacen acercar a un socialismo ecológico, que se construye con la emancipación del trabajo contemplada por el socialismo de la «primera época» y previendo la restauración del valor intrínseco por los productores liberados.

El socialismo real fue de-formado para esta tarea por la historia. Forjado en el momento de la industrialización, su impulso transformador tendió a permanecer en los términos del dominio industrializado de la naturaleza. De este modo, continuó manifestando el optimismo tecnológico de la cosmovisión industrial y su lógica asociada de productivismo. Todo lo cual alimentó la manía del crecimiento. La creencia en el progreso técnico ilimitado ha retrocedido en cierta medida debido a una cantidad de desastres, desde los desechos nucleares hasta las bacterias resistentes, pero esos retrocesos apenas tocan el corazón del optimismo socialista, según el cual su misión histórica es perfeccionar el sistema industrial, y no superarlo. La lógica productivista se asienta en una visión de la naturaleza que mira al mundo natural como un «ambiente» y, desde ese observatorio, a su utilidad como fuerza de producción. Es desde este punto que el socialismo coincide demasiado a menudo en una reducción de la naturaleza a simples recursos. Y consecuentemente, en la pereza en reconocernos a nosotros mismos en la naturaleza y a la naturaleza en nosotros mismos. Cuando McNally dice que el socialismo «no puede ser a expensas de la gama de satisfacciones humanas», fracasa en reconocer que las satisfacciones pueden ser problemáticas con respecto a la naturaleza cuando ellas han sido conformadas históricamente por el dominio de la naturaleza. Y, más aún, que las herramientas y las técnicas industriales que pasan a manos de los trabajadores después de la revolución son también un sedimento de esa historia. Por lo tanto, a menos que la revolución socialista anule también la dominación sobre la naturaleza (que es como decir, se convierta en ecosocialista), sus satisfacciones (y las necesidades y valores de uso en que ellas se asientan) tenderán a reproducir esa dominación. La

simple superación del poder del valor de cambio puede no ser más que una condición necesaria para esto. Desde otro ángulo, puede no haber un ambientalismo ecosocialista como tal, puesto que para la simple cosmovisión ecológica el concepto de naturaleza es el de un ambiente afuera que se marchitará lejos de nosotros.

El reconocimiento de nosotros mismos en la naturaleza y de la naturaleza en nosotros mismos -en otras palabras, la participación en los ecosistemas subjetiva y objetivamente- es la condición esencial para superar la dominación de la naturaleza y sus patologías de producción instrumental y consumo adictivo. Para citar un ejemplo, volvamos a Rosa Luxemburgo, mencionada antes como una de los pocos socialistas que demostraron que podían ser auténticamente poseedores de «un modo de ser ecocéntrico». Lo fue existencialmente, pues Rosa Luxemburgo no estaba orientada en sentido ecológico en su visión del carácter del socialismo (como sí lo estaba William Morris, cuyo pensamiento era conscientemente ecocéntrico, a pesar de no usar el término).<sup>22</sup> Pero lo que reveló ella -y esto está conectado con su género- fue una capacidad para expresar un *sentimiento de afinidad* con las criaturas no humanas que es muy excepcional en la tradición marxista. Testigo del apaleamiento de un búfalo desde la prisión a la que había sido llevada por protestar contra la guerra, Luxemburgo escribió lo siguiente en una carta:

el animal estaba sangrando, mientras miraba por sobre su cabeza con una expresión de niño lloriqueante, que había sido castigado severamente, en su negro rostro y en sus suaves ojos negros. Y que no sabía por qué lo había sido, qué había hecho, lo que no le permitía saber la forma de escapar del tormento y la brutalidad... Me detuve frente al animal y él me miró: corrieron lágrimas desde mis ojos -eran *sus* lágrimas. Nadie puede temblar más penosamente liente al dolor de un hermano amado como yo temblé de impotencia frente a esta angustia silente... ¡Oh, mi pobre búfalo! Ambos estamos aquí tan impotentes, tan despojados de espíritu, sólo unidos en la pena, en la impotencia y en la perduración.<sup>21</sup>

Pero un ethos de este tipo no produce por sí mismo un ecosocialismo. Lo que se requiere es precisamente lo que Rosa Luxemburgo no hizo, particularmente desarrollar una línea conscientemente ecológica en su práctica socialista. Esto no implica asumir una posición fundamenlalista respecto a los derechos de los animales, lo que olvida que todas las criaturas, no obstante ser reconocidas, están todavía diferenciadas y que hacemos uso de otras criaturas en nuestra naturaleza humana. Casi no se necesita agregar que esa posición implica una afirmación de «soledad» típicamente ecológico-profunda, que deja a lo salvaje fuera de lo humano y justificaría cualquier dispensa hacia lo último. Ir aún más allá abre el camino al nihilismo, consistente en un tipo de ataque ecológico-profundo al industrialismo; ataque asociado de manera infausta con Theodore

Kasczynski, el Unabomber. Superar los límites del socialismo realmente existente requiere más bien una síntesis por la cual la humanidad restaure su diferenciación ecosistémica con la naturaleza. Para seguir el ejemplo de Rosa Luxemburgo, conectaría el sentimiento de afinidad existencial con un sentido de la justicia, y desde allí construiría. En otras palabras, la opción del socialismo tradicional por las torturas del trabajo necesita ser acompañada por una opción existencial equivalente por la naturaleza, ambas dialécticamente entrelazadas. Las lesiones de los unos deben sentirse con la misma pasión por la justicia que las de la otra. Nuestro verdadero ser necesita volverse hacia la naturaleza, no como una posición tardía ni como una necesidad instrumental para la producción, sino como una realidad vivida sensitivamente. Y ésta necesita asentarse en relaciones de producción específicamente ecológicas, a menos que se transformen en un eslógan puramente voluntarista.

Con respecto al propio Karl Marx, encontramos una colección confusa de opiniones concernientes a su *bona fides* ecológica. Por una parte, hay una tradición muy robusta que alega que Marx configuró en lo esencial la enemistad hacia la naturaleza evidenciada por los bolcheviques, o al menos la afirmó en su sendero profundamente antiecológico. Desde este punto de vista, que puede llamarse la interpretación «prometeica», el fundador del materialismo histórico trabajó con elementos suficientes de la dominación de la naturaleza como para justificar la identificación hecha a menudo con el dios que otorgó el fuego a la humanidad, cuya temeridad fue castigada por Zeus encadenándolo a una roca, donde sufría los ataques de un águila sobre su hígado. En lo sustancial, esta acusación sostiene que Marx fue el abogado del determinismo tecnológico, del productivismo, de la ideología del progreso y de la hostilidad a la vida rural y el primitivismo (en resumen, como un apóstol intransigente del Iluminismo en su forma industrial calificada).<sup>24</sup>

Un punto de vista opuesto, expuesto recientemente por marxistas como John Bellamy Foster y Paul Burkett, contradice en forma enérgica esta acusación y sostiene que Marx, lejos de ser prometeico, fue el primer inspirador de la cosmovisión ecológica. Construye su razonamiento desde los fundamentos materialistas de Marx, su afinidad científica con Darwin y su concepción de la «hendidura metabólica» entre la humanidad y la naturaleza. Foster y Burkett consideran al canon marxiano original como la guía verdadera y suficiente para salvar a la naturaleza del capitalismo.<sup>25</sup>

Ingresar en la sustancia de este debate nos distraería de la ilación de nuestro trabajo. Pero podemos decir lo siguiente: es una necedad reducir las sutilezas de un pensador tan profundamente dialéctico a cualquier rótulo o interpretación singular. Una lectura más cercana nos mostrará que Marx no fue prometeico.<sup>26</sup> Pero tampoco fue un dios de ninguna clase. Sólo fue el mejor intérprete que la humanidad tuvo jamás acerca de su emergencia histórica. Y su gran virtud fríe la integración de una pasión por la justicia

con su energía intelectual y su talento dialéctico. No obstante, por superior que pudiera ser el pensamiento de Marx, al ser un producto humano, sigue siendo temporal e incompleto. Por esta razón es más comprensible cuanto más libre es, para usar su propia expresión, «la crítica despiadada de todo lo existente».<sup>27</sup> No se necesita decir que esto debe incluir la crítica al propio Marx. Por consiguiente, el marxismo actual no puede tener meta mayor que la que tuvo el criticismo de Marx a la luz de esa historia que él no pudo exponer, es decir, la de la crisis ecológica.

Aquí se necesita observar que, aunque Marx pudo no haber sido prometeico, hay en su trabajo un esbozo del valor intrínseco de la naturaleza. Para Marx, efectivamente, la humanidad es parte de la naturaleza. Pero es la parte activa, la que hace que sucedan las cosas, mientras que la naturaleza es la que es actuada. Excepto para unas pocas anticipaciones fascinantes, principalmente en los *Manuscritos* de 1844, la naturaleza para Marx aparece directamente como valor de uso y no como un valor de uso que tiene detrás, sobre todo, el reconocimiento de la naturaleza en y por sí misma.<sup>28</sup>

En Marx la naturaleza está, por así decirlo, sujeta desde el comienzo al trabajo. Este costado de las cosas puede inferirse de su concepción del trabajo, que comprende una relación completamente *activa* con lo que se ha vuelto una especie de sustrato natural.

Ahora bien, hay dos maneras de ser activo. Hay *pasividad*, con sus implicaciones de inercia. Y es desde esta condición que Marx vio la liberación de las realidades alienadas del trabajo bajo la dominación del capital. Pero también hay *receptividad*, que no es del todo pasiva e inerte, sino otra clase de actividad. Y es desde este lado de las cosas que Marx -y, por extensión, la tradición socialista- falla en su visión. Cuando Rosa Luxemburgo sintió el padecimiento del búfalo, fue receptiva a su angustia. Allí hubo reconocimiento, lo que significa la incorporación del ser del búfalo y su despertar en el interior de ella. ¿Es esta una situación femenina? Sí lo es, en la medida en que conservamos en mente que es la situación femenina construida y relegada de lo que alguna vez fue la fuente de la fortaleza femenina. Y en la medida de su caída en la sociedad dominada por lo masculino.

La receptividad plena es tanto identidad como diferencia. La palabra adquirió ese sentido, pero nunca se fusionó con el yo. Este es un truco del lenguaje, que representa lo dado, pero es de buena imaginación aclarar que no siempre será así. Por lo tanto, recapturar el momento receptivo en el trabajo requiere de una apertura activa del ser. Este no consiste simplemente en absorber el mundo y registrarlo subjetivamente. El ser se abre al mundo como preludio de la transformación del mundo. Y se conecta con él mediante poemas y canciones para producir hornos solares. Es una *plenitud* cuya esencia es tanto la liberación del trabajo como la transformación ecológica del trabajo, de modo que el trabajo pueda transformar la realidad de un modo ecológicamente integral. La apertura del yo al mundo compromete a la imaginación sensitiva y a nuestro ser en

pleno. Si el momento receptivo del trabajo está ausente, el yo se cierra, impactando en su propio interior y aislado de los otros y de la naturaleza.

Regresemos al momento antiecológico encerrado en el capital; la forma del ego. Este es el secreto del enigma del crecimiento y la manía del consumo. Estas compulsiones gemelas del orden reinante son expresiones de un movimiento impedido entre los mundos interior y exterior. Ocluido e incapaz de una vida plena, el ser humano se vuelve de manera compulsiva hacia un sinfín de mercancías y de ese modo las consume sin pudor. La inserción del valor de cambio es la barrera invisible enjaulada en el ego capitalista, una película de abstracciones reforzada con el poder titánico del estado capitalista y su aparato cultural.

Esa es la razón por la cual debemos tirarlo abajo y por la que el trabajo debe ser real y verdaderamente libre. Pero el trabajo debe hacerse libre con el fin de transformar ecológicamente la producción. El redescubrimiento del valor intrínseco procede a través de una lucha por el valor de uso, una lucha en la que la meta es incorporada en el camino.

### La producción ecológica

La naturaleza no produce nada. Más bien, evoluciona hacia nuevas formas que interactúan unas con otras en conjuntos que llamamos ecosistemas, que son los lugares de la evolución ulterior. Con respecto a lo que sucede en la tierra, esa evolución lleva hacia una criatura que introdujo la producción en la naturaleza y luego la economía, la economía de clase y el capitalismo; el cual, extendido cancerosamente, genera nuestra crisis ecológica. Por lo tanto, la producción es la formatividad de la naturaleza expresada a través de la naturaleza humana.

Lo que distingue a la producción de la evolución natural se conecta con las dimensiones de la conciencia formadora del lenguaje y la organización social. Los seres humanos trabajan con una imagen mental de la naturaleza. Representamos ante nosotros una sección mental de la naturaleza (ella misma siempre virtualmente modificada por trabajos previos) y luego actuamos sobre ella con el fin de transformarla de acuerdo al fin tenido en vista. En cada instancia, nos apropiamos en la imaginación de alguna configuración predeterminada de la naturaleza-transformada-por-el-trabajo. Y después, la producimos de acuerdo al plan. Por consiguiente, la producción es inherentemente temporal e incorpora el futuro. Esa es la razón por la que hablamos de producción: hacer con una visión adelantada.

Los seres humanos no elegimos qué producir, pero hay gran cantidad de modos de producción. El capital es una de tales organizaciones de la producción, que viola la

integridad ecosistémica por medio de la interposición del valor de cambio como instrumento de explotación. Cada momento es un corte de la interconexidad específica que define un ecosistema integral.

La esperanza del socialismo es la superación de la explotación y un salto hacia afuera del régimen del valor de cambio. El ecosocialismo desarrolla esto ulteriormente por medio de la realización de los valores de uso y la apropiación del valor intrínseco. Desde el ángulo de la producción, esto significa construir la integridad ecosistémica. Como un integral es un todo, la producción ecológica tiene por condición dominante la creación de la totalidad.<sup>29</sup> Los ecosistemas no son mirados en la forma de mercancías, como cosas mensurables y aisladas. Más bien ellos son mutuamente constitutivos, interactuando y transformándose unos con otros. Esta es la razón por la cual el concepto del «ambiente» carece de una cosmovisión ecológica. Hay un «afuera» en la naturaleza, donde habitan todas las cosas y se codeterminan una a otra y donde campos de fuerza sutiles interpenetran la realidad y pueden registrarse en la conciencia. De modo semejante, la producción de la integridad ecosistémica conecta las formas a través de todas las dimensiones, temporal y espaciales. El ser pasado está integrado al ser presente, mirado ecológicamente (contra el fetiche capitalista de lo nuevo). Y no hay ningún ser intrínsecamente ajeno a la producción ecológica, excepto el mismo capital, el creador del trabajo alienado y de las extrañas y falsas líneas fronterizas.

Aquí se entrelaza y compromete una cantidad considerable de modelos; algunos de los cuales, se presume, son más prominentes que otros en la instancia concreta.

El *proceso* de la producción ecológica se alinea con el producto. De este modo, la producción de la cosa es parte de la cosa hecha. Puesto que el fin de la producción es la satisfacción y el placer, en una comida o una prenda delicadamente hechas el placer se obtendría por la cocción de la comida o el diseño y la fabricación de la prenda. Bajo el capitalismo, estos placeres procesales están reservados a quienes practican pasatiempos voluntarios. En una sociedad organizada en tomo a la producción ecológica, ellos compondrían la fábrica de la vida cotidiana.

Para que esto suceda, el trabajo tiene que ser libremente elegido y desarrollado, con una realización plena del valor de uso y contra su reducción a fuerza de trabajo. Al principio y por algún tiempo, esto concierne a la modificación del coeficiente  $vc/vu$  en la dirección del numerador, con el objeto de construir las intenciones anticapitalistas. Puesto que el valor de uso -y el de cambio- no son inmediatamente comparables, esto implica la «negación de la negación» dialéctica: el valor de cambio es negado por medio de una remoción de los valores capitalistas. En este contexto, continúa la realización de los valores de uso, más allá de la deslegitimación del capital y de la ulterior ruptura con el mismo. El proyecto «Alimentos, no bombas» en ciudades como San Francisco y Nueva York ha sido un ejemplo de esto. Y el hecho de que esta actividad

aparentemente inocente haya atraído sobre sí misma una represión severa, es un signo preciso de cuán subversivo es ese concepto.<sup>30</sup>

Se requiere el mutuo reconocimiento tanto para el proceso como para el producto, tal es la condición de la integridad ecosistémica. La implicación más importante de ésta es que domina las relaciones de jerarquía y explotación del trabajo y fomenta la democratización de todos los niveles de la producción y, *mutatis mutandi*, de toda la sociedad.

La producción se asienta en las relaciones entrópicas de la evolución natural, en la cual la radiación solar ambiente es capaz de ayudar a la creación del orden. Dado que el sistema «cenado» en el que se aplica la Segunda Ley es la tierra + el cosmos que la rodea, la naturaleza suministra un cierto espacio para la creación de baja entropía desde la utilización de la energía solar (un espacio que, no obstante, requiere de distintos límites si debe sostenerse). El objetivo de la producción ecológica es precisamente el incorporar límites al funcionamiento de los ecosistemas, en riguroso contraste con el capital. Por lo tanto, va de suyo que la producción ecológica hace uso de todos los modos de conservación y renovación de la energía. Una implicación adicional de la vida bajo la ley de entropía es que el trabajo humano directo reemplazaría, tanto como sea posible, el consumo de baja entropía de eones pasados, sedimentados en los combustibles fósiles, la liberación de los cuales incrementa marcadamente la entropía hasta niveles desestabilizadores. Pero el «tanto como sea posible» se define mediante la interposición activa de la acción humana en la naturaleza. En lugar de vivir pasiva y, por cierto, parasitariamente de la neguentropía almacenada en los combustibles fósiles, la humanidad vivirá más directa y receptivamente incorporada a la naturaleza. Y desde allí, también de una manera sensitiva, con una superación de la antigua división del trabajo entre la cabeza y la mano y una intensidad artística. Desde otro ángulo, la plenitud de un valor de uso/ecosistema está acompañada, en el nivel del sujeto, por una cantidad de satisfacción, goce y realización estética. Todo esto se resume en el concepto de «virtud»,<sup>31</sup> comprendida en él la unificación de conjuntos dialécticos en un ser humano libre.

Los «límites del crecimiento» son predicados en una reorientación de la necesidad humana, hecha posible por la intensificación de la receptividad. De modo más claro, la producción altamente desarrollada necesita no depender de insumos de energía desestabilizadores. Ciertamente, cantar canciones es productivo y crearlas lo es incluso más. Aún la interpretación de los sueños es productiva, pues introduce una nueva configuración en el ecosistema humano. Así, las formas en que se pasa el tiempo se relacionan íntegramente con la forma de la producción y lo que se percibe como necesario. Al mirar los límites del crecimiento en términos de necesidades alteradas, nos dirigimos a la cuestión de la «sustentabilidad». Pero tratamos de ella de manera no tecnocrática y en

conexión con la organización básica del trabajo y la cuestión de la satisfacción. En otras palabras, desde un punto de vista cualitativo.

Tales consideraciones se aplican a la cuestión de la tecnología, una vez que ya no se ve como un problema «técnico», sujeto a consideraciones de ganancia y eficiencia. La fabricación y el uso de la tecnología en la producción ecológica se dirigen, más bien, hacia la producción de ecosistemas y la participación en los ecosistemas. El acrecentamiento de los valores de uso y la correspondiente reestructuración de las necesidades se convierten ahora en los reguladores sociales de la tecnología, en lugar de ser ésta, como bajo el capital, conversión de tiempo en plusvalía y dinero. Debemos esperar áreas considerables de saltos tecnológicos entre la producción capitalista y la ecológica. Por ejemplo, una podría ser el uso de técnicas médicas sofisticadas imaginadas para cada caso. Y esta aplicación implica al edificio completo de la ciencia informática y electrónica. Pero hay un mundo de diferencia entre la tecnología incorporada a la rentabilidad médica y su empleo en el cuidado de los aspectos orgánicos de un ecosistema humano. El capital puede tener una tecnología aislada de la multitud de relaciones sociales de las cuales no es sino un elemento. Pero la producción ecológica incluye también la teoría y tiene como una de sus consideraciones más profundas la gama completa de interconexiones. Por consiguiente, comenzar a ver una máquina o una técnica como participante plena en la vida de los ecosistemas es comenzar a removerla del valor de cambio y a restaurar un valor de uso realizado. Esto es lo que familiarmente se llama, en el discurso ecológico, una «tecnología apropiada» y, ciertamente, es una tecnología que nos capacita para apropiarnos de la naturaleza de manera humana.

Si asumimos con seriedad el concepto de ecosistemas humanos, llegamos a la incorporación plena de la conciencia en ellos. Aquí, la plenitud implica *el desarrollo de* un modo de ser receptivo. Entraña una conciencia de la naturaleza como tal, de acuerdo con el principio de que las interconexiones de un ecosistema humano incluyen, como un elemento, el reconocimiento de lo subjetivo -no al margen, sino íntegramente relacionado con la conexión física.<sup>32</sup> Pues una granja orgánica no es una simple colección de organismos; es estos organismos interrelacionados en un universo de reconocimientos significativos por medio del granjero. Esto no hace al granjero un señor de la granja o a la jardinera la dueña del jardín. Significa que la granja o el jardín -y el universo completo con el que se conectan- son integrados al yo humano que produce por medio de ellos. Un pariente mío podía pescar con sus solas manos. Esta proeza requería un contacto con el pez que iba más allá de lo groseramente físico, junto con una especie de mutuo reconocimiento entre el humano y el animal. Tal reconocimiento puede extenderse a todo el universo, si fuera realizado en la producción, como una conciencia plenamente activa y viva.

El pariente en cuestión era masculino y su función de reconocimiento está abierta

tanto a los hombres como a las mujeres. No obstante, el desarrollo sistemático de una conciencia ecológica que atravesase nuestra civilización depende de la superación de las barreras entre la humanidad y la naturaleza. La cual, como hemos visto, requiere la superación del dualismo impuesto de mujer = naturaleza/hombre = razón. Y para esto, el mismo patriarcado necesita ser superado. Estoy seguro que por lo menos el 95 por ciento de los lectores identificarían el relato de Rosa Luxemburgo, viéndose a ella misma en el sufrimiento del búfalo, como propio de una mujer, sin conocer por adelantado el género del autor. Sencillamente, los hombres no se han socializado para sentir de este modo. No es necesario decir que no resulta sorprendente que una mujer como Luxemburgo pudiera escapar a las restricciones de la supresión intelectual que pesan sobre su género. Pero bajo el sistema de género dominante, tales ocurrencias, no importa con qué frecuencia, siguen siendo excepciones individuales a un dualismo que debe ser superado, si queremos sobrevivir como especie.

Entonces, construir la producción ecológica significa restaurar la capacidad ecosistémica para la interrelación y el reconocimiento mutuo. De modo más elemental, para restaurar la naturaleza como fuente de maravilla y abrirse a la naturaleza. La grandeza de un mundo libre de trabas es un aspecto esencial de esto, pero no lo es todo. Recordemos que el desierto es una categoría construida con su propio valor de uso, mientras que la naturaleza real, tanto la que se experimenta en el Gran Cañón como en la aspiración de aire, siempre está directamente «a mano», incluso si escasamente se comprende. Un hombre puede visitar el Gran Cañón y seguir preocupado por sus cuotas accionarias. Otro puede ver a un árbol únicamente como una cosa verde en el camino, como lo planteó Blake. Pero los árboles todavía abundan y cada uno de ellos es una maravilla, como lo es una hoja de hierba o un paramecio.<sup>33</sup> Estar abierto a la naturaleza significa ser receptivo al ser ecosistémico sin el temor a la aniquilación, que es el legado del ego masculino. La construcción masculina del ser interpreta la receptividad como la condición castrada de lo femenino. Se lee la receptividad como pasividad, con el rasgo simbólico del ser devorado por la madre-mundo. Gea es una Medusa o una Arpia para el ego. El terror induce una ansiedad mortal severa, asociada con la represión mental, el distanciamiento, la reducción de la naturaleza y la contra-agresión, junto con la producción compulsiva y el consumo. De este modo, la naturaleza humana se *restringe* a despedazar la naturaleza y a reconstruirla agresivamente, siempre a mayor distancia. El conjunto conduce a la separación y es la actitud central de la dominación de la naturaleza, en cuanto ella emerge en el productivismo con feroz energía. Una actitud que tanto ha permitido la mentalidad capitalista (y el estado capitalista) que debe ser leída como un axioma.

La virtud amplia y práctica aquí incorporada es una expansión del papel inmemorial asignado a la mujer, como proveedora y cuidadora de la vida. La profunda racionalidad

inherente a este papel está tan degradada como fragmentada en la bifurcación de género de la naturaleza. La respectiva superación dará a la producción una forma específicamente ecológica. Las funciones de recepción, aprovisionamiento y guarda, una vez arrinconadas en un nivel social inferior, se movieron hasta convertirse en los principios reguladores de la producción. Por lo tanto, la producción ecológica va más allá de las virtudes de la igualdad distributiva formal con las mujeres, o su acceso a ocupaciones reservadas previamente a lo masculino, tales como el atletismo más riguroso. También niega la condición prosaica de lo que ha sido condenado como «trabajo de la mujer» y transforma a éste, mientras realiza los valores de uso asociados con él.<sup>14</sup>

Si el ser pasado es integral al ser presente en la producción ecológica, así lo es también para el ser futuro. Ahora emerge un importante principio político -uno que se aplica a la producción de valores de uso para el sustento de la vida y también a la producción de formas que van más allá del capital. El potencial de lo dado contiene los linchamientos de lo que puede llamarse la *prefiguración*. Ello es intrínseco a la producción ecológica, que presenta al *aprovisionamiento* del ecofeminismo como *Id previsión* de un momento utópico.

La praxis prefigurativa de la superación del capital es una forma ecosocialista que es tan remota como está al exacto alcance de la mano. Son tan remotas en la medida en que el régimen entero del capital permanezca en vías de su realización. Y está tan a mano en la medida en que exista un momento hacia el futuro comprometido en cada punto del organismo social donde surja una necesidad. Muchas instancias están destinadas a marchitarse -después de todo, es muy difícil imaginar cualquier inspiración ecosocialista que surja de un error de Wal-Mart, más allá del fervor hacia el orden dado. Otras se propagarán, pero no muy lejos, como el reciclaje de las bolsas de correo arrojadas a la basura. Y tal vez otras, incluso de una extensión más transformadora, pero tomarán un giro erróneo, como el del fascismo. Finalmente, surgirán las que se muevan en una dirección ecosocialista. Va de suyo que en el mundo real puede no haber una categorización neta capaz de cubrir todas las posibilidades. Si todas las cosas tienen un potencial prefigurativo, entonces la prefiguración se esparcirá desordenadamente sobre la superficie del mundo entero. Este hecho genera otro principio de la política ecosocialista. Este es -además de ser prefigurativo y construirse sobre los potenciales transformadores que se encuentren en la configuración de los acontecimientos- también *intersticial*, puesto que sus agentes pueden encontrarse casi en cualquier parte.

Esto es una bendición, porque significa que no hay agentes privilegiados en la transformación ecosocialista, pero ello impone también una gran responsabilidad. Pues tal como existen en la actualidad, las instancias de la producción ecológica están tan dispersas (y principalmente atrapadas) como irritantes lo son a los poros del capital. La tarea es liberarlas y conectarlas, de modo que pueda realizarse su potencial inherente.

No podemos descansar de ella hasta que la producción ecológica se haya convertido en un *modo* de producción ecológica. Cuando esto suceda -para lo cual debe anticiparse el desenvolvimiento de una lucha extensa-, el poder para regular la sociedad estará en manos ecosocialistas.

## Notas

1. Zablocki, 1971. Está disponible una gran cantidad de información a través de las publicaciones de Plough.
2. A todos los jóvenes se les requiere que vivan fuera de la comunidad durante los dos años siguientes a su graduación en la escuela secundaria, ya sea para que concurran a la preparatoria o para ser supervisados en la realización de buenas obras. Después de esto, deciden individualmente si regresarán y reingresarán a la comunidad como adultos. Según lo que se me ha dicho, alrededor de tres cuartas partes de los jóvenes deciden hacer esto último.
3. La frase es de la «Crítica al programa de Gotha», Marx. 1978e. p. 531. La literatura acerca de este tema es vasta. Véase Cort, 1988. Para el propio Marx, véase Miranda, 1974.
4. Los Bruderhof son muy homofóbicos. Por ejemplo, se han desviado de su camino para tratar de cerrar bares gay establecidos en su vecindad y rechazado unirse a coaliciones contra la pena de muerte en las que participaban grupos defensores de los derechos de los homosexuales. En el interior de la comuna, aunque las mujeres tienen una voz definitiva, también existen varias desigualdades. Por ejemplo, en los códigos de vestimenta, pues mientras los hombres pueden vestirse del modo que les plazca, las mujeres deben usar vestidos tradicionales. Lo que es peor, está prohibido el divorcio. Más aún, la autoridad moral de la comunidad se deposita en la voz paterna de la familia Arnold. Hay señales de que la generación más joven puede ver las cosas de modo diferente y será interesante seguir este desarrollo. Pero en general, para las religiones radicales parece ser más duro despojarse del patriarcado que de la dominación de clase.
5. ¿Puede ser éste el significado oculto de la Caída? No se debería ser tan apresurado, pues una vida arcaica, preeconómica, de pura utilización de lo existente, no está libre de agresión o ambivalencia, aunque carezca de implicaciones expansionistas y cancerosas.
6. «La pálida rosa», de «Canciones de experiencia», en Blake, 1977, p. 123.
7. Los valores son: la democracia radical, la justicia social, la sabiduría ecológica, la no violencia, la descentralización, la economía basada en la comunidad y la justicia económica, el feminismo, el respeto a la diversidad, la responsabilidad personal y global y la concentración en el futuro y la sustentabilidad. El que más se acerca al socialismo, la justicia económica, no va más allá de una convocatoria a la protección de los derechos de los trabajadores y a una mezcla de formas económicas, que incluyen a las «compañías de propiedad independiente». En definitiva, los verdes se sitúan en la perspectiva criticada en el capítulo anterior.
8. Bien entrado el siglo pasado, los socialistas norteamericanos usaron la expresión «comunidad cooperativa». No cabe duda que es un buen modo de plantear el socialismo. Pero entonces lo que tenemos en mente, ¿debería llamarse una «comunidad eco-cooperativa»? Cualesquiera sean las ganancias tácticas que produzca una expresión con tales circunloquios, es claro que no producen ninguna estratégica. Si la palabra socialismo goza de desfavor, es mejor que se enfrente el hecho sin evasiones.
9. Marx. 1978c, p. 491.
10. Para Marx, véase Dnipper, 1977, et. seq. Para una narración magistral de los fracasos del bloque soviético, véase Mészáros, 1996. Para una información general de la totalidad de la tradición socialista bajo este enfoque, véase Brenner, 1990.
11. Figs, 1997.
12. Hinton, 1967; Meisner. 1996.
13. Intenté mostrar algo de lodo eslo en otra obra. Véase Kovel, 1988.
14. Rossly Benjamín, 1994.
15. Por supuesto, lo que persiguieron tras el fracaso del socialismo fue una versión especial del capitalismo, fiscalizada por el FMI y el Departamento del Tesoro norteamericano, por la que se utilizó la rápida venia

de los bienes del estado para financiar la acumulación en la forma más brutal e incontrolada. El producto bruto interno de Rusia cayó a alrededor de la mitad tras el colapso de la URSS. Y si bien esto limitó los efectos de la contaminación, no se hizo virtualmente ningún esfuerzo para mejorar el lúgubre record de los años soviéticos con respecto al ambiente. En grandes porciones de la economía desapareció incluso el valor de cambio, reemplazándose por los pagos mediante trueque (o sin pago alguno). En mayo de 2000, el presidente ruso Vladimir Putin, en su esfuerzo por reinstaurar la mano de hierro mientras complacía al capital transnacional, disolvió el Comité de Estado Ruso para la Ecología y el Servicio de Bosques, después de lo cual el Banco Mundial aprobó otro préstamo por mil millones de dólares. De este modo, el último capítulo de los sufrimientos de Rusia podría titularse «lo peor de ambos mundos».

16. Ciare, 1996b, pp. 211-28.

En los primeros años de la revolución, el Proletkult tuvo 400.000 miembros, publicó 20 periódicos y atrajo a gran cantidad de artistas e intelectuales. Pueden encontrarse materiales acerca de Bogdanov en Martínez-Alier, 1987, lo mismo que en Gare. Martínez-Alier escribió también en forma extensa acerca de Sergei Padorinski, un ingeniero del siglo XIX que fue pionero en la integración de la termodinámica a la teoría marxista y a quien puede considerarse como el progenitor de la economía ecológica. El tratamiento de la Unión Soviética por parte de Gare es muy extenso: véase pp. 233-80. *passim*. Una versión más corta y accesible de su argumentación puede encontrarse en Gare, 1996a. Pueden efectuarse consideraciones similares con relación a China comunista. Aunque su ideología manifiesta fue altamente productivista, de acuerdo con los valores de la primera época socialista y en contraste con la filosofía ecocéntrica de la China tradicional, aún «hasta épocas recientes hubo un comportamiento mucho mejor que el de la China tradicional en relación con los problemas ambientales. Los comunistas, por lo menos cuando gobernaba Mao Zedong, hicieron mucho por la reforestación del país, la conservación de los recursos y la mejora del ambiente por otras formas» (Gare, 1996b, p. 36). En su apoyo, Gare cita a Orleans y Suttmeir, 1970 y Geping y Lee, 1984.

17. Lenin, 1967. Después de éste, Lenin viró de pensamiento sin complejo alguno en sus últimos escritos filosóficos, sobre todo en su lectura de la Lógica de Hegel (Lenin, 1976). Sin embargo, hay que decir que fue el coscado más crudamente mecanicista de la ambivalencia de Lenin el que sedimentó en la práctica soviética.
18. Descrita clásicamente en la novela *Oblomov*, de Goncharov, acerca de un hombre que no podía salir de la cama. Con mucha frecuencia, Lenin prorrumpió en invectivas a sus seguidores contra los peligros de sucumbir al «oblomovismo».
19. «El hombre, que aprenderá a mover ríos y montañas, como a construir palacios del pueblo en la cima del Monte Blanco y en el fondo del Atlántico, será no sólo capaz de agregar riqueza, brillantez e intensidad a su propia vida, sino también de una calidad dinámica del más alto grado. La concha de la vida que se ha formado antes tan duramente, se abrirá violentamente bajo la presión de las nuevas técnicas e inventos y logros culturales... El hombre emancipado será portador de un mayor equilibrio en el trabajo de sus órganos y un desarrollo más proporcional y resistente de sus tejidos, con el fin de reducir el temor a la muerte... [se elevará a sí mismo a un nuevo plano, hasta crear un tipo sociobiológico superior, o si usted quiere, un superhombre]» (Trolski, 1960, p. 253).
20. Gare, 1996b, pp. 267-9.
21. McNally, 1993; pp. 206-8. Las bastardillas son mías.
22. El gran socialista británico pensaba en términos de una producción que incorporara el arte y la dimensión estética, mediante los cuales avizoraba una emancipación del valor de uso. Véase especialmente la novela utópica *News From Nowhere* (Morris, 1993).
23. Bronner, 1981; p. 75. Las bastardillas son del original.
24. La lista de actores en este caso va desde miembros de las tradiciones marxista y socialista, como Ted Benton y Rainer Grundmann (quienes abogan por la actitud prometeica), a los ecologistas anarcosocialistas, como John Clark y filósofos ecocéntricos como Robin Ekersley. Véase Benton, 1996, para una información desde el lado marxista; también Clark, 1984; Ekersley, 1992. Hay una cuestión asociada a ésta, que es la relación de Marx con Engels y la del propio Engels con estos asuntos. Es una cuestión importante que, sin embargo, no podemos tratar aquí. La tapa de la edición de bolsillo de *Alienation*, de Bertell Ollman (Ollman, 1971), muestra una ilustración de 1842, en la que Marx, entonces de 24 años, aparece directamente retratado como Prometeo. Las aflicciones físicas del Marx maduro, como sus forúnculos, reforzaron esa asociación. Véase Wheen, 2000.
25. Véase Burkett, 1999; Eoster, 2000.

Acerca de mi opinión sobre el libro de Fosier, véase Kovel. 2000.

26. Parsons, 1997, suministra una buena antología de pasajes importantes. Una contribución temprana que realicé acerca de este lema es Kovel, 1995.
27. De una carta juvenil a Arnold Ruge. Marx, 1978a.
28. La elaboración más importante de Marx acerca del valor de uso aparece en sus poco leídas Teorías sobre la plusvalía (Marx, 1971, pp. 296-7), donde aprendemos que el término valor «originalmente no expresa otra cosa que el valor de uso de las cosas para las personas, esas cualidades que las hacen útiles o agradables, etc., para las personas. Está en la naturaleza de las cosas que "valor", 'valeur', 'Wert' no pueda tener otro origen etimológico. El valor de uso expresa la relación natural entre las cosas y los hombres; de hecho, la existencia de las cosas para los hombres. El valor de cambio, como resultado del desarrollo social que lo crea, se superpuso más tarde sobre la palabra valor, que era sinónimo del valor de uso. El [intercambio = valor] es la existencia social de las cosas. [Aquí sigue un pasaje etimológico, esto es: «Sánscrito: Wer, significa cubrir, proteger, consecuentemente respecto al honor y al amor, la estima...», etc., y así de seguido]. De hecho, el valor de las cosas es su propia virtud[virtud], mientras su valor de cambio es muy independiente de sus propiedades materiales». Las bastardillas son del original. Estoy en deuda con Walt Sheasby, por indicarme este pasaje, que revela claramente que para Marx el valor de uso está incorporado en las ecologías naturales; pero, al mismo tiempo, que Marx no ve necesidad alguna en diferenciar el valor de uso de cualquier concepto de valor intrínseco en la naturaleza. Este es un término perteneciente al discurso económico, suficiente para abrazar por completo lo que significa la naturaleza para los humanos.
29. Enrique Leff ha hecho una contribución importante a este concepto en su *Green Production* (Leff, 1995). Sin embargo, los elementos subjetivos aquí desarrollados no son incorporados a su enfoque, ni se formula en él la meta de la superación del capital.
30. Es preciso guardar en mente la conexión entre los valores de uso y de cambio, pues en muchos casos existen valores de uso intensificados cuyo resultado no necesita ser inherentemente ecológico. Esta mejora e intensificación de los valores de uso ocurre regularmente en un régimen de intercambio, como en la producción de bienes de lujo. Mientras que, por otra parte, encontramos situaciones de colapso de la producción en la que se deterioran ambas formas del valor. Un ejemplo corriente es la ex URSS, donde la abundancia de obreros desmoralizados crea los «accidentes esperables» (como en el caso del submarino Kursk). Mientras al mismo tiempo se quebrantan las funciones del intercambio para grandes porciones de la población, muchas de las cuales tienen que recurrir al trueque u otros medios de circulación más bien que (como se obtendría en una sociedad de funcionamiento ecológico) al desarrollo más allá del intercambio.
31. Véase nota 28.
32. Dos trabajos recientes que hacen justicia a este tema son Kidner, 2000 y Fisher, 2000.
33. Incluso una babosa de jardín, aunque debo confesar aquí una cierta barrera al reconocimiento.
34. Mellor. 1997.

## 9 El ecosocialismo

Imaginemos que todos los decretos estable/can que es necesario abandonar la competencia: jamás nos alejariamos de ella. Y si fuéramos tan lejos como para proponer la abolición de la competencia mientras retenemos los salarios, estaremos proponiendo la insensatez, por real decreto. Pero las naciones no proceden por real decreto. Antes de disponer tales ordenanzas, por lo menos deben haber cambiado de arriba a abajo las condiciones de su existencia industrial y política y por consiguiente su completa manera de ser. (Marx, *Miseria de la filosofía*.<sup>1</sup>)

Las revoluciones se Mielven factibles cuando un pueblo decide une su actual estructura social es intolerable, cuando cree que puede lograr una alternativa mejor y cuantío las relaciones de fuerza entre él y las del sistema se inclinan a su favor. Ninguna de esas condiciones está cercana a encontrarse en el presente para la revolución ecosocialisia. la que podría verse como un ejercicio en el cual sólo nos embarcamos de manera académica. Pero el presente es una cosa y el futuro otra. Si el argumento de que el capital es incorregiblemente destructivo y expansivo prueba ser verdad, entonces sólo es cuestión de tiempo antes de que el problema aquí planteado alcance urgencia explosiva. Y al considerar lo que está enjuego y la forma rápida en que pueden cambiar los acontecimientos bajo tales circunstancias, no se puede esperar más tiempo, en definitiva, para lomar la cuestión del ecosocialisino como un proceso vivo; para considerar la posibilidad de su visión de la sociedad y la clase de camino que puede adoptar hacia su niela.

El presente capítulo es el más práctico y, no obstante, el más especulativo de esle trabajo. Agobiados por las grandes derrotas de la ulopía y los ideales socialistas, hoy son pocos los que se preocupan en pensar acerca tic los tipos de sociedad que podrían reemplazar a la actual por una de racionalidad ecológica. Y la mayoría de las especulaciones en el paradigma verde se encuentran limiladas por una apreciación insuficiente del régimen del capital y de la profundidad necesaria del cambio real. Lti su lugar, los verdes lienden a imaginar una extensión ordenada de las comunidades, acompañada por el uso de instrumentos que han sido específicamente creados para mantener la vigencia del sistema aelttal, como las elecciones parlamentarias y varias políticas impositivas. Sin embargo, lales medidas tienen sentido transformador si se ven como prefiguraciones de algo más radical; algo que, por definición, no está inmediatamente en el horizonte. Será aquí nuestra tarea comenzar el proceso de delinear esto no visto-

aún. La única certeza es que el resultado será un modelo más grosero y esquemático del que podría emerger en la realidad.

Pero por incierta que sea la meta, están a la vista los primeros pasos del camino y son comprensibles para cada persona consciente. Hay personas que critican despiadadamente al sistema capitalista «de arriba a abajo» y que incluyen en esa crítica un ataque consecuente a la difundida creencia de que no es posible alternativa alguna al mismo. Si uno cree que el capital no sólo es básicamente injusto sino también radicalmente insostenible, su primera obligación es difundir las noticias; del mismo modo que uno debería sentirse obligado a decir a los habitantes de una casa de estructura defectuosa destinada al colapso, que salgan afuera, a menos que adopten medidas drásticas. Para continuar la analogía, la crítica en la materia necesita combinarse con un ataque a la idea falsa que, por así decirlo, tenemos atrapada en esta casa, que niega la posibilidad tanto de repararla como de abandonarla.

La creencia de que no hay alternativa al capital es ubicua. Lo que no debería asombrarnos, dado lo maravillosamente conveniente que es esa idea a la ideología dominante.<sup>2</sup> La cual, sin embargo, no deja de ser una insensatez y una falla en la visión y la voluntad políticas. Tenga o no mérito la visión del ecosocialismo ofrecida aquí, la concepción de que no hay otra forma de organización de una sociedad avanzada que el capital no es adecuada. Nada es para siempre lo último y lo que haga la humanidad puede teóricamente deshacerse. Por supuesto, puede ser el caso que la tarea de cambiarla sea demasiado dura y el capital haya llegado tan lejos como puede hacerlo la humanidad, en cuya instancia sencillamente debamos aceptar nuestro destino al modo estoico y tratar de paliar los resultados. Pero eso no lo sabemos y *no podemos* saberlo. No hay ninguna prueba en un sentido o en otro y sólo la inercia, el temor al cambio y el oportunismo pueden explicar la creencia en una idea tan mezquina como la de que no hay alternativa al capital para organizar a la sociedad.

La sola lógica no convence ni da esperanzas a nadie. Se requiere algo más sólido y material, una combinación de inspiración emergente acerca de la incapacidad del capital para resolver la crisis, junto con algún centelleo que atraviese la corteza de la desesperación inerte y el cinismo por medio de los cuales nos hemos adaptado al sistema. En algún punto -lo que habrá de suceder si el capital es la causa eficiente- emergerá la comprensión de que todas las buenas ideas (como, por ejemplo, la regulación de las industrias químicas, la preservación de los ecosistemas forestales, o hacer algo serio respecto a las especies en extinción, el calentamiento global o respecto a cualquier tema que interese a la desintegración ecosistémica) no se realizarán apelando sólo a los cambios locales, o al Partido Demócrata, o a la Agencia de Protección Ambiental, o a los tribunales, las fundaciones, las ecofilosofías y los cambios en la conciencia. Y eso por la poderosa razón de que estamos viviendo bajo un régimen que controla el estado y la

economía y tendrá que ser superado y desarraigado si deseamos salvar el futuro.

La crítica implacable puede deslegitimar al sistema y conducir al pueblo a la lucha. Y si la lucha se desarrolla, las victorias no luirán más que incrementarse, pues sus propias concreciones -la paralización de una reunión del FMI, las esperanzas depositadas en la campaña de Ralph Nader en 2000- pueden tener un efecto simbólico más lejoso mayor que sus resultados externos y constituir puntos de ruptura con el capital, lista ruptura no es una serie de hechos agregados a nuestro conocimiento del mundo, sino un cambio de nuestra relación con el mundo. Sus efectos son dinámicos, no una simple agregación. Y como toda inspiración auténtica, cambia la relación de fuerzas y puede propagarse velo/mente. De este modo, la liberación de la inercia puede acarrear una rápida cascada de cambios, de modo que puede decirse que las fuerzas que presionan hacia un cambio radical no necesitan ser lineales ni agregadas, sino de carácter exponencial. De esta forma, la conciencia y la crítica radical de lo dado, incluso la posesión de un programa detallado para una alternativa, pueden ser una fuerza material, puesto que pueden capturar el entendimiento de las masas populares. Para los intelectuales, no hay mayor responsabilidad que ésta.

En lo que sigue no habrá ningún programa del lado *ní* omnisciente, aunque desplegaré ciertas situaciones hipotéticas como un modo de formar ideas. Toda la tarea puede ser declarada simplemente como suficiente. Si la meta es un modo de producción ecológico, ¿qué tipo de prácticas pueden definirse para que la alcancemos'? ¿Qué perspectivas podríamos tener de una sociedad ecosocialista'? ¿Cómo se expresan los grandes, aunque abstractos, términos del cambio básico, en tanto que funciones vitales'? V en el camino hacia un ecosocialismo que no está definido con precisión, ¿cómo podemos incorporar la meta hacia la cual nos movemos'?

## Los conjuntos ecológicos y el diseño de un desarrollo ecosocialista

Si la política ecológica es prefigurada e intersticial, entonces debemos comenzar por lo que está a mano y de acuerdo con su potencial para realizar un ecosistema integral. Nos permitimos llamar conjunto ecológico a cualquier unidad de este tipo. Consiste en un ecosistema humano visto desde la posición de su potencial para la producción ecológica. Lo que buscamos es el crecimiento y la interconexión de los conjuntos ecológicos, desde las islas en el océano capitalista a una especie más archipiélago que se adhiera ulterior y finalmente a un continente de ecosocialismo.

El concepto más conjuntos ecológicos es deliberadamente muy amplio, de modo que cualquiera de los siguientes fenómenos puedan calificarse como tales:

- una granja orgánica
- un grupo de afines comprometidos en una acción directa contra el Banco Mundial
- una pequeña cooperativa de crédito comunitario
- la ejecución de una obra cultural, comprometida con la audiencia
- una comunidad intencional
- un partido político
- un aula, o los niños que se encuentran en ella
- la corporación Du Pont
- un vecindario de Manhattan, o el propio Manhattan, el estado de Nueva York o Estados Unidos.

Para este fin, esta lista parece convertirse en una *reductio ad absurdum*. Muchos podrían decir que es ridículo pensar en Du Pont o Estados Unidos como situados al mismo nivel que una granja orgánica, en términos de su potencial para el ecosocialismo. ¿Y qué es lo que tiene un niño en común con cualquiera de ellos? Podría también ponerse en la lista al Banco Mundial, junto con los grupos de afines que obstaculizan el tránsito en un esfuerzo por morderle los talones al Banco.

Por cierto, podría también hacerse esto, puesto que el Banco Mundial es asimismo un ecosistema, en la medida en que el mundo humano es aquella parte de la naturaleza cuyo ser ecosistémico está dado a través de la producción, dado que toda producción contiene algún momento de presión hacia la universalidad. En este sentido un niño, en especial uno relacionado con su mundo humano y sensorial, ciertamente es un ecosistema, como lo es cualquier porción organizada del mundo humano. Se concluye que incluso la más fría empresa capitalista tiene algún potencial ecosocialista. Sin embargo, el juicio de frialdad aplicado a tal empresa significa, en efecto, que su desarrollo ha abandonado el camino de la totalidad ecosistémica por la forma alternativa y cancerosa de la acumulación capitalista. Como este es el caso de Du Pont y del Banco Mundial, podemos decir que ellos son conjuntos ecológicos con un potencial ecosocialista interno muy bajo. Confinado, por referencia a la primera, a la promesa de reducir sus emisiones de gas de efecto invernadero. O, en el caso del Banco, a los impulsos conscientes de algunos miembros de su personal, todos los cuales titubean y son domesticados por el poderoso campo de fuerzas del capital al cual sirven. Y, por lo tanto, son usados principalmente para el lavado de cara y las relaciones públicas. Este potencial no se desarrollará espontáneamente. Sólo lo hará después de acciones muy vigorosas y prolongadas contra esas instituciones. Este tipo de acciones se ejecutan por grupos de afinidad, razón por la cual podemos decir que esta clase de conjunto ecológico tiene un alto potencial ecosocialista. Ciertamente, se trata no sólo de un conjunto activo sino *activador*.

Aunque se debe agregar que este potencial existe al momento actual como una serie de puntos configurados de manera vaga y esparcidos en forma relativamente inocua sobre el paisaje político.

El modelo general de desarrollo ecosocialista fomenta los potenciales activadores de los conjuntos, con el fin de catalizar la emergencia de otros, así como para atraer el conjunto de esos puntos a la formación de cuerpos cada vez más dinámicos. La praxis por la cual esto tiene lugar es *dialéctica*. Esto es, comprende el mantenimiento activo y la posesión de conjunto de las negaciones, como cuando los grupos de afines enfrentan al Banco Mundial, o cuando una persona enfrenta una realidad penosa. La negación en la confrontación política define el significado de la lucha y tiene múltiples aspectos. El grupo se ofrece como una contrainstitución, más democrática en su funcionamiento interno y con potenciales ecocéntricos intensificados. Ofrece una crítica directa al Banco y procura educar a otros en la misma senda, llevando con eso una verdad penosa de ostentar. Y finalmente, procura cerrar la tienda del Banco, al menos por un rato, mediante el bloqueo del acceso a sus reuniones. El desarrollo de un ecosistema humano depende en gran medida del grado de reconocimiento adecuado al mismo. En el caso, el grado de entendimiento que el grupo afín mantiene sobre el Banco (y la policía, los políticos, los medios masivos y así por el estilo, que apoyan al banco). Y también de la fidelidad, la coherencia interna, etc., del grupo. En resumen, de su capacidad de permanecer unidos en la actividad dialéctica a todo lo largo del período de confrontación. Y cuanto más larga y sostenida sea la confrontación, mayor desarrollo dialéctico, más movilizado se mantiene el conjunto (este es el punto de inserción de los valores ecofeministas en la práctica ecosocialista) y más integral es el ecosistema así producido.

El modelo puede aplicarse a los conjuntos comprometidos en la actividad económica, como las cooperativas de crédito, donde puede expandirse el coeficiente valor de uso sobre valor de cambio ( $vu/vc$ ). Las empresas comunitarias de este tipo tienden objetivamente a preservar el capital local y a escapar de su disolución en el gran charco de la ecodestrucción. Al mismo tiempo, tienden subjetivamente a apartar a las personas del campo de fuerzas del capital y a inducir grados siempre más amplios de producción ecológica.<sup>1</sup> De esta matriz derivan dos amplios tipos de funciones y, aunque continúan diferenciadas, están permanentemente en contacto. Son, por un lado, las que tienen que ver con la producción de valores de uso propiamente dicha como, por ejemplo, en el crecimiento de la producción alimenticia conforme a principios orgánicos. Y otras son las que tienen que ver con la activación, o transformación del trabajo mismo, la producción de valores de uso comprometidos con la naturaleza. Así, puede decirse de los grupos activos, como los de afinidad, que su producción los convierte en una de las posibilidades ecosocialistas. Lo son en forma prefigurada en su producción teórica -

que comienza en el nivel actual- y logran una comprensión más plena y radical por medio de la lucha misma. Va de suyo que esta diferenciación no debe mirarse de manera tan rígida, pues el proceso descrito, de hecho, es igualmente posible sin grupos y, ciertamente, sin individuos. Conforme se desarrolla la lucha, brota el activismo a través de todo el campo social, y comienza a definirse gradualmente una serie de nuevos principios orientadores que se coaligarán en una formación de tipo «partido». De este modo surgen en número creciente, entrelazadas en una combinación imposible de describir en el momento actual, islas de producción relativamente ecológica, junto con la emergencia, en otras dimensiones, de un espíritu de dirección política incorporada en las organizaciones naciescentes, cuyo trabajo permite el salto hacia la unificación de los conjuntos productivos y el fortalecimiento de sus propósitos. Se supone que todo esto juega contra el telón de fondo de la comprensión unitaria de que el capital es la causa eficiente de la crisis ecológica.

En este desarrollo, el paso imaginable siguiente es la emergencia de organizaciones más formales, que toman la forma de microcomunidades que sirven a una combinación de funciones de *resistencia* al capital: la *producción* frente al mismo de una alternativa ecológico/socialista y la interconexión mutua de sus sitios semiautónomos tras la perspectiva de una meta común. Para forjar una posibilidad, el grupo afín «ocupa» algún punto, construyendo luego sus lazos a través de líneas productivas más formales y diseñando sus vidas alrededor de ellas con mayor proximidad al colectivo. Podemos pensar en esa posibilidad si recordamos el análisis de los Bruderhof del capítulo anterior, con una intención anticapitalista formal, que combina el abandono del valor de cambio y su reemplazo por el valor de uso transformado. Como lo vimos con esa comunidad religiosa, se necesita un poderoso movimiento espiritual para neutralizar el campo de fuerzas del capital y suministrar el paraguas protector que permita el desarrollo ecosistémico. Se parece al invernadero, que permite crecer a las plantas jóvenes durante el invierno, admitiendo cierta radiación sobre ellas y manteniéndolas de modo que los jóvenes brotes se protejan del frío. No hay razón para que esta tarea no sea cristiana, aunque debería tratarse de un cristianismo pospatriarcal, con el fin de comprender las metas de la producción ecológica. Por la misma razón, no hay necesidad de que sea totalmente cristiana ni tampoco religiosa, en la medida en que sea pospatriarcal y poscapitalista y espiritualmente armoniosa con la lógica de la producción ecológica. Las espiritualidades surgen antes de sus construcciones religiosas. Se forman desde el esfuerzo del ser humano por ir más allá de lo dado. Y hay una fuente amplia en las formas de ser que niegan la dominación de la naturaleza, dando contenido a una espiritualidad ecológica emergente. Debe agregarse de manera enfática que esto incluye a la propia tradición socialista, que ha exhibido una espiritualidad gloriosa cuando fue reclamada por la imaginación utópica." Esta espiritualidad no necesita ser proclamada.

En un tiempo saturado con los mercachifles de la *New Age*, la mejor espiritualidad es la que no se anuncia y se manifiesta verdaderamente cuando el ego se trasciende en una causa mayor.<sup>5</sup>

Sin duda, un desarrollo tal será muy desigual. Ciertas áreas -por ejemplo la agricultura orgánica o la permacultura- están favorecidas para permitir la realización de la producción ecológica de valores de uso. De este modo, para ellas el numerador del coeficiente  $vu/vc$  puede incrementarse de manera relativamente independiente, elevando el potencial para desligarse del capital. Otras áreas -por ejemplo, los movimientos antiglobalización emergentes- son relativamente más capaces de disminuir el denominador (valor de cambio) por medio de la práctica política, logrando de este modo el mismo efecto general. Sin embargo, para decirlo claramente, en todos los casos los procesos pueden ir tan lejos sólo antes de que sean atraídos por el campo de fuerzas del capital: la granja orgánica, por la intrusión brutal de las fuerzas de mercado (que imponen el endeudamiento, la competencia y la necesidad de explotar el trabajo); el miembro de un grupo de afines -en la mayoría de los casos un estudiante-, por la necesidad de hacer su vida, con todos los compromisos atinentes, y también por las poderosas fuerzas de la represión estatal.

Las prácticas que, en un mismo movimiento, acrecientan los valores de uso y disminuyen los valores de cambio, son ideales en términos de potencial ecosocialista. Va de suyo que el estudiante radical puede ir entonces a la escuela de derecho y estudiar para convertirse en defensor del pueblo y de la tierra. Del mismo modo, el granjero orgánico puede encontrarse en una posición «natural» para adoptar los valores políticos verdes y organizarse de acuerdo a ellos. Y en todos los casos existe la posibilidad de unificar las prácticas ecosocialistas para emerger colectivamente en cuanto esto suceda. Pero también hay tipos de actividad aún más cercanas al ideal, en las que ambos aspectos del coeficiente  $vu/vc$  pueden cambiar directamente su relación entre ellos. Por ejemplo, la educación. Como la actual política educativa en Estados Unidos transforma la vida del niño en parte intercambiable de la gran máquina capitalista, las posibilidades de resistencia de los maestros conscientes surgen de inmediato. Mediante la organización contra el sistema y la crítica a la política educativa, el docente necesariamente protesta contra el régimen del valor de cambio, pues la educación bajo el capitalismo se mueve hacia la estandarización, la cuantificación y el tratamiento de los niños como contenedores pasivos a ser transformados en trabajadores y consumidores dóciles. Pero esto también requiere la reformulación de la práctica del educador hacia un modelo que, cualquiera sea su forma particular, mira al niño como un ser activo y autodeterminado que vive por medio del mutuo reconocimiento. De este modo, el proceso de aprendizaje se convierte en la producción de valores de uso ecosistémicos, incluso tanto como su brazo político ataca el dominio del valor de cambio. Asimismo, nótese que esto puede

sucedan en adelante como un asalto explícito al capital, localizándose más bien en el punto de penetración del capital en los mundos vitales.<sup>6</sup>

Un ejemplo muy saliente se aplica a la comunidad de medios alternativos, situada en el punto arquimedeano de la legitimación y el control capitalista. Aquí han surgido recientemente prefiguraciones de la nueva sociedad en la forma de centros «Indymedia», como colectivos de activistas radicales de los medios masivos, en las ciudades visitadas por las protestas antiglobalizadoras. Establecidos inicialmente como formas de documentar las protestas negadas por las corporaciones mediáticas, los centros manifiestan la tendencia a permanecer después que retroceden las olas de protesta callejera. Al haberse abierto su camino por una generación de activistas de los medios, los centros manifiestan una estructura flexible y abierta, una presentación democrática de los valores de uso de las nuevas tecnologías como Internet y un compromiso continuo con la lucha general. Crecen y se reúnen en colectivos nacionales e internacionales y forman nodos de una red que aumenta en unidad por una visión crecientemente anticapitalista. La misma fuerza que mantiene unido al movimiento para democratizar los medios, también lo preserva como ecosistémico, esto es, como una comunidad democrática. Y de ese modo, lo hace reacio al compromiso con los poderes existentes. Por esta vía, el desarrollo espontáneo del colectivo evoluciona hacia una *comunidad de resistencia*, definida por la praxis más que por el lugar y, en contraste con el plan teórico de los verdes tradicionales, centralmente cosmopolita.<sup>7</sup>

Es esencial no entusiasmarse demasiado por estos éxitos. Los trabajadores de los medios ocupan un extremo del espectro del trabajo configurado de manera favorable para realizar las posibilidades ecosocialistas. Sin embargo, la emancipación del trabajo requiere la superación completa de la división del trabajo. Y este es un problema cuya dificultad no puede subestimarse. La dominación del trabajo por el capital es un resultado de la separación de los trabajadores de sus medios de producción, y también entre los mismos trabajadores. Este es el fundamento del triunfo del capital, sedimentado en el propio movimiento obrero, cuyos miembros, al depender del trabajo en los establecimientos capitalistas existentes, a menudo acuerdan con el capital en la resistencia a la protección ambiental o se dividen nacional y regionalmente.

El Norte y el Sur tienen muchas agendas separadas. Pero el problema es equivalente al que plantea el ambientalismo existente, que se centra simplemente en la cuestión de la protección de los hábitat naturales sin interesarse en el trabajo. Toda esta separación clama por una síntesis entre una producción ecológica en la que no haya contradicción entre el trabajo y la naturaleza y el trabajo creativo para todos. Pero esa es la meta, todavía muy distante. Nuestra tarea en el aquí y ahora es desarrollar conjuntos prefigurativos capaces de alcanzarla. Los mejores candidatos serían las zonas autónomas de producción, en las cuales pueden desarrollarse los potenciales económicos. Al

momento actual, eso aparece demasiado utópico y lejos de lograrse para la mayoría de las industrias. Por ejemplo, para los trabajadores del automóvil, la construcción de comunidades productivas, como lo están haciendo los trabajadores radicales de los medios de comunicación, es una fantasía en *las* condiciones presentes. *No sólo se encuentran* con las mutilaciones desalentadoras sufridas por el movimiento obrero durante generaciones; también deben hacer frente al sistema productivo globalizado, por el cual la producción de vehículos a motor se efectúa hoy virtualmente por doquier, con tanta división del trabajo que aún nadie, fuera de los círculos internos de las grandes empresas, puede seguir sus huellas.

En resumen, la corriente potencial del trabajo organizado que reclama sus valores de uso es aún baja. Y la división internacional del trabajo puede ser el punto más retrasado de la prefiguración. Pero incluso aquí, existen significativas aperturas hacia un camino de desarrollo ecosistémico. Se pueden observar tres, dos de las cuales son tendencias y la tercera una posibilidad necesaria.

En primer lugar, podríamos recordar nuevamente a los Bruderhof, que sobreviven muy bien en un mercado fuertemente industrializado gracias a su forma comunista de organización social, que mitiga los efectos del campo de fuerzas del capital. Ese modelo puede duplicarse ampliamente en medio de porciones limitadas del sistema industrial. Actualmente no podrá incluirse a la producción de automóviles, aviones de pasajeros, misiles, redes de comunicación y así por el estilo. Pero estos llevan una cantidad considerable de producción industrial abierta a las incursiones del desarrollo de conjuntos ecológicos, tan pronto como estos se protejan del campo de fuerzas del capital a través de una intencionalidad capitalista intensificada. Esta es la que ha desaparecido ampliamente del movimiento por la producción verde, que ha sucumbido una y otra vez a los acuerdos con los efectos nefastos del mercado. Por lo tanto, no hay nada erróneo en la «empresa verde», en la medida en que no se hunda en el «capitalismo verde», con su acompañamiento de explotación del trabajo, la competencia por porciones del mercado y demás.

Todo esto nos dice algo acerca de la gran masa de proletarios cuyo trabajo se mantiene en el mundo capitalista. Sin embargo, incluso aquí ha habido movimientos significativos, como las luchas de clase que se han vuelto internacionalizadas en la fase de la globalización, e incluso comienzan a adoptar una conciencia ecológica. En los primeros seis meses de 2000 estallaron grandes huelgas en todo el globo, algunas de proporciones generales: en Nigeria, Sudáfrica, Corea del Sur, India, Uruguay y Argentina, para citar sólo las más masivas. Lo que las hace significativas en los términos de nuestra argumentación es que las huelgas representan puntos de rebelión contra el capital *globalizado*, principalmente el administrado por el FMI, aunque llevado adelante por las burguesías nacionales.<sup>8</sup> Esto introduce un momento de universalización en la políti-

ca del trabajo, al dibujar ante los ojos de los trabajadores amplios horizontes en cada nación (en India, por ejemplo, los trabajadores, más de 20 millones, incluyeron a agricultores y obreros de fábrica), entre las naciones y, de manera crítica, hacia una inclusión ecológica de la naturaleza. Cuando los instrumentos del capital no son tanto la firma individual, atenta a la maximización de la extracción de valor y la reducción de los costos, como los instrumentos globalizadores de disolución de las fronteras, también entonces se encuentra el terreno para una genuina resistencia globalizada. Pues el FMI, el Banco Mundial y la OMC presionan sobre la totalidad de las naciones. Y en este contexto, la nación comprende el territorio y la sociedad que se encuentra sobre él. El destino de la globalización es quebrar las fronteras, pero esto también significa que el régimen del capital global no puede legitimarse sino en los límites del estado-nación clásico, el que se abre a la recuperación de la naturaleza por las fuerzas opositoras. Cuando los bosques, tanto como los hospitales y los sindicatos, están sujetos al ataque furioso del capital, la resistencia comienza a abarcar tanto a la naturaleza como al trabajo-

De hecho, los valores del trabajo más estimados son ya inmanentemente ecocéntricos. Cuando el pueblo trabajador canta «Solidaridad para siempre», expresa los profundos deseos de totalidad de la humanidad. El propio concepto de «unión» prefigura la solidaridad, como un proceso de unificación, una unión del pueblo trabajador en una entidad más amplia. La solidaridad es tanto una experiencia subjetiva como una conexión objetiva. Subjetivamente, la solidaridad corresponde a la disolución parcial de la áspera separación impuesta por el ser egoísta, reemplazándola por su unión en una colectividad, la apropiación de un poder antes suprimido y el logro de un activismo histórico. Si bajo el capital todo lo sólido se desvanece en el aire, con la autorganización del trabajo antes alienado, alcanza una solidez efectiva; esto es, una integridad ecosistémica. La receptividad mutua aquí comprometida es una de las experiencias más intensas y ennoblecedoras que pueden llevar adelante los seres humanos.

Que ella pueda extenderse depende de un tercer desarrollo, que aún no está en el horizonte, pero que se necesita para que el ecosocialismo pueda moverse hacia adelante. Hemos hablado de los potenciales activadores que surgen de los conjuntos ecológicos. Al principio, están dispersos y, dado el clima intelectual del momento, lejos de una orientación anticapitalista y mucho más lejos de ulteriores desarrollos demandantes del socialismo. Dado que esto se desarrolla en comunidades de resistencia, sus potenciales activadores pueden llegar colectivamente a germinar en un «Partido Ecosocialista» consciente, una organización que se haga cargo conscientemente de organizar la lucha, de país a país y también en el plano transnacional.

## El partido ecosocialista y su victoria

Dos modelos de construcción de partido dominaron durante el último siglo: los partidos parlamentarios de las democracias burguesas y el partido leninista de «vanguardia» de la tradición bolchevique. Ninguno de estos modelos se acomoda al proyecto ecosocialista, que no puede apoderarse del poder ni hacerlo de inmediato si la democracia interna no se integra a su crecimiento, como lo probó el caso del leninismo. Los partidos leninistas tuvieron éxito en la instalación del socialismo de la primera época, principalmente porque ellos se configuraron en las sociedades ampliamente precapitalistas en las que acaecieron las revoluciones. Los capitalismo vencidos por el socialismo de la primera época fueron todos retoños imperiales del capital metropolitano o regímenes atrasados injertados en una sociedad ampliamente precapitalista. Para nada abarcaban la penetración interna ni los logros globales del orden capitalista actual, que cambian radicalmente el proyecto revolucionario.

El capitalismo moderno se legitima por la invocación de los «valores democráticos». Lo que, como hemos visto, es espúreo pero, aunque incompleta, es una promesa real que descansa sobre un fundamento definido. Por la fragmentación de los *mundos* vitales y las jerarquías tradicionales, el capital amarra a la humanidad en una libertad esclava de la libertad formal y a un desarrollo empequeñecido. El difícil equilibrio se sostiene en instituciones capitalistas, que se coaligan en el objetivo de la acumulación. Para ir más allá del capital, entonces, debería comenzarse por la promesa de la libertad traicionada y construir ésta desde allí. Se sigue que los medios de transformación tienen que ser tan libres como los fines. Esa es la razón por la cual el vanguardismo, donde el partido tanto se separa del pueblo como lo encabeza, no es un buen comienzo en el clima actual. Sólo una praxis de participación comprometida libremente puede movilizar la imaginación y unir los puntos innumerables en los que se origina la lucha anticapitalista. Y sólo una formación «como partido», que postula una meta común a todas las luchas, sin restringirlas desde arriba, puede organizar esto en una «solidificación de solidaridad» y presionar al poder. De este modo, el partido se forma en su propia dialéctica. Es una «posesión de todos», tanto objetiva como subjetivamente. Lo objetivo es la provisión de condiciones materiales; lo segundo es la armonización de lo intersubjetivo y los matices relacionales, todo subsumido en el concepto práctico de que la dialéctica es asunto de destreza y sutilidad.

El partido ecosocialista, aunque abierto a los individuos, debe enraizarse en las comunidades de resistencia. Los delegados de tales comunidades suministrarán el marco a los activistas del partido como tales y a la asamblea, que es su cuerpo estratégico y deliberativo. El partido se funda en su estructura interna por medio de las contribuciones de los miembros, estructuradas de tal modo que ninguna fuerza alienante pueda

asumir el control financiero. Los delegados y cuerpos administrativos que puedan surgir de esa estructura serán rotados en forma regular y estarán sujetos a la remoción. Ulteriormente, las deliberaciones de la asamblea (y ciertamente todas las actividades del partido, excepto ciertas cuestiones tácticas, como los detalles de una acción directa) serán abiertas y transparentes. Permítase al mundo ver con claridad lo que el partido representa. Si éste vale la pena, arrastrará a más participantes; si no, se necesitará encontrar, más temprano que tarde, otra alternativa.

Los varios partidos verdes que han surgido a través del mundo (cuando esto se escribe, en unos 80 países) son un movimiento importante en esta dirección. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que, por definirse a sí mismos como un populismo progresista en el marco de la democracia burguesa, los verdes se han configurado como una formación intermedia que da pasos mucho más cortos que los necesarios para una transformación.<sup>1</sup> Los activistas verdes continúan haciendo valiosas contribuciones, pero sus partidos han perdido una visión prefigurativa que sobrepase la sociedad dada. Como resultado, los partidos verdes tienden a encerrarse en un reformismo estrecho y en una disputa anárquica. Y cuando alcanzaron algún poder estatal, como en Europa, los verdes han probado ser leales al capital, otorgándole un escudo de responsabilidad ecológica.

Una señal de los límites de la política verde practicada corrientemente, ha sido una grave incapacidad para estructurarse en comunidades de origen no europeo. Castigados con frecuencia por enarbolar sus blancos lirios, los verdes invisten contra el problema y resuelven hacerlo mejor. Aunque los cambios son pocos. La razón proviene del dilema central de los verdes: los valores parroquiales intrínsecos a su localismo. A menos que el concepto de comunidad alcance una forma universalizada, perderán su poder transformador y, pese a sus buenas intenciones, caerán en el etnocentrismo. Por consiguiente, no pasa inadvertida la inercia de los verdes sobre cuestiones como la inmigración o la reforma carcelaria y su incapacidad general para apelar a algo más que señas gestuales a negros y latinos. Son manifestaciones de una incapacidad para ver más allá del capital, que afectan demasiado a menudo a la política verde y autorizan a volcar sobre ella un término fuera de moda pero vivido: el de *pequeñoburguesa*.

Con el anticapitalismo como punto de referencia, se ve a la totalidad social y a sus obras concretas. La crisis ecológica y la expansión imperial aparecen ahora como manifestaciones distintas pero profundamente conectadas de la misma dinámica: el crecimiento intrusivo, canceroso, desarraigado de la naturaleza y la humanidad. El neologismo actual de «globalización» es la principal manifestación del imperialismo actual. Pero la historia del imperio es una narración de la propia creación de pueblos y razas, incluyendo a los subalternos habitantes del Sur. Desde esta perspectiva, una política contra y más allá del capital necesita estar firmemente enraizada en la superación del racismo y en la compostura ecológica. Las dos cuestiones se atraviesan directamente en

el movimiento de «justicia ambiental» de las comunidades de color, a menudo dirigidos por mujeres, asentados en la defensa contra la penetración capitalista y la contaminación."

El ecosocialismo será internacional o no será nada. Y cuando se escriba su historia, se fijará su punto de arranque el 1° de enero de 1994: el día en que se puso en vigencia al NAFTA y el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) inició una revolución de los oprimidos en Chiapas, México. Los zapatistas proveyeron quizás el primer modelo de un movimiento revolucionario en escala bioregional. Pese al hostigamiento constante por un ejército vastamente superior en poder de fuego, los zapatistas retienen una especie de integridad ecosistémica. Forman una sociedad dentro del estado y sin un estado, unida productivamente en la resistencia. Por consiguiente, lo que Marx dijo de la Comuna de París, que en ella vivía la idea de la «dictadura del proletariado», puede también decirse del sendero zapatista, que ha brindado la lección general de que no hay un único camino válido para todos los pueblos, sino más bien una multiplicidad de caminos definidos por las sociedades concretas, unidas en la oposición común al capital global."

Otra variante, más definida y menos belicista, es el pueblo de Las Gaviotas en las montañas colombianas. Esta experiencia, iniciada en 1971, en uno de los ambientes más áridos de la tierra, ha transformado a la comunidad por el trabajo creativo mediante el uso de tecnología ecológicamente racional. En lo que fuera una vez una planicie arruinada y árida, con el suelo naturalmente intoxicado por la producción de aluminio, hoy se extiende un proyecto de reforestación más amplio que todo el resto de los proyectos colombianos combinados, que comprende 6 millones de árboles, una fuente de resina e instrumentos musicales. Hay otras comunidades que producen fuera de los circuitos capitalistas y sin un estado capitalista -en otras palabras, con valores de uso crecientes y valores de cambio reducidos. Una isla de producción no capitalista y ecológica que podría llegar a ser parte de un archipiélago de producción anticapitalista y ecológica.<sup>12</sup>

Esto será así si las fuerzas opositoras adquieren vigor suficiente y toman la forma, concebida ampliamente, de un partido ecosocialista del pueblo internacional o una coalición efectiva de organismos contruidos de modo semejante. Entonces, cierto día podría haber un incremento de la presión sobre los instrumentos del capital global, que comenzó con las grandes agitaciones de 1999-2000. Recientemente, James O'Connor imaginó algo de este tipo:

Si piensa aérea tic esto, la pobreza puede ser abolida en pocos meses, asumiendo la voluntad política de hacerse cargo de los recursos económicos y ecológicos. El primer paso, es hacer de la abolición de la pobreza la meta fundamental de la política internado-

nal. El segundo paso, la asignación de algunos miles de millones de dólares -y de otras monedas- del Banco Mundial, el FMI, y el banco de desarrollo regional a la tarea en vista. El tercer paso, es el empleo de esas monedas, no para el capital humano o cualquier otro tipo de capital, sino para el uso local de la biomasa, para construir casas, escuelas y demás y el (buen) pago de la salud pública y los médicos, maestros de la variedad «pedagogía de los oprimidos», psicólogos del tipo Fanón, planificadores del tipo Kerala" o de la variedad Las Gaviotas y organizadores del tipo de los comprometidos actualmente en el movimiento antiglobalización (incluyendo, por supuesto, a las ONG populares)... Entonces, se elegirán proyectos de inversión no en los términos de [los Informes de Impacto Ambiental], que sólo miran disminuir el daño a las ecologías local o regional, sino más bien en los de incrementar al máximo los valores ecológicos, comunitarios, culturales, de salud pública y así por el estilo: una simple reversión de los valores capitalistas existentes y de los criterios de inversión. No «alimentos sanos» sino «alimentos nutritivos». No «habitaciones adecuadas» sino «habitaciones excelentes». No «transporte de masas» sino «transporte público de distinta clase, placentero de utilizar». Obviamente, no una agricultura «sujeta a la química», sino una «agronomía Libre de pesticidas». Ni «monopolios de la alimentación», sino una «granja de distribución en el mercado global». La tragedia es que tanta gente crea «que eso ya se hizo», basada en decenas de miles de experimentos y prácticas locales y regionales y tales como la asignación de agua a la producción y la asignación de acero (por ejemplo, en Estados Unidos, durante la Segunda Guerra Mundial), pero podemos hacer poco para producir un mundo en que el valor de uso subordine al valor de cambio (y el trabajo concreto subordine al trabajo abstracto), dado el monopolio actual del poder por el capital, los mercados capitalistas, el estado capitalista y las agencias capitalistas internacionales. Sólo supóngase que el FMI, el BM etcil. fueran reducidos al estatus de la OMS, la OIT y otras ramas del «estado internacional del pueblo», mientras el poder de los últimos se expande al nivel del que tienen actualmente el BM y el FMI. Eso sería algo, ¿no es así? Por supuesto, el problema no es técnico, un problema práctico, sino un problema político. Es el problema del poder capitalista dentro y fuera de los mercados y de la inexistencia de un movimiento que pueda desafiar el poder capitalista con éxito sin adoptar sus propios objetivos políticos y alternativas socioeconómicas.<sup>14</sup>

Sí, podría ser algo. Y dado que un movimiento de este tipo sería ecosocialista y no populista, se infundiría a sí mismo con un espíritu de agitación por esos cambios, aunque sean mirados prefigurativamente y no puedan establecerse aún. Esa es la razón por la cual postulamos una meta que está más allá del mapa actual: porque ella ofrece la esperanza, la visión y la energía para transformar el presente.

Si sucedieran acontecimientos tales como los que avizora O'Connor, no se trataría aún del ecosocialismo, pero serían una forma del tipo de dialéctica autogenerativa y no lineal que podría acelerar rápidamente el movimiento hacia el ecosocialismo. Después

de todo, hay «decenas de miles de experimentos y prácticas locales y regionales» que tendrían que unirse con comunidades de activistas que hagan esto posible y cuyo poder se incrementaría conforme a ello. Y sería magnífico que los zapatistas y los gaviotistas y los centros Indymedia se conectaran entre sí, y con los colectivos políticos de agricultores de alrededor del mundo, y con las asociaciones de maestros y las fracciones radicalizadas del movimiento obrero. Y que los pequeños colectivos manufactureros como los Bruderhof fabricaran productos ecológicamente sanos con la ayuda de las cooperativas de crédito y las diez mil organizaciones comunitarias de origen local pero que luchan universalmente. Y todos juntos podrían marchar en solidaridad en un solo acontecimiento y, en su secuela, presionar por una mayor transformación.

No es el caso predecir un escenario de acuerdo con el cual éste se expandiría, más allá de la condición de que ello suceda en el contexto de la incapacidad del capital para regular la crisis ecológica. Al mismo tiempo que esta se expande, las comunidades emergentes del proceso pueden imaginar crecer hasta el punto de una relativa autonomía, de tal modo que puedan comenzar a suministrar apoyo material a los activistas, con bases de operaciones y -en los casos de las comunidades que, en número considerable, producen alimentos, lana, cáñamo, tecnología solar y así por el estilo- los medios reales de subsistencia popular comprometidos en la lucha revolucionaria. Debe suponerse también que, en un orden más amplio y flexible, este pueblo podrá desarrollar el vigor espiritual y psicológico que lo capacite ir más allá. Pues aquí no debe haber error: la lucha por el ecosocialismo no es un proceso técnico o voluntarista, sino una transformación radical del yo y del mundo, conectados en una solidaridad siempre más amplia y profunda. Aquí es donde los valores pospatriarcales tomarán la vanguardia, radicalizando mediante la lucha al propio ser humano.

Ahora, el movimiento de los acontecimientos está autosostenido y es más rápido y dramático. Las comunidades lugareñas y de praxis creciente se coaligan para formar sociedades en miniatura e ingresan en relaciones con otras, tanto de adentro como de afuera de las fronteras nacionales. Puede esperarse que el capital responda con esfuerzos represivos más fuertes. Comienza una fase heroica, con mucho sacrificio. El poder imponente del sistema capitalista encuentra ahora una serie de factores con los que antes jamás se enfrentó:

- Las fuerzas que lo enfrentan son tan numerosas como dispersas.
- Operan con necesidades modificadas y sobre la base de un tipo de producción capaz de sostenerlas con pequeños insumos y tecnologías trabajo-intensivas y tienen bases seguras en «casas de seguridad», en comunidades de resistencia intencionales, ahora expandidas más allá de las fronteras nacionales.

Sus muchos aliados en los intersticios de la sociedad dominante son capaces de

formar grupos de apoyo y «ferrocarriles subterráneos».

- Lo mismo que todas las formas exitosas de protesta revolucionaria, las fuerzas opositoras son capaces de cerrar la producción normal mediante huelgas, boicots y acciones de masas.
- Las fuerzas del capital pierden confianza y son ulteriormente socavadas por los apoyos a la revolución en los partidos alternativos y varios nichos del estado. Este se extiende a los ejércitos y la policía. Cuando los primeros deponen sus armas y se unen a la revolución, se alcanza el punto de no retorno.
- La conducta de los revolucionarios es espiritualmente superior y los ejemplos que exponen los hace creíbles y persuasivos frente a los hechos brutos de la crisis y la comprensión de conjunto de que el problema aquí planteado no es tanto la redistribución de la riqueza como el sostenimiento de la vida misma.

De este modo, podría ser que, en un período que crece en turbulencia, se vuelquen a las calles millones de personas y se unan en una solidaridad global -unas con otras, con las comunidades de resistencia y con sus cantaradas en otras naciones- que lleve a la interrupción de la actividad social normal, peticionando al estado y rechazando recibir el «no» por respuesta y conduciendo al capital hacia rediles cada vez más pequeños. Con crecientes defecciones y el hecho irreductible de que el pueblo demanda por todas partes un nuevo comienzo, con el fin de salvar la ecología planetaria, el aparato del estado pasa a nuevas manos, los expropiadores son expropiados y se derrumba el régimen de 500 años del capital.

### Un usufructuario de la tierra

Desde el punto de vista de una forma de sociedad económicamente superior, la propiedad privada del globo por individuos singulares parecerá tan absurda como la propiedad de un hombre por otro. Incluso una sociedad entera, una nación o aún todas las sociedades existentes simultáneamente y en forma conjunta, no son las propietarias del globo. Son sólo sus poseedoras, sus usufructuarias y como *boni paterfamilias*, deben tenerlo así en la mejor condición durante generaciones sucesivas.<sup>15</sup>

Así lo escribió Karl Marx en el tercer tomo de *El capital*. El concepto de usufructo es muy antiguo y sus raíces se encuentran en el Código de Hamurabi, aunque la palabra misma surge en el derecho romano, en el que se aplicaba a las ambigüedades entre los amos y los esclavos con respecto a la propiedad. Aparece nuevamente en el derecho islámico, en las convenciones jurídicas de los aztecas y en el Código Napoleón (ciertamente, dondequiera el concepto de propiedad revela sus contradicciones internas). De

manera interesante, la palabra latina condensa los dos significados: *uso* (como en el valor de uso) y *goce* (como en la gratificación que se manifiesta en el trabajo libremente asociado). Como lo entendemos vulgarmente hoy, una relación de usufructo es aquella donde alguien usa, goza -y mediante ello, mejora- la propiedad de otro. Por ejemplo, como un grupo comunitario usa, goza y mejora un terreno urbano abandonado, para construir allí un jardín en colectivo.

Puesto que somos humanos en el grado en que nos comprometemos creativamente con la naturaleza, el yo se define por sus extensiones en el mundo material. Somos quienes nos *apropiamos* de la naturaleza, la transformamos y la incorporamos. Y es en esta forma que surge de manera lógica el concepto de propiedad. Por consiguiente, una persona sin absolutamente ninguna posesión individual no tiene ningún asiento especial en la naturaleza. Se sigue que en una sociedad ecológicamente realizada, todos tendrán derecho de propiedad -un lugar propio, decorado de acuerdo con su gusto, posesiones personales (como libros, ropas, objetos de belleza y demás)- y, lo que es especialmente significativo, derechos de uso y apropiación sobre todos los medios de producción necesarios para manifestar la creatividad de la naturaleza humana. Esta última incluye muy decisivamente el cuerpo, de donde los derechos reproductivos de las mujeres estén lógicamente asegurados, junto con los derechos de libre expresión sexual.

El concepto de propiedad deviene autocontradictorio porque cada persona individual emerge en un tejido de relaciones sociales y, en palabras de Donne, nunca es una isla. Por lo tanto, cada yo es una parte de todos los otros yoes y la propiedad está ligada inexorablemente a la relación dialéctica con otros. Esto puede imaginarse como una serie de círculos concéntricos. En el centro está el yo (y aquí la propiedad existe en términos relativamente absolutos), comenzando por el cuerpo, que es la propiedad intrínseca de cada persona. A medida que se expande el círculo, surgen las cuestiones de la conformación desde la niñez temprana, cada una resoluble potencialmente de acuerdo con el principio de que el yo pleno se alcanza más por dar que por recibir. Pues un ser realizado es generoso. Las posesiones materiales más ligeras pesan sobre el yo. Cuanto más plenamente uno puede dar, se vuelve más rico. Es tarea del socialismo la realización de esta potencialidad.

El dominio del valor de uso será el lugar de la confrontación. Restaurar el valor de uso significa tener las cosas concreta y sensitivamente, como conviene a una auténtica relación de propiedad. Pero por el mismo gesto, tenerlas ligeramente, puesto que las cosas se gozan por ellas mismas y no como puntales para un ego vacilante. Bajo el capital, como lo vio Marx en un pasaje famoso, lo que se produce es fetichizado por el recubrimiento del valor de cambio; una cuestión remota y mágica. En el mundo de los fetiches, nada es siempre propio, pues todas las cosas pueden intercambiarse, quitarse y

abstraerse. Esto estimula el apetito de posesiones que se desarrolla bajo el dominio capitalista. Un anhelo impiadoso por las cosas -y por el dinero para obtener cosas- es el puntal necesario para la acumulación y la dinámica subjetiva para la crisis ecológica. Los circuitos de la sociedad capitalista se definen por el *tener* -excluyendo otras formas de tener- hasta que arribamos a una sociedad de comunidades dominadas, habitadas por egos solitarios, cada uno fragmentado de todos los demás y los atomizados yoes fragmentados de la naturaleza.<sup>16</sup> Todo ello puede ser resuelto en una sociedad que permita la disminución de esta hambre de posesiones y que requiere la liberación del trabajo del cautiverio impuesto por el valor de cambio.

La sociedad ecosocialista se definirá por el *ser*, alcanzado por el brindarse a los demás y restaurar una relación receptiva con la naturaleza. La integridad ecosistémica se restaura a través de todos los círculos concéntricos de la participación humana: la familia, la comunidad, la nación, la comunidad internacional o, con un salto que atravesase la membrana humanidad/naturaleza, el planeta. Y, más allá de él, el universo. Para el capital, los derechos de propiedad del ego individual son sacrosantos y se solidifican en la estructura de clases, de donde proviene la desposesión de las masas populares de sus propiedades inherentes de los medios de producción creadora. Este es sólo el aspecto jurídico de un régimen de relaciones fetichizadas. En el ecosocialismo, se superan los límites del ego individual, como los valores de uso superan a los valores de cambio y abren el camino para la realización del valor intrínseco. En la nueva sociedad rige la supremacía del derecho individual a apropiarse libremente de sus medios de autoexpresión. La sociedad se estructura dando esta primacía mediante la diferenciación de las propiedades individual y colectiva. Aunque cada persona (y cada familia como extensión de la personalidad en la reproducción) tiene un derecho inalienable a una vivienda digna, la propiedad de la casa y del terreno sobre el que se asienta es colectiva y garantizada por la colectividad. De esta manera, surgen distintos límites sobre la cantidad de propiedad que pueden controlar los individuos, tanto desde el punto de vista del uso doméstico como del control de los recursos productivos. Por lo tanto, a nadie le está permitido arrogarse tales recursos, lo que sería como permitir la alienación a otros de los medios de producción. No habrá ninguna estructuración como la que se obtiene actualmente, donde más de mil millones de personas carecen absolutamente de asiento territorial, con varios miles de millones más que deben venderse a sí mismos en el mercado porque efectivamente no controlan más que débiles filamentos de propiedad, frente a una pequeña fracción que posee virtualmente toda la riqueza producida en el mundo. Al extenderse más allá en estos círculos concéntricos, encontramos que las cosas esenciales para la producción social son propiedad de todos y no de unos pocos.

Como lo comprendió Marx, la extensión procede en el nivel planetario y correspon-

## i 64 Hacia el ecosocialismo

de a partir de allí el gobierno de las normas particulares de la sociedad ecosocialista. Considerada en su conjunto, la tierra que habitamos no debe mirarse como nuestra propiedad colectiva, sino como una matriz prodigiosa, de la cual emergemos y a la cual regresamos. Tal vez sea fácil desalojar a la clase dominante de su propiedad cancerosa si recordamos que esto no consiste en transferir la propiedad «al pueblo» o a algún subrogante. Por cierto, la propiedad del planeta es una ilusión patética. Es una *hubris* completa creer que la tierra -o la naturaleza- puede ser apropiada. Tan estúpido como pensar que alguien puede apropiarse del *ser* que nos da otro y cuyo advenimiento manifestamos. El concepto de situarse sobre y contra la tierra con el fin de apropiársela, es central en el dominio de la naturaleza. Ser usufructuarios: es todo lo que podemos reclamar con respecto a la naturaleza. Pero esta demanda de la especie, prueba su validez mediante el uso, el goce y la mejora del globo que es nuestra casa. Desde este principio supremo pueden derivarse las regulaciones individuales que están al servicio del metabolismo entre la humanidad y la naturaleza, llamado ecosocialismo. Ninguna clase propietaria de los medios de producción, absoluta propietaria de un yo egoico o del otro, se sitúa en un polo. Pues el yo es la tierra que emerge en la conciencia como un punto de individualidad; mientras que las instituciones de la sociedad ecosocialista existen para poner en marcha las formas de uso, goce y mejora de nuestro firmamento común.

La sociedad emergente de la tormenta de la revolución será al principio sólo marginalmente capaz de completar este proyecto. Su prioridad principal es poner en marcha las cosas en una auténtica dirección ecosocialista y su primera meta es asegurar la «libre asociación de los productores». Aquí cada término necesita ser respetado. La asociación es *libre* porque el pueblo se autodetermina en ella; de allí la sociedad debe hacer que los medios de producción sean accesibles a todos. Es una *asociación* libre porque la vida es colectiva; por lo tanto, la unidad política relevante es una colectividad diseñada en conjunto por la actividad productiva mutua. Y es de los *productores*, considerados en el sentido humano-natural y no económico. Este sentido (el económico) significa que la producción total del mundo humano se tiene en cuenta sólo como la que contribuye al valor de cambio o lo controla. Puesto que la meta central del ecosocialismo es la disminución del dominio del valor de cambio, las formas de actividad productiva humana se valorizan según el grado en que fomenten la integridad ecosistémica: si ellas derivan en el nacimiento de niños hermosos, el crecimiento de jardines orgánicos, la ejecución de excelentes cuartetos de cuerda, la limpieza de las calles, la realización de cuartos de baño cómodos o la invención de nuevas tecnologías para transformar la energía solar en células combustibles.

Para asegurar la asociación necesitamos formas de prevención del surgimiento de agentes alienantes. La propiedad privada de los medios de producción ha demostrado

ser el principal de esos agentes en el capital, pero la experiencia soviética demostró también que el estado puede llenar ese papel. Y puesto que es esencial alcanzar el poder del estado para reorientar a la sociedad, la revolución debe por consiguiente otorgar alta prioridad a los modos de prevenir que el estado se transforme en un monstruo opresor de la sociedad. Una clave principal es el desarrollo interno de una democracia verdadera, cuya ausencia mutiló a los socialismos precedentes. Esa es la razón por la cual es importante la construcción del partido en el período prerrevolucionario. No para ganar el poder del estado en el aquí y ahora, lo que está fuera de cuestión, sino para democratizar al estado en la medida de lo posible y atraer al pueblo hacia las formas de autogobierno, de modo que cuando se produzca la revolución él esté en posición de sostener un desarrollo democrático. Otro principio esencial es la obtención de derechos políticos por las comunidades productivas, que posibilite que el poder fluya hacia los productores. O, puesto que cada uno produce y tiene múltiples actividades productivas, desde las colectividades que mejor expresan su libre asociación y el crecimiento de la integridad ecosistémica.

En cuanto la revolución comienza su tarea, encontramos que la sociedad comprende cuatro funciones. La primera es la que se compromete con la práctica revolucionaria, se trate de los agentes políticos y/o de los miembros de las comunidades de resistencia. La segunda es la de aquellos que no participan activamente, aunque su actividad productiva es directamente compatible con la producción ecológica -amas de casa, niñas, maestros de escuela, bibliotecarios, técnicos, agricultores independientes y así por el estilo-Junto con los muy ancianos, los muy jóvenes, los enfermos, los socialmente asistidos u otros sectores marginados (incluidos muchos de los que están en prisión). La tercera es aquella cuya práctica prerrevolucionaria se dio en el marco del capital -la burguesía propiamente dicha, junto a las legiones cuyo trabajo se desvaloriza desde una mirada ecosocialista -los represores policiales, los vendedores de autos, los ejecutivos de publicidad, las supermodelos, la casta de «sobrevivientes» de ese tipo, los usureros, los guardias de seguridad, los psicólogos de ricos y así por el estilo. Finalmente, encontramos dispuestos entre la segunda y la tercera categoría a los trabajadores cuya actividad agrega plusvalía a las mercancías capitalistas, como los proletarios industriales, los peones de campo, los conductores de camiones y demás. Muchos de estos últimos trabajaron en posiciones contaminantes, ecológicamente destructivas. Otros en industrias que tienen poco o ningún lugar en una sociedad ecológica racional; por ejemplo, las fábricas de armas o las productoras de gaseosas dietéticas. Todos tendrán que ser probados y reentrenados para que pueda reconstruirse la sociedad.

Es claro que no será asunto fácil reasignar actividades productivas entre un conjunto tan vasto. Pueden emplearse los siguientes principios generales:

- Una asamblea interina de delegados de las comunidades revolucionarias de resistencia se constituirá en agente que determine la redistribución de los papeles y los bienes sociales, para asegurar que todos ellos se provean desde los almacenes comunes y ejercerá tanto poder como sea necesario para reorganizar a la sociedad. La asamblea se convocará en todas las localidades posibles y éstas enviarán delegados a cuerpos regionales, estatales, nacionales e internacionales. Cada nivel tendrá un consejo ejecutivo con liderazgos rotativos, revocables por votación del nivel inferior.
- Las comunidades productivas (que ahora pueden llamarse auténticas «cooperativas»), sea lugareñas u originadas en la praxis, constituyen la unidad tanto política como económica de la sociedad. La prioridad de los grupos que protagonizan la revolución será la organización de otras y la creación de caminos para la rápida asimilación de otros trabajadores a la red de comunidades productivas. Esto incluye a todas las personas capaces, tanto a los ex perpetradores del capital como a quienes -con las escasas excepciones de los criminales extraordinarios- podrá permitirse la participación en la edificación del mundo ecosocialista.
- Las personas pueden unirse a cualesquiera unidad que deseen (aunque deberán establecerse normas, como para los que suministran cuidados a la salud), las que pueden a su vez asociarse como miembros de otras (por ejemplo, un médico que también es padre, puede unirse a su comunidad local de servicio sanitario y ser miembro de una comunidad de crianza de niños, una teatral y así por él estilo). La asamblea interina tendrá que idear incentivos que aseguren el mantenimiento de las funciones vitales. En las etapas iniciales, antes que los valores ecosocialistas hayan sido plenamente internalizados, se deberán incluir remuneraciones diferenciadas, tal vez en una separación de tres a uno entre las más altas y las inferiores.
- En cada localidad, una comunidad tal podrá administrar directamente el área de su jurisdicción. Por ejemplo, el gobierno de la localidad podrá considerarse un colectivo cuyo producto es un buen gobierno ecológico y ser también una asamblea electa por todos los habitantes del área respectiva. Por consiguiente, cada área puede tener varias asambleas: una para la administración, otra para las esferas del gobierno en general.
- Cada comunidad productiva participa plenamente tan pronto como demuestra su fidelidad a los principios ecosocialistas. Y cuando se une a otras, juega un papel político en su asamblea local, enviando delegados y votos al nivel siguiente.
- A la asamblea central incumbirán dos funciones de importancia vital. La primera será el monitoreo del grado en que contribuyen a la integridad ecosistémica

las comunidades que están bajo su jurisdicción y el otorgamiento de jerarquías de importancia a las comunidades, de acuerdo con su contribución a ese objetivo. El cuerpo supervisor tiene potencialmente un poder considerable, que sin embargo está limitado por el hecho de que sirve a instancias de las mismas comunidades productivas.

- La segunda función pertenece a la coordinación general de las actividades sociales, la provisión a la sociedad en general de servicios como sistemas ferroviarios, la asignación de recursos, la reinversión del producto social y la armonización de las relaciones entre las regiones de todos los niveles, incluido el internacional. No se evitan las funciones de tipo estatal, las que eventualmente deben transferirse desde la asamblea interina y manejarse al nivel de la sociedad entera por medio de comités apropiados, democráticamente responsables. La clave de su éxito -y el del sistema como un todo- está ligada al grado en que la democracia se convierte en una presencia viviente en la sociedad.

### Algunas preguntas

**¿Cuál será el futuro de los mercados, y cómo se relaciona esto con la superación del capital?** Con el triunfo revolucionario, habrá una transferencia rápida de los bienes a los productores directos. Y para la mayoría de las empresas que presumiblemente ingresen en la nueva época como no ecosocialistas, una conversión rápida a la producción ecosocialista. Ante todo, esto significa restaurar en cada planta la integridad ecosistémica y de sus interrelaciones con otros lugares productivos. Por ejemplo, el primer cambio en una planta de producción de automotores será la apropiación y el control por los trabajadores. La nueva estructura procederá a rediseñar lentamente su producción de acuerdo con los planes de desarrollo social; por ejemplo, comenzando una conversión hacia el transporte ferroviario de calidad o haciendo vehículos supereficientes, o así por el estilo. Durante la transición se garantizarán los ingresos utilizando las reservas ahora en poder de la revolución. Esto se combina con la transformación de otros sitios, considerados fuera de la producción de valor económico del capital; por ejemplo, el cuidado de los niños en las comunidades productivas, con lo cual se da al trabajo reproductivo un estatus equivalente al productivo. Al principio se utilizará la vieja moneda, aunque no obstante, dadas las nuevas condiciones de valorización, de acuerdo con el uso y el grado en que la integridad ecosistémica se desarrolla y avanza en una producción particular. De este modo, más que el tiempo de trabajo abstracto, la determinación del valor intrínseco se convierte en la norma principal.<sup>17</sup> Aunque en la sociedad ecosocialista nadie carecerá de una remuneración real; y lo que

es más importante, consentida y sensible al valor de la dignidad que llega desde la realización de los valores de uso.

En el nuevo entramado social, las señales de los precios del mercado capitalista carecerán de «receptores». En el ecosocialismo no se necesita ninguna regla para el fenómeno del mercado (por ejemplo, para facilitar la asignación de recursos, los intercambios personales y así por el estilo). No debe olvidarse que una persona comprometida en una actividad en pequeña escala puede emplearse en otras (por ejemplo, ayudar a trasladar a una familia), en la medida en que sea claro que esto es temporal y que no tiene lugar ninguna explotación del trabajo. Y que si esta actividad se sostiene y estructura, entonces el trabajo toma en ella una forma cooperativa y ecocéntrica. Pero un fenómeno de mercado es una cosa y la regulación de la sociedad por El Mercado es otra. Ello se sustenta en la razón de que, en la sociedad de las comunidades y las asambleas, tendrán que desarrollarse normas de distribución de los excedentes y toma de decisiones tanto acerca de la coordinación de la actividad como de la inversión en nuevas técnicas. Pero, más allá de la inercia capitalista, no hay razón para que estos asuntos no puedan decidirse democráticamente y de un modo que valore la integridad ecosistémica.<sup>18</sup> Una vez que el modo Geocéntrico de producción tome su lugar habrá «razón» para que las cosas permanezcan así y el Mercado capitalista perderá toda su limitada racionalidad instrumental. Con esto, se desligan las ataduras del tiempo y los individuos se convierten en agentes autodeterminados de la integridad ecológica.

**¿Cómo tratará la nueva sociedad con cuestiones como la represión y la violencia? En forma específica, ¿habrá alguna función de coerción que otorgue al estado la peligrosa oportunidad de convertirse en otro poder sobre la sociedad?** En la transferencia desordenada, que es la ruta probable del ecosocialismo, habrá violencia; tal vez mucha. Casi toda ésta será sufrida por las fuerzas revolucionarias, poi que el amo siempre es más violento que el esclavo (la violencia siempre es integral a la dominación) y porque los medios de lucha ecosocialista deben ser coherentes con los fines. Dado que la violencia es la ruptura de los ecosistemas, es profundamente contraria a los valores ecosocialistas.

Es en la situación posterior a la victoria, cuando las heridas están frescas y debe suponerse que permanecen muchos conflictos, en que el derramamiento de lágrimas del estado prerrevolucionario podría probar su carácter represivo y autoritario ¿Quién podría asegurarlo más allá de toda duda? No obstante, pueden adoptarse medidas que minimicen el riesgo. La condición necesaria, incluso más importante que la exposición de los ideales 110 violentos, es priorizar el desarrollo de la esfera democrática. Hasta el grado en que el pueblo sea capaz de autogobierno, de modo que pueda alejarse de la dialéctica violencia-retribución.<sup>10</sup> También es esencial que, sea lo que fuere lo que su-

ceda en otros lugares, la revolución tenga lugar en Estados Unidos o se extienda a ellos muy rápidamente. Pues Estados Unidos es el gendarme del capital y será un dogal en cualquier garganta mientras su propio aparato de seguridad permanezca intacto.

Además, son importantes los principios siguientes. Primero, deben asegurarse normas estrictas de franqueza gubernamental, junto con medios de comunicación activos y críticos que sirvan de vigilancia. La excepción a esto último es la fase intermedia en que las funciones públicas ceden ante las necesidades legítimas de las privacidades individuales o en los casos judiciales donde pueden brindarse falsos testimonios de carácter difamatorio. Por lo tanto, la regla es que las funciones públicas demandan divulgación mientras que las privadas y personales requieren respeto para que no haya intrusión en los derechos de los individuos sobre su yo o propiedad inmediata. El ecosocialismo invierte la penetración cada vez más expandida del espacio personal por las formas de supervigilancia capitalista. Para salvaguardar esta función, se necesitan establecer importantes cuerpos consultivos a los que los ciudadanos tengan acceso directo.

Más allá, un importante componente del programa ecosocialista es la oposición a la pena de muerte y debe adherirse estrictamente a ella en el período posrevolucionario, especialmente en lo que concierne a las clases vencidas. Es necesario reconocer que la pena de muerte es un mal en sí misma, con respecto a cualquier abuso, pues dar al estado el derecho de matar bloquea el camino hacia la violencia trascendente y niega la realización de la naturaleza humana. Por consiguiente, no habrá asesinatos oficiales, incluso de los enemigos más repulsivos e irredimibles. En la gran mayoría de los casos, puede ofrecerse una amnistía incondicional a quien acceda a ingresar en el camino ecosocialista y alcanzar una posición en una cooperativa o comunidad adecuada. Podrá haber excepciones, en los casos de quienes rechacen la transferencia de sus bienes productivos o en los de quienes cuenten en su conducta anterior con crímenes contra la humanidad y/o la naturaleza. Pero no habrá nadie que no pueda ser llevado a prisión, donde un delincuente pueda tener oportunidad de repensar su propio camino mientras contempla el florecimiento de granjas orgánicas o festivales callejeros a través de los barrotes de la ventana de su prisión.

En un sentido amplio, la protección contra el estado autoritario es una función del éxito de la producción ecosocialista. El ecosocialismo será una gran red de comunidades productivas, desde las cooperativas agrícolas a los equipos científicos transnacionales, el gobierno por asambleas y mucha variedad de establecimientos creadores de las condiciones para una autorrealización individual. En el momento en que esta tarea sea completada, el pueblo se autogobernará y un pueblo autogobernado no puede ser impulsado por cualquier gobierno ajeno.

**¿No hay aquí otro nivel de represión? A veces parece como si el ecosocialismo,**

**con su énfasis en la producción, fuera un taller gigantesco. ¿No es este un nuevo tipo de puritanismo?** El uso del término «producción» pueden dar lugar a esta impresión, pero es altamente equivocada. En realidad, sucede precisamente lo opuesto. Las religiones establecidas han tendido a reforzar el sufrimiento del trabajador bajo la sociedad de clases. La mentalidad puritana fue aún más allá: se integró a los fundamentos del capital, lo cual fue una ayuda segura para transformar el cuerpo en una máquina y al yo en un engranaje de la disciplina capitalista del trabajo.

El tiempo es dinero, una relación central del capital, continúa el proyecto calvinista en la forma de deuda. Para el promedio de la familia obrera, asolada por las deudas de consumo, en pánico perpetuo frente a la posibilidad de afrontar cuidados de salud y a sólo una o dos cuotas de perder la casa o el automóvil, la vida se ha convertido en una correa de transmisión de la gigantesca fábrica de la acumulación. El dios calvinista, convertido en el Cancerbero del Cielo del puritanismo, se desplegó en mil observatorios de supervigilancia, cuotas de crédito y amables recordatorios de que está por vencer un pago. El pueblo puede ver una cara del capital cuando aparece en el mercado de acciones o en los comerciales de televisión. Pero lo ve con ojos estupefactos y no reconoce al capital como la bestia que les habla vorazmente de! pago pendiente.

El ecosocialismo hace estallar esta connotación. El trabajo emancipado es la liberación de la humanidad de las restricciones de la disciplina del trabajo impuesta por el reloj. El ecosocialismo se pronuncia por la eliminación de la acumulación como el motor de la sociedad y, con esto, por el desprecio por los hábitos individuales de endeudarse y la carrera de ratas. Hace estallar la ecuación tiempo = dinero mediante la restauración del valor de uso del trabajo como libre asociación. El ecosocialismo otorga *dignidad* a la producción, como parte de una vida plena. Como los individuos realizados se autogobiernan, así son libres de compulsión, incluyendo la compulsión a la producción y el consumo.

Desde este punto de vista, el ecosocialismo es la superación de la fatiga, pues ni siquiera la admite. En el mundo del valor de uso realizado, se reintegran las esferas del trabajo y la cultura, como en las comunidades misioneras indígenas del siglo XVIII organizadas por los jesuitas, que alcanzaron más de un siglo de desarrollo autónomo, hasta que el imperio reclamó su territorio. Como dijo de su mundo Paulo Lagari, el visionario fundador de la comunidad de Las Gaviotas: «Todos... aprendían a cantar o a tocar un instrumento musical. La música era la lumbré que mantenía unida a la comunidad. La música estaba en la escuela, en las comidas, incluso el trabajo. Los músicos acompañaban directamente a los trabajadores a los campos de maíz y de yerba mate. Lo hacían por turnos, algunos tocaban, otros cosechaban. Era una sociedad que vivía, literalmente, en constante armonía. Es lo que intenté hacer directamente aquí, en esta *selva*».-" Recordamos de los indígenas de las misiones jesuíticas la feliz interrelación entre

el juego, la canción y la construcción de la vida de los niños como, por ejemplo, en una buena *escuela infantil*. Y si pensamos que esta comparación es menospreciar las formas de trabajo adulto, entonces no hemos comprendido el punto central del ecosocialismo. Pues los niños y los adultos tienen igualmente una necesidad inherente de cantar, danzar y jugar. Restaurar los valores de uso es reconstruir las condiciones para la expresión de la naturaleza humana, como un elemento integral del cuidado de la naturaleza.

La maquinaria de la producción capitalista no sólo ata al cuerpo temporalmente. También expresa el carácter negador de la vida de la dominación masculina. Es el poder del Padre que refuerza la represión, detiene el flujo de las fuerzas vitales y las condena a producir con dolor desde la expulsión del Edén. La superación de la dominación masculina también restaura a la producción su placer intrínseco. Habrá que hacer un trabajo muy duro, pero el trabajo duro libremente elegido y llevado adelante colectivamente es un gran goce.

**El ecosocialismo, ¿podrá internacionalizarse?** El flujo del capital internacional puede detenerse liberando de las garras del capital a la economía global y abriendo el camino a la restauración de los valores de uso y la producción ecocéntrica. Va de suyo que no se puede quebrantar al sistema global del capital de un solo golpe. Lo que se instala, más bien, es su alternativa, o el proyecto piloto y las estructuras prefigurativas de su alternativa, incluso cuando los viejos muros están cayendo. Un reemplazo rápido de las funciones del valor de cambio por las del valor de uso será esencial para esto.

Hemos visto en el Capítulo 6 que el dinero tiene tres funciones: posibilitar los intercambios, ser una mercancía por derecho propio y ser el repositorio del valor. La meta en el período de transición es retener a la primera y hacer caer a las otras dos. El efecto sería el debilitamiento de las instituciones capitalistas, mientras se dirige el dinero hacia la creación y el libre enaltecimiento de los valores de uso. Por lo tanto, mediante el subsidio a los valores de uso, la sociedad preserva el funcionamiento central de la economía mientras gana tiempo y espacio para reconstruirla de manera ecológica.

Las medidas prácticas podrían ser, primero, el cese de la especulación monetaria como una forma de tirar abajo la función del dinero como mercancía y redirigir los fondos hacia los valores de uso. Junto a esto estaría la cancelación inmediata de la deuda de las naciones del Sur, por lo que retrocederá la función del valor y posibilitará que tenga lugar un buen desarrollo ecológico. Lo que se pierda en todo esto es estrictamente un problema del capital: un vasto reservorio de valor principalmente falso se evapora de manera súbita, un golpe gravoso a los grandes bancos y a las casas inversoras. Mientras tanto, el reservorio se ha abierto al uso y se han hecho algunas reparaciones a los pueblos que se han retrasado en el desarrollo capitalista. Dado que ahora prevalece el intercambio simple sobre el valor de cambio, la construcción de los valores de uso se

convierte en la meta principal. La sangre vital de las elites compradoras del Sur se drena más abruptamente. Y eso, junto con la inmediata suspensión de la ayuda militar y otras formas de apoyo de las potencias capitalistas metropolitanas, es posible que lleve a su colapso en corto plazo.

Con el ascenso de las fuerzas populares, la sociedad global en conjunto reemplaza los instrumentos del capital por los que posibilitan el ecosocialismo. La reconfiguración del comercio mundial se vuelve prioridad inmediata. Podemos pensar en algo así como una Organización del Comercio Popular Mundial (OCPM), controlada por una confederación de cuerpos populares organizados sobre una base global y responsable ante ella, con lo que se establecerán parámetros de regulación comercial de acuerdo con el florecimiento de los ecosistemas, mientras al mismo tiempo se suministra un foro internacional de cooperación y unificación de los pueblos.

El grado de control sobre el comercio es ahora proporcional al compromiso con la producción. Esto es, los agricultores tendrán algo que decir acerca del comercio de alimentos; los trabajadores del automóvil sobre qué hacer con ellos y los del transporte, que llevan los productos para su comercialización, también tienen un papel especial correspondiente a su función, como pueden tenerla todos los ciudadanos en su capacidad de consumidores y «abastecidos». Un concejo electo por el pueblo y responsable ante él, puede estar a cargo de toda la coordinación como de establecer y recaudar los aranceles.

Una función central de la OCPM podría ser un cálculo de precios alternativos. Dado que los bienes se comercializan actualmente en la medida en que producen ganancias para los capitalistas, serán entonces comercializados de acuerdo a un «precio ecológico» (PE), determinado por la diferencia entre los actuales valores de uso y los plenamente realizados: cuanto mayor la diferencia, más alto el arancel. La producción estructurada ecológicamente, por ejemplo la agricultura orgánica, podría tener arancel bajo para la comercialización. Tal producción también podría recibir subsidios generados por los aranceles que se recauden de los productores cuyo PE exceda la norma. Como un primer ejemplo de las mercancías sobre las que puede establecerse un PE alto está la industria automotora, en su situación actual de supercontaminación y cruel devastación. De este modo, los precios ecológicos se utilizarán como una norma para la transformación de las mismas industrias.

Cualquier cosa que en la actualidad esté subsumida en la externalización de los costos sobre el ambiente -por ejemplo, la contaminación- se internalizaría en el cómputo del PE. Además, se establecería el PE como una función del comercio a distancia, en vista de que los efectos ecológicos deletéreos se producen en las mercancías en proporción a esta distancia (como en los costos del combustible para el transporte, la necesidad de un embalaje extenso, los colorantes, etc.). En este sentido, la OCPM reemplaza-

ría el crecimiento temerario y destructor del ambiente del «comercio libre», mientras continúa proveyendo a la comunicación entre los pueblos y el intercambio de bienes.

El nuevo sistema alteraría radicalmente la creciente crisis migratoria que ahora acosa al mundo y que está asociada en gran medida con su racismo y neofascismo. La presión hacia la migración se relaciona directamente con los diferenciales de riqueza entre naciones y, de manera más general, con la movilidad del capital por referencia a la inmovilidad del trabajo. Para detener al capital en su trayecto, el orden ecosocialista actuará sobre la primera causa del fenómeno, mientras la igualación creciente de la riqueza y el florecimiento de las sociedades antes periféricas remueve la otra. Sencillamente, no hay ninguna presión social para migrar cuando la propia casa está intacta.

En relación cercana con lo anterior encontramos que la estructura ecosocialista de la sociedad global es la única solución racional a la crisis demográfica. Se trate de que la población mundial pueda encontrar o no su equilibrio o si ésta ya es desesperanzadoramente grande, el hecho sigue siendo que el suministro de condiciones óptimas para controlar el crecimiento de la población mundial permanece como alta prioridad. El principio central es ya propio del ecosocialismo: el control de las personas, y especialmente las mujeres, sobre sus propias vidas. Una sociedad mundial mutuamente cooperativa restaurará el florecimiento de condiciones ecosistémicas de vida. Y como está en la naturaleza de los ecosistemas la autorregulación de sus poblaciones, así será la naturaleza de la sociedad ecosocialista.

El nuevo orden comercial es transitorio bajo la condición de que languidezca la producción de mercancías. Bajo esta condición y ahora, como sabemos, libres del dinero, los valores de uso ya no están subordinados al valor de cambio, sino armonizados con el valor intrínseco. Dejemos a los ciudadanos de esa época todavía lejana los detalles de la operación de sus funciones de intercambio y distribución. En el Ínterin, la OCPM significa una disolución del sistema imperial que ha prevalecido desde los comienzos de la sociedad de clases. Ciertamente, constituye el germen de una sociedad mundial sin fronteras impuestas. Tendemos a olvidar que las líneas que ahora están trazadas en los mapas son principalmente reflejos de la dinámica expansiva de la estructura de clases donde una elite explota el trabajo de la mayoría. El engrandecimiento es común a esta relación, y el resultado es el imperio en todas sus formas, desde la conquista directa a la colonización y a los instrumentos económicos de la globalización. La producción ecológica destruye el corazón del imperio mediante la eliminación de la dinámica patológica del crecimiento y crea el terreno para una cooperación genuina entre las naciones. Es materia de especulación si la delimitación real de las naciones, y con ella la verdadera estructura del estado-nación, se transformará en el proceso de ingreso a una auténtica sociedad global. Aunque puede decirse que tal sociedad no carecería de forma ni sería indiferenciada -algo inconcebible para una naturaleza hu-

## Notas

1. Marx, 1963, p. 107. Llegué a enterarme de este pasaje por medio de Mészáros, 1996.
2. «No hay alternativa», conocida a menudo por el aerónimo «TINA» (su sigla en inglés), es una frase adscripta a Margaret Thatcher, que se utiliza con objetivos retóricos. Nos abstendremos aquí de ella, dadas sus implicaciones misóginas.
3. Véanse Gunn y Gunn, 1991 y Meer-Lowry, 1988, para un análisis de la construcción de economías locales como una dirección anticapitalista. Gare, 2000, aboga por la edificación de tales instituciones como un paso prefigurativo mayor hacia el ecosocialismo.
4. El liso por los socialistas británicos del himno del Millón, de Blake: «E hicieron los alimentos en la forma antigua/Caminando sobre los verdes montes ingleses», que finaliza con las palabras inmortales: «No terminarán su lucha menal,/Mi espada no debe dormir en mi mano./Hasta que hayamos construido Jerusalén,/En la verde y placentera tierra de Inglaterra» (Blake, 1977; p. 314), es el mejor ejemplo, especialmente para quienes lo traducen prontamente en los términos del ecosocialismo.
5. El Maestro Eckart tiene un dicho espléndido, perfectamente aplicable aquí: «Déjennos rogar a Dios y estar libres de 'Dios'». Para un análisis general, véase Kovel, 1998.
6. Desde mi punto de vista, toda educación «progresista» sigue este modelo, expuesto por Paulo Freire (Freire, 1970).
7. El 2 de agosto de 2000 había 28 de tales centros, en lugares que iban desde Los Ángeles hasta el Congo. Acerca de muchos aspectos del movimiento de medios alternativos, véase Halleck, 2000.
8. Mootly, 2000. Por ejemplo, el FMI forzó al gobierno nigeriano a desregular y terminar con sus 2.000 millones de dólares en subsidios a los precios de los combustibles, cuyo resultado precipitó la huelga general. En Corea, las huelgas se hicieron en oposición al horario draconiano de trabajo impuesto por el FMI como condición para garantizar al país su salida de la crisis financiera de 1998. En Sudáfrica, 4 millones de trabajadores protestaron contra la austeridad impuesta por el FMI a mediados de la década de 1990. En India, 20 millones de trabajadores marcharon y terminaron en una huelga que, según palabras de uno de sus líderes, iba dirigida «contra la rendición de la autonomía económica del país ante la Organización Mundial de Comercio y el Fondo Monetario Internacional». Modelos semejantes se vieron en Uruguay y Argentina, cuando los nuevos presidentes corrieron tras las imposiciones de austeridad del FMI. Véase también Moody, 1997.
9. Rensbrink, 1999 ejemplifica esta tendencia. Para un relato detallado de la política verde en Estados Unidos desde una perspectiva ecológica, véase Gaard, 1998.
10. Faber, 1998.
11. Marcos, 20(11), suministra una buena introducción. Marx, 1978f.
12. Weisman, 1998.
13. Listado del sur de India con una prolongada administración comunista y notable desarrollo ecológico, que incluye la asignación de poder a las mujeres. Véase Parayil, 2000.
14. O'Connor, 2001.
15. Marx, 1967b, p. 776.
16. Prefigurados por Marx en los Manuscritos de 1844. Marx, 1978b.
17. Escribe István Mészáros: «la promesa socialista no puede incluso comenzar a realizar sus objetivos fundamentales sin cumplir exitosamente, al mismo tiempo, la mutación del intercambio de los productos... hacia el intercambio de actividades productivas auténticamente planificadas y autoadministradas (en oposición al planeamiento burocrático desde arriba)». Mészáros, 1996, p. 76; bastardillas en el original.
18. David McNally resume bien esta argumentación: «donde el trabajo es comunitario y la asignación se predetermina, un certificado o comprobante no es dinero; no es el mecanismo que convalida el carácter social del trabajo ni transforma al primero en el último». McNally, 1993, p. 195). Para un estudio de las contradicciones comunes del mercado, véase Altvater, 1993.
19. La India poscolonial de Gandhi tuvo una poderosa ideología no violenta, pero muchas instituciones antidemocráticas -especialmente el sistema de castas-, tanto como el espectro del nacionalismo cínico-religioso que llevó a la partición del país. Bajo tales circunstancias, la horrible violencia que sobrevino luego de la partición fue virtualmente inevitable.
20. Weisman, 1998, p. 10.

## Posfacio

Un trabajo que hace tantas afirmaciones como *El enemigo de la naturaleza* merece completarse con un posfacio. Pero debo confesar que no encontré que esto fuese tarea fácil. Comencé a escribir éste una y otra vez para luego renunciar, insatisfecho. El problema era el tono, encontrar el registro adecuado para acabar con un tema tan denso sin parecer pesado. Aunque la pesadez se mantuviera sin respuesta, hasta la frustración. Pensé en dejar pendiente toda esta sección.

Entonces recordé una pregunta que, al efecto, me planteó cierta vez un estudiante, acerca de la desesperación *que* podía sentir mientras estudiaba cosas tan atroces como la crisis ecológica y el poder terrible que el capital poseía sobre nuestra existencia. En esa ocasión dije algo rutinario, pero la pregunta continuó sobrevolando dentro y fuera de mi cabeza y, como lo hice, le otorgué un valor algo distinto. Pues el hecho fue que no me desesperé. Por la razón que fuere, me encontré realmente con buena disposición para estudiar la crisis ulteriormente y tracé las ideas que llevé a este trabajo. Al principio, no le otorgué mucho sentido, dado el carácter acendrado del medio ideológico en que nos encontramos, pero llevarlo a cabo me pareció lógico. Y entonces pensé en volver a la frase con que se abre el Prefacio de este trabajo, según la cual las personas se quedan heladas frente a la comprensión emergente de la ecodestructividad radical del capital. Y se me ocurrió que lo mejor que podía hacer con respecto a mi Posfacio sería enfrentar este dilema y tratar de mostrarlo, a pesar de lo vacilante que pudiera ser el terreno para estar realmente de buen ánimo en la perspectiva aquí trazada.

La tesis que sostiene este trabajo, según la cual el capital es tan ecodestructivo como irreformable, puede ser verdadera o falsa. Si es falsa, entonces estamos equivocados y nos disculpamos en beneficio del capital. Pero su corrección requeriría un océano de cambios en el capital, una adaptación histórica y la superación de sus tendencias demoníacas. Esta sería una magnífica noticia. Pues entonces el capital habría superado su ordalía ecológica y sería un sistema absolutamente mejor. En adelante, no sería un enemigo sino un amigo de la naturaleza. Al ser capaz de regularse a sí mismo, sería también un verdadero amigo de la humanidad. Olas crecientes levantarían a todos los botes y la pobreza, la explotación y la opresión

serían cosas pertenecientes a la oscura prehistoria de nuestra especie. Ingresaríamos a una verdadera edad de oro.

Así, encaré con plenitud de ánimo la tarea de examinar si *El enemigo de la naturaleza* estaba equivocado. Pero, ¿qué sucedería si está en lo cierto y la alternativa es terminar con el reino del capital o enfrentar la destrucción de nuestro mundo? Ahora las cosas parecen adquirir gravedad y es más complicado enfrentar a nuestro enemigo. Pero, ¿es esto realmente así? Sea que se lo considere o no de este modo -en primer lugar, que ese libro se haya escrito o no-, puede tener lugar la ecodestrucción por obra del capital. Todo lo que aquí se ha hecho es un esfuerzo por enfrentar las cosas de manera honesta -alterar la percepción de un desastre inminente, hacerlo activa en vez de pasivamente, admitiendo los términos de un predominio ideológico del sistema dominante. Y sin duda es mejor la comprensión activa que la admisión torpe de la lógica de un destructor ¿No es liberadora la comprensión de que el poderoso sistema capitalista está en el corazón de la tragedia que pende sobre nosotros? La deslegitimación de sus principios de intercambio, la revelación de la forma en que se empequeñecen las posibilidades humanas bajo su régimen; todo esto abre un camino hacia la belleza intrínseca del mundo y permite unirnos con otros en el mismo pensamiento.

Si el capital es una ilusión, entonces la propiedad privada del globo es parte de esa ilusión. Y una vez que esto se comprende, podrá llegar a aplicarse el principio del usufructo. Este nos habla ahora de la mejora y el goce, lo que es otra cosa, a pesar de que tenga lugar en nuestra casa. ¿Por qué deberíamos esperar hasta después de la revolución para ponerlo en práctica? Por cierto, si esto se aprecia así, la revolución ya ha comenzado. Y si el principio del usufructo nos dice que debemos gozar de la tierra, ¿no deberíamos también liberar gozosamente la tierra de la esclavitud?

Los grandes temas de la crisis ecológica no alteran nuestra posición existencial, que sigue aferrada al hecho de que a cada uno de nosotros le está asignado un tiempo limitado sobre la tierra y, dentro de él, la oportunidad de vivir lo mejor posible. Pero no hay forma de que ésta sea la mejor posible. Y aquí, al parecer, surge la gran virtud de orientarse hacia la crisis. Pues, ¿a qué otra generación se le ha dado la posibilidad de transformar la relación entre la humanidad y la naturaleza y de curar una llaga tan antigua? ¡Es un desafío fantástico! Todas las criaturas y todas las especies tienen un final. Incluso la tierra y el tiempo y el espacio se desvanecerán. Pero el destino de nuestras criaturas es tener una posibilidad de elección sobre nuestro fin. No debemos permitir que éste se produzca bajo la fría y cruel mano del capital. Es un final indigno para la belleza del mundo.

Todas las Formas Humanas identificadas aún: Árbol Metal Tierra y Piedra;  
todas las Formas Humanas identificadas viven saliendo y regresando cansadas  
En las vidas Planetarias de Años Meses Días y Horas reposando  
Y luego Despertando en su Regazo en la Vida de Inmortalidad.'

### Nota

- !. Últimas líneas de un poema de *Jeruxatem* (Blake, 1997, p. 847).

## Bibliografia

- Alvaler, li. (1WJ): *The I'unir u/lite Markei*, liad, ilc Patrick Camiller. I Londres, Verso.
- Aristóteles (1947): *huroducuon lo Ari.stotle*, comp. K. McKeon, Nueva York, Modera library.
- Arriglii, (i. (1994): *Ihe long Twenlielli Cenlury*. Londres, Verso.
- Athanasiou. T. (1')%: *Divida! I'anel*, Boston, I .ilile Brown.
- Bader. S. ( 1997): *Global Spin*, Dartington. Circen Books.
- Bartlow, M. (2000): «The World Bank musi reali/e water is a basic huiiun right», *Timmlo Global mui Mali* 9 de mayo.
- Bass, ('. (2000): «A smile in conflict wilh itself», *Saeramiento Bee*, 28 de febrero: D1.
- Bateson, (i. (1972): *Nitln Timnnl im I'colo:..y of Minil*, Nueva York, Ballantine liooks.
- Beekermann. V. (1991): «(jlolial warining a seepetial economie assessment», en D. I lelm (comp.), *i'eoiumiie /olios Towia'ds Ilie h.nvironnient*. Oxlb rd, Blackwell, pp. 52-85.
- Beder. S. ( 1997): *Global Spin*. Dartington, Oreen Books.
- Benjamin. J. (19X8): *The llonds of Law*. Nueva York, Panlleon.
- Benton. T. (comp.) (1996): *The Girening <>/Manum*. Nueva York. (juill'ord.
- Bergman. I. (2000): «U.S. companies tangled in web of Urug doliais», */Venl York Tunes*. 10 de octubre: A1
- Biehl. J. y f. Staudenmaier (1995): *i'eofo/eisnj: Lessons from ihe Germán Ilperience*. lidinburgo y San Francisco, AK Press.
- Blake, W. (1927): «The -Sick Rose», de «Songs of Lxperience», y Millón, en Alicia Ostriker (comp.): *The Complete l'oeins*. Harmondsworth, Penguin.
- Blaut. J. (1993): *7 he Colouizer's Vieof ihe World*. Nueva York, (juill'ord.
- Bookchin. M. (1970): *I'ost-Seareity Anarehism*. Palo Alto, California, Ramparts Press.
- (19X2): *The Ecology of l'-reedom*. Palo Alío, California. Cheshire Books.
- Botkin, D. (1990): *Diseonhnt llarnumies*, Nueva York, Oxford University Press.
- Bowden. C. (1996): «While you were sleeping», *llarpers*, diciembre, pp. 44 -52.
- Bramwell, A. (1989): *frobgy in lite Twemielli Cenlury: ,l llisitory*. New llaven, Connecticut, Yale University Press.
- Braudel, F. (1977): *Afterthouhts on Material Civilization autl ('(/;ilidism*, Ballimore, Maryland, Johns Hopkins University Press.
- Breyer. S. (1979): «Analyzing regulatry failure, mismatches, less resiriclive alternalives and refonn», *Harvard Uiw Review*, 92 (3), p. 597.
- Bronner. S. (1981): *.4 Revohaionary l'-or Our Times: Rosa Lusemhurt*, Londres, Pluto Press.
- • (1990): *Soeuilisiu Unhound*. Londres. Roulledge.
- Brown, L. y C. Havis (1999): «A iiew economy lbr a ncw cenlury», en *State afilie World*. 1999, Nueva York, WAV. Norton.
- Brown. L.. C. Flavin y S. Poslel (1991): *Saviitig Ilie l'lancl*, Nueva York, W.W. Norton.
- Brown, P. (1999): «More rel'ugecs l'lee Irom environment lhan warfare», *Guardian Weekly*, 1-7 de julio, p 5.
- Brundlland. (j. (comp.) (1987): *Our Common l'uture: Ilie World Commission on lite kjivironment and l'evoloi)imenl*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- Burkell, P. (1999): *Mar.l aml Nature*, Nueva York. Saint Marlin's Press.
- Cali, W. (2002): «Accelerating Ilie decomposilion of capitalismo, *ACERCA Notes*, #8, primer cuatriineslre.
- Chodomw, N. (19781: *The Reproduction of Molherini*, Berkeley, University of California Press.
- Clark, J. 11984): *J'he Anarehust Momeitl*. Montreal, Black Rose.
- i 1997): «A social ecology». *Capuaism. Nature, Sotialisoi*, 8 (3), pp. 3 34.

- Clastres, P. (1977): *Society Against the State*, trad. Robert Hurley, Nueva York, Urizen.
- Cockburn, A. y J. St. Clair (2000): *Al Gore: A User's Manual*, Nueva York, Verso.
- Colburn, T., D. Dumanoski y J. P. Myers (199fi): *Oitr Stolen Fitiure*, Nueva York, Dutton-Penguin.
- Cort, J. (1988): *Christian Socialista*, Maryknoll, Nueva York, Orbis.
- Constanza, R., J. Cumberland, H. Daly, R. Goodland my R. Norgaard (1997): *An Introduction ta Ecological Economías*, Boca Ratón. Florida, Saint Lucie Press.
- Cronon, W. (comp.) (1996), *Contested Grouml*. Nueva York, W.W. Norton.
- Crosette, B. (2000a): «In numbers. the heavy now match the starved», *New York Times*, 17 de enero: A1.
- (2000b): «Unicel' issues report on worldwide violence facing women», *New York Times*, 1 ? de junio 1:15.
- Daly, H. y J. Cobb (1991): *Steady State Economics*, Washington, DC, Island Press.
- (1996): *Beyond Growth*, Boston, Massachussets, Beacon Press.
- Daly, H. y J. Cobb (1994): *For the Common Good*, Boston, Massachussets, Beacon Press.
- Davies, P. (1983): *God and the New Physics*, I Harmondsworth, Penquin.
- DeBord, G. (1992): *Society of the Spectacle*, Nueva York, Zone Books.
- de Brie, C. (2000) «Crime, the world's biggest l'rec enterprise», *Le Monde Diplomatique*, abril.
- de Duve, C. (1995): *Vital Oust*, Nueva York, Basic Books.
- DeLumeau, J. (1999): *Sin and Fear: Emergente of a Western Guilt Culture 13th-18th Centuries*, trad. Eric Nieholson, Nueva York, St. Martin's Press.
- Deogun, N. (1997): «A Coke and a perm? Soda giant is pushing into ususal locales», *Wall Street Journal*, 5 de mayo: A1.
- Devall, B. y G. Sessions (1985): *Deep Ecology*. Salt Lake City, Utah. Peregrine Smith Books.
- Diamond, S. (1974): *In Search of the Primitive*. Nueva Brunswick, Nueva Jersey, Transaction Books.
- Dubrzynski, J. (1997): «Big PayolTs forexecemives who fail big», *New York Times*, 21 de julio: D1.
- Praper, H. (1977, 1978, 1985, 1999): *Kart Marx's T'teory of Revolutum*, 4 vols., Nueva York, Monthly Review Press.
- Drexler, K. (1986): *Engines of Creation*, Nue\ a York, Doubleday.
- Dunaievskia, R. (1973): *Philosophy and Revohaion*, Nueva York, Dell.
- (2000): *Marxism and Freedom*, Amherst, Nueva York, Humanity Books.
- Dunn, S. (2001): *Hydrogen Futures: Towatd a Sustainable Energy System*, Worldwatch Paper, 157, Washington, DC, Worldwatch.
- Eckersley, R. (1992): *Environmentalism and Politieal Theory*, Albany, Nueva York, SUNY Press.
- The Ecologist* (1993): *Wlwse Common Fuñiré? Reclaiming the Commons*, Filadelfia, New Society Publishers.
- Editorial (1999) del *New York Times*, 29 de julio.
- Ehrenreich, B. y D. English (1974): *Wilches, Midwives andNites*, Londres, Compennium.
- Eisler, R. (1987): *The Clialice and the Blade*, San Francisco, California, Harper and Row.
- Engels, F. (1940): *Dialectics oJ'Namre*, Nueva York, International Publishers.
- (1972) [1884]: *Origins of the Family. Private Property and the State*, comp. Elanor Leacock, Nueva York, International Publishers.
- (1987) [1845]: *The Coiultion of the Working Class in England*, comp.l Victor Kernan, Harmondsworth, Penguin.
- Epstein, P. (2000): «Is global warming harmful to health?», *Scientific American*, 283 (2), pp. 50-57.
- Faber, D. (comp.) (1998): *The Strugglefor Ecological Democracy*, Nueva York, Guilford.
- Fagin, D. y M. Lavelle (1996): *Toxic Deception*, Secaucus. Nueva Jersey, Birch Lañe Press.
- Fariña, V. (1989): *Heidegger and Nazism*, comp. Joseph Margulis y Tom Rockmore, Filadelfia, Temple University Press.
- Fest, J. (1970): *The Face of the ThirclReich*, Nueva York, Pantheon.
- Fiddes, N. (1991): *Meat - A National Symbol*, Londres, Routledge.
- Figs, O. (1997): *A People's Tragedy*, Londres, Pimlico.
- Fisher, A. (2001): *Radical Ecopsychology: Psychology in the Service of Life*, Albany, Nueva York, SUNY Press.
- Fortey, R. (1997): *Life An Unauthorized Biography*, Londres, HarperCollins.
- Foster, J. (2000): *Marx's Ecology*, Nueva York. Monthly Review Press.
- Frank, A. (1998): *ReORIENT: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press.
- Freiré, P. (1970): *Pedagogy of the Opressed*, Nueva York, Continuum.

- Freud, S. (1931): «C'ivilization and jls discontents», en Slrachcy, J. (comp.), *The Standard Edition ofthe Complete l'sychological Works ofSigmund Freud*, Londres, The Hogarth Press. 21. pp. 59-148.
- Frcund. H y G. Martin (1993): *The Ecology ofthe Automobile*, Montreal, Black Rose Books.
- Fumenlo, M. (1999): «Wilth l'rog scare debunked, it isn't easy being green», *Wall Street Journal*, 12 mayo.
- Gaaid, Cj. (1998): *Ecological i'olitics*. Filadelfia, Temple University Press.
- Gardner. G. y B. Halweil (2lXK): «Underfed and overfed», Washington, DC, Worldwatch Institnte, marzo.
- Ciare, A. (1996a): «Soviet environmentalism: the path not taken», en T. Benton (comp.), *The Greeniug of Marxism*, Nueva York, Guilford, pp. 111-28.
- (1996b): *Nihilism Inc.*, Sydney, Eco-Logical Press.
- (2000): «Creating and ecological socialist future», *Capitalism, Nature, Socialism*, 11 (2), pp. 23-40.
- Gelbspan, R. (1998): *The Heat is On*, Reading, Massachussets, Preseus Books.
- George, S. (1992): *lite Deht Boomerang*, Londres, Piulo.
- Georgescu-Roegen, N. (1971): *The Entropy Unv and the Economia Process*, Cambridge Massachussets, Harvard University Press,
- Geping, Q. y W. Lee (comps.) (1984): *Managing the Environeml in China*, Dublin, Tycooley.
- Ciibbs, L. (1995): *Dying From Dioxin*, Boston, Massachussets, South End Press.
- Cilacken. C. (1973): *Traces on the Rhodian Share*. Berkeley, University of California Press.
- Cieck, J. (1987): *Chaos*, Nueva York, Penguin.
- Goldsmith. E. y C. l enderson (1999): «The economic costs of climate change», *The Ecoiogist*. 29 (2).
- Gorc, A. (2(X)0): *Earth in the Balance*, Boston. Houghton-Mifflin.
- Gotidie, A. (1991): *The Human hnpact on the Natural Environeml*, Cambridge, Massachussets, MIT Press.
- Gunn. C. v H. Gunn (1991): *Reclaiming Capital*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- Halleck, D. (2(K)l): *Hand Hcld Visions*, Nueva York, Fordham University Press.
- Harvey, D. (1993): *The Contilion of l'osUnodernity*, Oxford, Blackvvell.
- Ilawken, P (1993): *The Ecology of Commercc*, Nueva York, HarpeiCollins.
- Hecht, S. y A. Cockburn (1990): *The Fale ofthe Forest*, Nueva York, HarperCollins.
- l legel. G. (1969): *Hegel's Science oflogic*, trad. A. Miller, Londres, George Alien & Unwin.
- Heidegger, M. (1977): «The cijjieslion regarding lechnology», en *Basic Wrilings*, comp. David Farrell Krell, Nueva York, l larper and Row, pp. 283-317.
- Herrnstein. R. y C. Murray (1996): *The Bell Curve*, Nueva York, The Free Press.
- Ilinton, W. (1967): *Fanshen*. Nueva York, Monhly Review Press.
- l io, M. (1998): *Gcnetic Engineering: Dreum or Niglitmare?*, Bacli, Reino Unido, Gateway Books.
- Ilussey, E. (1972): *The Presocratics*, Nueva York, Charles Scribner's Sons.
- l luws, U. (1999): «Material world: the myth ofthe vveighless economy», en L. Panitch y C. Leys (comps.): *Socialisi Kegerter 1999*, Sufl'olk, Merlin Press, pp. 29-55.
- Jenkins (h.), H. (1997): «Who needs R&D when yon undersland fat?», *Wall Street Journal*, 25 de marzo, A19.
- Kanler, R. (1997): «Shore humanity when yon show employees the door», *Wall Suvet Journal*, 21 de julio, A22.
- Karlner, J. (1997): *The Corporate l'knet*, San Francisco, California, Sierra Club.
- Kempf, H. (2000): «Evry catastrophe has a silver lining», *Guardian Weeklv*, 20-26 de enero, p. 30.
- Kidner, l). (2000), *Nature and l'sychw*. Albany, SUNY Press.
- Korten. D. (1996): «The mythic victory of market capitalism», en J. Mander y E. Goldsmith (comps.): *The Case Against ihe Global Economy*, San Francisco, California, Sierra Club Books, pp. 183-91.
- (2000): «The FEASTA animal lecture», Dublin, Irlanda, 6 de julio.
- Kovel, J. (1981): *The Age ofDesire*, Nueva York, Random House.
- (1984): *White Racism*, 27 ed., Nueva York, Columbia University Press.
- (1988): *In Nicaragua*. Londres, Free Association Books.
- (1995): «Ecological Marxism and dialectic», *Capitalism, Nature, Socialism*, 6 (4), pp. 31 -50.
- (1997a): «Bati nevvs (or fas! l'ood», ~¿, septiembre, pp. 26-31.
- (1997b): *Red Hunting in the Proniised Latid*, 2? ed., Londres, Cassell.
- (1997c): «Negating Bookchin». *Capitalism, Nature, Socialism*, 8(1), pp. 3-36.
- (1998a): «Dialectic as praxis», *Science aiul Society*, 62 (3). pp. 474-82.
- (1998b): *Hislory and Spirit*, 27 ed., Warner, Nueva Hampshire. Essential Books.
- (1999): «The justiliers». *Capitalism, Nature. Socialism*, 10 (3), pp. 3-36.

- (2001): «A materialism worthy of natura», *Capitalism, Nature, Socialism*, 12 (2).
- Kovel, J., K. Soper, M. Mellor y J. Clark (1998): «John Clark's 'A Social Ecology': comments/reply», en *Capitalism, Nature, Socialism*, 9(1), pp. 25-46.
- Kropoikin, P. (1902): *Mutual Aid*, Londres, Iliiimann.
- (1975): *The Essential Kropoikin*, comp. E. Capouy y K. Tompkins, Nueva York, Liveright.
- Kurzman, D. (1987): *A Killing Wind: Inside Union Carbide and the Bhopal Catastrophe*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Lappé, F., J. Collins y P. Rosset (1998): *World Hunger: Twelve Myths*, 2ª ed., Nueva York, Grave Press.
- Leff, E. (1995): *Green Production*, Nueva York, Guilford.
- Leiss, W. (1972): *The Domination of Nature*, Boston, Massachussets, Beacon Press.
- Lenin, V. (1967): *Materialista and Empirio-Criticism*, Moscú, Editorial Progreso.
- (1976): *Philosophical Notebooks*, Moscú, Editorial Progreso.
- Lepkowski, W. (1994): «Ten years later: Bhopal», *Chemical & Engineering News*, 19 de diciembre, pp. 8-18.
- Levins, R. y R. Lewontin (1985): *The Dialectical Biologist*, Cambridge, Massachussets, Harvard University Press.
- Lichtman, R. (1982): *The Production of Desire*, Nueva York, The Free Press.
- Light, A. (comp.) (1998): *Social Ecology After Bookchin*, Nueva York, Guilford.
- Lovelock, J. (1979): *Gaia: A New Look at Life on Earth*, Oxford, Oxford University Press.
- Lovins, A. (1977): *Soft Energy Fallis*, San Francisco, California, Friends of the Earth International.
- Manning, J. (1996): *The Coming of Energy Revolution*, Carden City Park, Nueva York, Avery.
- Margulis, L. (1998): *Symbiotic Planet*, Nueva York, Basic Books.
- Marsh, G. P. (1965) 11864: *Man and Nature*, comp. D. Lowenthal, Cambridge, Massachussets, Belknap Press.
- Martínez-Alier, J. (1987): *Ecological Economics*, Oxford, Blackwell.
- Marx, K. (1963) [1847]: *The Poverty of Philosophy*, Nueva York, International Publishers. [*Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Problemas, 1941.]
- (1964) [1858]: *Pre-Capitalist Economic Formation*, trad. Jack Cohén, comp. E. J. Hobsbawm, Nueva York, International Publishers.
- (1967a) [1867]: *Capital, Vol. I*, comp. Frederick Engels, Nueva York, International Publishers. [*El capital*, L. I, Vol. I, México, Siglo XXI, 1999.]
- (1967b) [1894]: *Capital, Vol. I*, comp. Frederick Engels, Nueva York, International Publishers.
- (1971) [1863]: *Theories of Surplus Value Vol. III*, Moscú, Editorial Progreso. [*Teorías sobre la plusvalía*, T. 3, Buenos Aires, Carlagó, 1975.]
- (1973) [1858], *Grundrisse*, trad. y comp. Martin Nicolaus, Harmondsworth, Penguin. [*Los fundamentos de la crítica de la economía política*, Tomo 1, Madrid, Comunicación, s/f (circa 1973).]
- (1978a) [1843]: Carta a Arnold Ruge, septiembre de 1843, en Tucker, 1978, p. 13.
- (1978b) [1844]: *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, en Tucker, 1978, pp. 66-125.
- Marx, K. y F. Engels (1978c) [1848]: *The Communist Manifesto*, en Tucker, 1978, pp. 469-500.
- (1978d) [1864]: «Inaugural address of the Working Men's International Association», en Tucker, 1978, pp. 517-18.
- (1978e) [1875]: «Critique of the Gotha Program», en Tucker, 1978, pp. 525-41.
- (1978) [1871]: *The Civil War in France*, en Tucker, 1978, pp. 618-52.
- McNally, D. (1993): *Against the Market*, Londres, Verso.
- Meadows, D., D. Meadows y J. Randers (1992): *Beyond the Limits*, Londres, Earthscan.
- Meadows, D., O. Meadows, J. Randers y W. Behrens (1972): *The Limits to Growth*, Londres, Earth Island.
- Meckler-Lowry, S. (1985): *Economics as if the Earth Really Mattered*, Filadelfia, New Society Publishers.
- Mcisner, M. (1996): *The Deng Xiaoping Era*, Nueva York, Hill and Wang.
- Mellor, M. (1997): *Ecoinism and Ecological Polity*, Cambridge y Nueva York, New York University Press.
- Merchant, C. (1980): *The Death of Nature*, San Francisco, California, Harper and Row.
- Mészáros, I. (1996): *Beyond Capital*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Mies, M. (1998): *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, 2ª ed., Londres, Zed Books.
- Mihill, C. (1996): «Health plight of poor worsening», *Guardian Weekly*, 5.
- Mintz, S. (1995): *Sweetness and Power*, Nueva York, Viking.
- Miranda, I. (1974): *Marx and the Lie*, Maryknoll, Nueva York, Orbis.

- Mollison, b. (1988): *Permaculture: A Designar's Manual*, Tygalum, Australia, Tagari Publications.
- Montague, P. (1996): «Things to come», *Ruchéis' Environment and Health Weekly*, # 523, 5 de diciembre.
- Moody, K. (1997): *Warkers in a Lean World*, Londres y Nueva York, Verso.
- (2000): «Global labor stands ttp to global capital», *Labor Notes*, julio, p. 8.
- Morehouse, W. (1993): «The ethics of industrial disasters in a transnational world: the elusive quest for justice and accountability in Bhopal», *Alternatives*, 18, p. 487.
- Morris, W. (1993): *Newsfrom Nowhere*, Harmondsworth, Penguin.
- Morrison, R. (1991): *We Build the Road as We Travel*, Filadelfia, New Society.
- (1995): *Ecological Democracy*, Boston, Massachussets, South End Press.
- Murphy, D. (2000): «Africa: lenders set program rules», *Los Angeles Times*, 27 de enero, A1.
- Murray, A. (1978): *Reason and Society in the Middle Ages*, Oxford, Clarendon Press.
- Naess, A. (1989): *Ecology, Community and Lifestyle*, trad. y comp. David Rothenberg, Cambridge, Cambridge University Press.
- Nahm, M. (comp.) (1947): *Selections from Early Greek Philosophy*, Nueva York, Appleton Century Crol'ts.
- Nathan, D. (1997): «Death comes to the *Maquilas*: a border story», *The Nation*, 264 (2) (13-20 de enero), pp. 18-22.
- Ncedham, J. (1954): *Science and Civilization in China Vol. I, Introduction and Orientations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Norgaard, R. (1994): *Development Betrayed*. Londres. Routledge.
- ü'Brien, M. (1981): *The Politics of Reproduction*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- O'Connor, J. (1998a): «On capitalist accumulation and economic and ecological crisis», en J. O'Connor, *Natural Causes*, Nueva York, Guilford.
- (1998b): *Natural Causes*, Nueva York, Guilford.
- (2001): «House organ», *Capitalism, Nature, Socialism*, 13 (1), p. 1.
- Ollman, B. (1971): *Alienation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ordoñez, J. (2000): «An efficiency drive: fast food lañes are getting even faster», *Wall Street Journal*, 18 de mayo, p. 1.
- Orleans, L. y R. Suttmeier (1970): «The Man ethic and environmental quality», *Science*, 170, pp. 1173-6.
- Parayil, G. (comp.) (2000): *Kerala: The Developinent Experience*, Londres, Zed Books.
- Parsons, H. (1977): *Marx and Engels on Ecology*, Westport, Connecticut, Greenwood Press.
- Penrose, R. (1990): *The Emperor's New Mind*, Londres, Vintage.
- Platt, A. (1996): *Infecting Ourselves*, Worldwatch Paper 129, Washington, DC. Worldwatch Instituto.
- Polanyi, K. (1957): *The Great Transformaron*, Boston, Massachussets, Beacon Press.
- Ponting, C. (1991): *A Green Hislory ofthe World*, Harmondsworth, Penguin.
- Pooley, E. (2000): «Doctor Death», *Time*, 12 de abril.
- Pring, G. y P. Cunan (1996): *SLAPPs: Getting Suedfor Speaking Out*. Filadelfia, Temple University Press.
- Proudhon, P. (1969): *Selected Writings*, trad. F. Fraser, comp. Edwards, Garden City, Nueva York, Anchor Books.
- Public Citizen (1996): *NAFTA: Broken Promises: The Border Betrayed*, Washington, DC, Public Citizen.
- Purdum, T. (2000): «A Game of nerves, witli no real winners», *New York Times*, 17 de mayo, H1.
- Quamers, D. (1996): *The Song ofthe Dodo*, Nueva York, Scribner.
- Ramplón, S. y J. Stauber (1997): *Mod Gow U.S.A.*, Monroe, Maine, Common Courage Press.
- Rensenbrick, J. (1999): *Against All Odds*, Raymond, Maine, Leopold Press.
- Romero, S. (2000): «Rich Brazilians rise above rush-hour jams», *New York Times*, 15 de febrero, A1.
- Rosdolsky, R. (1977): *The Making ofMarx's Capital*, trad. Pete Burgess, Londres, Verso.
- Rosset, P. y M. Benjamin (1994): *The Greeting ofthe Revolución: Cubas Experiment witli firganic Farming*, Melbourne, Occan.
- Ruether, R. (1992): *Gaia and God*, San Francisco, California, HarperSan Francisco.
- Ruggiero, Renato (1997): *Ecofeminism as Politics*, Londres, Zed Books.
- Sale, K (1996): «Principies of bioregionalism», en J. Mander y E. Goldsmith (comps.): *The Case Against the Global Economy*, San Francisco, California, Sierra Club Books, pp. 472-84.
- Salleh, A. (1997): *Ecofeminism as Politics*, Londres, Zed Books.
- Sarkar, S. (1999): *Eco-socialism or Eco-capitalism?*, Londres Zed Books.
- Schrodinger, E. (1967): *What is Life?*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Schumacher, E. F. (1973): *Small is Beautiful*, Nueva York, Harper and Row.

- Sheasby, W. (1997): «Inverted world. Karl Marx on estrangement of nature and society», *Capitalism, Nature, Socialism*, 8 (4), p. 1146.
- (2000): «Ralph Nader and the legacy of revolt», tres partes, *Against the Current*, 88 (4), pp. 17-22; 88 (5), pp. 29-36; 88 (6), 39-42.
- Shiva, V. (1991): *The Violence of the Green Revolution*, Penang, Malasia, Third World Network.
- (1988): *Saying Alive*, Londres, Zed Books.
- Simmel, G. (1978): *The Philosophy of Money*, li ad. Tom Bottomore y David Frisby, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Slatella, M. (2000): «Boxed in: exploring a big-box store online», *New York Times*, 27 de enero, D4.
- Steingraber, S. (1997): *Living Downstream*, Nueva York, Addison Wesley.
- Stewart, B. (2000): «Retrieving (he) recyclables...» *New York Times*, 27 de junio, B1.
- Stiglitz, A. (2000): «What I learned at the world economic crisis». *New Republic*, 17 de abril.
- Stille, A. (?) «In the "greened" world, it isn't easy to be human», *New York Times*, 15 de julio, A17.
- Subcomandante Marcos (2001): *Our Words are our Weapon*, comp. Juana Ponce de León, Nueva York, Seven Stories Press.
- Summers, L., J. Wolfensohn y J. Skilling (1997), *Multinational Monitor*, 6 de junio.
- Taub, E. (2000): «Radios watch weather so you don't have to», *New York Times*, 30 de marzo, D10.
- Tawney, R. H. (1998) [1926], *Religion and the Rise of Capitalism*, Nueva Brunswick, Nueva Jersey, Transaction.
- Thernstrom, A. y S. Thernstrom (1992): *America in Black and White*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Thompson, E. P. (1967): «Time, work discipline, and industrial capitalism», *Past and Present*, 38, pp. 56-97.
- Thornton, J. (2000): *Pandora's Poison*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Tokar, B. (1992): *The Green Alternative*, San Pedro, California, R. & E. Miles.
- (1997): *Earth For Sale*, Boston, Maryland, South End Press.
- Trotsky, L. (1960): *Literature and Revolution*, Ann Arbor, University of Michigan Press, p. 253.
- Tucker, R. (comp.) (1978): *The Marx-Engels Reader*, Nueva York, W. W. Norton.
- Turner, A. (2000): «Tempers in overdrive», *Houston Chronicle*, 8 de abril, 1 A.
- Wald, M. (1997): «Temper cited as cause of 28,000 road deaths a year», *New York Times*, 18 julio, A14.
- Watson, D. (1996): *Beyond Bookchin*, Nueva York, Autonomedia.
- Watson, J. (comp.) (1997): *Golden Arches East: McDonald's in East Asia*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Weber, M. (1976): *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, trad. Talcott Parsons, Londres, Allen and Unwin.
- Website: <http://www.kenyon.edu/projects/permaeculture/>
- Website: [www.corporatewatch.org/bhopal/](http://www.corporatewatch.org/bhopal/)
- Website: [http://www.brain.net.pk/diama/](http://www.brain.net.pk/diama;); [yegroups.com/groups/waterlien](http://yegroups.com/groups/waterlien).
- Weisman, A. (1998): *Gaviotas*, White River Junction, Vermont, Chelsea Green.
- Wheen, F. (2000): *Karl Marx: A Life*, Nueva York, W. W. Norton.
- White, L. (1967): «The historical roots of the ecological crisis», *Science*, 155 (10 de marzo), pp. 1203-7.
- (1978): *Medieval Religion and Technology: Collected Essays*. Berkeley, University of California Press.
- Williams, A. (2000): «Washed up at 35», *New York*, 17 de abril, pp. 28 y sigs.
- Wolfenstein, E. (1993): *Psychoanalytic Marxism*, Londres, Free Association Books.
- Woodcock, G. (1962): *Anarchism*, Nueva York, New American Library.
- Worster, D. (1994): *Nature's Economy*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press.
- Zablocki, B. (1971): *The Joyful Community*, Baltimore, Maryland, Penguin.
- Zachary, G. Pascal (1997): «The right mix: global growth attains a new, higher level that could be lasting», *Wall Street Journal*, 13 de marzo, A1.
- Zimmerman, M. (1994): *Contesting Earth's Future*, Berkeley, University of California Press.

# Comentarios críticos de este libro

Un libro fascinante, escrito con pasión y elocuencia. Su mensaje es que «el capital no puede ser reformado: o nos domina y destruye o es destruido, de modo que nos permita continuar con vida». Se exploran de modo sistemático las causas fundamentales y las implicaciones más extendidas de esta tesis. Rico en detalles e inspiraciones, nos conduce a conclusiones necesariamente radicales. Este libro debería ser leído por todos aquellos que se interesan en la supervivencia de la especie humana.

**István Mészáros, autor de *Marx's Theory of Alienación y Beyond Capital***

Joel Kovel nos ha hecho llegar un manifiesto ecosocialista persuasivo, apasionado y esperanzador. Muestra cómo los problemas que van desde la contaminación hasta la pobreza globalizada, reflejan la lógica inherente al capitalismo y extiende las lecciones del marxismo y otras tradiciones radicales para iluminar el camino hacia una revolución ética y ecológica. Este libro ofrece mucho alimento para el pensamiento a todos los que buscan una comprensión sistemática de la actual crisis social y ecológica.

**Brian Tokar, activista y autor de *Redesigning Life? y Barthfor Sale***

Un libro necesario y actual. Necesario, porque declara al capitalismo como EL destructor de la tierra y de todos los ecosistemas. Actual, porque aparece en un momento en que cada vez más personas comienzan a perder la fe en la capacidad del capitalismo para resolver la crisis social y ecológica. Su lectura es un deber para todos los activistas del movimiento internacional contra la globalización conducida por las grandes corporaciones y para quienes conciben una perspectiva situada más allá de la esclavización de la naturaleza y las personas por el capital.

**Maria Mies, autora de *The Subsistence Perspective***

*El enemigo de la naturaleza* expresa mejor que cualquier otro trabajo individual la extensión y profundidad de la crisis ecológica global producida por el capitalismo. Esta obra maestra de Joel Kovel desarrolla las implicaciones necesarias de este fenómeno... inclusive la oportunidad y la necesidad de imaginar una sociedad socialista ecológica. Kovel demuestra que las condiciones fundamentales de tal sociedad son la preeminencia de la calidad sobre la cantidad y del valor de uso sobre el valor de cambio, con las posibilidades emancipadoras que ello implica.

**James O'Connor, autor de *Natural Conditions***

Lleno de perspicacia en el análisis de la relación entre la degradación ecológica y la expansión capitalista, este libro es de lectura obligada para los pensadores y los activistas.

**Walden Bello, director ejecutivo de Focus on the Global South, Tailandia**

Joel Kovel desarrolla la argumentación altamente original y teóricamente elegante de que la crisis ecológica y la explotación capitalista del trabajo deben ser entendidas como dos aspectos de un mismo problema. Y, por consiguiente, de que remediar la destrucción ecológica requiere de la destrucción del capitalismo. En el proceso, pone por delante un relato de las Formas de separación de género del hombre y la naturaleza (mujer), ligadas a las raíces del capitalismo masculinista. Luego, la abolición del patriarcado se convierte en central para el proyecto ecosocialista. Además de esta notable reconstrucción de la teoría marxista, ofrece un programa visionario de acción política práctica.

**Nancy Hartsock, profesora de Ciencias Políticas, Universidad de Washington**

Entre los muchos beneficios resultantes del término de la Guerra Fría, está nuestra libertad de criticar al capitalismo abierta y vigorosamente sin ser etiquetados de «comunistas», o cosa peor. Joel Kovel toma una vanguardia estratégica en el desarrollo de este proceso acusatorio contra la funesta historia ecológica del capital, en un libro que, seguramente, generará un debate vivaz y sensitivo.

**Mark Dowie, autor y primer editor de *Mother Jones***

se terminó de imprimir en  
A.8.R.N. Proelucciones Gráficas S.R.L.,  
Wenceslao Villafañe 468,  
Buenos Aires, Argentina,  
en mayo de 2005.

# EL ENEMIGO DE LA NATURALEZA

Un libro fascinante, escrito con pasión y elocuencia. Su mensaje es que "el capital no puede ser reformado: o nos domina y destruye o es destruido, de modo que nos permita continuar con vida". Se exploran de modo sistemático las causas fundamentales y las implicaciones más extendidas de esta tesis. Rico en detalles e inspiraciones, nos conduce a conclusiones necesariamente radicales. Este libro debería ser leído por todos aquellos que se interesan en la supervivencia de la especie humana.

**István Mészáros, autor de *Marx's Theory of Alienation* y *Beyond Capital***

Joel Kovel nos ha hecho llegar un manifiesto ecosocialista persuasivo, apasionado y esperanzador. Muestra cómo los problemas que van desde la contaminación hasta la pobreza globalizada, reflejan la lógica inherente al capitalismo y extiende las lecciones del marxismo y otras tradiciones radicales para iluminar el camino hacia una revolución ética y ecológica. Este libro ofrece mucho alimento para el pensamiento a todos los que buscan una comprensión sistemática de la actual crisis social y ecológica.

**Brian Tokar, activista y autor de *Redesigning Life?* y *Earth for Sale***

Un libro necesario y actual. Necesario, porque declara al capitalismo como EL destructor de la tierra y de todos los ecosistemas. Actual, porque aparece en un momento en que cada vez más personas comienzan a perder la fe en la capacidad del capitalismo para resolver la crisis social y ecológica. Su lectura es un deber para todos los activistas del movimiento internacional contra la globalización conducida por las grandes corporaciones y para quienes conciben una perspectiva situada más allá de la esclavización de la naturaleza y las personas por el capital.

**Maria Mies, autora de *The Subsistence Perspective***

*El enemigo de la naturaleza* expresa mejor que cualquier otro trabajo individual la extensión y profundidad de la crisis ecológica global producida por el capitalismo. Esta obra maestra de Joel Kovel desarrolla las implicaciones necesarias de este fenómeno... inclusive la oportunidad y la necesidad de imaginar una sociedad socialista ecológica. Kovel demuestra que las condiciones fundamentales de tal sociedad son la preeminencia de la calidad sobre la cantidad y del valor de uso sobre el valor de cambio, con las posibilidades emancipadoras que ello implica.

**James O'Connor, autor de *Natural Conditions***

Lleno de perspicacia en el análisis de la relación entre la degradación ecológica y la expansión capitalista, este libro es de lectura obligada para los pensadores y los activistas.

**Walden Bello, director ejecutivo de Focus on the Global South, Tailandia**